
SECRETOS
INCENDIARIOS
Un romance oscuro de la mafia
AJME WILLIAMS

# SECRETOS INCENDIARIOS

UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA

SPANISH EDITION - BONDS OF BETRAYAL

AJME WILLIAMS

# ÍNDICE

Descripción
1. Bianca
2. Alessandro
3. Bianca
4. Alessandro
5. Bianca
6. Alessandro
7. Bianca
8. Alessandro
9. Bianca
10. Alessandro
11. Bianca
12. Alessandro
13. Bianca
14. Alessandro
15. Bianca
16. Alessandro
17. Bianca
18. Alessandro
19. Bianca
20. Alessandro
21. Alessandro
22. Bianca
23. Alessandro
24. Bianca
25. Alessandro
26. Bianca
27. Alessandro
28. Bianca
29. Bianca
30. Alessandro
31. Bianca
Epílogo
Epílogo Extendido

Copyright © 2026 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

# DESCRIPCIÓN

*Una princesa de la mafia destrozada. Un protector prohibido. Un legado construido sobre mentiras.*

Fui criada como la heredera de los DeLuca.
La hija de Matteo.
La nieta de Giuseppe.
La chica destinada a heredar un imperio.

Una filtración y todo arde.

Giuseppe es mi **padre**.
Matteo es mi **hermano**.
Y diecinueve años de «te quiero, pequeña» se convierten en diecinueve años de engaños.

Las Familias huelen la debilidad.
Quieren que la «heredera de sangre impura» se quiebre.
En su lugar, aprendo a usar como armas a los tres fantasmas que habitan en mi cabeza:
La brutalidad de Giuseppe.
La manipulación de Sophia.
La estrategia de Matteo.

Y de pie en el centro del caos está **Alessandro Ricci…**
Treinta y cinco años, prohibido, y el único hombre que se ha sentido real.

Se suponía que debía protegerme.
No besarme como si llevara años esperando.
No adorar la oscuridad que he dejado de esconder.
No elegirme en un mundo donde la lealtad es la moneda de cambio y el deseo es mortal.

Juntos nos abrimos paso entre juicios, traidores y sangre.
Estoy lista para reclamar mi trono.
Lista para construir un legado que por fin sea mío.

**Hasta que el disparo de un francotirador atraviesa a Alessandro…**
**Mi grito resonando contra el cemento…**
**Y el complejo queda inundado de luces intermitentes…**
**Mientras el FBI saca a rastras a un testigo que afirma que yo ordené el ataque.**

# 1

# BIANCA

—Eso es una soberana gilipollez, Lucas, y lo sabes.

Me echo hacia atrás en la silla, cruzándome de brazos mientras miro fijamente al imbécil pomposo que tengo sentado enfrente en el seminario de Gestión Estratégica Avanzada de la profesora Chen.

Lucas Wellington III —porque, por supuesto, tenía que llevar un puto número romano después del apellido— se ajusta las gafas de montura fina y me dedica esa sonrisa condescendiente que hace que me den ganas de lanzarle el libro de texto a su cabeza perfectamente peinada.

—Simplemente sugiero que las adquisiciones hostiles son una estrategia empresarial legítima —dice con ese tono nasal que grita a los cuatro vientos que es un niño de papá—. A veces, la adquisición agresiva es el camino más eficiente hacia el dominio del mercado.

—¿Eficiente para quién? —le suelto, con la voz más afilada de lo que pretendía—. ¿Para los ejecutivos que se llevan indemnizaciones millonarias mientras miles de empleados pierden sus puestos de trabajo? Puta eficiencia, de verdad.

Algunos compañeros se mueven incómodos en sus asientos.

La profesora Chen arquea una ceja pero no interviene. Le gusta que estas discusiones se caldeen; dice que demuestra que estamos

pensando de verdad en lugar de limitarnos a vomitar cualquier basura que hayamos leído en los libros de texto.

Las mejillas de Lucas se tiñen de rosa. —Bueno, supongo que alguien con tus... antecedentes... puede que no comprenda las complejidades de la estrategia corporativa de alto nivel.

Mis antecedentes.

Como si fuera una muerta de hambre que ha acabado en Columbia por accidente.

Si supiera cuáles son mis antecedentes reales... pero Lucas Wellington III, con el dinero del fondo de alto riesgo de su papaito y su casa de verano en los Hamptons, no tiene ni puta idea de lo que es el verdadero poder.

—Tienes razón —digo con sarcasmo, dedicándole un aplauso lento —. No entiendo cómo alguien puede sentirse tan cómodo destruyendo vidas en favor de los márgenes de beneficio. Debe de ser estupendo no tener que preocuparse nunca por las consecuencias.

La verdad es que entiendo las dinámicas de poder mejor que cualquiera de estos niños ricos.

Mientras ellos jugaban al lacrosse y entraban en escuelas preparatorias gracias a las donaciones de sus padres, yo aprendía que el verdadero control consiste en saber exactamente cuándo presionar y cuándo mostrar clemencia.

Que a veces hay que tomar decisiones difíciles para proteger lo que más importa.

Que la debilidad te mata, pero la crueldad innecesaria te convierte en un monstruo.

No es que pueda explicarle nada de eso a mis compañeros de clase.

—La señorita DeLuca ha planteado un punto excelente sobre la responsabilidad de las partes interesadas —interviene la profesora Chen con fluidez—. Lucas, ¿cómo abordarías las implicaciones éticas de tu enfoque?

Desconecto de su predecible respuesta sobre el valor para el accionista y las correcciones de mercado necesarias.

El móvil me vibra contra el muslo: un mensaje de mi padre preguntándome si necesito que me recojan.

Miro la hora. 15:27.

Qué raro. No esperaba que nadie viniera a por mí hoy.

El pensamiento hace que algo se agite en mi pecho cuando veo el siguiente mensaje: *Irá Alessandro a buscarte. Ha surgido algo.*

Lo cual es... inesperado.

Alessandro no suele hacer recogidas aleatorias; eso es más trabajo de Antonio o de alguno de los otros conductores.

Después de lo que pasó cuando yo tenía doce años, papá insiste en el protocolo de seguridad, pero el tiempo de Alessandro suele reservarse para asuntos familiares más importantes.

Pero últimamente, me he estado fijando en él de otra manera.

Empezó poco antes de que cumpliera los dieciséis, esta conciencia de cómo me afecta la presencia de Alessandro cuando viene a casa para reunirse con mi padre o durante las cenas familiares, cuando se queda hasta tarde discutiendo negocios.

Cómo me descubro observando su forma de moverse por una habitación, o cómo su colonia huele a cedro y a algo únicamente suyo que hace que quiera acercarme más cuando está cerca.

Dios, soy patética. Enamorada del aliado de mi padre como si fuera una princesa de la mafia de manual.

—¿Tú qué opinas, Bianca?

La voz de la profesora Chen me devuelve a la realidad.

Mierda. No tengo ni idea de qué me ha preguntado.

—Creo —digo despacio, ganando tiempo— que cualquier estrategia que no tenga en cuenta la estabilidad a largo plazo acaba siendo contraproducente. Puedes ganar todas las batallas y, aun así, perder la guerra.

Es lo bastante genérico como para aplicarse a cualquier cosa que estuvieran discutiendo y lo bastante cierto como para que la profesora Chen asienta con aprobación.

Lucas parece molesto por el hecho de que me las haya apañado para parecer inteligente sin participar realmente en el debate.

Ja. Capullo. Toma esa.

El móvil vuelve a vibrar.

Esta vez es un mensaje de un número desconocido: *Coche esperando fuera. —AR*

Alessandro nunca contacta conmigo directamente. Es el aliado de mi padre, no mi chófer personal. Algo debe de ir mal.

Empiezo a recoger mis cosas mientras la profesora Chen da por terminada la charla, con la mente ya pasando de la estrategia corporativa a lo que sea que me espere fuera.

Los demás estudiantes van saliendo, charlando sobre los planes del fin de semana y los próximos trabajos.

Problemas universitarios normales que cada vez me resultan más ajenos.

—¿Ya nos dejas, princesa?

Levanto la vista y me encuentro con Lucas sonriéndome con sorna, claramente resentido por nuestro intercambio anterior.

El apodo hace que se me erice la piel, no porque sea inexacto, sino por cómo lo dice.

Como si fuera una niñata consentida que nunca ha tenido que esforzarse por nada.

—Algunos tenemos responsabilidades reales —respondo, colgándome la mochila al hombro—. Disfruta de tu reunión del fondo fiduciario o de lo que sea que hagas cuando no estás haciendo el ridículo en clase.

Se pone rojo como un tomate, pero yo ya me estoy alejando.

No tengo tiempo para su ego herido, no cuando Alessandro me está esperando.

El aire de octubre me golpea al salir de Hamilton Hall, lo bastante fresco como para obligarme a ajustarme la chaqueta de cuero a los hombros.

Los estudiantes pasan a mi lado a raudales, dirigiéndose a las clases de la tarde o de vuelta a sus residencias, y por un momento siento esa desconexión familiar, como si estuviera observando sus vidas universitarias normales tras un cristal.

Entonces veo el BMW negro aparcado en la acera, y todo lo demás se desvanece.

Alessandro está apoyado en el lado del conductor y, *madre mía*, qué bueno está.

Lleva un traje marengo perfectamente entallado a sus hombros anchos y su complexión delgada.

Tiene el pelo oscuro ligeramente alborotado por el viento, esas ondas espesas por las que me he sorprendido queriendo pasar los dedos más veces de las que me atrevería a admitir.

Cuando me ve, se yergue y recibo todo el impacto de esos ojos color avellana que parecen verlo todo.

Es guapo de una manera que me dan ganas de desmayarme, si fuera de las que se desmayan.

Mandíbula fuerte con apenas un rastro de barba de varios días, labios carnosos que se curvan ligeramente cuando algo le divierte y una nariz perfectamente recta excepto por un bultito mínimo que sugiere que se la han roto al menos una vez.

Tiene una fina cicatriz a lo largo de la mandíbula por la que siempre he sentido curiosidad, pero por la que nunca he preguntado.

Todo en él parece caro y un tanto peligroso, y es irritante lo mucho que me atrae eso.

—¿Cómo ha ido la clase? —pregunta mientras me acerco, con esa voz que tiene un ligero carraspeo que me hace pensar cosas inapropiadas.

—Educativa —respondo, intentando mantener un tono casual.

*¿Educativa, Bianca? ¿Eso es lo que le dices al hombre? Jesús, eres patética.* —Lucas Wellington III ha aprendido unas cuantas verdades crueles sobre la responsabilidad de las partes interesadas.

Los labios de Alessandro se curvan en una sonrisa genuina, y me siento estúpidamente orgullosa de haberle hecho gracia. —Pobre Lucas. Supongo que no ha apreciado tus puntos de vista.

—Me ha llamado princesa. —Pongo los ojos en blanco mientras Alessandro me abre la puerta del copiloto—. Como si eso fuera un insulto.

—Técnicamente es exacto —dice él, y hay algo en su voz que me hace mirarlo con más atención mientras me deslizo en el coche.

El BMW huele a cuero y a la colonia de Alessandro.

Nunca he estado a solas con él de esta manera.

Normalmente, cuando le veo, es en casa con mi padre y otros familiares alrededor.

Esto se siente... diferente.

Alessandro se sienta al volante y estudio su perfil mientras arranca el motor.

Hay una tensión en sus hombros que no estaba ahí cuando le he visto por primera vez, y tiene la mandíbula más apretada de lo habitual.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Me echa una mirada, con esos ojos avellana ilegibles. —¿Por qué no iba a ir bien?

Es una evasiva, lo que significa que algo va mal sin duda. Conozco a Alessandro lo suficiente como para saber cuándo está evitando el tema.

—Porque has venido a buscarme a la facultad —señalo—. Y estás haciendo eso de apretar la mandíbula cuando piensas en algo de lo que no quieres hablar.

Por un segundo, creo que de verdad me va a contar lo que pasa.

Abre la boca como si fuera a hablar.

Pero entonces su teléfono empieza a sonar por los altavoces del coche, y veo el nombre de mi padre en la pantalla del salpicadero.

—Cógelo —digo antes de que Alessandro pueda dudar.

Acepta la llamada. —Matteo.

—¿Dónde estás? —La voz de mi padre llena el coche, y tiene un tono tenso que hace que se me encoja el estómago.

—Acabo de recoger a Bianca. Estamos yendo hacia el complejo ahora mismo.

—Bien. ¿Cuánto tardaréis?

A Alessandro se le blanquean los nudillos sobre el volante. —Veinte minutos si el tráfico ayuda.

Hay una pausa que parece cargada de significado. —Bien. Nos vemos pronto.

La llamada termina, dejándonos en silencio.

Me quedo mirando el salpicadero, con la mente repasando mil posibilidades.

Papá sonaba alterado, por llamarlo de alguna manera, y Matteo DeLuca *nunca* se altera.

—Alessandro. —Mi voz suena más débil de lo que pretendía—. ¿Qué está pasando?

Él alarga la mano y me aprieta la mía brevemente; el contacto me manda una descarga eléctrica por todo el brazo. —Sea lo que sea, lo solucionaremos.

Quiero hacer más preguntas, pero su teléfono empieza a pitar con notificaciones.

Mensaje tras mensaje tras mensaje, los sonidos se solapan hasta que es casi constante.

Mi propio teléfono empieza a hacer lo mismo, inundado de mensajes de compañeros de clase, conocidos e incluso de gente a la que apenas conozco.

Con un temor creciente, abro los mensajes. El primero es de una amiga: *Madre mía, B. ¿Esto es verdad???*

Adjunta hay una noticia. Se me cae el alma a los pies al leer el titular: *Documentos filtrados revelan el imperio criminal de los DeLuca: archivos del FBI exponen décadas de violencia y corrupción.*

—Joder —exhala Alessandro, claramente leyendo sus propios mensajes.

Pulso el enlace con dedos temblorosos. El artículo es del New York Times, publicado hace menos de una hora.

Hay fotos: viejas tomas de vigilancia de Giuseppe que reconozco de los álbumes familiares, documentos del FBI con nombres y fechas, registros financieros que rastrean dinero a través de sociedades pantalla de las que nunca he oído hablar.

Esto ya no es solo mala publicidad.

Son pruebas federales oficiales salpicadas por todos los medios de comunicación importantes del país.

Mi vida universitaria normal, mi anonimato cuidadosamente mantenido... todo eso se acaba de esfumar.

Todos los reporteros de Nueva York estarán ya rebuscando en la historia de nuestra familia, buscando más trapos sucios.

Todos los agentes federales que trabajaron en estos casos estarán recibiendo llamadas de sus superiores preguntando por las investigaciones actuales.

Mierda, mierda, *mierda*.

El nombre de mi abuelo es tendencia en Twitter.

Giuseppe DeLuca, el hombre que construyó el imperio de nuestra familia, cuyo legado papá ha pasado años manteniendo y modernizando con cuidado, está de repente por todas las redes sociales con documentación oficial del FBI adjunta.

Chavales de la universidad están publicando capturas de pantalla de fotos de vigilancia.

Los pódcast de crímenes reales probablemente ya estén grabando episodios de emergencia con pruebas federales reales para respaldar sus teorías.

—Esto es malo —susurro, pasando por más artículos a medida que aparecen. CNN, Fox News, el Washington Post... todo el mundo se hace eco de la noticia.

La mandíbula de Alessandro parece de granito mientras conduce a través de un tráfico cada vez más denso. —Es peor que malo. Alguien ha filtrado archivos clasificados del FBI. Esto ya no son especulaciones, son pruebas federales oficiales. Todas las agencias que trabajaron en estos casos van a estar bajo presión para reabrir las investigaciones.

Me golpea como un puñetazo en el estómago.

Que la gente cotillee sobre nuestra familia es una cosa, pero ¿ver las pruebas del FBI expuestas en todos los grandes sitios de noticias?

Eso es otro nivel.

No se sale indemne de una exposición así. Atrae la atención de todas partes: policías, reporteros, gente que de repente cree saberlo todo.

—¿Quién haría algo así? —pregunto, aunque no estoy segura de querer oír la respuesta.

—Alguien con acceso a archivos federales y un motivo para querer ver a los DeLuca expuestos. —La voz de Alessandro es comedida, como si estuviera tratando de encontrar las palabras adecuadas—. La pregunta es si esto es aleatorio o si el objetivo específico son los DeLuca.

Mi teléfono no deja de vibrar. Más mensajes, más enlaces, más gente que de repente quiere hablar conmigo ahora que los negocios de mi familia son noticia de portada con documentación federal.

Desactivo las notificaciones y me quedo mirando por la ventana, viendo a la gente normal seguir con sus vidas normales mientras la mía, potencialmente, se desmorona.

—Matteo se encargará de esto —dice Alessandro en voz baja, pero hay algo tenso en su voz que me hace pensar que está más preocupado de lo que deja traslucir—. Tenemos que llevarte a casa.

Al entrar en el largo camino que conduce al complejo, veo furgonetas de noticias ya aparcadas al otro lado de la calle, frente a nuestras puertas. Reporteros con cámaras, intentando grabar imágenes de nuestra propiedad.

Se me cae el alma a los pies.

—Joder, qué rápidos son —mascullo.

—Probablemente lleven tiempo controlando las bases de datos federales en busca de filtraciones como esta —explica Alessandro, con la voz cargada de frustración—. En cuanto esos documentos se hicieron públicos, se habrán movilizado. Putos buitres.

Las puertas se cierran tras nosotros, pero aún puedo ver el circo mediático a través de los barrotes.

Así es mi vida ahora: bajo escrutinio, bajo sospecha, cada movimiento analizado y diseccionado por gente que cree entender lo que somos basándose en archivos del FBI de hace décadas.

Al detenernos ante la casa principal, veo varios coches ya aparcados fuera.

El círculo íntimo de papá, convocado para la gestión de crisis.

La discusión que está a punto de tener lugar determinará cómo sobrevivimos a esto.

Alessandro apaga el motor y me mira. Me mira de *verdad*, con esos ojos avellana intensos y preocupados de una manera que me oprime el pecho.

—Sea lo que sea lo que averigües ahí dentro —dice despacio—, contengan lo que contengan esos documentos... recuerda que eso no cambia quién eres.

Hay algo en su voz que me hace pensar que sabe más de lo que dice.

Como si me estuviera preparando para algo concreto, algo peor que la simple mala publicidad.

—Alessandro... —empiezo, pero él ya está saliendo del coche.

Le sigo hacia la casa, con la mente a mil por hora con preguntas que no estoy segura de querer que me respondan.

A nuestra espalda, oigo los gritos distantes de los reporteros que siguen congregados ante nuestras puertas, hambrientos de una historia que podría destruir todo lo que mi familia ha construido.

Cuando llegamos a la puerta principal, me doy cuenta de que lo que aprenda en los próximos minutos lo va a cambiar todo.

El mundo cuidadoso que mi padre ha construido a mi alrededor, la identidad que me he forjado, el futuro que creía comprender... todo está a punto de cambiar.

Solo que aún no sé cuánto.

# 2

# ALESSANDRO

La llamada llega mientras estoy revisando los informes de seguridad semanales en mi despacho, tres plantas por encima de la firma de inversiones legal que me sirve de fachada ante el público.

El nombre de Matteo parpadea en la línea segura; la que solo usamos para asuntos que no pueden esperar.

—Alessandro —respondo al segundo tono, mientras ya alargo el brazo para coger la chaqueta. Matteo no llama en horario de oficina a menos que ocurra algo malo.

—Ve a Columbia ahora mismo. —Su voz tiene una dureza que no he escuchado desde lo de los Calabrese hace dos años—. Trae a Bianca a casa inmediatamente.

Ya estoy caminando hacia la puerta, con las llaves del coche en la mano.

—¿Cuál es la situación?

—Los archivos de Giuseppe están a punto de filtrarse. Documentos federales de los ochenta y los noventa; alguien los está ofreciendo a los principales medios de comunicación. —Su voz suena tensa, con una furia controlada—. Mi contacto en el Times dice que publicarán la noticia en menos de una hora.

Joder. Me detengo ante el ventanal de mi oficina, observando el movimiento de la ciudad como si nada malo pasara.

—¿Hasta qué punto son graves?

—Lo suficiente. —El peso de esas palabras me dice todo lo que necesito saber—. Necesitamos que esté en casa antes de que esto estalle. En cuanto sea público, cada reportero de la ciudad irá a la caza de la princesa de los DeLuca.

Si él lo dice, eso significa que...

—Entendido. Estaré allí en veinte minutos.

La línea se corta y me quedo mirando mi reflejo en el cristal: un hombre de treinta y cinco años que ha construido un imperio mediante una planificación cuidadosa y una visión a largo plazo, que se enfrenta ahora a una crisis que podría desmoronar años de trabajo en cuestión de horas.

Cojo el abrigo y me dirijo al ascensor, con la mente ya en modo gestión de crisis.

Los archivos de Giuseppe.

Después de tantos años, alguien por fin ha conseguido poner las manos en las pruebas federales que se suponía que estaban enterradas a tal profundidad que nunca verían la luz del día.

La pregunta no es solo quién tenía acceso, sino quién ha tenido los huevos de usarlas y por qué ha elegido este momento.

El BMW arranca con un suave ronroneo y me incorporo al tráfico de Manhattan, que ya empieza a espesarse con la hora punta de la tarde.

El teléfono vibra con mensajes entrantes; probablemente mis lugartenientes informando, o quizá otros jefes de familia que han oído rumores.

Los ignoro todos.

Ahora mismo, lo único que importa es llegar hasta Bianca antes de que la noticia salte y comience el circo mediático.

Mientras sorteo las calles congestionadas, mi mente repasa las implicaciones inmediatas.

Que los archivos federales de Giuseppe lleguen a las portadas atraerá una atención que no hemos tenido en años.

Todas las agencias que trabajaron en esos casos se verán presionadas para justificar por qué se cerraron las investigaciones.

Cada familia que ha mantenido el cuidadoso equilibrio de poder en Nueva York reevaluará su posición, buscando oportunidades en el caos.

Giro por Broadway; la familiar sensación del peso de la pistola contra mis costillas es un recordatorio de que, en nuestro mundo, la protección es siempre una cuestión de vida o muerte.

No se me escapa la ironía de que esté cruzando el tráfico a toda velocidad para proteger a la única persona que se ha convertido tanto en mi mayor fuerza como en mi debilidad más peligrosa.

Bianca DeLuca ha sido un problema para mí desde que cumplió los dieciséis.

No porque haya hecho nada malo, sino porque verla crecer y pasar de ser la niña traumatizada que rescatamos del almacén de Mario a la joven brillante y feroz en la que se ha convertido ha sido como presenciar un desastre natural a cámara lenta: hermoso, inevitable y absolutamente destructivo para cualquier atisbo de tranquilidad mental que yo pudiera haber poseído.

A los doce años, no era más que huesos frágiles y ojos atormentados, aferrada a Matteo como si fuera lo único sólido en un mundo que había intentado matarla.

Yo no era más que otro aliado por aquel entonces, alguien que había ayudado a coordinar el rescate y se había ganado un lugar en la

mesa familiar mediante la lealtad y la utilidad.

Apenas me miraba, salvo para susurrar educados agradecimientos cuando le llevaba libros o cuando me sentaba en silencio mientras ella se recuperaba de sus pesadillas.

A los dieciséis, todo había cambiado.

Aquella niña asustada se había transformado en alguien capaz de entrar en una habitación y acaparar la atención sin decir una palabra.

Esos ojos de color azul acero que antes lo miraban todo con una distancia traumática ahora lo veían todo —y a todos— con una inteligencia que resultaba tan excitante como aterradora.

La forma en que había empezado a mirarme durante las cenas familiares, la atención cuidadosa que prestaba cuando yo hablaba, el sutil cambio en su lenguaje corporal cuando yo entraba en una estancia.

Era imposible de ignorar e igualmente imposible de reconocer.

Porque tengo treinta y cinco años y ella es la hija de Matteo, y existen líneas que no se pueden cruzar, por mucha química que chisporrotee entre nosotros en esos momentos en que nuestras miradas se cruzan en una habitación llena de gente.

Pero, joder, lo pone difícil.

Cada reunión familiar se ha convertido en un ejercicio de autocontrol.

Verla debatir sobre política con la sofisticación de alguien que le dobla la edad, captar destellos de la mujer en la que se está convirtiendo... es como ser torturado lentamente por la anticipación de algo que nunca puede suceder.

Y ahora conduzco para recogerla en Columbia, sabiendo que las situaciones de crisis tienen la manía de derribar los cuidadosos

límites que ambos hemos mantenido.

Cuando la adrenalina sube y el peligro parece inminente, la gente se aferra a cualquier consuelo que pueda encontrar.

La idea de estar a solas con ella en mi coche mientras su mundo se desmorona potencialmente a su alrededor es tan necesaria como peligrosa, de formas que no estoy seguro de estar preparado para gestionar.

Tomo el desvío hacia el campus de Columbia, y ya diviso las furgonetas de prensa posicionadas estratégicamente por la zona.

Aún no están en las puertas.

Probablemente esperan la confirmación de que la princesa de los DeLuca realmente asiste a clase aquí.

Pero no pasará mucho tiempo antes de que alguien haga la conexión.

O antes de que alguien lo filtre.

Mi teléfono vibra con un mensaje de uno de mis contactos en los medios: *La historia de Giuseppe DeLuca se publica en treinta minutos. Quizá quieras ver las noticias.*

Joder. Maldita sea.

Esto confirma lo que Matteo ya me ha dicho, pero verlo de una fuente independiente lo hace real. En media hora, todo cambiará.

Saco el teléfono y le envío a Bianca un mensaje rápido: *Coche esperando fuera. -AR*

Contacto directo, en lugar de pasar por Matteo, lo que le indicará que algo va muy mal.

Es lo bastante lista para leer entre líneas, pero espero que no tanto como para adivinar lo catastrófica que podría llegar a ser esta situación.

Mientras aparco frente al edificio académico donde debería estar terminando su seminario, me doy cuenta de que las furgonetas de noticias que vi antes probablemente ya se están posicionando por toda la ciudad, esperando a que la noticia estalle.

Una vez que ocurra, la vida normal cuidadosamente construida de Bianca se habrá acabado.

Se acabó la experiencia universitaria anónima, se acabó el camuflarse entre niños ricos con fondos fiduciarios.

Y entonces la veo.

Lleva un jersey negro ajustado con una chaqueta de cuero negra y vaqueros oscuros, y el pelo le cae en esas ondas sedosas que reflejan la luz cuando se mueve.

Incluso con ropa informal, hay algo en su forma de caminar que la distingue de los demás estudiantes.

Una confianza que emana de saber exactamente quién es y de qué es capaz, aunque sus compañeros sigan felizmente ignorantes de la verdad.

Cuando ve mi coche y empieza a caminar hacia mí, siento esa tensión familiar enroscarse en mi pecho: parte instinto protector, parte atracción inapropiada, parte pavor por tener que ser yo quien le diga que todo está a punto de cambiar.

Porque este viaje no se trata solo de llevarla a casa sana y salva.

Se trata de gestionar una situación en la que su seguridad, la estabilidad de la familia y mis propios sentimientos, cuidadosamente controlados, están a punto de ser puestos a prueba de formas que podrían destruir todo lo que hemos construido.

Le abro la puerta del copiloto y Bianca se desliza en el asiento.

Cuando me siento a su lado tras el volante, casi me abruma el aroma de su perfume y esa energía particular que siempre hace que

el aire parezca cargado entre nosotros.

Mientras hablamos, puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus ojos escudriñan mi rostro buscando pistas sobre lo que va mal.

Sabe que algo se avecina —es demasiado inteligente para no saberlo — y una parte de mí ya teme el momento en que tenga que ver cómo su mundo se hace pedazos, sabiendo que soy impotente para protegerla de este tipo de dolor en particular.

El trayecto hasta el complejo de los DeLuca va a ser los veinte minutos más largos de mi vida.

# 3

# BIANCA

Dios, todo resulta tan *incómodo*.

No sabría decir qué es exactamente lo que ha cambiado, pero hay algo distinto en el ambiente.

Una tensión que me eriza la piel.

Hay más guardias de seguridad de lo habitual patrullando los terrenos, y no se molestan en ser sutiles.

Su postura también ha cambiado; están alerta de una forma que sugiere una amenaza real más que un protocolo rutinario.

Alessandro me acompaña hasta la puerta principal pero no entra, lo cual es raro.

Normalmente, cuando hay asuntos de familia, al menos entra para informar a mi padre.

En lugar de eso, se limita a apretarme el hombro y dice:

—No te alejes de casa esta noche. —Y, tras decir eso, se dirige de nuevo a su coche.

No te alejes de casa.

Como si volviera a tener malditos doce años.

Dentro, en la casa, se siente como si todo el mundo estuviera conteniendo el aliento.

María, nuestra ama de llaves, prácticamente da un brinco cuando la saludo, y Tony —uno de los hombres de mi padre que suele estar relajado conmigo— evita mirarme a los ojos cuando me cruzo con él en el pasillo.

Las conversaciones se interrumpen en cuanto entro en una habitación.

No es la pausa normal de cuando alguien llega, sino el silencio brusco y culpable de la gente que estaba hablando de algo que no quiere que yo oiga.

Encuentro a mi padre y a Bella en la sala de estar y, por un segundo, todo parece normal.

Papá está sentado en el sofá con Arianna en su regazo, ayudándola a apilar bloques de colores mientras Giovanni estrella coches de juguete contra las patas de la mesa de centro.

Bella está acurrucada junto a ellos, riéndose de algo que acaba de decir Giovanni, con la mano apoyada en el brazo de mi padre de esa forma casual e íntima que siempre hace que su amor resulte evidente.

Parecen la familia perfecta. Mamá, papá y sus preciosos gemelos.

De repente, siento como si los estuviera observando a través de un cristal, como si mirara algo de lo que no formo parte realmente, a pesar de que siempre he estado ahí.

La sensación es tan inquietante e inesperada que me detengo en el umbral, estudiando la escena.

—¡Banca! —grita Arianna cuando me ve, y abandona sus bloques para alzar los brazos pidiendo un abrazo.

El apodo me hace sonreír a pesar de mi confusión. Todavía no sabe decir «Bianca» del todo bien, así que soy «Banca» para los dos gemelos, algo que a papá le parece divertidísimo y a Bella adorable.

Me acerco y la cojo en brazos, dándole un beso en su suave pelo.

Huele a champú de bebé y al dulce aroma de las manzanas, su fruta favorita.

Arianna es delicada como su madre, con los ojos color avellana y las facciones suaves de Bella, pero tiene el pelo oscuro de los DeLuca.

—Hola, Aria. ¿Qué estás construyendo?

—¡Un castillo! —anuncia con orgullo, señalando los bloques esparcidos.

Giovanni levanta la vista desde donde ha estado derribando sistemáticamente todo lo que construye su hermana, y no puedo evitar sonreír.

Es el polo opuesto de su gemela.

Es robusto y sólido donde ella es delicada, con el pelo oscuro de papá y esos penetrantes ojos azul grisáceo que lo marcan como un DeLuca inconfundible.

Incluso a sus dieciocho meses, hay algo en su expresión que me recuerda a las viejas fotos familiares de papá a esa edad.

—¡Gio tira todo! —me cuenta Arianna, señalando a su hermano con aire acusador.

Giovanni simplemente sonríe y vuelve a chocar sus coches de juguete, totalmente impasible.

—Giovanni —lo reprende Bella, pero está sonriendo—. Sé bueno con tu hermana.

Me acomodo en el sofá con Arianna todavía en brazos, intentando sacudirme esa extraña sensación de desubicación.

Esta es mi familia. Aquí es donde pertenezco.

Entonces, ¿por qué de repente me siento como una extraña que mira desde fuera?

—¿Cómo ha ido la universidad? —pregunta papá, pero hay algo forzado en su tono casual.

—Bien. —Estudio su rostro, buscando pistas—. Alessandro ha dicho que ha habido algún tipo de problema con la historia de Giuseppe. ¿Cómo de grave es?

Papá y Bella intercambian una mirada rápida, ese tipo de comunicación silenciosa que se da entre dos personas casadas y asquerosamente enamoradas que pueden leerse el pensamiento.

Es la mirada que confirma que definitivamente saben algo que yo no sé.

—Nos estamos encargando —dice papá, lo cual es básicamente una no respuesta—. No tienes de qué preocuparte.

Nada de qué preocuparme.

Ya.

Porque Giuseppe solo era mi abuelo, y que se filtren archivos del FBI sobre sus actividades criminales no podría afectarme en absoluto.

Cuento mentalmente hasta cinco. —Papá, tengo diecinueve años, no nueve. Si esto afecta a la familia, me afecta a mí también.

—Bianca. —Su voz tiene ese tono que solía zanjar las discusiones cuando era más pequeña, la voz del «porque yo lo digo» que significaba que la conversación había terminado.

Salvo que ya no soy una niña, y estoy jodidamente harta de que me traten como si necesitara protección ante una información que probablemente ya esté en todos los informativos.

—La historia está por todas partes —señalo—. Mis compañeros me están enviando capturas de pantalla. No puedes ocultarme esto precisamente cuando es tendencia en Twitter.

Bella se remueve incómoda, acomodando a Giovanni cuando intenta trepar por el respaldo del sofá. —Solo queremos asegurarnos de que estés preparada para la atención mediática —dice con cautela—. Este tipo de exposición puede resultar abrumadora.

Lo cual es cierto, pero no es toda la verdad.

Me doy cuenta por la forma en que evita mirarme y por cómo papá aprieta los labios, de que esto va más allá de la mala publicidad.

—¿Hay algo más? —pregunto directamente—. ¿Algo peor de lo que ya es público?

—Bianca... —empieza papá.

A la mierda con esto.

Que papá empiece por mi nombre significa que me va a dar alguna respuesta vaga y mediocre.

—No. —Me pongo de pie, sintiendo que empiezo a perder los estribos. Dejo con cuidado a Arianna junto a sus bloques—. No me mientas. Noto que los dos estáis asustados por algo concreto, así que decidme qué es de una vez.

Pero papá se limita a negar con la cabeza. —Deja que yo me encargue. Para eso estoy aquí.

Que deje que él se encargue.

Dios, *odio* cuando dice eso.

—Tonterías —le espeto, ignorando la mirada de alarma de Bella—. No soy una princesita frágil a la que haya que proteger del lobo feroz. Tengo diecinueve años y esta también es mi familia. Así que, o me decís qué está pasando realmente, o lo averiguaré por mi cuenta... y no os gustará cómo lo haga.

El rostro de mi padre se endurece y, de repente, ya no es la tierna figura paterna sentada con sus niños; es Matteo DeLuca, el don que no tolera que lo desafíen. —Harás lo que yo te diga, cuando yo te lo diga —gruñe—. Esto no es una democracia, Bianca. Es *mi* familia, e *instrucción* tomo las decisiones.

Su familia. No nuestra familia. La *suya*.

Las palabras me golpean como una bofetada, y algo frío y colérico se despliega en mi pecho. —Entendido. Tu familia. Me queda claro.

Me doy la vuelta y salgo antes de que el dolor se refleje en mi cara, dejando atrás el sonido de los balbuceos confusos de Giovanni y el reproche en voz baja de Bella: «Matteo, eso ha sido demasiado duro».

De repente, la casa me resulta sofocante, como si las paredes se cerraran a mi alrededor.

*Su familia.*

Las palabras siguen resonando en mi cabeza, y cada vez escuecen más.

He vivido aquí toda mi vida, he llamado a este lugar mi hogar durante diecinueve años y, al parecer, solo soy... ¿qué?

¿Una invitada?

¿Alguien a quien tolera por obligación?

Necesito espacio para pensar, para entender qué está pasando de verdad, porque está claro que no sé un carajo sobre mi propia vida.

En lugar de dirigirme a mi habitación como probablemente esperan —como la princesita obediente que hace lo que le dicen—, decido explorar zonas de la casa que rara vez visito.

Quizá encuentre algunas respuestas, ya que nadie parece interesado en dármelas.

El ala este siempre ha estado más tranquila, utilizada sobre todo para almacenamiento y habitaciones de invitados que nunca reciben visitas.

Cuando era pequeña, solía jugar al escondite aquí con Mario antes de... bueno, antes de que todo se fuera a la mierda con él.

Ahora parece olvidada, como una parte de la casa que el tiempo ha dejado atrás.

Estoy deambulando por lo que solía ser un salón cuando veo algo cubierto por una sábana en un rincón.

Algo en la forma me resulta familiar, así que retiro la sábana y me quedo helada.

Es un retrato de mi madre.

Sophia DeLuca me devuelve la mirada desde el lienzo, y se me corta la respiración.

Ya había visto fotos suyas —en el despacho de papá, en algunos álbumes familiares—, pero este cuadro captura algo que las fotografías nunca lograron.

Es hermosa de una forma casi etérea, con facciones delicadas y una piel pálida que la hace parecer frágil.

Pero hay algo en sus ojos... como si hubiera pasado por más de lo que dejaba traslucir.

Dulce, desde luego, pero también con carácter, como si no fuera fácil de doblegar.

Su pelo es del mismo color oscuro que el mío, cayéndole en ondas sobre los hombros.

Tenemos la misma nariz, la misma forma de los labios. Pero sus ojos son diferentes: más claros, más verdes que azules.

Al mirarla, veo de dónde saco mi aspecto, pero también noto las diferencias.

Ya sé que papá no es mi padre biológico.

Me enteré hace dos años cuando Johnny Calabrese me secuestró.

Pero papá me explicó que a veces pasan estas cosas.

Que Sophia había estado con otra persona antes de que se casaran y que eso no importaba porque él había elegido criarme como a su propia hija.

Acepté aquella explicación porque quería hacerlo, porque en realidad no cambiaba nada entre nosotros.

Pero al observar este retrato ahora, empiezo a preguntarme si hay algo más en la historia de lo que papá me contó.

Sin embargo, sentada aquí mirando este retrato, me doy cuenta de lo poco que sé en realidad sobre ella.

Papá no habla mucho de Sophia y, cuando lo hace, suele limitarse a datos básicos.

Murió cuando yo tenía siete años, pero incluso entonces no la veía mucho.

Siempre estaba yendo a fiestas o encerrada en su habitación con jaquecas, más interesada en la ropa bonita y los eventos sociales que en pasar tiempo conmigo.

Alargo la mano y recorro con el dedo la curva pintada de su mejilla.

El lienzo está liso y frío bajo mi tacto.

Si me esfuerzo mucho, casi puedo recordar su perfume.

Era algo caro y floral que solía flotar en los pasillos mucho después de que ella hubiera abandonado una estancia.

Pero puede que solo sea mi imaginación rellenando huecos.

Cuando murió, no sentí un verdadero duelo. ¿Cómo lloras a alguien a quien apenas conocías?

¿A alguien que te parecía más una extraña hermosa que vivía en tu casa que una verdadera madre?

Papá guardó luto suficiente por las dos, y Bella se ha sentido más como una madre o una hermana mayor para mí en los últimos dos años, aunque Bella solo me saque cinco años.

Pero ¿cómo era ella en realidad?

¿En qué pensaba, con qué soñaba?

¿Amaba a papá como Bella lo ama ahora, o su matrimonio era algo totalmente distinto?

¿Cómo era su relación con mi abuelo?

Debía de gustarle o aprobarla a algún nivel si la aceptó en la familia, sabiendo que estaba embarazada del hijo de otro hombre.

Cuanto más miro el cuadro, más preguntas se me amontonan en la cabeza y más me frustra lo pocas respuestas que existen.

Es como intentar resolver un rompecabezas cuando faltan la mitad de las piezas.

Finalmente, no aguanto más.

Necesito respuestas, y está claro que nadie va a dármelas de forma voluntaria.

He terminado de ser la princesita buena que espera pacientemente las migajas de información.

Si papá no me dice qué está pasando, le obligaré a hacerlo.

O se lo sacaré a presión a alguno de sus capitanes.

Siempre han tenido debilidad conmigo.

Vuelvo a atravesar la casa hacia su despacho, con mis pasos resonando en los pasillos silenciosos.

Pero al acercarme, oigo voces que llegan desde el otro lado de la puerta entreabierta.

Voces masculinas, urgentes y tensas.

No debería escuchar a escondidas —lo sé—, pero después de que me hayan dejado fuera de cada conversación hoy, me importa muy poco lo que deba o no deba hacerse.

Avanzo sigilosamente por el pasillo hasta que distingo las palabras.

—... el control de daños va a ser casi imposible si... —Es Antonio, el consigliere de más confianza de papá.

—Conozco los riesgos —es la voz de mi padre, tensa por el esfuerzo —. Pero no podemos controlar lo que ya se ha divulgado.

—La cuestión es qué necesita saber Bianca —es la voz de Bella ahora, más baja pero aún audible—. Y cuándo.

*Qué necesita saber Bianca.*

Se me cae el alma a los pies.

Me están ocultando algo.

Algo lo bastante concreto y trascendental como para que estén manteniendo sesiones de estrategia sobre si debérmelo decir.

—Se va a acabar enterando —dice Antonio—. Mejor que venga de ti que de algún periodista que ande hurgando en los archivos.

—¿Enterarse de qué? —pregunta Bella, y hay algo en su voz que suena casi a… miedo—. No, Matteo. *No*.

—Los archivos no solo contienen registros financieros y pruebas de asesinatos —dice papá despacio—. Hay información personal. Sobre Giuseppe y Sophia. Sobre... lo que pasó entre ellos.

Sigue un largo silencio y me descubro conteniendo la respiración.

—Jesús —susurra Bella—. ¿Cómo de detallado?

—Lo suficiente. —La voz de papá suena cansada, como si el peso del mundo entero estuviera sobre sus hombros—. Lo suficiente para que cualquiera que los lea comprenda qué era Giuseppe y qué le hizo a ella.

*Qué le hizo a ella.*

Me pitan los oídos.

*Qué le hizo a ella.*

No lo que pasó entre ellos, sino lo que *él* le hizo a *ella*. Como si ella no hubiera tenido elección. Como si…

—Matteo —dice Antonio con cautela—, si esto sale a la luz, lo cambia todo. No solo para la reputación de la familia, sino para Bianca en concreto. La gente va a atar cabos.

*Atar cabos*. ¿Qué cabos? ¿De qué están *hablando*?

—Lo sé. —Papá suena agotado de repente, más viejo de lo que lo he oído nunca—. Llevo diecinueve años temiendo este momento.

Diecinueve años. Toda mi vida.

—Quizá ha llegado la hora —dice Bella suavemente—. Quizá ella merece saber la verdad.

¿La verdad sobre *qué*?

No aguanto más.

Sea lo que sea lo que están discutiendo, sea lo que sea lo que me ocultan, necesito saberlo.

Ahora.

Abro la puerta del despacho sin llamar y los tres dan un salto como si los hubieran pillado cometiendo un delito.

—¿Qué verdad? —exijo, mirando directamente a papá—. ¿Qué es eso que supuestamente merezco saber?

El rostro de papá palidece y, por un momento, parece que va a vomitar.

Bella busca su mano y Antonio da un paso atrás como si quisiera huir de lo que sea que esté a punto de ocurrir.

—No es nada —empieza papá, pero puedo ver la mentira formándose en sus labios.

—No. —Me cruzo de brazos y me planto—. Se acabaron los desvíos y el protegerme de lo que sea esto. Acabo de oírte decir que de todas formas me voy a enterar tarde o temprano, así que dímelo ahora. ¿Qué le hizo Giuseppe a Sophia?

A papá se le dilatan las fosas nasales y se yergue en toda su estatura, esa postura intimidante que hace que otros hombres retrocedan. —Bianca, vete a tu habitación. Hablaremos de esto más tarde.

¿En serio va a tratarme como si tuviera cinco años?

¿Que me vaya a mi habitación?

Tiene que estar bromeando.

—Ni hablar. —Mi voz está subiendo de volumen, pero no me importa —. No me voy de aquí hasta que alguien me diga qué está pasando.

—Esto no es discutible —dice papá, empleando esa autoridad fría que solía zanjar las peleas cuando yo era más joven—. No necesitas saber los detalles de...

—¿De *qué*? ¿Qué es lo que no necesito saber? —Siento que pierdo el control, diecinueve años de ser protegida, cobijada y engañada finalmente estallan—. He oído a Antonio decir que voy a enterarme

de todos modos, así que dímelo ya. ¿Qué le hizo Giuseppe a mi madre?

Bella agarra el brazo de papá, con los dedos blancos por la fuerza con que aprieta la manga. —Matteo —dice suavemente—, quizá...

—No —niega papá con la cabeza tajantemente, con el rostro impasible—. Ella no tiene por qué cargar con esto. No es su peso.

—¡No es tu decisión! —estallo, y mi voz reverbera en las paredes del despacho—. ¡Se trata de *mi* madre y de *mi* familia y de *mi* vida, así que es absolutamente mi decisión! ¿Qué le hizo Giuseppe a Sophia?

El silencio que sigue es ensordecedor.

El rostro de papá se ha vuelto ceniciento y los ojos de Bella brillan por las lágrimas contenidas.

Antonio parece querer desaparecer por completo.

Finalmente, papá cierra los ojos, respira hondo con un temblor y, al abrirlos de nuevo, veo algo que parece una derrota total.

—La violó —dice en voz baja—. Giuseppe violó a Sophia. Repetidamente.

Siento que algo se hace añicos en mi interior, pero, antes de que pueda procesarlo por completo, papá continúa.

—Y nueve meses después, naciste tú.

El mundo se inclina hacia un lado.

Nueve meses después. Giuseppe violó a Sophia. Nací yo.

Los cabos que mencionó Antonio se atan con una claridad devastadora.

Si Giuseppe violó a mi madre y yo nací nueve meses después, entonces la historia que papá me contó sobre que Sophia estuvo con otra persona antes de su matrimonio era mentira.

Giuseppe no es mi abuelo.

Es mi *padre*.

Lo que significa que el hombre que me crió no es mi padre en absoluto. Es mi...

—Eres mi *hermano* —susurro, y las palabras me resultan extrañas y erróneas en la boca. Voy a ponerme enferma—. Oh, Dios mío. No eres mi padre. Eres mi *hermano*.

Papá —Matteo, mi hermano— se estremece como si le hubiera dado una bofetada. —Bianca, por favor…

Pero no puedo oír lo que sea que esté a punto de decir por el rugido en mis oídos.

Todo lo que he creído sobre mí misma, sobre mi identidad, sobre mi lugar en esta familia... todo ha sido una *mentira*.

Giuseppe DeLuca, el hombre cuya foto está vuelta en el despacho de papá, el hombre cuyo legado se supone que debo heredar, el hombre al que he pasado mi vida intentando comprender y emular... no es el abuelo que construyó un imperio para el futuro de su familia.

Es el monstruo que violó a mi madre y me engendró.

Y Matteo —el hombre que me crió, que me enseñó todo lo que sé, al que he llamado papá durante diecinueve años— no solo mintió sobre quién era mi padre biológico.

Mintió sobre todo.

La historia de que Sophia había estado con otro, la explicación casual de que la genética no siempre cuadraba... todo estaba diseñado para ocultar la verdad de que mi madre fue violada por su propio padre.

No soy la hija mayor de Matteo DeLuca.

Soy la hija de la víctima de Giuseppe DeLuca, y la medio hermana de Matteo, y todo lo que creía saber sobre el amor, la familia y quién soy acaba de revelarse como una construcción elaborada diseñada para protegerme de una verdad que lo cambia todo.

La habitación da vueltas y tengo que agarrarme al respaldo de una silla para no caer.

—*Diecinueve años* —logro decir, y mi voz suena como si viniera de muy lejos—. Llevas mintiéndome *diecinueve años*.

# 4

# ALESSANDRO

Las llamadas empiezan antes incluso de que haya salido de la propiedad de los DeLuca.

—Alessandro —respondo a la primera mientras estoy sentado en mi coche, en la entrada circular, sabiendo ya que esta va a ser una noche muy larga.

—Tenemos que hablar. —La voz de Vincent Aguilera tiene esa neutralidad cautelosa que significa que está buscando información—. Este asunto de Giuseppe... está causando revuelo.

Revuelo.

Como si la exposición sistemática de pruebas federales con décadas de antigüedad fuera un pequeño inconveniente en lugar de una potencial declaración de guerra contra cada familia que ha mantenido el delicado equilibrio de poder en Nueva York.

—Estoy al tanto de la situación —respondo, manteniendo mi propia voz igual de neutral.

Vincent lleva meses poniendo a prueba los límites de nuestra alianza, buscando cualquier signo de debilidad que pueda explotar.

—Mi preocupación es cómo afecta esto a nuestros acuerdos comerciales. Si el apellido DeLuca se vuelve demasiado... visible...

podría complicar las cosas para todos nosotros.

Traducción: se está preguntando si este es el momento de distanciarse de los DeLuca y alinearse con alguien menos expuesto.

Los buitres ya están sobrevolando, y la noticia no lleva ni dos horas en el dominio público.

—La familia DeLuca ha capeado tormentas peores que esta —digo, observando al personal de seguridad moverse por los terrenos del recinto—. Los DeLuca no construyeron su imperio por accidente.

—Desde luego que no. Pero el escrutinio público cambia las cosas. La atención federal suele poner nervioso a todo el mundo.

Termino la llamada sin comprometerme a nada, pero Vincent ya ha dejado clara su postura.

Mantendrá nuestra relación comercial mientras sea rentable, pero en el momento en que la presión se vuelva demasiado intensa, cortará los lazos para proteger sus propios intereses.

Siguen tres llamadas más con el mismo patrón: jefes de familia que llevan años haciendo negocios con nosotros, de repente preocupados por su exposición, sus reputaciones, su responsabilidad ante la justicia federal.

Cada conversación es una danza cuidadosa alrededor de la verdadera pregunta: ¿es este el principio del fin del poder de los DeLuca?

No se me escapa la ironía de estar atendiendo llamadas sobre estabilidad política cuando noto que mis propios cimientos se tambalean bajo mis pies.

Cada conversación sobre la estrategia de alianza y la exposición federal se filtra a través de los pensamientos sobre Bianca: cómo está asimilando esta revelación, si comprende todas las implicaciones, qué significa esto para su futuro como heredera de Matteo.

Mi teléfono suena de nuevo y suelto un suspiro sonoro, frotándome la cara con las manos.

Esta vez es Angelo Manzo, uno de los jefes de familia más veteranos que nunca ha terminado de confiar en la alianza entre los Ricci y los DeLuca.

—Alessandro —dice Angelo, con voz grave y rasposa por demasiados años fumando puros—. Supongo que has visto las noticias.

—Es difícil pasarlas por alto —me recuesto en el asiento de cuero, preparándome ya para otra conversación inquisitiva sobre lealtad y acuerdos comerciales.

—Este asunto de Giuseppe... está trayendo viejos recuerdos —se oye un ruido de succión de fondo, como si Angelo estuviera mordisqueando un puro—. Hace que uno se pregunte qué otros secretos podrían salir a la luz si la gente empieza a escarbar lo suficiente.

Hay algo en su tono que me pone en guardia.

Angelo no estaba simplemente comentando la situación; estaba tanteando para ver cuánto sé sobre los secretos más profundos de la familia.

—Giuseppe lleva años muerto —respondo con cautela—. Hiciera lo que hiciese, es historia antigua.

—¿Lo es? —La risa de Angelo no tiene rastro de afecto—. Porque desde donde *yo* estoy parece que el pasado tiene una forma de alcanzar a la gente. Especialmente cuando hay pruebas federales de por medio.

La conversación continúa durante otros diez minutos, pero el mensaje está claro: si sale a la luz más información dañina, las otras familias no dudarán en usarla contra nosotros.

Cada relación que he pasado años construyendo, cada alianza que ha mantenido la paz, depende ahora repentinamente de lo bien que

aguantemos esta tormenta.

Después de colgar, me quedo mirando la casa principal a través del parabrisas, pensando en cómo he llegado hasta aquí; cómo un operario de calle con nada más que ambición e inteligencia logró construir un imperio que ahora se encuentra en el centro de la red de poder más peligrosa de Nueva York.

Empezó con la lealtad.

Específicamente, mi lealtad hacia Matteo durante el periodo más oscuro de su vida.

Yo era un capitán a mediados de mis veinte años cuando la situación de Sophia llegó a su punto crítico.

Lo bastante inteligente como para ver patrones que otros pasaban por alto, lo bastante ambicioso como para querer algo más que operaciones a pie de calle, pero aún no lo suficientemente poderoso como para infundir un respeto real.

Matteo estaba lidiando con sospechas sobre las actividades de su mujer: rumores de que se reunía con enemigos, compartía información, saboteaba las operaciones familiares.

La mayoría de los hombres en su posición habrían actuado con violencia primero y hecho preguntas después.

Pero Matteo era diferente.

Quería pruebas antes de actuar, quería comprender el alcance de la traición antes de decidir cómo responder.

Esa forma de pensar ante una traición personal me mostró cómo era el verdadero liderazgo.

Cuando todo estalló —cuando la alianza de Sophia con Johnny Calabrese se volvió innegable, cuando el enfrentamiento en la casa terminó con su muerte—, yo fui una de las pocas personas que supo la verdadera historia.

No la versión edulcorada que protegía la reputación de Matteo, sino la verdad sobre una mujer desesperada que había elegido el poder por encima de la familia y pagado el precio más alto.

Ese conocimiento, y mi discreción al gestionarlo, me ganaron la confianza de Matteo de una forma que el dinero o el miedo nunca podrían haber logrado.

En nuestro mundo, la lealtad demostrada durante una crisis es la base de todo poder real.

Pero fue el secuestro de Bianca varios años después lo que transformó nuestra relación profesional en algo más profundo.

La traición de Mario DeLuca dolió más de lo que la de Sophia jamás podría haberlo hecho, porque se supone que la sangre significa algo en nuestro mundo.

Cuando el hijo bastardo de Giuseppe decidió que su hermano era débil, que la familia necesitaba un liderazgo diferente, eligió el método más brutal posible para dejarlo claro: llevarse a una niña de doce años y usarla como moneda de cambio contra su padre.

Nunca olvidaré la llamada que llegó en plena noche. La voz de Matteo, rota por el pánico y la rabia: —Se han llevado a Bianca. Mario la tiene, y la va a matar si no dimito.

Había ayudado a coordinar esfuerzos de búsqueda antes, pero esto era distinto.

Esto era personal de una manera que me sorprendió, no solo por mi lealtad hacia Matteo, sino porque conocía a Bianca, había visto su inteligencia y su coraje incluso a una edad tan temprana.

El contenedor de carga donde finalmente la encontramos era un testimonio de la crueldad de Mario.

Maldito Red Hook, rodeado de inmundicia.

Cuando entramos en el contenedor, yo estaba justo detrás de Matteo, con el arma desenfundada, esperando lo peor.

Lo que encontramos fue a una niña despojada de su dignidad; doce años, en silencio, temblando en un rincón de un contenedor de carga.

Tenía el uniforme rasgado, las muñecas irritadas y sangrando.

Ese momento se grabó a fuego en mi memoria, una herida que llevo conmigo desde entonces.

Pero lo que más se me quedó grabado no fue el rescate en sí.

Fue lo que vino después.

Bianca, antes tan protegida y silenciosa durante todo el caos, finalmente se derrumbó.

No habló, solo buscó a Matteo con una desesperación silenciosa, como si una parte de ella hubiera sabido siempre que él vendría.

Se aferró a él no como una víctima, sino como alguien que reclama seguridad por primera vez.

Y cuando él la sacó en brazos, no fueron sus lágrimas lo que más recordé.

Fue la forma en que su mano se aferró al puño de su camisa, negándose a soltarlo.

Ese fue el momento en que comprendí lo que la familia significaba realmente para los DeLuca.

No solo sangre y tradición, sino el tipo de amor que quemaría el mundo entero para mantenerse a salvo unos a otros.

También fue el momento en que me di cuenta de que mi lealtad a esta familia ya no era solo profesional.

Ver a Matteo sacar a su hija de aquel almacén, ver el alivio, el amor y la determinación en su rostro...

Supe entonces que seguiría a este hombre a cualquier parte, lucharía en cualquier batalla, me enfrentaría a cualquier enemigo para proteger lo que él había construido.

Aquella operación consolidó mi reputación como alguien en quien se podía confiar para proteger los activos más preciados de la familia.

En dos años, había construido mi propia organización con el apoyo de Matteo, creando una base de poder separada pero aliada que fortalecía nuestras posiciones.

Pero ahora, siete años después, estoy sentado en mi coche en la entrada de la casa de Matteo, atendiendo llamadas de hombres que quieren saber si esa lealtad se mantiene cuando el foco de atención federal se vuelve demasiado intenso.

Antes de que pueda decidir si irme a casa o quedarme cerca por si Matteo necesita apoyo adicional, mi teléfono vibra con un mensaje de texto de Bella DeLuca.

*Alessandro, aquí se ha desatado el caos. Bianca sabe la verdad sobre Giuseppe y Sophia. Matteo se está desmoronando. Por favor, ¿puedes buscarla y hablar con ella? Puede que a ti te escuche.*

Me quedo mirando el mensaje durante un largo rato, con el pecho apretado por una emoción que no quiero examinar demasiado de cerca.

Bianca sabe la verdad.

Después de diecinueve años de una protección cuidadosamente orquestada, por fin sabe que Giuseppe no era solo su abuelo; era su padre.

Que Matteo no es su padre, sino su hermanastro.

Que todo lo que ha creído sobre su identidad ha sido una mentira diseñada para protegerla de una verdad insoportable.

No puedo imaginar lo que una revelación así le hace a alguien.

La destrucción absoluta del sentido de uno mismo, comprender que cada relación que has atesorado se basa en el engaño, darse cuenta de que no eres solo la heredera de un imperio criminal, sino el resultado directo de la violencia de su fundador.

Y está sola con ese conocimiento, probablemente sintiendo que no le queda nadie en quien confiar.

La parte racional de mi mente sabe que debería mantener los límites profesionales que han mantenido nuestra relación operativa durante años.

Pero la parte irracional —la parte que lleva luchando contra sentimientos inapropiados desde su decimosexto cumpleaños— no desea nada más que encontrarla y ofrecerle cualquier consuelo que pueda brindarle.

Ser la persona a la que acuda cuando su mundo se desmorone, sin importar las implicaciones.

La cuestión es si puedo encontrarla y proporcionarle ese apoyo sin cruzar líneas que nunca se puedan volver a trazar.

Pero mientras salgo del coche, me doy cuenta de que ya he pasado el punto de preocuparme por los límites.

Bianca necesita ayuda, y yo soy la única persona que podría proporcionársela sin juicios ni segundas intenciones.

Todo lo demás —las implicaciones políticas, el entorno familiar, la atracción inapropiada que llevo años combatiendo— tendrá que esperar hasta que sepa que está a salvo.

# 5

# BIANCA

No puedo respirar.

Las palabras no dejan de resonar en mi cabeza —*la violó, Giuseppe violó a Sophia, naciste nueve meses después*—, y siento que me estoy ahogando en ellas.

Me llenan los pulmones y me asfixian desde dentro.

Giuseppe no es mi abuelo. Es mi *padre*.

Y mi padre es... un violador.

Un monstruo que forzó a mi madre y me creó a mí.

Y Matteo... Jesús, Matteo no es mi padre en absoluto.

—No eres mi padre —las palabras se sienten como cristales en mi garganta, afiladas, erróneas e imposibles—. Eres mi hermano.

¿He dicho eso ya? No tengo ni idea. Pero sigo saboreando las palabras. Son tan amargas.

Matteo —porque eso es lo que es ahora, ¿verdad?

No papá, solo Matteo— parece como si le hubiera apuñalado.

Su rostro se queda completamente blanco, a excepción de dos manchas de color en lo alto de sus pómulos, y sus manos tiemblan.

—Bianca, por favor...

—¿Por favor, qué? —estoy gritando ahora, creo, pero no puedo controlar el volumen de mi voz más de lo que puedo controlar los pensamientos que dan vueltas en mi cabeza—. ¿Por favor, finge que no acabas de decirme que todo lo que he creído sobre mí misma es una puta mentira?

Bella intenta alcanzarme, con el rostro surcado de lágrimas, pero me aparto de su contacto como si me quemara.

Ella no es mi madrastra.

Es mi... ¿qué?

¿Mi cuñada?

¿La mujer que se casó con mi medio hermano y tuvo hijos con él mientras yo jugaba a ser la hermana mayor de unos niños que en realidad son mis sobrinos?

—¡Todo lo que soy, todo lo que creía sobre mí misma... todo ha sido una mentira! —la voz se me quiebra en la última palabra, y odio lo joven que sueno. Lo rota—. ¡Todo este tiempo he pensado que eras mi *padre*!

—*Soy* tu padre —dice Matteo, desesperado, dando un paso hacia mí —. La biología no cambia eso. Elegí criarte, elegí amarte...

—¡Elegiste mentirme! —la traición es como ácido en mis venas, quemando cada buen recuerdo que tengo de él—. ¿Cómo podías mirarme cada día y mentirme a la cara? ¿Cómo pudiste dejar que te amara como a un padre cuando eres mi hermano?

Siento que la habitación da vueltas.

Cada cumpleaños en el que me dio regalos y me dijo que estaba orgulloso de mí.

Cada vez que le llamé papá y él sonrió.

Cada cena familiar en la que me senté a su derecha como la heredera de su imperio. Cada momento de confianza, amor y guía...

Todo ello construido sobre una mentira.

—Oh, Dios —un pensamiento me cruza la mente—. Mario. Mario también es mi hermano, ¿verdad?

El rostro de Matteo se vuelve, si cabe, aún más pálido.

—¿Verdad? —estoy gritando de nuevo, y mi voz resuena en las paredes del despacho—. El hombre que me secuestró cuando tenía doce años, que me metió en aquel contenedor de carga y me dijo que solo era un juego... ese no era mi tío intentando matarme. Era mi *hermano*.

Joder, eso lo hace mucho *peor*.

El recuerdo me invade: tener doce años y estar aterrorizada, acurrucada en esa caja metálica oscura, pensando que mi tío se había vuelto loco.

Pero no era mi tío.

Era otro hermano.

Otra persona que compartía la sangre de Giuseppe, la violencia de Giuseppe, la disposición de Giuseppe para herir a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Incluyéndome a mí.

—¿Cuántos más hay? —pregunto, con la voz de repente baja y letal —. ¿Cuántos otros hermanos y hermanas tengo repartidos por la ciudad? ¿A cuántas otras mujeres violó Giuseppe? ¿Cuántos otros niños como yo andan por ahí sin saber la verdad sobre lo que son? ¿Que todos somos productos de un monstruo, lo que nos convierte también a nosotros en monstruos?

—Bianca, *para* —la voz de Matteo se quiebra y tiene lágrimas en los ojos, pero no me importa. Ya no me puede importar—. Tú no eres lo

que era Giuseppe. No eres un monstruo solo porque...

—¿No lo soy? —me río, y suena horrible incluso para mis propios oídos.

Amarga y cortante, nada que ver con la risa que tenía hace apenas cinco minutos, cuando mi mundo tenía sentido—. Soy la hija de un violador, Matteo. Soy el producto de la violencia y el odio y de todo lo malvado de esta puta familia.

—No. —Él da otro paso hacia mí, y esta vez no retrocedo porque quiero que vea la furia en mi rostro.

Quiero que entienda lo que me ha hecho—. Eres *mi* hija. Eres inteligente y feroz y...

—Soy la hija de *Giuseppe* —le corto—. Tengo su sangre. Su ADN. Su capacidad para la violencia. ¿Y sabes qué es lo peor? Que puedo *sentirlo*. Puedo sentir algo oscuro y furioso dentro de mí que quiere herir a la gente, y siempre pensé que venía de ti. Pensé que era algo que me habías enseñado, algo que aprendí observando al hombre que creía que era mi padre.

—Bianca, yo también tengo su sangre —dice Matteo desesperado—. Eso no me convierte en...

—¡Pero tú no fuiste concebido en la violencia! —estallo—. Tu madre *eligió* estar con Giuseppe. Se casó con él, lo amó... o al menos lo intentó. Fuiste deseado. Fuiste el producto de una relación, aunque no fuera una buena. Yo soy el producto de una violación. Soy lo que sucede cuando un monstruo toma lo que quiere por la fuerza.

Matteo retrocede bruscamente, con el dolor brillando en sus ojos.

—Pero no vino de ti, ¿verdad? Vino de *él*. De Giuseppe. Es genético. Es quien soy al nivel más fundamental —hablo cada vez más rápido, las palabras brotan de mí como el agua de una presa rota—. Cada vez que he querido hacer daño a alguien que me ha fastidiado, cada vez que he sentido esa satisfacción fría cuando ganaba una

discusión o me vengaba de alguien que me había ofendido... eso no es un comportamiento aprendido. Es una herencia.

—*Por favor*, Bianca...

—¿Y lo peor? —estoy llorando ahora, lágrimas de rabia que no puedo detener—. Lo peor de todo es que lo sabías. Lo has sabido toda mi vida, y dejaste que me creyera este cuento de hadas donde yo era tu hija y Sophia se había quedado embarazada antes de conocerte pero tú te casaste con ella de todos modos y Giuseppe era mi abuelo que construyó un imperio para el futuro de su familia.

Me limpio la cara con el dorso de la mano, emborronando las lágrimas y probablemente el rímel por mi mejilla—. Pero eso no fue lo que ocurrió, ¿verdad? Giuseppe no construyó un imperio para su familia. Lo construyó para sí mismo, y se llevó por delante todo lo que quiso por el camino. Incluyendo a mi madre. Incluyéndome a mí.

—Él no te tomó a ti —dice Matteo con desesperación—. Tú eres *mía*. Te lo dije hace dos años cuando descubriste que yo no era tu padre biológico. En el momento en que naciste, elegí ser tu padre. *Soy* tu padre.

—Elegiste mentirme —mi voz es ahora plana, vacía de todo excepto de agotamiento y traición—. Me miraste a los ojos y mentiste sobre la verdad más básica de mi existencia.

—Para protegerte...

—¿De qué? ¿De saber que mi verdadero padre era un monstruo? Te tengo noticias, Matteo: ya sabía que Giuseppe era un monstruo. Todo el mundo sabe que Giuseppe era un monstruo. No me protegiste de nada excepto de la verdad. La verdad que fuiste demasiado cobarde para contarme.

Me giro hacia la puerta, de repente desesperada por salir de esta habitación, lejos de sus rostros y sus explicaciones y su puta compasión.

—¿A dónde vas? —pregunta Bella, con voz pequeña y asustada.

—No lo sé —y no lo sé.

No tengo ni idea de a dónde ir ni de qué hacer ni de cómo procesar el hecho de que todo lo que creía saber sobre mí misma era falso—. Necesito... necesito pensar. Necesito descubrir quién demonios soy ahora que sé que no soy quien pensaba.

—Bianca, por favor, no te vayas —dice Matteo, y hay tanto dolor en su voz que por un segundo casi me doy la vuelta y dejo que me abrace y me diga que todo va a ir bien, como hacía cuando era pequeña y tenía pesadillas.

Pero luego recuerdo que esas pesadillas probablemente eran sobre Giuseppe —sobre mi verdadero padre— y que incluso mi subconsciente sabía que algo andaba mal en la historia que me habían contado.

—No puedo mirarte ahora mismo —digo sin darme la vuelta—. No puedo mirar a ninguno de vosotros y fingir que esto está bien. Que diecinueve años de mentiras es algo que puedo superar simplemente porque teníais buena intención.

—Bianca...

—No —me doy la vuelta bruscamente, y la furia ha vuelto, ardiente, afilada y consumidora—. Ya no puedes usar ese tono conmigo. No puedes usar esa voz —esa voz de padre— porque no eres mi padre. Perdiste el derecho a consolarme el día que decidiste construir toda mi vida sobre una mentira.

Las palabras le golpean exactamente como yo quería, y una parte de mí —la parte que aparentemente es la hija de Giuseppe— se siente satisfecha por su dolor.

Quiere herirle más, quiere hacerle sentir una fracción de lo que yo estoy sintiendo ahora mismo.

—¿Quieres saber cuál es la verdadera tragedia? —pregunto, tragando saliva ante el nudo en mi garganta—. No es que Giuseppe violara a mi madre. No es que yo sea el producto de la violencia. Es que la única persona en el mundo en la que confiaba para decirme siempre la verdad resultó ser el mayor mentiroso de todos.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta, ignorando los sollozos silenciosos de Bella y el incómodo movimiento de pies de Antonio.

—Tengo que salir de aquí —digo sin dirigirme a nadie en particular —. Tengo que ir a algún sitio donde pueda descubrir quién soy sin que todo el mundo me mire como si estuviera a punto de romperme.

—No es seguro... —empieza Matteo.

—¡Me importa un carajo la seguridad! —me giro una vez más, y veo cómo retrocede ante el lenguaje y la furia de mi voz—. Lo seguro habría sido decirme la verdad. Lo seguro habría sido dejarme crecer sabiendo exactamente lo que era, en lugar de dejarme vivir en una fantasía.

—Por favor —susurra, y parece tan destrozado que por un momento casi cedo.

Pero luego recuerdo que este es el mismo hombre que me mintió durante toda mi vida, y el momento pasa.

—Volveré cuando pueda mirarte sin querer herirte —digo, y lo digo en serio.

Ahora mismo, la furia brilla de forma tan intensa y ardiente dentro de mí que me da miedo lo que pueda decir o hacer si me quedo—. Pero ahora mismo, necesito estar en cualquier lugar menos aquí.

Salgo del despacho y no miro atrás, ni siquiera cuando oigo a Bella pronunciar mi nombre. Ni siquiera cuando oigo la voz rota de Matteo diciendo: —Dejadla ir. Necesita espacio.

Tiempo. Como si el tiempo fuera a arreglar esto mágicamente. Como si mañana fuera a despertarme y me fuera a parecer bien el hecho

de que toda mi vida es una mentira.

Cojo las llaves de la mesa del recibidor y paso de largo ante los guardias de seguridad que preguntan a dónde voy.

No tengo ni puta idea de a dónde voy.

Solo sé que no puedo quedarme en esta casa llena de fotos familiares de mierda y de gente actuando como si yo fuera una princesita frágil.

No soy una princesa.

Soy la hija de un violador, y al parecer he sido demasiado estúpida para darme cuenta durante diecinueve años.

Necesito conducir. Necesito alejarme del rostro desolado de Matteo y del llanto de Bella y de toda esta gente que cree saber qué es lo mejor para mí cuando me han estado mintiendo toda mi vida.

Doy un portazo y no miro atrás.

# 6

# ALESSANDRO

El coche de Bianca sigue aparcado en su sitio de siempre, el Audi plateado reluciente bajo las luces de seguridad.

El alivio me inunda.

Al menos no ha huido a la ciudad, donde cualquier cosa podría pasarle dado su estado emocional actual.

Pero si sigue aquí, ¿a dónde habría ido?

Me quedo un momento en la entrada, reflexionando.

Su dormitorio sería demasiado obvio, una reacción propia de una niña que busca consuelo en un entorno familiar.

Y ahora mismo, nada en esta casa le resulta familiar o seguro.

Necesitaría algún lugar privado, un sitio donde pudiera pensar sin interrupciones.

Algún lugar que sienta solo suyo, apartado de la dinámica familiar que acaba de estallar a su alrededor.

Su despacho.

No la biblioteca formal que la familia utiliza para reuniones de negocios ni el propio despacho de Matteo, sino el pequeño estudio

privado de la segunda planta que Matteo mandó reformar para ella cuando empezó el instituto.

Su santuario, lleno de sus libros y papeles y ese tipo de entorno controlado que utiliza para procesar problemas complejos.

Me dirijo hacia la entrada principal, notando lo silenciosa que se ha vuelto la propiedad.

El habitual zumbido de actividad de fondo —seguridad haciendo sus rondas, el personal doméstico terminando las tareas de la tarde— se ha silenciado hasta casi desaparecer.

Incluso los guardias de la puerta parecen incómodos, como si no estuvieran seguros de qué protocolo seguir cuando la familia implosiona.

La casa parece una tumba mientras entro.

Mis pasos son deliberadamente silenciosos sobre los suelos de mármol; años moviéndome en situaciones peligrosas han hecho del silencio algo natural.

Oigo voces que vienen del despacho de Matteo —una conversación acalorada que sugiere que la gestión de la crisis continúa—, pero paso de largo y me dirijo a la escalera principal.

La segunda planta está aún más tranquila que la primera, con sombras acumulándose en los rincones a pesar de la iluminación del techo.

Avanzo por el pasillo hacia el despacho de Bianca; cada paso me pesa más, consciente de que lo que ocurra en los próximos minutos determinará si Bianca se abrirá a mí.

La puerta de su despacho está entreabierta y oigo algo que me encoge el pecho: el sonido de cristales rotos, seguido de lo que podría ser un sollozo o un insulto. Me detengo fuera, escuchando.

—Maldito mentiroso —su voz suena ronca, rota—. Diecinueve años de putas mentiras —.

Más cristales rotos.

El chasquido seco de marcos de fotos al ser destrozados.

Empujo la puerta con cuidado y la encuentro en medio de lo que solo puede describirse como devastación.

Su despacho suele ser una mezcla caótica de libros de texto universitarios apilados al azar en cada superficie, latas vacías de bebidas energéticas por doquier y guirnaldas de luces alrededor de la ventana que ella insistió en poner a pesar de que Matteo pusiera los ojos en blanco.

Hoy parece que haya pasado un huracán.

El aire huele a su vela favorita de Bath & Body Works —un aroma a vainilla empalagosamente dulce—, a café pasado y a ese olor particular de comida basura que se toma por estrés.

Su portátil sigue abierto sobre el escritorio, probablemente con diecisiete pestañas diferentes abiertas para algún trabajo que está posponiendo.

Hay ropa por todas partes: una sudadera de Columbia tirada sobre su silla, unos vaqueros arrugados en una esquina y lo que parece un vestido que llevó a alguna fiesta el fin de semana pasado colgando de su estantería.

Fotos familiares están esparcidas por el suelo de madera, con los marcos destrozados y los cristales reluciendo como estrellas bajo las guirnaldas de luces.

Los libros han sido barridos de las estanterías: en su mayoría libros de texto que probablemente nunca abre, unas cuantas novelas románticas con tíos sin camiseta en la portada y lo que parece su anuario del instituto.

Su tablón de anuncios cuelga torcido, cubierto de fotos de ella y sus amigos de la universidad haciendo muecas, entradas de cine y un permiso de aparcamiento de Columbia.

Sostiene otro marco de fotos, este de ella y Matteo en su graduación del instituto, ambos sonriendo a la cámara con evidente amor y orgullo.

Ante mi mirada, lo lanza contra la pared opuesta con fuerza suficiente para hacer añicos el cristal del marco y dejar una marca en el papel pintado.

Tengo que detenerla antes de que lo destruya todo por completo. —Bianca.

Se gira hacia mí y la visión de su rostro me deja sin aliento.

Las lágrimas han dejado surcos en su maquillaje, tiene el pelo revuelto de pasarse las manos por él y los ojos rojos e hinchados de llorar.

Pero es la furia pura en su expresión lo que me hace dudar; el tipo de rabia que arde con tanta intensidad que resulta casi incandescente.

—Alessandro. —Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre—. ¿Tú lo sabías?

La pregunta queda suspendida entre nosotros como un arma cargada.

Podría mentir, podría fingir ignorancia para ahorrarle la traición adicional de saber que una persona más en su vida ha estado guardando secretos.

Pero al mirarla ahora, al ver la necesidad desesperada de honestidad en sus ojos, sé que cualquier cosa que no sea la verdad destruirá cualquier confianza que pueda existir entre nosotros.

—Sí —digo en voz baja—. Lo he sabido desde el principio.

Se ríe, pero no hay humor en ello; solo un sonido amargo que parece rasparle la garganta. —Claro que sí. *Par faltar*, la única persona que pensé que podría ser diferente, que podría ser honesta conmigo, también me ha estado mintiendo.

—No te estaba mintiendo —digo con cautela, dando un paso hacia el interior de la habitación—. Guardaba el secreto de Matteo. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Coge otra foto, esta de toda la familia las pasadas Navidades: Bella y Matteo con los gemelos, Bianca riéndose de algo que hacía Giovanni mientras Arianna le estornuda en la cara a Matteo—. Porque, desde donde yo estoy, parece que todos en los que he confiado han estado participando en un elaborado juego donde yo soy la única que no conoce las putas reglas.

Lanza la foto y veo cómo se hace añicos contra la estantería: la felicidad familiar reducida a fragmentos.

—Él no es mi padre —dice con voz vacía—. Matteo no es mi padre, es mi hermano. Mi hermanastro... lo que sea. Y Giuseppe... Giuseppe es mi padre. El monstruo que construyó este imperio sobre sangre, violencia y violaciones, él es mi *verdadero* padre.

Me acerco más, atraído por la desolación de su voz. —Escucha...

—No. —Levanta una mano, pero no hay fuerza real tras el gesto—. No intentes arreglar esto. No intentes explicar por qué todos pensasteis que estaba bien mentirme durante diecinueve años. Simplemente... no lo hagas.

Pero no puedo mantenerme alejado.

No cuando se está desmoronando de esta manera.

No cuando cada instinto me grita que la consuele de alguna forma.

—En nuestro mundo —digo con cuidado—, la confianza es la única moneda que importa. Y todos en los que has confiado han quebrado esa confianza a la vez.

Me mira entonces, me mira *de verdad*, y algo duro cruza su expresión. —Eh, incluyéndote a ti, Alessandro. Acabas de decir que lo has sabido desde el principio, así que no actúes como si fueras de algún modo mejor que los demás.

No se equivoca y no voy a cabrearla discutiendo con ella. —Tienes razón. Yo también guardé el secreto.

—¿Entonces por qué debería creer nada de lo que digas? —Su voz es cruda, desafiante, mientras se cruza de brazos con fuerza.

—Porque ya no intento protegerte de la verdad —digo en voz baja—. No voy a mentirte, ni a endulzar lo que pasó, ni a decirte que todo va a salir bien. Matteo tomó una decisión cuando naciste para protegerte de algo que pensó que te destruiría. Quizá fue la decisión correcta entonces, quizá no. Pero merecías saber la verdad antes de ahora, y ocultártela estuvo mal.

Me observa durante un largo rato, evaluándome con esos ojos azul grisáceo. —¿No estás buscando excusas por él?

—No. No lo hago.

—No me estás diciendo que debería estar agradecida por la mentira.

—No.

—Tú solo... me estás diciendo la verdad. Incluso cuando eso también te deja a ti en mal lugar.

Asiento con la cabeza. —Incluso entonces.

Ladea la cabeza y su pelo negro azabache cae sobre su hombro mientras me mira. —Tú lo entiendes.

—Entiendo que descubrir que toda tu identidad se construyó sobre mentiras es devastador. Entiendo que sentir que todos los que amas han estado llevando a cabo un largo timo con tu vida es peor que cualquier dolor físico —doy otro paso hacia ella—. Y entiendo que, ahora mismo, necesitas algo real. Algo honesto.

—Ya no sé qué es real —susurra, mientras nuevas lágrimas resbalan por sus mejillas—. No sé quién soy, ni a dónde pertenezco, ni qué significa nada de esto.

—Sigues siendo tú —le digo, ya tan cerca que podría alargar la mano y tocarla si quisiera—. Las circunstancias de tu nacimiento no cambian la persona en la que te has convertido.

—¿Ah, no? —Se ríe de nuevo, con ese mismo sonido amargo—. Soy la *hija* de Giuseppe, Alessandro. ¿Y si todo lo oscuro que hay en mí viene de él? ¿Y si estoy destinada a convertirme en el mismo tipo de monstruo que fue él?

—Imposible. Tú no eres un monstruo.

—¿Cómo lo sabes? —La pregunta suena desesperada, suplicante—. ¿Cómo puedes estar seguro cuando ni siquiera yo misma puedo estarlo ya?

La respuesta honesta es que no puedo estarlo.

Ninguno de nosotros puede predecir en qué se convertirá alguien bajo presión, cómo responderá cuando todo en lo que ha creído le sea arrebatado.

Pero al mirarla ahora —al ver su dolor y su furia y su necesidad desesperada de algo sólido a lo que aferrarse— sé con absoluta certeza que cualquier oscuridad que pueda existir en ella no es el rasgo que la define.

—Porque te conozco —digo simplemente—. He visto cómo tratas a la gente, cómo tomas decisiones, cómo gestionas el poder cuando lo tienes. Giuseppe era un monstruo porque eligió serlo. Tú eliges ser algo diferente.

Me mira fijamente durante un largo rato, con el rostro impasible. —Eres el único que ha sido honesto conmigo esta noche.

—Estoy seguro de que...

—No, lo has sido. No has intentado endulzarlo, ni poner excusas, ni decirme que todo irá bien. Simplemente me has dicho la verdad. —Da un paso hacia mí, acortando la distancia—. Necesito algo real, Alessandro. Necesito algo que no esté construido sobre mentiras, ni sobre la lealtad familiar, ni sobre proteger a la preciosa princesa DeLuca.

Hay algo en su voz, en la forma en que me mira, que hace que todas las alarmas de mi cabeza empiecen a sonar.

Está vulnerable, desolada, no piensa con claridad.

Aprovecharse de su estado emocional sería imperdonable.

Pero entonces se acerca a mí, aferrando con sus manos la parte delantera de mi camisa, y todo pensamiento racional desaparece.

—Por favor —susurra, y la palabra rompe algo fundamental en mi interior—. Solo necesito sentir algo real.

Debería dar un paso atrás.

Tengo que mantener los límites que han hecho que nuestra relación funcione durante años.

Tengo que recordar que tiene diecinueve años, que está hundida y que no es capaz de tomar decisiones lúcidas ahora mismo.

En lugar de eso, acuno su rostro con mis manos, retirando con los pulgares las lágrimas de sus mejillas.

—Bianca —digo; su nombre es a la vez una advertencia y una plegaria.

—Por favor —dice de nuevo, y entonces se pone de puntillas, sus labios rozan los míos y todos los límites que he mantenido se disuelven como el humo.

El beso es desesperado, hambriento, cargado de años de atracción reprimida y de su actual desolación emocional.

Sabe a la sal de sus lágrimas y a la cereza de su protector labial.

Y estoy perdido.

Mis manos se deslizan por su cabello y ella se presiona contra mí, como si intentara desaparecer en mi interior.

Como si yo fuera lo único sólido en un mundo que se acaba de derrumbar a su alrededor.

Y tal vez lo sea.

Tal vez ahora mismo, en este instante, yo sea la única persona que puede darle lo que necesita: algo honesto, real y sin complicaciones de lealtades familiares o mentiras protectoras.

Pero incluso mientras le devuelvo el beso, incluso mientras cada célula de mi cuerpo responde a su contacto, una parte de mi mente está gritando advertencias.

Es vulnerable.

Está herida.

Está tomando decisiones basadas en la devastación emocional en lugar de en un pensamiento claro.

Y me estoy aprovechando de eso, por mucho que quiera pretender lo contrario.

Pero, Dios mío, la siento perfecta contra mí.

Como algo que he estado esperando sin darme cuenta.

La forma en que responde a mi tacto, el pequeño sonido que hace cuando profundizo el beso... es embriagador, peligroso y absolutamente incorrecto en todos los niveles imaginables.

—Bianca —murmuro contra sus labios, intentando inyectar algo de racionalidad a la situación.

—No pares —susurra ella—. Por favor, no pares. Necesito esto. Te necesito a ti.

Y esas palabras —*te necesito a ti*— destrozan lo último que quedaba de mi resistencia.

La atraigo más hacia mí, rodeando su cintura con mis manos, y ella se funde conmigo como si ese fuera su lugar.

Su cuerpo encaja con el mío a la perfección, sus suaves curvas presionando contra mis músculos firmes mientras se alza de puntillas para alcanzarme.

El beso se vuelve más profundo, algo desesperado y absorbente; sus manos se aferran a mi camisa, tirando de mí hacia ella como si no pudiera estar lo suficientemente cerca.

Cuando emite un pequeño sonido de necesidad contra mi boca, estoy a punto de perder el control por completo.

Mis manos suben por su espalda, sintiendo el calor de su piel a través del fino tejido de su jersey, y ella se arquea ante mi contacto como si hubiera estado esperando esto tanto tiempo como yo.

Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando con la fuerza justa para hacerme gemir, y la empujo suavemente contra el borde de su escritorio.

El beso se vuelve más voraz, más urgente, vertiendo entre nosotros años de prudente distancia y deseos reprimidos.

Cuando recorro su cuello con los labios, echa la cabeza hacia atrás con un jadeo que me hace arder por dentro.

—Alessandro —jadea, y por un instante el resto del mundo desaparece por completo.

Solo existe su calor, su suavidad, la forma en que se aferra a mí como si fuera lo único auténtico en su mundo en ruinas.

Hasta que la puerta se abre de golpe a nuestras espaldas.

—¿Qué demonios...? —

La voz de Matteo corta el momento como una cuchilla, y nos separamos tan rápido que Bianca tropieza hacia atrás contra su escritorio.

Me giro para enfrentarme a él, con el corazón dándome vuelcos y la culpa inundando mi sistema como veneno.

Su cara pasa por el asombro, luego la rabia y después algo que parece una traición tan profunda que resulta casi física.

El color desaparece de su tez aceitunada, dejándole una palidez cenicienta excepto por dos manchas de furia que le arden en lo alto de los pómulos.

Esos penetrantes ojos azul grisáceo —tan parecidos a los de Bianca — pasan de una preocupación cálida a una furia glacial en un abrir y cerrar de ojos.

Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que puedo ver el músculo saltar bajo su piel, y sus manos se cierran en puños a los costados.

Los ángulos marcados de su rostro parecen más pronunciados en su rabia, y sus aletas de la nariz se dilatan ligeramente mientras lucha por controlar su respiración.

Su mirada se mueve entre Bianca y yo, reparando en su aspecto desaliñado, sus labios hinchados, los cristales rotos a nuestro alrededor, la evidente intimidad de lo que acaba de interrumpir.

Cuando su vista finalmente se fija en mí, sus ojos se han vuelto completamente fríos; el tipo de frío que ha hecho que maten a hombres en nuestro mundo.

Tiene la boca apretada en una línea fina e implacable, y hay algo depredador en su postura, como si estuviera calculando exactamente cuánto daño puede causar antes de que alguien lo detenga.

—Alessandro —dice con voz baja y cargada de rabia—. ¿Qué *cojones* crees que estás haciendo?

Lo que acaba de pasar entre Bianca y yo ha convertido una situación ya imposible en algo infinitamente peor.

—Bianca, apártate de él. *Ahora*. —La voz de Matteo es calmada y silenciosa, el tipo de tono que hace que hombres adultos den un paso atrás y se replanteen sus decisiones vitales.

—No.

Esa única palabra queda suspendida en el aire.

Bianca no se mueve de donde está a mi lado, ni siquiera se inmuta ante el peso de su furia.

Si acaso, levanta la barbilla en ese gesto desafiante que me recuerda demasiado a Sophia.

—¿Qué me acabas de decir? —La voz de Matteo baja aún más de tono, peligrosa de una manera que aterrorizaría a cualquiera que no le conociera tan bien como ella.

—Dije que no. —La voz de Bianca es firme, fría—. Ya no puedes darme órdenes. No eres mi padre, ¿recuerdas? Eres mi hermano. Y que yo sepa, los hermanos no controlan las vidas de sus hermanas.

El color desaparece por completo del rostro de Matteo, y veo el momento exacto en que sus palabras dan en el blanco.

Sus manos se cierran en puños a los costados y, cuando habla, su voz está rota de dolor y furia.

—¿Crees que esto lo cambia todo entre nosotros?

—Lo cambia todo sobre nosotros —le espeta Bianca—. Así que no te atrevas a quedarte ahí actuando como si tuvieras alguna autoridad sobre mí. No tienes *nada*.

—Repíteme eso, Bianca —incluso a mí me hace estremecer la voz de Matteo.

Bianca suelta una carcajada fría y cada instinto en mí me grita que corra. —Permíteme que te lo aclare, Matteo. No eres mi padre, no eres especial. Solo eres otro de los hijos de Giuseppe. Al menos Mario fue honesto en su deseo de hacerme daño; tú me has estado mintiendo sobre tu amor durante diecinueve años.

7

# BIANCA

Las palabras quedan suspendidas en el aire y observo cómo el rostro de Matteo se transforma de devastado en furioso en lo que dura un latido.

Aprieta los puños y, por primera vez en mi vida, veo que me mira con algo que podría ser odio.

Bien. *Quiero* que esté enfadado.

*Quiero* que sienta algo que no sea piedad y culpa.

—¿Quieres compararme con Mario? —Su voz es baja y peligrosa, el tipo de tono que hace que todas mis alarmas se disparen—. ¿Quieres hablar de honestidad? Vale. Seamos honestos.

Se acerca un paso y resisto el impulso de retroceder. —¿Crees que amarte ha sido fácil? ¿Crees que criar a la hija de Giuseppe ha sido algún tipo de recompensa?

—Así que de verdad piensas que soy mercancía dañada —le escupo, y algo salvaje en mi interior disfruta viendo cómo se le tensa la mandíbula.

—Creo que eres una niñata egoísta que está tirando a la basura toda una vida de amor porque te han herido los sentimientos. —Su voz se vuelve más fuerte, más cruel—. Creo que estás tan ocupada

autocompadeciéndote que no puedes ver más allá de tu propio dolor.

—¿Mi propio dolor? —Me río, y el sonido me resulta histérico incluso a mí—. ¡Me has mentido sobre todo! Sobre quién soy, sobre quién eres tú...

—¡Para protegerte! —ruge él, perdiendo finalmente los papeles por completo—. ¡Porque sabía que esto es lo que pasaría! ¡Sabía que te desmoronarías y destruirías todo lo bueno de tu vida porque no eres capaz de soportar la verdad!

—¿Qué verdad? ¿Que soy la hija de un monstruo? ¿Que nací de la violencia?

—¡Que eres una ingrata! —La palabra explota de su boca—. ¡Que a pesar de todo lo que te he dado, de todo lo que he sacrificado por ti, prefieres echarlo todo a perder antes que admitir que tal vez, solo tal vez, estaba intentando hacer lo correcto!

Sus palabras duelen y quiero tambalearme hacia atrás, pero me obligo a mantenerme erguida. —Lo correcto habría sido decirme la verdad.

—¿Ah, sí? —Se ríe, pero no hay pizca de gracia en ello. Me mira con frialdad y me cuesta todo mi autocontrol no acobardarme—. Mírate ahora mismo. Mira lo que te ha hecho la verdad. Estás destruyendo todo lo que tocas, hiriendo a todos los que te quieren, ¿y para qué? ¿Porque has descubierto que tu padre biológico era un pedazo de mierda?

—¡Porque he descubierto que toda mi vida ha sido una mentira!

—¡Tu vida no ha sido una mentira! —Él también está gritando ahora, con el rostro encendido por la rabia—. Cada cumpleaños, cada cuento antes de dormir, cada vez que te abrazaba cuando tenías pesadillas... ¡eso era real! ¡Cada momento en que elegí amarte fue real!

—¿Ah, sí? —grito yo ahora, con la voz desgarrada—. ¿O es que simplemente quieres más a Arianna y a Giovanni porque son tuyos de verdad? ¿Porque no son el bebé bastardo fruto de una violación de Giuseppe con el que te quedaste cargado?

—¡Cómo te atreves! —grita Matteo, con la cara casi púrpura de ira—. Soy tu maldito padre...

—¡Pero no eres mi padre! —le devuelvo el grito, sintiendo el escozor en la garganta por la fuerza de mi voz—. ¡Eres mi hermano! Todo lo que sentía, todo lo que creía sobre nuestra relación... ¡está todo mal! ¡He estado viviendo la vida de otra persona durante diecinueve putos años!

—¿De verdad? —Sus ojos arden ahora, ha desaparecido todo rastro de su cauteloso control—. ¿Acaso la biología cambia el hecho de que fui yo quien te enseñó a montar en bicicleta? ¿Que fui yo quien ahuyentó a los monstruos de debajo de tu cama? ¿Que fui yo quien te sostuvo cuando Mario...?

—Cállate. —Las palabras salen rotas, desesperadas.

—No, querías honestidad. —Me sigue mientras retrocedo, y hay algo implacable en su avance—. ¿Quieres saber por qué mentí? Porque sabía que harías exactamente esto. Sabía que cogerías algo hermoso y lo harías pedazos porque no encaja en una cajita perfecta.

—No estoy haciendo nada pedazos...

—¡Acabas de decirme que nunca me has querido! —Su voz se quiebra al pronunciar las palabras—. Te has quedado ahí y me has comparado con Mario, el hombre que te torturó, y has dicho que al menos él era honesto al querer hacerte daño. ¿Tienes idea de lo que me ha hecho eso?

Lo sé.

Puedo verlo en su rostro, en la forma en que le tiemblan las manos, en la devastación total que subyace a su furia.

Y que Dios me perdone, una parte de mí se alegra.

Una parte de mí quiere que sufra como estoy sufriendo yo.

—¿Sabes qué lo hace peor? —continúo—. Mario. Cuando me llevó, cuando me metió en aquel contenedor y me dijo que solo era un juego... no era mi tío loco perdiendo la cabeza. Era mi hermano. Otro de los hijos de Giuseppe que me veía como una competencia ilegítima por lo que debería haber sido suyo.

El rostro de Matteo muestra un destello de dolor.

—Quizá lo decía en serio —digo en voz baja, y veo cómo retrocede como si le hubiera dado una bofetada.

—Quizá sí. —Su voz se vuelve plana, sin emociones—. Quizá eso es lo que eres realmente bajo todo el amor y la protección que te he dado. Quizá la sangre de verdad llama.

Las palabras golpean con más fuerza que cualquier grito. —¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que ahora mismo te estás comportando exactamente como lo habría hecho Giuseppe. —Da un paso atrás y, por primera vez, me mira como si fuera una extraña—. Destruyendo todo lo bueno de tu vida porque no puedes controlar tus emociones.

Me hinco las uñas en la piel. —No soy como él —empiezo a gruñir, pero Matteo me corta.

—¿Ah, no? —Su risa es amarga, sus ojos crueles—. Estás aquí de pie intentando herirme tanto como sea posible porque sientes dolor. Eso es lo que él habría hecho.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Puedo oír los latidos de mi propio corazón, siento a Alessandro moverse incómodo detrás de mí y veo el arrepentimiento inmediato cruzar el rostro de Matteo.

Pero es demasiado tarde.

Las palabras ya han salido, envenenando el aire entre nosotros.

—Ahí está —digo suavemente—. La verdad que has estado ocultando durante diecinueve años. Nunca has creído que yo pudiera ser otra cosa que lo que él era. Todo ese amor, toda esa protección... solo eras tú intentando controlar a un monstruo.

Matteo cierra los ojos con frustración, ¿o es otra cosa? —No era eso lo que quería decir...

—Sí, sí que lo era. —Sonrío, y puedo sentir lo feroz que es mi expresión—. Es lo que querías decir. ¿Y sabes qué? Probablemente tengas razón. *Soy* la hija de Giuseppe. Tengo su sangre. Y quizá va siendo hora de que deje de luchar contra ello.

—Maldita sea, Bianca. Solo necesito que me *escuches* de una puta vez...

—¿Y sabes cuál es el verdadero chiste? —le corto, sin que me importe ya nada—. Ni siquiera Giuseppe me quería. Ni siquiera valía la pena reclamar a su propia hija. ¿Qué dice eso de mí? —Siento que las lágrimas asoman a mis ojos, pero me niego a llorar—. ¿Qué dice eso sobre lo poco digna de amor que debo de ser si hasta un monstruo me rechazó?

Eso detiene a Matteo en seco. —*No* eres alguien a quien no se pueda amar...

—No, por fin lo veo todo claro. —Las palabras siguen brotando, cada una diseñada para cortar más hondo—. He sido la extraña todo este tiempo, ¿verdad? Jugando a ser parte de una familia que nunca fue mía de verdad. Bella probablemente también lo sabía, ¿no? ¿Es por eso que siempre parecía tener un poco de cuidado conmigo? Y los gemelos. Dios, no son mis hermanos, son mis sobrinos.

—Basta —ordena Matteo—. Giovanni y Arianna *son* tus hermanos. Te quieren. Todo el mundo te quiere.

—¿De verdad? ¿O simplemente te siguen el juego con tu mentira porque es lo que tú querías? —Oigo lo histérica que sueno pero no puedo parar—. ¿Cuánta gente más lo sabe, Matteo? ¿Cuántas otras mentiras hay? ¿Qué más en mi vida es completamente falso?

Antes de que pueda responder, Antonio aparece en el umbral con una cara de incomodidad absoluta; sus ojos captan los cristales rotos, mi rostro surcado por las lágrimas y la evidente tensión que chisporrotea entre Matteo y yo.

—Siento interrumpir —dice con cautela—, pero tenemos un problema.

—¿Qué pasa ahora? —La voz de Matteo suena ronca, rota.

—Las Familias han convocado una reunión de emergencia. —Antonio nos mira alternativamente, notando la obvia destrucción de nuestra relación—. Quieren discutir las revelaciones sobre Giuseppe y su impacto en el liderazgo de los DeLuca.

Se me encoge el estómago, pero mantengo mi expresión neutral. —Déjame adivinar. Creen que soy débil.

Antonio duda, claramente intentando decidir si debe decírmelo. Exhala un momento después. —Piensan que el escándalo la convierte en un lastre —dice, odiando visiblemente cada palabra que sale de su boca—. Inestabilidad emocional, parentesco cuestionable... dicen que supone una amenaza para la reputación de la familia.

Perfecto.

Absolutamente *puto* perfecto.

—Está bien —digo, con voz firme a pesar del caos en mi cabeza—. ¿Cuándo y dónde?

—Mañana por la noche en Le Saint-Martin, pero...

—Perfecto. Eso me da tiempo a prepararme. —Me vuelvo hacia Matteo, que me mira con algo que parece terror—. No te preocupes, hermanito. Yo misma me encargaré de esto. Después de todo, ¿no es eso lo que habría hecho Giuseppe?

—No está preparada para esto —dice él, y a pesar de su enfado, hay miedo real en su voz—. Va a entrar en una sala llena de buitres que quieren verla fracasar. La despedazarán.

—Estoy razonando con total claridad. —Le sostengo la mirada, dejando que vea la fría determinación en mis ojos—. Pienso que quizá es hora de dejar de fingir ser algo que no soy. Quizá es hora de enseñarles exactamente de qué es capaz la hija de Giuseppe DeLuca.

—Esa no eres tú.

—¿Ah, no? —Me encojo de hombros, dándome la vuelta hacia la puerta—. Te has pasado los últimos diez minutos diciéndome exactamente quién soy. La hija de Giuseppe. Un monstruo al que intentaste controlar. Pues ¿sabes qué? El experimento se ha acabado.

—Para. —Su voz cambia por completo, adquiriendo el tono frío y autoritario del Don Matteo DeLuca—. Como jefe de esta familia, te ordeno que no vayas a esa reunión.

Me quedo helada en el umbral, todavía de espaldas a él.

Por un momento, la orden casi surte efecto: diecinueve años de condicionamiento, de respetar su autoridad, de ser la hija obediente que (a veces) hace lo que se le dice.

Luego me doy la vuelta lentamente y, cuando le miro a los ojos, sonrío.

—Pero ya no eres el jefe de mi familia, ¿verdad? —Mi voz es suave, letal—. Solo eres mi hermanastro. Y que yo sepa, los hermanos no dan órdenes.

A Antonio se le cae la tableta. Los ojos de Matteo echan chispas. —No vas a ir. ¿Ha quedado claro?

—Don DeLuca —digo, poniendo un énfasis burlón en su título—, con todo el respeto, vete a la mierda.

Alessandro hace un ruido detrás de mí —quizá una advertencia, quizá solo asombro—, pero no le miro.

Mantengo mis ojos fijos en Matteo mientras veo cómo algo se rompe en su expresión.

—No puedes hacer esto —dice en voz baja—. Si cruzas esa puerta, si vas a esa reunión sin mi apoyo...

Oh, esto es demasiado bueno. —¿Qué? ¿Me desheredarás? —Me río —. Demasiado tarde para eso. Resulta que nunca fui tuya para empezar.

Camino de nuevo hacia la puerta, pasando por encima de cristales rotos y marcos de fotos destrozados.

En el umbral, me detengo y le miro una vez más.

—Gracias —digo suavemente—. Por ser finalmente honesto conmigo. Ahora sé exactamente dónde estoy.

—¿A dónde vas? —Su voz se quiebra al preguntar.

—A descubrir cómo ser lo que soy de verdad en lugar de lo que tú intentaste hacer de mí. —Le dedico una última sonrisa fría—. No me esperes despierto, hermanito.

Le dejo allí plantado, entre los escombros de mi despacho y de nuestra relación, rodeado de cristales y promesas rotas.

Que limpie él su propio desastre por una vez.

Que descubra cómo explicar a las Familias que la hija que nunca fue suya realmente ha dejado por fin de fingir.

Tengo planes que hacer.

Y por primera vez en mi vida, voy a hacerlos sin pedir permiso a nadie.

Es hora de descubrir qué pasa cuando dejas de luchar contra tu naturaleza y empiezas a aceptarla.

Incluso si lo que eres resulta ser algo oscuro, peligroso y completamente fuera de control.

Especialmente entonces.

8

# ALESSANDRO

El silencio que sigue a la salida de Bianca es ensordecedor.

Me quedo de pie entre los destrozos de su despacho, con los cristales crujiendo bajo mis pies, intentando procesar lo que acabo de presenciar.

La pelea entre ellos ha sido lo bastante brutal, pero ha sido algo más: ha sido el desmantelamiento total de diecinueve años de amor y protección.

Y en esos momentos finales, cuando la voz de Bianca se ha vuelto fría y calculadora, cuando ha sonreído con esa clase particular de crueldad…

He visto a Giuseppe DeLuca devolviéndome la mirada.

No solo en sus palabras o en sus actos, sino en la tensión de su mandíbula, en la forma en que ha inclinado la cabeza cuando ha ido a dar el golpe de gracia.

La satisfacción en sus ojos al ver cómo Matteo se desmoronaba.

Ha sido escalofriante y familiar de una forma que me ha erizado el vello de la nuca.

Matteo sigue de pie donde ella lo ha dejado, mirando hacia la puerta como si estuviera viendo a un fantasma.

Su rostro está ceniciento, sus manos tiemblan ligeramente a los costados.

Por un momento, aparenta cada uno de sus treinta y nueve años y alguno más; un hombre que acaba de ver cómo su mayor temor cobraba vida.

Entonces sus ojos encuentran los míos, y la desolación se transforma en algo mucho más peligroso.

—Lárgate. —Su voz es baja, letal.

No me muevo. —Matteo...

Antonio se aclara la garganta con incomodidad. —Quizá yo debería...

—Tú también. —La mirada de Matteo no se aparta de la mía—. Ahora.

A Antonio no hace falta decírselo dos veces.

Sale de la habitación rápidamente, probablemente agradecido de escapar antes de que empiece la verdadera violencia.

El sonido de sus pasos alejándose por el pasillo nos deja a solas con los destrozos y la furia que chisporrotea entre nosotros.

—Hijo de puta. —Las palabras salen bajas, controladas, pero puedo oír la rabia acumulándose por debajo—. Mi hija se estaba desmoronando y te has aprovechado de ella.

—No es una niña, Matteo —señalo—. Es lo que no debería haber dicho.

—¡Tiene diecinueve años! —La compostura se quiebra como un cable roto—. Diecinueve años y está emocionalmente destrozada, y tú...

Se lanza hacia mí sin previo aviso, y su puño impacta en mi mandíbula con la fuerza suficiente para hacerme echar la cabeza hacia atrás.

El dolor estalla en mi cráneo mientras tropiezo hacia atrás, sosteniéndome contra el escritorio de ella.

—¡Maldito depredador! —Vuelve a por mí, loco de dolor y rabia, lanzando golpes con esa clase de violencia desesperada que surge de un hombre que lo ha perdido todo—. ¡Ella confiaba en ti! ¡*Yo* confiaba en ti!

Esquivo el siguiente puñetazo y le agarro la muñeca, intentando controlarlo sin herirlo de gravedad. —Matteo, para…

—¡No te atrevas a decirme que pare! —Se suelta y me clava el codo en las costillas; el impacto me expulsa el aire de los pulmones—. ¡Estaba vulnerable y te has aprovechado!

Esta vez, cuando lanza el golpe, no intento frenarlo.

Mi puño lo alcanza en el pómulo, abriéndole la piel y enviándolo tambaleándose hacia atrás contra la estantería.

Los libros caen en cascada al suelo mientras él rebota contra la madera y vuelve a la carga.

—¿Desde cuándo? —Me embiste por la cintura, derribándonos a los dos al suelo entre cristales rotos y fotografías esparcidas—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?

Rodamos por el suelo, cada uno intentando ganar la posición ventajosa.

Su rodilla se hunde en mi estómago y yo respondo con un codazo en sus costillas que le hace gruñir de dolor.

El cuidadoso control que ambos hemos mantenido durante años se ha esfumado, sustituido por una violencia cruda y años de tensión reprimida.

—¡No estaba planeando nada! —Logro atraparlo en una llave de cuello, pero él me clava el codo en el plexo solar, obligándome a soltarlo.

—¡Mentira! —Gira y me alcanza con un derechazo que me abre un corte sobre el ojo.

La sangre me corre por la cara mientras me lanzo hacia delante, derribándolo de nuevo al suelo. —¡He visto cómo la miras!

Ambos respiramos con dificultad ahora, con la sangre y el sudor haciendo que nuestros agarres sean resbaladizos mientras forcejeamos entre los escombros.

Su camisa está desgarrada, mis nudillos están abiertos y sangrando, y tengo cristales clavados en el hombro de cuando me ha estampado contra el suelo.

—¡Necesitaba consuelo! —Lo inmovilizo un momento, pero me da una sacudida y se pone en pie con torpeza.

—¡Necesitaba protección! —Lanza una patada que me alcanza en las costillas mientras intento levantarme—. ¡De gente como tú!

La acusación duele más que cualquier golpe físico.

Me pongo en pie de un salto y lo alcanzo con un uppercut que le hace restallar la cabeza hacia atrás, seguido de un gancho de izquierda que lo lanza contra la estantería que quedaba en pie.

—¡He sangrado por esta familia! —Las palabras estallan de mi boca mientras avanzo hacia él—. ¡Te ayudé a encontrarla cuando Mario se la llevó!

Se limpia la sangre de la boca y vuelve a por mí; sus movimientos son cada vez más desesperados, menos controlados. —¿Y así es como pagas esa confianza? —sisea.

Su puño me alcanza en la boca, partiéndome el labio, pero logro agarrarle el brazo y aprovecho su impulso para estamparlo contra la pared.

El yeso se agrieta tras su cabeza y, por un momento, estamos cara a cara, ambos jadeando y sangrando.

—Me he ganado el derecho a amarla —digo entre dientes.

Hay algo en su expresión —no es perdón, sino algo que atraviesa la rabia ciega—. Pero aún no ha terminado de pelear.

Lanza la rodilla hacia mi entrepierna y, cuando la bloqueo, se suelta y me alcanza con un mandoble que me hace retroceder tambaleándome.

Tropiezo con los restos y caigo pesadamente; mi espalda golpea el borde del escritorio.

—¿Amarla? —Avanza hacia mí, con la sangre corriéndole por la nariz y un corte en la frente—. ¿Crees que esto es *amor*?

Ruedo hacia un lado justo cuando su pie cae donde estaba mi cabeza un segundo antes, luego le barro las piernas y lo hago caer al suelo a mi lado.

Ambos estamos agotados ahora, nuestros movimientos se vuelven lentos y descoordinados.

—Ella me besó primero —logro decir, intentando recuperar el aliento.

Intenta levantarse, pero las piernas le fallan y se desploma contra la silla volcada. —Está traumatizada. No pensaba con claridad.

Las palabras quedan flotando en el aire, y me doy cuenta de lo que acabo de decir.

De lo que acabo de intentar hacer.

Dios, le estoy echando la culpa a una chica de diecinueve años a la que se le acaba de destruir el mundo por mi propia falta de control.

—Joder. —Me incorporo hasta quedar sentado, con las costillas gritando en protesta—. Debería haberme apartado. Estaba vulnerable y me aproveché de ello. No hay excusa para lo que he hecho.

Nos quedamos allí sentados entre los destrozos, ambos sangrando y respirando con dificultad, mientras la furia inmediata finalmente se extingue.

La pelea nos ha dejado a ambos maltrechos y exhaustos, pero algo ha cambiado entre nosotros.

La violencia ha purgado parte del veneno, dejando atrás algo más honesto.

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo —dice Matteo finalmente, con la voz ronca por el esfuerzo y la emoción.

—Creo que sí la tengo. —Me limpio la sangre del labio partido—. Vi su cara durante esa pelea. Vi a Giuseppe devolviéndome la mirada.

Se estremece como si le hubiera golpeado de nuevo. —Ella no es él.

—No, no lo es. Pero es su hija, y fingir que eso no importa ya no sirve para protegerla. —Me pongo en pie con dificultad, con cada músculo de mi cuerpo protestando—. Va a abrazar esa oscuridad, nos guste o no.

—¿Y eso no te aterra? —Él sigue desplomado contra la silla, pareciendo más viejo de lo que lo he visto nunca. Resulta casi aterrador ver a Matteo DeLuca parecer humano.

—Debería. —Me paso una mano por el pelo revuelto, haciendo una mueca de dolor al tocar un gran bulto cerca de mi sien—. Pero no es así. En todo caso, la hace ser más ella misma, no menos.

Matteo me observa durante un largo rato, con sus facciones maltrechas impasibles. —Hablas en serio —dice finalmente.

—Totalmente en serio —respondo, con los labios curvándose en un amago de sonrisa que me hace sisear cuando el movimiento tensa el corte del labio inferior.

—¿Entiendes lo que estás diciendo? Estás hablando de amar a alguien que acaba de demostrar que es capaz de una crueldad real.

Lo miro incrédulo. —¿Hablas en serio ahora mismo? ¿Me estás dando lecciones a *mí* sobre amar a alguien capaz de ser cruel? Tú mataste a tu propia esposa, Matteo. La madre de Bianca. Has ordenado ejecuciones, torturas, incontables actos de violencia. ¿Y te preocupa que Bianca sea *cruel*?

Se estremece, pero no he terminado. —Cada persona en nuestro mundo es capaz de la crueldad. La diferencia es si la usan como una herramienta o dejan que los consuma. Tú, mejor que nadie, deberías entenderlo.

Pienso en el rostro de Bianca durante la pelea, el deleite cuando le hacía daño, la forma en que desmantelaba su relación, pieza a pieza.

Él no se equivoca: hubo algo genuinamente aterrador al verla abrazar esa oscuridad.

Pero también hubo algo magnífico en ello. Algo poderoso e inflexible que hizo que todos mis instintos protectores rugieran de vida.

—Entiendo perfectamente lo que estoy diciendo. —Me apoyo en el escritorio para sostenerme—. No dejaré que se convierta en Giuseppe, pero tampoco intentaré salvarla de quien está eligiendo convertirse.

—¿Y si elige mal?

—Entonces estaré allí para ayudarla a encontrar el camino de vuelta. —Las palabras salen con más convicción de la que siento—. Pero tiene que tomar la decisión ella misma. Se acabaron las mentiras, se acabó el protegerla de verdades incómodas.

Matteo cierra los ojos y puedo ver el agotamiento pesando sobre él. —La reunión de las Familias...

—Iré con ella. —La decisión parece inevitable, como algo que he estado construyendo durante años sin darme cuenta—. Ahora mismo rechazará tu guía, pero quizá acepte la mía.

—¿Eres consciente de a qué te estás ofreciendo? —Su voz es incrédula—. Si va a esa reunión decidida a demostrar que es la hija de Giuseppe...

—Podría empezar una guerra. —Termino el pensamiento que él no quiere expresar—. Podría destruir todo lo que has construido.

—¿Y estás dispuesto a dejar que eso ocurra?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones.

¿Estoy dispuesto a dejar que Bianca reduzca a cenizas todo lo que Matteo ha construido si eso es lo que ella elige?

¿Estoy dispuesto a apoyarla incluso si eso significa verla convertirse en algo monstruoso?

—Estoy dispuesto a amarla lo suficiente como para dejarla elegir —digo finalmente—. Incluso si no me gusta la elección que tome.

Matteo me estudia durante un largo rato, con su expresión ilegible a pesar de la sangre y los moratones.

Entonces, lentamente, parte de la tensión abandona sus hombros.

—¿De verdad crees que te escuchará? —Hay tristeza en esa pregunta.

No hace mucho, Bianca lo escuchaba a él.

Tengo que andar con pies de plomo.

Estoy hablando con un hombre destrozado y no quiero que estalle de nuevo. —Creo que va a rechazar a cualquiera que intente controlarla ahora mismo —digo, eligiendo mis palabras con cuidado —. Pero quizá acepte a alguien que esté dispuesto a estar a su lado sin juzgarla.

Asiente lentamente, como si hubiera llegado a una decisión interna. —Está bien. ¿Quieres amar a la hija de Giuseppe? ¿Quieres ver en

qué se convierte cuando deja de luchar contra su naturaleza? Entonces te toca lidiar con las consecuencias.

Espera, ¿adónde diablos va esto? —¿Qué...

—No. —Levanta una mano, haciendo una mueca por el movimiento —. Has tomado tu decisión. Ahora vive con ella. Pero entiende esto: si le haces daño, si te vuelves a aprovechar de su vulnerabilidad, si dejas que se destruya a sí misma porque estás demasiado fascinado por su oscuridad como para protegerla de verdad… —Se inclina hacia delante, y su voz baja hasta convertirse en un susurro—. Te mataré. Lentamente.

La amenaza debería aterrarme.

En cambio, siento algo parecido al alivio.

Porque bajo la ira y la traición, puedo oír lo que realmente está diciendo: está dispuesto a dejarme intentarlo.

Está dispuesto a dar un paso atrás y dejarme ser lo que Bianca necesita, aunque vaya en contra de todos sus instintos protectores.

—Entendido —digo en voz baja.

—Bien. —Se levanta con cautela y se dirige hacia la puerta, luego se detiene. Cuando se vuelve, su voz ha cobrado la fría autoridad de Don Matteo DeLuca—. Pero no pienses ni por un puto segundo que voy a mantenerme al margen de esa reunión.

Se me seca la boca. Joder. Eso *no* es bueno. —No creo que sea una buena idea.

—Me importa un bledo si crees que lo es o no. Puede que me odie ahora mismo, pero sigue siendo una DeLuca. No dejaré que arrastre nuestro nombre por el fango porque es temperamental y no entiende cómo funciona realmente este mundo. —La rabia está regresando, pero la está templando bien.

Eso lo hace aún más aterrador.

El control de Matteo DeLuca es legendario.

Puedo ver la lógica, aunque no me gusten las implicaciones. —Ella verá tu presencia como una falta de confianza —señalo.

—Ella lo verá como que estoy haciendo mi trabajo. —Su voz se vuelve más fuerte, más segura—. Las otras familias buscarán cualquier signo de debilidad, cualquier excusa para desafiar nuestra posición. Si ella entra ahí sola y emocional, la destrozarán y lo usarán como justificación para cuestionar el liderazgo de los DeLuca por completo.

—¿Y si interpreta *tu* presencia como una interferencia?

—Entonces tendrá que lidiar con ello. —Se limpia la sangre de la nariz con el dorso de la mano—. He pasado veinte años forjando alianzas, manteniendo el equilibrio de poder en esta ciudad. No dejaré que una noche de sentimientos heridos lo destruya todo porque ella quiera demostrar algo.

La dura realidad de sus palabras se asienta entre nosotros.

Puede que Bianca quiera encargarse de esto ella misma, que lo vea como su oportunidad de demostrar que no necesita protección, pero lo que está en juego es más grande que su vendetta personal.

—Eres consciente de que esto podría salir fatal —le digo—. Podría ver que te presentes allí como la traición definitiva.

—Tal vez. —Camina cojeando hacia la puerta, favoreciendo su pierna izquierda—. Pero prefiero que me odie y esté viva a que me ame y esté muerta. Las Familias no juegan, Alessandro. Si huelen debilidad, se moverán contra nosotros. Contra *todos* nosotros.

Se detiene en el umbral, mirándome con algo que podría ser arrepentimiento.

—Más te vale rezar para tener razón sobre ella. Porque si se convierte en lo que creo que se está convirtiendo… —Me mira de

nuevo, con los ojos atormentados por encima de los moratones—. Que Dios nos ayude a todos.

Con eso se marcha, dejándome solo en el estudio completamente destrozado, con cristales rotos, sangre en las paredes y el peso de aquello con lo que me acabo de comprometer.

Me he ofrecido voluntario para amar a una mujer que podría estar transformándose en algo monstruoso.

He prometido apoyar sus decisiones incluso si conducen a la guerra y la destrucción.

He aceptado estar al lado de la hija de Giuseppe mientras abraza la oscuridad de su sangre.

Y a pesar del terror que debería estar inundándome, todo lo que siento es anticipación.

Porque mañana por la noche descubriré de lo que es capaz Bianca DeLuca cuando deje de fingir ser algo que no es.

Y estaré allí mismo, a su lado, cuando ocurra.

9

# BIANCA

El jet privado surca el cielo hacia Montreal, y estoy intentando no pensar en que esta es la primera vez que viajo a alguna parte sin la aprobación explícita de mi padre... sin la aprobación de *Matteo*.

El asiento de cuero bajo mi cuerpo es de una suavidad mantecosa, el tipo de lujo con el que he crecido y que nunca he apreciado de verdad hasta este momento, en el que representa mi libertad para tomar mis propias decisiones.

Miro por la ventana las nubes que quedan abajo, ensayando mentalmente lo que voy a decir a las Familias, cuando unos pasos resuenan en el pasillo.

No levanto la vista —probablemente sea solo la azafata comprobando si necesito algo—, pero entonces me llega una colonia familiar.

Cedro y algo únicamente masculino que hace que mi estómago dé un estúpido vuelco.

—¿Te importa si me siento?

Me giro tan rápido que casi me provoco un esguince cervical.

Alessandro está de pie en el pasillo y, Dios mío, qué bien se ve.

Lleva un traje marengo impecablemente cortado, y la tela se ajusta a sus hombros anchos de una manera que me deja la boca seca.

Su camisa blanca de vestir está impoluta y es cara, abierta en el cuello lo justo para mostrar la firme línea de su garganta.

Incluso su pelo está perfecto: esas ondas oscuras peinadas con el desorden justo para que me den ganas de hundir los dedos en ellas.

Que es exactamente lo que estaba haciendo anoche cuando nosotros...

Basta.

No pienses en el beso.

—¿Qué cojones haces aquí? —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía, pero estoy demasiado impactada como para preocuparme por la cortesía.

Este es un jet privado. ¿Cómo es posible que no lo haya visto?

—Volar a Montreal, por lo visto —responde él. Se desliza en el asiento de al lado sin esperar permiso, con unos movimientos fluidos y seguros que siempre le han dado ese aire de intocable.

—¿Te ha enviado Matteo? —La rabia estalla en mi pecho, ardiente e inmediata—. ¿Ha decidido que después de todo necesitaba una niñera?

—Nadie me ha enviado —dice él con voz calmada, como si fuera lo más natural del mundo—. Ha sido mi elección.

—Ni de coña. —Me giro en el asiento para encararlo por completo, ignorando que el movimiento hace que nuestras distancias se acorten—. Probablemente te ha dicho en cuanto me he ido que me siguieras para asegurarte de que no avergüenzo el preciado apellido DeLuca.

—Bianca. —Hay algo en la forma en que pronuncia mi nombre que me hace detenerme—. Matteo no me ha enviado. Ha sido mi

elección.

La sinceridad en su voz me pilla desprevenida, pero estoy demasiado enfadada para permitir que me ablande. —Entonces, ¿por qué...?—

—Porque vas a entrar en una sala llena de depredadores que quieren verte fracasar. —Sus ojos color avellana se muestran serios, intensos—. Porque estarán buscando cualquier signo de debilidad que puedan explotar. No puedo dejar que te enfrentes a eso sola.

Esas palabras deberían cabrearme.

Deberían sonar a más protección que no necesito, a más gente pensando que no puedo valerme por mí misma.

En cambio, hacen que algo cálido se despliegue en mi pecho.

Lo cual es ridículo.

Se supone que también tengo que estar enfadada con él.

Él forma parte del mundo que me ha estado mintiendo, parte de la cuidadosa construcción que me impidió conocer la verdad sobre mí misma.

Pero entonces recuerdo el beso.

El calor inunda mis mejillas cuando el recuerdo me golpea: sus manos en mi pelo, la forma en que me devolvió el beso como si llevara años esperando permiso, la firme calidez de su cuerpo contra el mío.

Dios, me había gustado tanto que me asustó.

Durante esos breves instantes, todo lo demás había desaparecido.

La traición, las mentiras, la devastadora revelación sobre mi origen... nada de eso importaba cuando sus labios estaban sobre los míos.

—Te estás sonrojando —observa él, y hay algo casi arrogante en su voz.

—No es cierto —empiezo a negar, pero me detengo. Al carajo—. Quizá sí. ¿Y qué?

—Nada. —Pero sus ojos se han vuelto más oscuros y hay algo en su expresión que hace que se me encojan los dedos de los pies—. Solo que no esperaba que estuvieras pensando en lo de anoche.

—¿Quién dice que estaba pensando en lo de anoche? —pregunto, sintiendo cómo se me acelera el pulso.

—La forma en que me has mirado cuando me he sentado. La forma en que me miras ahora. —Se inclina más cerca, solo un milímetro, pero lo suficiente para que pueda sentir el calor que irradia su cuerpo—. La forma en que acaba de cambiar tu respiración —susurra, bajando su voz varios tonos.

Joder.

Tiene razón, y odio que la tenga.

Mi pulso se ha disparado y soy hiperconsciente de cada centímetro de espacio que hay entre nosotros.

Que es básicamente ninguno en estos asientos de avión.

—No te hagas ilusiones —digo, pero la voz me sale más entrecortada de lo que pretendía. *Vamos, Bianca, mantén la calma. No seas patética.*

—No me hago ilusiones. Solo constato hechos. —Su mirada baja a mis labios durante apenas un segundo antes de volver a encontrarse con mis ojos—. Estás pensando en cómo te sentiste cuando te besé. En cómo se sintió cuando me devolviste el beso.

Las palabras envían una espiral de calor a través de mí y tengo que resistir el impulso de inclinarme más.

En su lugar, me obligo a recostarme en el asiento para poner algo de distancia entre nosotros.

—Eso fue un error —digo, intentando sonar más convencida de lo que me siento.

—¿Lo fue?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones.

Porque la respuesta honesta es que no, no fue un error.

Fue lo primero real que me había pasado en una noche llena de revelaciones devastadoras.

Fue algo honesto y puro, y era cien por cien lo que había necesitado en ese momento.

Pero admitir eso parece peligroso en formas que no estoy lista para afrontar.

La voz del piloto suena por el interfono, anunciando nuestro descenso a Montreal, y agradezco la distracción.

Necesito concentrarme en lo que viene, no en cómo la presencia de Alessandro hace que sienta que la piel me queda pequeña.

—Solo... no te metas en mi camino esta noche —digo finalmente—. Sé lo que hago.

—Eso espero.

Hay algo en su voz que me hace mirarlo con suspicacia, pero su expresión es ilegible.

Sea lo que sea lo que esté pensando, se lo guarda para sí mismo.

Cabrón.

El jet aterriza suavemente y, en cuestión de minutos, nos escoltan hasta un coche que nos espera.

El aire de octubre en Montreal es gélido y limpio, y trae consigo el aroma de las hojas de otoño y la promesa del invierno.

Me ajusto más el abrigo mientras nos deslizamos en el asiento trasero de la berlina negra.

Poco después aparece Le Saint-Martin: todo cristal reluciente y elegante cantería, con una cálida luz dorada que emana de cada ventana.

Es el tipo de lugar donde las habitaciones tienen precios de infarto y donde cada detalle está diseñado para recordarte que estás ante la presencia del dinero y el poder de verdad.

He estado en sitios así toda mi vida, pero esta noche se siente diferente.

Esta noche no estoy aquí como la hija de Matteo, protegida y bajo su ala.

Estoy aquí como la hija de Giuseppe, y estos hombres van a descubrir qué significa eso.

Por primera vez desde que salí de Nueva York, me siento nerviosa.

Esa sensación me golpea como un puñetazo en el estómago mientras atravesamos el vestíbulo.

Cada superficie grita lujo: suelos de mármol tan pulidos que reflejan las lámparas de cristal del techo, flores frescas que impregnan la estancia, miembros del personal que se mueven con esa discreción ensayada que da el servir a los verdaderamente poderosos.

He crecido con este tipo de riqueza, pero esta noche me resulta intimidante en lugar de familiar.

Esta noche no soy solo otra niña rica jugando a ser importante.

Voy a entrar en una sala donde mis palabras podrían iniciar guerras, donde mi comportamiento será analizado y juzgado por hombres que han pasado décadas construyendo y manteniendo imperios.

De repente, tengo ganas de vomitar.

*Mantén la calma,* me digo. *Eres una DeLuca. Puedes hacerlo.*

El pensamiento me da aplomo, recordándome quién soy y por qué estoy aquí.

Puede que sea la hija de Giuseppe, pero también soy la heredera de una de las familias más poderosas de Nueva York.

Puede que estos hombres quieran ponerme a prueba, pero he estado preparándome para esto toda mi vida sin siquiera saberlo.

Un gerente de hotel con un traje caro nos conduce por una serie de pasillos, cada cual más opulento que el anterior.

Finalmente, nos detenemos ante unas pesadas puertas de madera.

—El comedor privado —dice con la clase de deferencia reservada para personas que podrían comprar y vender manzanas enteras de la ciudad.

Las puertas se abren y entro.

Madre mía.

La sala es como algo salido de una película sobre el poder del viejo mundo.

Lámparas de cristal dignas de un museo proyectan sombras perfectas y dramáticas sobre una mesa de caoba maciza que parece tener capacidad para todo un ejército.

La luz se refleja en copas de cristal tallado llenas del mejor vino, porque así es exactamente como operan estos hombres.

Todo grita dinero antiguo, poder antiguo: desde el papel pintado de seda a mano que probablemente le llevó meses completar a algún artista, hasta la alfombra antigua bajo nuestros pies que apostaría lo que fuera a que vale al menos siete cifras.

Es suntuoso e intimidante, y exactamente la demostración de poder que esperaría de las Familias.

Doce hombres están sentados alrededor de la mesa, cada uno irradiando esa autoridad que proviene de controlar territorios, dinero y vidas.

Reconozco a la mayoría de reuniones familiares y de negocios: Don Vitelli, con su pelo plateado brillando bajo la luz de la lámpara mientras anota algo; Alberto Marconi, hablando en voz baja por un teléfono móvil.

Y entonces veo a Dominic Calabrese.

Se me para el corazón.

Se parece tanto a Johnny que resulta doloroso físicamente.

El mismo pelo oscuro, los mismos rasgos afilados, la misma boca cruel.

Por un segundo, me siento atrapada de nuevo en ese maldito monasterio.

Los ojos de Dominic se encuentran con los míos a través de la sala, y su sonrisa es de puro depredador.

Me recorre con la mirada de arriba abajo como si fuera algo que se está planteando comprar, con una mirada insistente que hace que se me erice la piel.

La expresión de su rostro sugiere que me considera insuficiente, divertida, o ambas cosas.

Noto que Alessandro se tensa a mi lado, y sé que él también ha captado la mirada.

Hay algo reconfortante en tenerlo allí, en saber que no me enfrento a esto sola.

Entonces veo quién está sentado a la cabecera de la mesa, y cualquier pensamiento de consuelo desaparece.

Matteo.

La rabia me inunda tan rápido y con tanta fuerza que llego a ver rojo en los bordes de mi visión.

Está aquí.

Después de todo lo que pasó anoche, después de que le dijera explícitamente que yo me encargaría de esto sola, después de que le dejara jodidamente claro que había terminado con su protección, sus mentiras y sus decisiones sobre mi vida... está aquí.

Sentado a la cabecera de la mesa como si fuera el dueño del lugar.

Con aspecto tranquilo, sereno y totalmente en control, como si tuviera todo el derecho de estar aquí cuando dije específicamente que no lo quería involucrado.

La traición duele más de lo que esperaba.

Había pensado, tal vez estúpidamente, que por una vez podría respetar mi elección.

Que podría dejar que me probara a mí misma sin intervenir para salvarme de mis propias decisiones.

Debería haberlo imaginado.

Todos los ojos de la sala están puestos en mí, observando mi reacción, analizando cómo manejo este evidente alarde de poder.

Puedo sentir su interés, sus cálculos, mientras esperan a ver si pierdo la compostura o mantengo el control.

Así que, en lugar de gritarle como me apetece, en lugar de exigirle saber qué coño se cree que está haciendo aquí, finjo mi sonrisa más empalagosa y dejo que mi voz gotee una dulzura falsa.

—Vaya, vaya. Mirad lo que ha traído el gato —dejo que mi mirada resbale sobre él con desprecio—. No sabía que esto era una reunión familiar, *Don DeLuca*.

El énfasis en «Don DeLuca» aterriza exactamente como pretendía. Varios de los hombres intercambian miradas, claramente intrigados por la evidente tensión entre nosotros.

Matteo aprieta su copa de forma casi imperceptible, pero su voz permanece perfectamente controlada cuando responde.

—Bianca —su tono es frío, profesional, como si fuera una socia de negocios a la que apenas tolera en lugar de la persona a la que ha criado desde que nació—. Qué bien que se haya unido a nosotros.

El desdén en su voz escuece más de lo que esperaba, pero me niego a que se note.

En su lugar, arqueo una ceja y dejo que mi sonrisa se vuelva afilada mientras tomo asiento, haciendo un espectáculo de acomodarme en mi silla mientras Alessandro ocupa el sitio a mi lado.

—Oh, no me perdería esto por nada del mundo. Después de todo, no todos los días la hija de Giuseppe DeLuca llega a reunirse con las Familias —digo con sarcasmo.

La sala se queda en un silencio sepulcral.

—Así que es verdad —dice Don Vitelli en voz baja, con su copa de vino congelada a mitad de camino hacia sus labios.

—Muy cierto —respondo, con mi sonrisa volviéndose afilada como una cuchilla mientras siento la furia de Matteo irradiando desde el otro lado de la sala.

El silencio se prolonga exactamente tres latidos de corazón antes de que se desate el caos.

—Nos mintió —la voz de Marconi corta el aire como una hoja mientras se gira para encarar a Matteo directamente—. Hace dos años, en esta misma sala, cuando preguntamos si ella era suya, dijo que lo era.

—Nunca mentí —la voz de Matteo es firme, controlada, pero puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se han quedado completamente quietas sobre la mesa—. Les dije que Bianca era mía en todos los sentidos que importan.

—Semántica —escupe otro don cuyo nombre no recuerdo—. Nos engañó deliberadamente sobre su parentesco.

—Protegí la privacidad de mi familia —responde Matteo con frialdad —. Lo cual es mi derecho como jefe de la organización DeLuca.

Dios, tengo que admitir que lo está manejando bien.

Incluso pillado totalmente desprevenido por mi anuncio público, no retrocede ni muestra debilidad.

Hay algo casi admirable en verle navegar este campo de minas político con semejante precisión.

Casi. Si no siguiera furiosa con él por estar aquí para empezar.

—¿Privacidad? —Dominic Calabrese habla por fin, con una voz que suena tan parecida a la de Johnny que se me seca la boca—. ¿O vergüenza? Porque seamos sinceros sobre lo que realmente estamos discutiendo aquí.

Se reclina en su silla, haciendo girar su vino como si estuviera a punto de soltar un cotilleo particularmente ameno—. Giuseppe DeLuca violó a una chica de dieciséis años, y esto —me señala con evidente desdén— es el resultado. La cuestión no es si Matteo mintió sobre la biología. La cuestión es si ese linaje manchado la hace inepta para el futuro liderazgo.

Las palabras duelen, pero mantengo mi expresión neutral.

He oído cosas peores en las últimas veinticuatro horas, y no voy a darle a este trozo de mierda la satisfacción de verme flaquear.

—¿Linaje manchado? —Arqueo una ceja, dejando que el regocijo tiña mi voz—. Eso es irónico viniendo de un Calabrese. ¿Cómo va el

negocio familiar últimamente, Dominic? ¿Sigue sacando provecho del legado de fracasos de Johnny?

Su rostro se oscurece, pero antes de que pueda responder, la voz de Matteo corta la habitación.

—Cuide esa boca, Calabrese —la temperatura en la sala se vuelve glacial—. Está hablando de mi hija. Y a diferencia de los Renaldi, que permitieron que saliera del secuestro de Sofía con todos sus miembros intactos, yo no seré tan indulgente si vuelve a faltarle al respeto.

La amenaza queda suspendida en el aire como una cuchilla, y observo cómo el rostro de Dominic se ensombrece de furia antes de obligarse a reclinarse en su silla, fingiendo un encogimiento de hombros casual.

—Qué conmovedor —dice, con la voz destilando una falsa diversión —. Pero no estamos aquí para volver a litigar viejos agravios. Estamos aquí para discutir si la hija de Giuseppe...

—Es *mi* hija —ladra Matteo.

—¿Lo es? —La sonrisa de Dominic es puro veneno—. Porque hace cinco minutos, acaba de decirnos que es la hija de *Giuseppe*. Así que, ¿en qué quedamos, Matteo? ¿Es suya o solo es el hombre que fue lo bastante tonto como para criar a la hija de la víctima de su padre por un sentimiento de culpa fuera de lugar?

La compostura de Matteo finalmente se quiebra.

Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que puedo ver cómo salta el músculo, y sus ojos se han vuelto fríos de esa forma que suele significar que alguien está a punto de morir.

Por una vez, alguien más lo está poniendo a la defensiva, obligándolo a luchar por el control en lugar de ser él quien maneja todos los hilos.

Es jodidamente *delicioso*.

Pero incluso mientras disfruto de su incomodidad, me sorprendo estudiando la reacción de Alessandro.

Mientras Matteo hierve y los otros dones murmuran entre ellos, Alessandro permanece perfectamente inmóvil, perfectamente controlado.

Sus ojos siguen cada movimiento en la sala, evaluando amenazas y vigilando las respuestas.

Y aunque le dije que no se interpusiera en mi camino, noto cómo se ha posicionado: lo bastante cerca como para llegar a mí en segundos, con el cuerpo en ángulo para bloquear cualquier posible ataque de los otros hombres en la mesa.

Me está protegiendo sin que resulte obvio.

Incluso aquí, incluso durante lo que se supone que es una reunión civilizada, está listo para la violencia.

Ese descubrimiento hace que un calor inesperado me recorra el pecho.

—Basta —la voz de Don Vitelli corta el creciente caos—. No estamos aquí para litigar historia antigua. Estamos aquí para abordar un problema actual.

—¿Qué sería? —la voz de Matteo es peligrosamente baja.

—Si la hija de Giuseppe —independientemente de quién la haya criado— es apta para heredar el imperio DeLuca —los ojos pálidos de Vitelli se clavan en mí—. Los documentos filtrados han planteado... dudas. Sobre el linaje, sobre el temperamento, sobre el juicio.

—Entonces respondamos a esas preguntas —dice Dominic con evidente placer—. Propongo una serie de pruebas. Que demuestre que es digna del nombre que tantas ganas tiene de reclamar.

La sala estalla en discusiones, las voces suben de tono mientras los dones debaten los méritos de ponerme a prueba como si fuera una rata de laboratorio.

Una parte de mí quiere decirles a todos que se vayan a la mierda, que no necesito su aprobación ni sus pruebas para saber quién soy.

Pero una parte más grande —la parte que se ha despertado al conocer la verdad sobre Giuseppe— está intrigada.

Esta es mi oportunidad de probarme a mí misma sin la protección de Matteo, de forjar una identidad que me pertenezca enteramente a mí.

—¿Qué tipo de pruebas? —pregunto, cortando el parloteo.

La sala vuelve a quedar en silencio y noto que Alessandro se tensa a mi lado.

Pero mantengo mis ojos en Dominic, sabiendo instintivamente que cualquier cosa que esté a punto de proponer estará diseñada para doblegarme.

Y no lo permitiré.

—Sencillo —dice él, ensanchando su sonrisa—. Cuatro pruebas de valía. Demuestra que tienes estómago para lo que requiere el liderazgo en nuestro mundo.

Bien, eso no suena tan mal. —¿Y la primera prueba?

—La ejecución personal de un traidor a la familia —sus ojos brillan con una maliciosa diversión—. Alguien que vendió información al FBI. Lo harás tú misma, públicamente, para enviar un mensaje sobre las consecuencias de la traición.

La brutalidad del asunto debería escandalizarme.

La frialdad de pedir a una chica de diecinueve años que cometa un asesinato debería horrorizarme.

En cambio, siento algo oscuro y satisfecho desplegarse en mi pecho.

—De ninguna manera —la voz de Matteo corta la sala como un látigo—. Tiene diecinueve años. No permitiré...

—¿No *permitirá*? —me giro para enfrentarme a él, dejando que cada gramo de furia se note en mi voz—. Ya no tiene derecho a permitir o prohibir nada en mi vida. ¿Recuerda? No es mi padre.

Las palabras dan en el blanco y siento que esa misma satisfacción oscura se fortalece.

—No va a...

—No —me vuelvo para mirar a los presentes, con mi decisión cristalizando con una claridad asombrosa—. Acepto.

La sala estalla de nuevo, pero esta vez apenas puedo oír las voces por encima del repentino torrente de sonido en mi cabeza.

No es un sonido externo; son susurros internos, nítidos e inconfundibles.

*Mátalos rápido,* gruñe una voz áspera en mi interior. *No muestres piedad ni vacilación. Hazles temer de lo que eres capaz.*

Qué coño...

*Usa su simpatía,* murmura una voz más suave, completamente diferente a la primera. *Interpreta el papel de la heredera reacia forzada a la violencia. Haz que te compadezcan a la vez que respetan tu fuerza.*

Mi corazón empieza a acelerarse.

Hay *voces* en mi cabeza.

Voces reales que no son mías, hablando con tal claridad que es como tener a otras personas en la sala conmigo.

*Piensa estratégicamente,* advierte una tercera voz, y esta la reconozco con una sacudida.

Suena como Matteo, como si años de su entrenamiento estuvieran tan profundamente incrustados en mi psique que puedo oír sus consejos incluso cuando no quiero saber nada de él.

*Considere las implicaciones a largo plazo, las ramificaciones políticas, el mensaje que está enviando.*

Mantengo mi expresión neutral incluso cuando el pánico empieza a arañarme el pecho.

Estoy oyendo... voces.

Múltiples voces distintas dándome consejos contradictorios, y no tengo ni idea de qué significa esto ni de por qué está ocurriendo ahora.

¿Me estoy volviendo loca?

¿Es esto lo que pasa cuando descubres que toda tu vida ha sido una mentira?

¿Simplemente... te rompes?

Pero no puedo dejar que nadie en esta sala me vea flaquear.

No ahora, no cuando todos están pendientes de cualquier señal de debilidad.

Me obligo a respirar con normalidad, a mantener las manos firmes, mientras las voces continúan su extraño coro en mi cabeza.

Sea lo que sea, ya lo resolveré más tarde.

Ahora mismo, tengo una sala llena de hombres peligrosos con los que lidiar.

Me pongo de pie, y la sala se queda gradualmente en silencio mientras todos los ojos se vuelven hacia mí.

Alessandro se mueve a mi lado, todavía listo para la violencia, todavía protegiéndome incluso mientras acepto algo que podría aterrorizarle.

—Bien —digo, con la voz más firme de lo que me siento—. ¿Queréis ponerme a prueba? Hagámoslo. Estoy harta de que todo el mundo actúe como si no pudiera manejar la verdad sobre este mundo.

Miro directamente a Dominic, dejando que vea la rabia en mis ojos. —¿Cree que la sangre de Giuseppe me hace débil? Vamos a averiguarlo.

El silencio que sigue se siente pesado, peligroso.

Puedo ver sorpresa en algunos rostros, cálculos en otros.

Matteo parece querer sacarme de aquí a la fuerza.

Y a juzgar por las expresiones alrededor de la mesa, me he metido en algo para lo que quizás no esté preparada.

10

# ALESSANDRO

—La chica necesita un compañero.

Las palabras de Don Vitelli cortan el silencio que ha seguido a la declaración de Bianca, y veo cómo los ojos de la joven destellan de furia.

Aprieta los dientes y prácticamente puedo *sentir* la rabia que emana de ella ante la sugerencia de que no puede encargarse de esto sola.

—Alguien que se asegure de que no se descontrole —añade Alberto Marconi con esa clase de desdén casual que hace que mi propio temperamento se encienda—. Estas pruebas requieren... supervisión.

—Yo lo haré. —La voz de Matteo resuena en la sala antes de que nadie más pueda hablar—. Como cabeza de la familia DeLuca—.

—No. —La voz de Bianca es de hielo—. Ni de coña.

La sala estalla de nuevo.

—Usted no puede tomar esa decisión... —empieza Matteo, con voz controlada pero peligrosa.

—¡Vaya si puedo! —le espeta Bianca, levantándose de su silla—. Perdió el derecho a tomar decisiones sobre mi vida. Punto.

—Tiene razón —interviene uno de los otros dons—. Dadas las... complicaciones familiares—.

—No hay complicaciones —gruñe Matteo, con las manos completamente quietas sobre la mesa—. Como dije hace dos años, es mi hija en todos los sentidos que importan.

—Excepto en los sentidos que *realmente* importan —dice Dominic Calabrese con evidente satisfacción, recostándose en su silla como si estuviera viendo una obra de teatro—. La biología, la sangre, la verdad fundamental de lo que ella es—.

—Cuidado, Calabrese. —Matteo no alza la voz, pero si las miradas matasen, Dominic ya estaría bajo tierra—. Está cruzando una línea *muy* fina.

Los gritos aumentan; se producen múltiples conversaciones a la vez mientras las alianzas se forman y se disuelven alrededor de la mesa.

Matteo discute con cualquiera que cuestione su autoridad sobre Bianca.

Varios dons apoyan su reclamación, mientras que otros se ponen del lado de la postura de Dominic de que la dinámica familiar está demasiado comprometida.

Y, a pesar de todo, Dominic permanece sentado con esa puta sonrisa de suficiencia, claramente encantado por el caos que ha orquestado.

Ese hombre me cae mal desde hace años, pero verlo manipular esta situación mientras Bianca está ahí parada, siendo discutida como si fuera una propiedad, hace que me hierva la sangre.

—Yo lo haré.

Mi voz corta la discusión y, de repente, la sala vuelve a quedar en silencio.

Todos los ojos se vuelven hacia mí y puedo sentir el peso de su escrutinio.

—Me ofrezco voluntario para ser el compañero de Bianca en las pruebas.

—La familia Ricci ha demostrado su lealtad —dice Matteo con cautela, lanzándome una mirada penetrante de entendimiento en lugar de oposición—, pero la dinámica de la asociación...

—No estoy reclamando autoridad —le interrumpo—. Estoy ofreciendo mi colaboración. Hay una diferencia.

—Una diferencia significativa —observa Don Vitelli, estudiándome con un interés renovado—. La familia Ricci ha mantenido su alianza con los DeLuca durante años. Su reputación es... considerable.

—Esto es ridículo —protesta otro don—. Está claramente condicionado. Todo el mundo sabe lo que siente por la chica—.

—¿Qué sentimientos? —La voz de Bianca es afilada.

La sala vuelve a quedarse en silencio y noto que todos esperan mi respuesta.

Este es el momento en el que confirmo sus sospechas o me desvío; en el que hago que esta situación sea infinitamente más complicada o encuentro una forma de navegar a través de ella.

—El sentimiento de que se merece una oportunidad justa para demostrar lo que vale —digo con cuidado—. Sin que la política familiar nuble el juicio sobre sus capacidades.

No es una mentira exactamente, pero tampoco es toda la verdad.

Aun así, parece satisfacer a la mayoría de los presentes, excepto a Bianca.

Siento su mirada clavada en mi perfil, pero no le hago caso.

—Tiene razón —dice Marconi lentamente, frotándose la barbilla—. Ricci no tiene ningún interés familiar en el resultado. Su reputación de competencia es incuestionable. Y tiene experiencia en... situaciones difíciles.

—Esto es una locura —masculla Matteo, pero su tono sugiere una aceptación a regañadientes más que una protesta genuina.

Sabe que, si no soy yo, será otro.

Alguien que podría no mirar por los intereses de Bianca.

—La asociación sería temporal —aclara Vitelli—. Limitada a la duración de las pruebas. Ricci se aseguraría de que ella siga el protocolo mientras le presta apoyo táctico.

—¿Y si fracasa? —pregunta Dominic con evidente esperanza.

—Entonces fracasará —respondo con sencillez—. Pero lo hará por sus propios méritos, no porque haya sido saboteada o preparada para el fracaso.

El debate continúa durante otros diez minutos, pero noto que la marea está cambiando a mi favor.

La lógica es sólida: tengo experiencia, soy lo bastante imparcial como para satisfacer la mayoría de las preocupaciones y lo bastante fuerte como para afrontar cualquier desafío que las pruebas puedan presentar.

Finalmente, Vitelli somete la cuestión a votación.

—¿A favor de que Alessandro Ricci sea el compañero en las pruebas?

Se alzan manos alrededor de la mesa.

No es unánime, pero es suficiente.

—Moción aprobada —anuncia Vitelli. Su mirada se desplaza entre Bianca y yo—. La primera prueba tendrá lugar en tres días. Recibiréis los detalles mañana por la mañana. Se levanta la sesión.

El alivio me inunda cuando el anuncio formal se asienta en la sala.

Estoy asignado oficialmente como compañero de Bianca, lo que formaliza mi papel protector a la vez que me mantiene cerca de ella durante lo que seguramente será un periodo peligroso.

Sean cuales sean los desafíos que traigan las pruebas, al menos estaré allí para ayudarla a enfrentarlos.

Los dons empiezan a salir, y sus conversaciones pasan a ser discusiones privadas y negociaciones secundarias.

Pero Matteo permanece sentado, con los ojos fijos en Bianca y una expresión cuidadosamente controlada, aunque decidida.

—Bianca —dice él mientras ella se encamina hacia la puerta—. Tenemos que hablar.

—No, no tenemos. —Ni siquiera lo mira; su voz es plana y despectiva.

—Cinco minutos. Es todo lo que pido.

—He dicho que no. —Esta vez sí se gira, y la frialdad en sus ojos congelaría el infierno—. Usted no es mi padre, así que deje de actuar como si lo fuera.

Matteo ni siquiera parpadea—. *Soy* su padre.

—Ahórreselo. —Ella lo corta con un gesto de desprecio absoluto—. He terminado de recibir órdenes suyas y he terminado de fingir que somos familia.

Las palabras están diseñadas para herir, y observo cómo las manos de Matteo aprietan con más fuerza su copa de vino.

Pero su expresión permanece impasible, autoritaria, aun cuando sé que el rechazo lo está destrozando por dentro.

Bianca se aleja, con los tacones resonando contra el suelo pulido mientras se dirige a la salida.

No mira atrás ni muestra señal alguna de que el evidente dolor de él la afecte en absoluto.

Empiezo a seguirla, pero un movimiento en mi visión periférica me hace detenerme.

Dominic Calabrese sigue sentado a la mesa, sosteniendo su copa de vino entre las manos mientras observa toda la escena con evidente fascinación.

Hay algo perturbador en su expresión, algo que sugiere que está registrando cada detalle de esta ruptura familiar para usarlo en el futuro.

La forma en que sus ojos siguen la salida de Bianca, la ligera sonrisa que asoma a las comisuras de sus labios mientras observa la compostura cuidadosamente mantenida de Matteo... todo delata a un hombre que está guardando munición para batallas posteriores.

Tomo nota mental de vigilar muy de cerca a Dominic Calabrese.

Sea cual sea el juego al que está jugando, va mucho más allá de simplemente poner a prueba la valía de Bianca.

Está buscando debilidades, fracturas que pueda explotar, formas de desestabilizar toda la estructura de poder de los DeLuca.

Y ahora mismo, la fracturada relación entre Matteo y Bianca es la mayor debilidad que podría desear.

~

Las instrucciones llegan a la suite de mi hotel a la mañana siguiente, entregadas por un mensajero que desaparece antes de que pueda siquiera darle propina.

El sobre es de un papel pesado y caro, con el tipo de sello formal que transpira autoridad del viejo mundo.

Bianca llega veinte minutos después; llama a la puerta de forma brusca e impaciente.

Cuando abro, lleva unos vaqueros oscuros y un jersey negro que se ciñe a sus curvas de una forma que hace difícil la concentración; lleva el pelo recogido en una coleta tirante que resalta los planos angulosos de su rostro.

Se parece tanto a Giuseppe en este momento.

—Veamos qué quieren —dice sin preámbulos, pasando a mi lado para entrar en la suite.

Le entrego el sobre y observo cómo rompe el sello con dedos firmes.

Sus ojos recorren el contenido y veo que algo cambia en su expresión; no es miedo, sino una especie de fría anticipación que hace que se me hiele y se me encienda la sangre a la vez.

—¿Qué dice?

—Vincent Torrino —lee en voz alta—. Antiguo lugarteniente de los Vitelli que ha estado pasando información al FBI durante los últimos seis meses. Ubicación: su club social en Queens. Plazo: la ejecución debe llevarse a cabo en un máximo de setenta y dos horas. —Me mira, y sus ojos azul acero son ilegibles—. Tiene que ser público. Se requieren testigos para enviar un mensaje sobre las consecuencias de la traición.

Los detalles son tan brutales como esperaba.

No se trata solo de una eliminación discreta, sino de una ejecución pública diseñada para aterrorizar a cualquiera que pueda estar considerando la deslealtad.

El tipo de guerra psicológica que Giuseppe habría aprobado.

—Hay especificaciones —continúa ella, revisando el resto del documento—. Múltiples testigos, pruebas claras de justicia familiar,

máximo impacto psicológico manteniendo una negación plausible ante las fuerzas del orden.

—Intimidación coreografiada —murmuro, quitándole los papeles—. Quieren teatro tanto como quieren la muerte.

—¿Puedes encargarte de eso? —La pregunta le sale más brusca de lo que probablemente pretendía, pero puedo oír la tensión subyacente.

Me está preguntando si puedo verla matar a alguien, si puedo ayudarla a planear algo tan brutal, si puedo apoyar su transformación en algo más oscuro.

—¿Puedes tú? —le devuelvo la pregunta.

Por un momento, algo vulnerable cruza su rostro.

Luego desaparece, reemplazado por esa fría determinación que empiezo a reconocer como su estado por defecto cuando se enfrenta a algo que la asusta.

Se encoge de hombros.

—Supongo que lo descubriremos.

Nuestra dinámica de trabajo se establece durante los dos días siguientes, y resulta a la vez más fácil y más difícil de lo que había previsto.

Más fácil porque Bianca es brillante: capta los conceptos rápidamente, hace las preguntas adecuadas y adapta las estrategias sin ego ni actitud defensiva.

Más difícil porque cada momento que pasamos planificando nos acerca físicamente, sincronizándonos intelectualmente de tal manera que el aire entre nosotros está cargado de electricidad.

Solo le ofrezco consejo cuando me lo pide, apoyo sus decisiones sin intentar anularlas y respeto su necesidad de demostrar que puede gestionar esto de forma independiente.

Pero cada instinto protector que tengo me grita que tome el mando, que la proteja del peso psicológico de lo que está a punto de hacer, que encuentre una forma de completar esta prueba sin que ella tenga que apretar personalmente el gatillo.

No lo hago.

Porque empiezo a comprender que lo que ella necesita no es protección, sino compañerismo.

Alguien que crea que es capaz de tomar decisiones difíciles y vivir con las consecuencias.

—El club social tiene tres entradas —dice ella, extendiendo fotos de vigilancia sobre la mesa del comedor del hotel—. Entrada principal por Northern Boulevard, entrada de servicio en el callejón y salida de emergencia que da a la estructura del aparcamiento.

—¿La rutina de Torrino? —pregunto, inclinándome sobre su hombro para estudiar los planos. El aroma de su perfume hace que me cueste concentrarme en la planificación.

—Llega todos los martes a las cuatro de la tarde para la partida semanal de cartas. Se queda hasta las ocho, a veces más tarde. —Su dedo sigue el perímetro del edificio en la fotografía—. La seguridad es mínima: dos tipos, quizá tres. No esperan problemas.

—Porque no saben que ha sido descubierto —observo—. Lo que significa que tenemos el factor sorpresa.

—Exactamente. —Me mira y, por un momento, estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos azules y sentir el calor que emana de su piel—. La cuestión es cuánto queremos que se haga público.

El momento se alarga entre nosotros, cargado de algo más que consideraciones tácticas.

Luego ella da un paso atrás, interponiendo una distancia profesional entre nosotros, y me obligo a centrarme en la misión en lugar de en

lo mucho que quiero acortar esa distancia de nuevo.

—Necesitamos testigos, pero también necesitamos controlar el relato —digo, moviéndome al otro lado de la mesa—. Si es demasiado público, nos arriesgamos a una respuesta policial. Si no lo es lo suficiente, el mensaje no calará.

—¿Qué tal durante la partida de cartas? —Señala la distribución interior—. Sala principal, múltiples testigos, pero en un entorno contenido. Controlamos quién ve qué.

El plan se desarrolla de forma orgánica durante las horas siguientes.

Estrategia de entrada, posicionamiento, contingencias para diversos escenarios.

La mente de Bianca trabaja con una precisión que me impresiona y me preocupa a la vez.

Piensa como Giuseppe.

Pero es cuando pasamos a los preparativos prácticos cuando las cosas se vuelven verdaderamente peligrosas.

Mi campo de tiro privado está en el sótano de un edificio de mi propiedad en Midtown, insonorizado y equipado con todo, desde práctica de tiro básica hasta escenarios tácticos.

He traído a Bianca aquí para poner a prueba su puntería bajo presión, para asegurarme de que realmente puede llevarlo a cabo cuando llegue el momento.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —le pregunto mientras ella examina la glock que he seleccionado para la operación.

—No. —Su voz es firme, natural—. Pero he pensado en ello. Más de lo que probablemente debería.

La honestidad de su confesión me enciende de una forma que no debería.

No intenta parecer dura ni impresionarme; solo está declarando un hecho sobre sí misma que a la mayoría de la gente le resultaría perturbador.

A mí me resulta embriagador.

—Pensar en ello y hacerlo son cosas distintas —le advierto, colocándome detrás de ella para corregir su postura.

Mis manos se posan en sus hombros y, cuando guío su posición, mi pecho roza su espalda.

Siento cómo toma aire bruscamente, cómo se queda perfectamente quieta bajo mi contacto.

—Lo sé. —Su voz suena un poco entrecortada.

Se apoya contra mí solo por un momento —lo suficiente para que sienta el calor de su cuerpo contra el mío— antes de erguirse con evidente esfuerzo.

El aire entre nosotros chisporrotea con energía mientras yo, a regañadientes, doy un paso atrás hasta la línea de seguridad, con las manos aún con un hormigueo por haberla tocado.

La observo disparar bala tras bala al objetivo; cada disparo está más agrupado que el anterior.

Su pulso es firme, su respiración controlada, su concentración absoluta.

La forma en que maneja el arma —segura, precisa, sin inmutarse— hace que el calor recorra mi cuerpo de una forma inapropiada.

No hay vacilación, no hay angustia ante el retroceso del arma.

Por el contrario, hay una precisión fría que hace que se me seque la boca y se me acelere el pulso.

Ha heredado la capacidad de Giuseppe para la violencia necesaria, y verla abrazar esa oscuridad la hace más irresistible que nunca.

—¿Qué tal eso? —Deja el arma y se gira para mirarme. Tiene las mejillas encendidas; por la adrenalina o por nuestro contacto previo, no sabría decirlo.

—Perfecto —digo, con la voz más ronca de lo que pretendía.

La mirada que intercambiamos está cargada de todo lo que *no* estamos diciendo.

Ella da un pequeño paso hacia mí y luego se detiene, mordiéndose el labio inferior de una forma que hace que quiera acortar la distancia entre nosotros y terminar lo que empezamos en su despacho.

—Alessandro —dice en voz baja, y oír mi nombre en sus labios de esa manera casi acaba conmigo.

—¿Sí? —Doy un paso más a pesar de que cada pensamiento racional me dice que no lo haga.

Abre la boca como si fuera a decir algo importante, pero luego parece cambiar de opinión. En su lugar, coge otro cargador con unas manos que no están tan firmes como hace un momento.

—Deberíamos practicar los tiempos —dice, pero su voz ha vuelto a volverse jadeante.

—Claro. Los tiempos.

Pero ninguno de los dos se mueve para reanudar el entrenamiento.

Simplemente nos quedamos ahí, lo bastante cerca para que pueda ver el pulso latiendo con rapidez en su garganta y para que pueda oler ese maldito perfume que lleva días volviéndome loco.

La consciencia entre nosotros ha cambiado, se ha intensificado.

Trabajar así de cerca manteniendo la distancia adecuada no es solo difícil; se está volviendo imposible.

Especialmente cuando verla abrazar los aspectos más oscuros de su naturaleza solo hace que la desee más.

# BIANCA

Me quedo mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, ajustando el cuello de mi blusa de seda negra una vez más.

El conjunto es perfecto: una falda negra ajustada que realza mis piernas, botas de cuero hasta la rodilla con el tacón justo para hacerme sentir más alta, y la blusa por dentro para demostrar que voy en serio.

Mi pelo cae en ondas sedosas más allá de mis hombros, y he mantenido el maquillaje al mínimo a excepción del delineador oscuro que hace que mis ojos azules parezcan más afilados, más peligrosos.

Aparento riqueza. Aparento poder. Aparento ser alguien que pertenece a este mundo.

Lo que no parezco es una chica de diecinueve años que está a punto de cometer su primer asesinato.

Exhalo y miro a mi alrededor.

La suite del ático del hotel en la que me encuentro exhala lujo: ventanales de suelo a techo con vistas a Manhattan, muebles caros y un baño de mármol más grande que la mayoría de los apartamentos.

Me mudé aquí después de volver de Montreal, necesitando un espacio que fuera enteramente mío en lugar de existir en un mundo construido sobre mentiras.

Pero incluso rodeada de todo este confort costoso, no puedo escapar del murmullo constante de voces en el fondo de mis pensamientos.

*—No les muestres piedad* —gruñe la voz áspera—. *Haz que sea rápido y brutal.*

*—Interpreta el papel* —susurra la voz más suave—. *Deja que vean reticencia incluso cuando aprietes el gatillo.*

*—Ten en cuenta tu posición* —advierte la voz familiar—. *Piensa en los testigos y en los ángulos.*

Cierro los ojos con fuerza, intentando alejarlas.

Han pasado días desde que aparecieron por primera vez durante la reunión de las Familias, y no se han ido.

En todo caso, se han vuelto más fuertes, más nítidas. Más... reales.

Lo cual es jodidamente aterrador.

La gente normal no oye voces.

La gente normal no mantiene conversaciones en su cabeza con parientes muertos o distanciados.

Y, definitivamente, la gente normal no recibe consejos tácticos de lo que podría ser su propia psique fracturada.

Pero claro, la gente normal tampoco tiene que demostrar que es digna de heredar un imperio criminal ejecutando personalmente a traidores.

Me obligo a centrarme en otra cosa.

Algo que hace que mi piel se sonroje y mi pulso se acelere de formas que no tienen nada que ver con los nervios por la misión.

Alessandro.

Ayer en el campo de tiro, cuando se puso detrás de mí para corregir mi postura, estaba segurísima de que iba a besarme.

La forma en que su pecho presionaba contra mi espalda, el calor de sus manos en mis hombros, su respiración entrecortada cuando me apoyé en él... cada célula de mi cuerpo gritaba que me diera la vuelta y terminara lo que empezamos en mi despacho.

Pero no lo hizo, maldito sea.

Dio un paso atrás y me observó disparar con esos intensos ojos color avellana que me hacían sentir como si estuviera viendo directamente a través de mi alma.

Y cuando lo miré después, cuando el aire entre nosotros chispeaba con todo ese deseo no dicho, casi dije algo que lo habría cambiado todo.

Me toco los labios sin pensar, como si todavía pudiera sentir su boca contra la mía desde aquella noche en mi despacho destrozado.

Ese beso que sabía a desesperación y a posibilidad.

Quiero que vuelva a besarme.

¡Qué demonios!, quiero que haga *más* que besarme.

Quiero que deje de ser tan cuidadoso, tan profesional, tan decidido a mantener unos límites que ambos seguimos forzando.

Quiero que me desee tanto como yo lo deseo a él.

Pero ahora mismo, necesito concentrarme.

Tengo una misión.

Tengo que demostrar que soy digna del apellido DeLuca, digna de heredar, digna del respeto que debería conllevar ser la hija de Giuseppe.

Unos golpes secos en la puerta interrumpen mis pensamientos en espiral.

Mi corazón da un vuelco, pero sé que es Alessandro incluso antes de mirar por la mirilla.

Hay algo en la confianza de esos golpes, en la autoridad que hay tras ellos.

Cuando abro la puerta, se me seca la boca.

Va vestido todo de negro: pantalones a medida, una camisa negra de botones con las mangas remangadas mostrando sus fuertes antebrazos y una chaqueta negra que probablemente oculta al menos dos armas.

Su pelo oscuro está peinado con el desorden justo para que me den ganas de pasar mis dedos por él, y esos ojos color avellana están serios, concentrados, escaneando mi rostro como si estuviera leyéndome la mente.

Parece peligroso. Profesional. Sexy a rabiar. Madre *mía*.

También se le ve serio de una forma que hace que en mi estómago estallen esas mariposas que he estado intentando suprimir toda la mañana.

—¿Lista? —Su voz tiene ese sutil carraspeo que siempre me provoca pensamientos inapropiados.

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada con todo lo que ambos sabemos que está a punto de cambiar.

En cuanto cruce esa puerta, en cuanto lleve a cabo esta prueba, habré cruzado una línea de la que no hay retorno.

Seré alguien que ha quitado una vida, alguien que ha demostrado que tiene la capacidad de Giuseppe para la violencia.

Debería estar aterrorizada. Debería tener dudas, crisis morales, algún tipo de reacción humana normal ante lo que estoy a punto de

hacer.

En cambio, me siento tranquila. Concentrada. Preparada.

—Sí —digo, y lo digo en serio—. Estoy lista.



El club social se alza en Northern Boulevard como una reliquia de otra época: fachada de ladrillo, ventanas pequeñas, el tipo de lugar que grita «métete en tus asuntos» a cualquiera que pase por delante.

Cuando aparcamos el coche de Alessandro, vuelvo a sentir que el estómago se me encoge por los nervios.

Tomo aire con voz temblorosa y Alessandro se da cuenta de inmediato.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —suelto con brusquedad, probablemente más borde de lo necesario. Pero no puedo mostrar debilidad ahora. No cuando estamos tan cerca.

Me obligo a respirar profundamente, reprimiendo cada emoción hasta que siento que ese frío familiar se instala en mí.

Es como accionar un interruptor: todos los nervios, las voces que susurran en el fondo de mi mente, las partes humanas de mí que podrían dudar, todo queda bloqueado tras un muro de hielo.

Cuando vuelvo a mirar a Alessandro, sé que mi expresión ha cambiado.

Se ha vuelto más vacía.

Más peligrosa.

—Ahora estoy bien —digo, y mi voz suena firme como el granito.

Nos movemos según el plan que pasamos horas perfeccionando.

Alessandro entra por la entrada de servicio del callejón; su función es asegurar la salida trasera y neutralizar la seguridad mínima: dos tipos que creen estar vigilando una simple partida de cartas, no a un objetivo de la justicia de la familia.

Espero exactamente tres minutos y luego entro por la puerta principal como si el lugar fuera mío.

El interior es tal como esperaba: paneles de madera oscura, olor a puros y whisky añejo, hombres con trajes caros encorvados sobre mesas de póquer.

El tipo de atmósfera que ha permanecido inalterada durante décadas porque funciona.

Vincent Torrino está exactamente donde indicaba nuestra información: en una mesa de la esquina con otros cuatro hombres, con las cartas en la mano y un montón de fichas frente a él.

Está en la cincuentena, con canas en las sienes y un costoso traje de Armani.

Parece exitoso, cómodo, completamente ajeno a que su mundo está a punto de acabar.

La sala se queda en silencio cuando entro.

No un silencio absoluto, pero las conversaciones cambian, se vuelven más apagadas.

Una mujer joven en un lugar como este llama la atención, quiera o no.

Perfecto. Necesito testigos.

—Vincent Torrino —digo con claridad, y mi voz resuena en toda la sala.

Él levanta la vista de sus cartas, con la confusión reflejada en su rostro. —¿La conozco, encanto?

La condescendencia de su voz hace que algo frío y feroz se despliegue en mi pecho. —Vendiste información al FBI durante seis meses. Información sobre las operaciones de la familia Vitelli. Información que puso en riesgo a nuestros soldados.

El color desaparece de su semblante.

Por toda la sala, las sillas chirrían mientras los hombres se apartan de las mesas; algunos echan mano a sus armas y otros se dirigen a las salidas.

Pero Alessandro ya está allí, bloqueando la entrada trasera, con su propia arma lo bastante visible como para disuadir a cualquiera de intentar irse.

—No sé de qué me estás hablando —tartamudea Torrino.

—Vincent Torrino, informante del FBI número 47291 —continúo, sacando la carpeta de mi chaqueta y dejando que se abra sobre su mesa. Fotografías, documentos, extractos bancarios... toda la evidencia de su traición desplegada para que todos la vean—. Tres años de pagos. Seis meses de cooperación activa. Las vidas de cinco soldados de los Vitelli comprometidas por la información que proporcionaste.

La sala está ahora en un silencio sepulcral.

Cada hombre aquí presente comprende lo que está presenciando: no solo una ejecución, sino una lección.

Una demostración de lo que les ocurre a los traidores.

—Por favor —susurra Torrino, con sus cartas olvidadas sobre la mesa mientras desprende un olor a miedo—. Tengo hijos. Nietos...

—También los tenían los soldados que murieron por tu culpa. —Saco mi arma con soltura practicada; la Glock encaja perfectamente en mi

mano—. Esto es justicia de familia, Vincent. Por traición. Por deslealtad. Por olvidar dónde debía residir tu fidelidad.

Entonces las voces estallan en mi cabeza, cada una gritando instrucciones diferentes.

*No muestres piedad*, ruge la voz áspera de Giuseppe. *Toma lo que es tuyo. Haz que te teman. Aprieta el gatillo ahora y establece tu reputación a través de la sangre.*

—*Espera* —susurra con urgencia la voz más suave de Sophia—. *Usa su compasión. Deja que te vean luchar con esta decisión. Interpreta a la heredera reacia obligada a la violencia. Te hará parecer más humana, más digna de confianza.*

—*Piensa primero* —la voz familiar de Matteo corta el caos—. *Controla la situación. Considera la posición, los testigos, las consecuencias a largo plazo. Este momento define cómo te verán para siempre.*

Durante un latido, me quedo paralizada, con tres enfoques diferentes luchando en mi mente.

La sala contiene el aliento, esperando a ver qué elegirá la hija de Giuseppe DeLuca.

Entonces algo se asienta en mi pecho: algo frío, seguro e inevitable.

Siento el impulso genético hacia la brutalidad decidida, la comprensión de que nací para esto.

Ni la estrategia cuidadosa de Matteo ni la manipulación de Sophia, sino la acción directa y despiadada de Giuseppe.

Aprieto el gatillo sin vacilar, sin teatralidad, sin dar a Torrino ni un momento más para suplicar.

El disparo es limpio y definitivo, colocado exactamente donde Alessandro me enseñó.

Vincent Torrino se desploma hacia adelante sobre sus cartas, mientras la sangre se extiende por el fieltro verde.

La violencia me resulta natural.

No me parece algo ajeno, ni aterrador, ni moralmente complejo; solo necesario.

Como algo para lo que me he estado preparando toda la vida sin saberlo.

La capacidad para la brutalidad corre por mis venas, no proviene solo de años de entrenamiento, y esa constatación probablemente debería perturbarme.

En cambio, se siente como volver a casa.

Mantengo mi arma a la vista mientras recorro la sala con la mirada, estableciendo contacto visual con cada testigo. —Vincent Torrino era un traidor a la familia Vitelli. Esto es lo que les pasa a los traidores. Recuérdenlo.

Cuando mis ojos encuentran los de Alessandro al otro lado de la sala, veo algo que hace que el calor estalle en mi pecho.

Sus ojos color avellana están más oscuros de lo habitual, intensos y centrados por completo en mí.

No hay horror ni asco por lo que acabo de hacer.

En cambio, su mirada es de hambre, de aprecio.

Tiene la mandíbula tensa por lo que parece ser contención, y puedo ver el ligero aleteo de sus fosas nasales, la forma en que su pecho sube y baja un poco demasiado rápido.

Me observa como un depredador observa a su presa, aunque no estoy segura de quién de los dos es cada cual.

Su lengua asoma brevemente para humedecer su labio inferior y, cuando nuestros ojos se encuentran, algo eléctrico pasa entre

nosotros.

La forma en que me mira —como si me estuviera viendo de verdad por primera vez, como si quisiera cruzar la sala y estamparme contra la pared— me dice todo lo que necesito saber.

No solo está satisfecho con mi crueldad. Le excita.

Ese conocimiento hace que algo oscuro y satisfecho se asiente en mis huesos.

—Que pasen una buena noche, caballeros —digo, enfundando mi arma.

Alessandro y yo salimos juntos, con una salida tan controlada y profesional como nuestra entrada.

El mensaje ha sido entregado.

La lección ha sido impartida.

Y no siento absolutamente nada por haber quitado una vida humana, salvo una fría satisfacción por haber demostrado de lo que soy capaz.

El trayecto de vuelta al ático transcurre en silencio, solo con el zumbido del motor.

Mi mente no deja de reproducir el momento: el peso de la pistola en mi mano, la mirada de miedo en los ojos de Torrino, el estallido seco del disparo resonando en el club social.

Pero lo que más me impacta no es la violencia, ni la sangre, ni siquiera la finalidad de quitar una vida.

Es lo *bien* que se sintió. Lo *natural* que fue.

Alessandro aparca en el garaje privado del hotel y subimos en el ascensor hasta mi planta sin hablar.

El silencio no es incómodo; está cargado, eléctrico, como el aire antes de una tormenta.

Una vez dentro de mi suite, me sirvo un poco de whisky del carrito del bar, con las manos firmes a pesar de todo lo ocurrido.

Alessandro me observa desde el otro lado de la habitación, con un aspecto peligroso, controlado y absolutamente jodidamente magnético.

—Y bien —digo, tomando un sorbo del líquido ámbar—. ¿Cómo lo he hecho?

—Sabes perfectamente cómo lo has hecho. —Su voz suena más ronca de lo habitual. Cuando lo miro, esos ojos color avellana están oscuros con algo que hace que mi pulso se acelere.

Las comisuras de mis labios se elevan. —Quiero oírte decirlo.

Se acerca, deteniéndose justo fuera de mi alcance. —Has estado perfecta —susurra—. Fría, eficiente, con el control total. Has hecho que pareciera fácil.

—Es que *ha sido* fácil. —La confesión probablemente debería perturbarme, pero no lo hace—. Eso es lo que me asusta.

—No debería. —Da otro paso hacia mí—. Debería emocionarte.

Dejo el vaso y estudio su rostro: los ángulos afilados de sus pómulos, la forma en que su mandíbula está tensa por la contención, el hambre en sus ojos que ya ni siquiera intenta ocultar.

—Te ha gustado verme matarlo —digo.

—Sí. —Sin vacilación, sin vergüenza—. Me ha gustado verte convertirte en lo que estás destinada a ser.

—¿Y qué es eso? —Mi corazón late con tanta fuerza que me sorprende que no pueda oírlo.

—Peligrosa. Poderosa. —Su voz baja hasta ser casi un susurro—. Absolutamente jodidamente irresistible.

Sus palabras me envuelven y ya no puedo aguantar más.

La tensión que se ha estado acumulando entre nosotros, la forma en que me miró en ese club, la admisión de que encuentra mi oscuridad atractiva en lugar de aterradora... todo se funde en puro deseo.

Recorro la distancia que nos separa y lo beso.

Esta vez no hay vacilación, ni una exploración suave.

Este beso es hambriento, desesperado, lleno de adrenalina y deseo, y del embriagador conocimiento de que por fin hemos dejado de fingir que no queremos esto.

Alessandro responde de inmediato; sus manos se enredan en mi pelo, atrayéndome más cerca mientras me devuelve el beso con la misma intensidad desesperada.

Cuando su lengua roza la mía, dejo escapar un sonido que es mitad gemido, mitad rendición.

—Bianca —murmura contra mis labios, y mi nombre suena como una plegaria y una maldición al mismo tiempo.

—No te detengas —susurro, pegándome más a él—. Por favor, no te detengas esta vez.

Él gruñe; el último ápice de su cuidadoso control termina por romperse.

Sus manos bajan a mi cintura y luego suben para acunar mi rostro mientras me besa con más profundidad, con más fuerza, como si llevara años conteniéndose y ya no pudiera más.

—¿Estás segura? —Se aparta lo justo para buscar la respuesta en mis ojos.

Me río. —No he estado más segura de nada en toda mi vida.

Eso es todo el permiso que necesita.

Alessandro me levanta con facilidad, y mis piernas se envuelven alrededor de su cintura mientras me lleva hacia el dormitorio, sin que nuestras bocas se separen ni un instante.

Nuestras lenguas luchan por el dominio mientras entramos en la habitación y él me tumba sobre la cama, con mis piernas colgando por el borde del colchón.

Sus ojos color avellana brillan mientras me recorre con la mirada, trazando un mapa de mi cuerpo antes de que sus manos se deslicen hasta donde el dobladillo de mi falda se encuentra con mis piernas.

Su mano derecha desaparece bajo la tela, subiendo por la parte interna de mi muslo, y las yemas de sus dedos callosos se detienen en el borde de mi ropa interior, donde dibuja lentos círculos contra mi piel.

Jadeo cuando siento que sus dedos rozan el pliegue de mi muslo, donde la pierna se une al cuerpo.

Alessandro suelta un gemido. —He querido hacer esto durante tanto tiempo. —En un santiamén, me saca de la cama y pega mi espalda contra su pecho para que pueda sentir cada centímetro de su dureza.

Me cuesta horrores no moverme contra él.

Mi pecho sube y baja con fuerza cuando la mano de Alessandro vuelve a desaparecer bajo mi falda.

—Me he puesto jodidamente duro mirándote esta noche —susurra en mi oído, mientras su lengua recorre el pabellón auditivo. Me besa en el lateral del cuello mientras desliza los dedos por encima de mi braguita. Su pecho retumba contra mi espalda y su respiración se acelera hasta convertirse en jadeos contra mi oreja—. Quería poseerte allí mismo.

¡Maldita *sea*! No puedo creer que esto esté pasando ahora mismo.

Sobre todo cuando los dedos de Alessandro se deslizan bajo la entrepierna de mi ropa interior y a través de mis pliegues húmedos.

Su mano izquierda me agarra por la cintura, pegándome a él para que pueda notar lo duro que está contra mi trasero. —¿Sabes lo difícil que me ha resultado no meterte la polla delante de toda esa gente?

Mis ojos casi se ponen en blanco, especialmente cuando sus dedos suben por mi hendidura, encontrando mi clítoris hinchado y sensible. —Me habría gustado.

—¿Ah, sí? —pregunta Alessandro con voz ronca, mientras las yemas de sus dedos callosos describen círculos a mi alrededor.

Mis caderas dan un respingo y reprimo un grito.

Es demasiado bueno; su tacto es firme y seguro, mucho mejor que cuando me toco a mí misma. —¿Te habría gustado que todo el mundo me viera reclamándote?

Sus labios se cierran sobre el lóbulo de mi oreja y sus dientes me dan un mordisquito. Suelto un gemido. —*Sí*.

Suelta una risita.

Dos dedos se deslizan más abajo, hacia mi entrada, hundiéndose en mi interior.

Presiona sus labios contra el hueco bajo mi oreja y su lengua sale para saborear mi piel.

Curva los dedos dentro de mí, prendiéndome fuego por completo. —Tendré que recordarlo.

Arqueo la espalda, intentando que se mueva, pero él se resiste.

La base de su mano se balancea contra mi clítoris mientras empuja en mi interior; sus dedos me llevan cada vez más cerca del abismo con cada hábil movimiento.

El sonido húmedo de sus dedos contra mi piel es fuerte, casi tanto como los gemidos lascivos que intento tragarme pero no puedo.

La habitación se llena de mis ruidos, prueba de mi deseo, y es tan jodidamente crudo que no puedo evitar sonrojarme.

Mis muslos empiezan a temblar y mis entrañas se agitan mientras me masturba.

—Nunca te habría imaginado como una exhibicionista —murmura Alessandro contra mi garganta—. Pero no dejas de sorprenderme, Bianca.

Jadeo, con el pecho agitado mientras él acelera el ritmo, follándome con los dedos.

Cierro los ojos y separo los labios.

Casi. Casi. *Ahí*—

Justo cuando empiezo a contraerme, Alessandro retira la mano, sacando los dedos de mi interior y abandonándome por completo.

Pero ¿qué *coño*?

Abro los ojos de golpe y giro la cabeza para fulminarlo con la mirada, sintiéndome dolorosamente vacía y frustrada.

¡Maldito *sea* este hombre!

Alessandro tiene la jodida audacia de *reírse* contra mi cuello.

—Te odio —siseo—. ¿Dónde está esa maldita pistola? Te voy a dar un motivo para reírte.

El brazo que rodea mi cintura se mantiene firme, a pesar de que forcejeo para alejarme. —Cuando haga que te corras —murmura contra mi mejilla—, no va a ser con mis dedos. Va a ser sobre mi polla, Bianca.

Balancea sus caderas —su *polla*— contra mi trasero.

¡Maldita *sea*! Inspiro con dificultad, con el corazón todavía acelerado por haberme quedado a las puertas del orgasmo. —*Alessandro*.

—Me encanta cómo dices mi nombre. —Me muerde la oreja—. Casi tanto como me encanta cómo hueles. —Inspirar ruidosamente y su exhalación se siente caliente contra mi mandíbula—. Apuesto a que puedes olerte ahora mismo, ¿a que sí?

Imbécil. Me arde la cara. Toda la habitación huele a mi excitación. —Es porque te deseo.

Me frota la nariz contra el cuello. —No tienes idea de cuánto tiempo he deseado esto. Me has vuelto jodidamente loco. —Su lengua lame una línea por el lateral de mi cuello—. Joder, Bianca. Me pregunto... ¿sabrás tan bien como hueles?

Le miro por encima del hombro. Tiene los labios entreabiertos y sus ojos están oscurecidos por el deseo. —Podrías averiguarlo —le digo con timidez.

La sonrisa de Alessandro es diabólica. —Creo que lo haré.

Espero plenamente que se deslice entre mis piernas, pero, para mi sorpresa, se lleva los dedos a mis labios y arquea una ceja, con los labios curvados en una sonrisa pícara. —Anda. Prueba.

Abro la boca para sacar la lengua, pero Alessandro presiona entre mis labios, con sus dedos pesados contra mi lengua.

Le sostengo la mirada, mientras mi lengua se enrosca entre sus nudillos. Su respiración flaquea y su polla da un respingo contra mi trasero.

—Para —dice con voz ronca. Saca los dedos de mis labios y el sonido de su salida produce un leve *pop*.

Apenas logro soltar un jadeo antes de que su boca choque contra la mía, su lengua separando mis labios, saqueando mi boca.

No hay ni una parte de mí que no saboree o explore.

Gruñe dentro de mi boca, con una mano apretando mi cintura y la otra, húmeda por mi saliva y mi excitación, rodeando la parte frontal de mi garganta, inclinándome la cabeza hacia un lado.

Cierra los dientes sobre mi labio inferior, mordiendo; el repentino pero sutil aguijonazo me hace gemir.

Me sujeta con más fuerza, sus dedos clavándose en mi piel, y su lengua vuelve a separar mis labios como si pudiera comerme entera hasta que no quedara nada de mí.

Alessandro aparta la boca de golpe, con la punta de su nariz rozando la mía.

Su aliento me acaricia la cara.

*Joder*.

Intento frotar mis muslos para aliviar ese horrible anhelo, pero él es más rápido. Baja una mano y me aprieta el muslo hasta dejar marca.

—¿Qué te he dicho, Bianca?

Qué sabré yo. Ha dicho muchas cosas.

—Cuando te corras —menea sus caderas contra mí—, va a ser sobre mi polla. —Tararea, relajando el agarre, y sus dedos dejan de clavarse en mi piel—. Bueno, la primera vez al menos.

Me cuesta pensar cuando sus dedos bailan por la cara interna de mi muslo. —¿La p-primera vez?

—¿Pensabas que solo sería una? Ahora que te tengo justo donde quería, ¿por qué demonios crees que iba a dejarte marchar? —Alessandro suelta una risita oscura. Sus dedos rozan mi centro por encima de la braguita, haciendo que me sobresalte—. He decidido que la próxima vez será con mi lengua en tu coño. Y la tercera vez... —Alessandro me frota lentamente, volviéndome absolutamente loca —. Creo que la tercera vez dejaré que decidas tú. Si te portas bien.

No puedo evitarlo. Suelto un gemido lastimero.

Su sonrisa es absolutamente perversa. —Quieres portarte bien para mí, ¿verdad, Bianca? —Me aparta la braguita hacia un lado, exponiendo mi coño al aire fresco de la habitación—. Quieres ser una niña muy buena.

—*Por favor*, quiero... —Me muerdo el labio cuando vuelve a deslizar sus dedos en mi interior.

—¿Qué es lo que quieres? —Sus embestidas son perezosas, pero cada deslizamiento produce el ruido más vulgar, que casi me hace encogerme de vergüenza. Suelta una risita gutural—. Imagina cómo sonarás cuando hayamos terminado.

Mis muslos tiemblan y mis músculos se estremecen. —Alessandro.

—¿Qué quieres? —pregunta—. ¿Quieres correrte? Pídemelo.

Siento la cabeza pesada sobre el cuello cuando asiento. —Sí. *Por favor*.

Suelta mi cintura y con la mano me aparta el pelo de la nuca.

Sus labios se posan en la piel desnuda donde el hombro se une al cuello; sus besos son mareantemente dulces mientras sus dedos siguen haciendo ruidos sucios entre mis piernas.

Jadeo cuando las yemas de sus dedos rozan el punto inflamado en mi interior.

El movimiento de sus dedos se acelera, presionando; la presión sube dentro de mí como una marea.

A Alessandro se le entrecorta la respiración. —No tienes idea de cuánto tiempo hace que te deseo. Deseo... deseo cosas que no debería desear. Quiero... quiero tragarme tus suspiros y saborear tus lágrimas y enterrarme tan profundamente en ti que no seas capaz de distinguir dónde acabas tú y empiezo yo.

Sus dientes me raspan el cuello, un suave roce seguido de un mordisquito y un resoplido de risa cuando jadeo, con una mano intentando agarrar la muñeca de la mano que tengo entre los muslos.

Estoy tan jodidamente cerca... si solo presionara un poco más fuerte, un poco más.

Pero es inútil.

No me dejará correrme, a menos que sea sobre su polla.

—Por favor. —Me balanceo contra él y mi mano izquierda le agarra la rodilla.

La mano que tengo entre las piernas se detiene y me muerdo el interior de la mejilla, ahogando un sollozo.

—Has sido tan paciente —me elogia Alessandro—. ¿Quieres eso? ¿Quieres que te follen? Dímelo. Necesito oírte decirlo.

—Sí. Joder, sí. Quiero... —Me mojo los labios—. Lo quiero. Lo quiero todo.

—¿Mi polla? —Alessandro sonríe con suficiencia.

Capullo. Pero asiento. —Tu polla.

Tararea, mientras sus dedos trazan patrones abstractos por mis muslos, bañándome la piel con mi propio jugo. Me da un golpecito en la cadera. —Levántate.

Mis rodillas tiemblan, pero consigo ponerme de pie.

—Quédate ahí. —Las manos de Alessandro bajan hasta la cintura de sus pantalones.

Suelta el botón y baja la cremallera, levantando las caderas para bajarse los pantalones y los calzoncillos, deteniéndose en cuanto su polla queda libre.

Aprieto los labios, intentando contener un gemido.

Su miembro descansa contra su vientre, sobresaliendo de un vello negro y prolijamente recortado.

Es grueso, tan grueso que no estoy del todo segura de si seré capaz de rodear con mis labios algo más que el glande.

Alessandro se pasa el puño por toda su longitud, mirándome con los ojos entornados.

Él es el que está expuesto y, sin embargo, la mirada de sus ojos me asegura que, dentro de estas cuatro paredes, él es el depredador y yo su presa.

Joder.

¿Quiere tragarse tus suspiros y saborear tus lágrimas?

Yo quiero que me *devore*.

Sus labios se curvan ligeramente. —¿Te gustaría sentarte, Bianca?

Suelto el aire con fuerza.

Alessandro me agarra de las caderas, atrayéndome hacia atrás para sentarme en su regazo tan rápido que perdí el equilibrio.

Aterrizo sobre sus muslos, con las piernas abiertas y el corazón a mil.

Me besa el pabellón de la oreja. —*Respira*. Tienes mi permiso para desmayarte después.

Lo voy a matar. En cuanto me haya corrido, lo voy a matar.

Su mano desciende por mi vientre y se instala entre mis muslos.

Las yemas de sus dedos describen lentos círculos alrededor de mi clítoris mientras me empuja hacia atrás hasta que me apoyo en su pecho.

Su polla —caliente y dura— me empuja el trasero. Mi cabeza cae hacia atrás sobre su hombro.

—Dame la mano.

Dejo que lleve mi mano entre mis piernas, uniendo mis dedos a los suyos contra mi calor húmedo.

Su brazo vuelve a rodear mi cintura, maniobrando para subirme un poco más hasta que la punta de su polla choca contra mis dedos.

Me elevo, rodeando su miembro con los dedos y dejando que el glande se asiente en mi centro.

Giro el cuello hacia un lado, mirando a Alessandro por encima del hombro.

Se muerde el labio mientras me devuelve la mirada con unos ojos cargados de un calor tan ardiente que me roba el aliento.

Sin dejar de mirarle a los ojos, me bajo sobre él, mordiéndome el interior de la mejilla ante la dilatación, y cerrando luego los ojos por el sutil escozor que le sigue.

Alessandro jadea suavemente en el silencio de la habitación, y sus dedos vuelven a mi clítoris, girando más rápido.

Suelto un aire jadeante y me dejo caer, empalándome del todo en su polla, con mi trasero pegado a sus caderas.

Se me abre la boca y mis ojos parpadean mientras miro hacia abajo, a donde estamos unidos.

—¿Estás bien? —murmura Alessandro, con sus dedos frenando hasta detenerse entre mis piernas.

Asiento, cerrando la boca cuando Alessandro se inclina hacia delante, con su polla desplazándose y presionando más profundamente dentro de mí mientras se encorva sobre mi espalda.

Una mano tira de mi blusa, subiéndola hasta mis costillas; la otra se extiende contra mi vientre, donde su polla está enterrada en mi interior.

Mis músculos sufren espasmos involuntarios.

Alessandro toma aire entre dientes y apoya la frente en mi hombro. Sus labios rozan mi piel. —Quiero sentirte.

Asiento con la cabeza y tenso los muslos, elevándome; su polla sale de mí hasta que me quedo vacía, salvo por el punto donde nos tocamos.

Contengo la respiración y me deslizo de nuevo hacia abajo, gritando al sentir cómo me separa las paredes, creando en mi interior un espacio que es perfecto para él.

Sus manos me agarran las caderas, ayudándome mientras subo y bajo; mi respiración se acelera hasta que solo puedo emitir pequeños ruidos entrecortados que salen en ráfagas de aire.

—No tienes idea de lo bien que se siente estar dentro de ti.

Si es la décima parte de lo bien que se siente él dentro de mí, lo *sé*.

El sudor asoma en el nacimiento de mi pelo, y los músculos de mis muslos y mi vientre arden mientras cabalgo sobre él, persiguiendo un final que está tan cerca, casi al alcance de la mano.

Si no fuera por el agotamiento de mi cuerpo, no querría parar nunca.

Cabalgaría sobre esta ola, este latido de placer tan cercano al clímax pero sin llegar a él, durante todo el tiempo que pudiera.

Pero solo soy humana.

Mi ritmo flaquea cuando mis piernas se debilitan.

Alessandro me agarra con más fuerza, con un rugido formándose en su pecho mientras me sube y baja sobre su polla. —Estás cerca,

¿verdad? —murmura con los labios rozando mi mandíbula—. Tócate. Enséñame cómo haces para perder el control.

Llevo una mano temblorosa entre mis piernas y recorro mi hendidura, recogiendo la humedad; mis dedos chocan con la base de Alessandro mientras él sigue embistiendo en mi interior.

Me mojo el clítoris y lo rodeo con caricias rápidas y firmes que me hacen jadear.

—Eso es —susurra Alessandro—. Estás a punto de correrte. Puedo sentir tu coño agitándose alrededor de mi polla. ¿Vas a gritar para mí? ¿Vas a echar abajo todo el hotel con tus gritos? Vamos.

Cierro los ojos con fuerza y se me abre la boca en un grito silencioso mientras me quiebro; todo mi cuerpo se queda petrificado, salvo por la forma en que me aprieto alrededor de Alessandro como si pudiera mantenerlo dentro de mí para siempre.

Los dedos de Alessandro presionan sobre mis caderas y sus embestidas se vuelven más rápidas, cada una acompañada de un gruñido.

Con cada envite, su polla golpea ese punto dentro de mí que me hace ver las estrellas, prolongando mi placer.

Me aferro a sus antebrazos, con la cabeza hacia atrás sobre su hombro mientras desciendo de un orgasmo para subirme a la cresta de otro. *Jamás* me había corrido dos veces, no así. —*Alessandro*.

Apoya su cara contra mi cuello, riendo sin aliento. —Una más. Vamos. Puedes hacerlo por mí.

Mis uñas se clavan en sus brazos, dejando pequeñas lunas crecientes en su piel mientras mi coño se contrae alrededor de su polla; el placer me atraviesa con tal ferocidad que se me nubla la vista.

Alessandro embiste en mi interior una, dos veces, y con un gruñido me sigue al abismo, corriéndose tan fuerte que puedo sentir su polla

latir mientras clava los dientes en mi hombro, no lo suficiente como para herirme, pero sí para dejar una marca indudable.

Mi respiración se ralentiza y la suya también, y me fundo de nuevo en sus brazos, con los miembros blandos y perezosos tras ese sexo jodidamente increíble.

Alessandro me deja un rastro de besos por el cuello, con la boca abierta contra la curva de mi hombro, y saca la lengua para lamer el moretón que me ha dejado.

Pasa otro momento, ninguno de los dos pronuncia palabra.

Su polla se ablanda, deslizándose fuera de mí, lo que me hace soltar un leve gemido. Alessandro suelta una risotada y desliza su mano entre mis piernas para palpar la humedad.

—Me parece que podrías repetir —murmura contra mi piel.

Sonrío, girando la cabeza para mirarle. —Podrías convencerme.

Con una sonrisa perversa, Alessandro captura mis labios en un beso apasionado y pronto olvido hasta mi propio nombre.

Esta noche no hay límites, no hay distancias prudentes, no hay que fingir que somos otra cosa que lo que somos.

Dos personas que han encontrado algo real, peligroso y absolutamente absorbente el uno en el otro.

Esta noche, dejo de ser la hija de Giuseppe, la heredera de Matteo o la princesa de los DeLuca.

Esta noche, solo soy Bianca, y él solo es Alessandro, y nada importa más que la forma en que encajamos, como si hubiéramos nacido para este momento.

12

# ALESSANDRO

El recuerdo de la piel de Bianca contra la mía me persigue en cada momento de silencio.

Estoy sentado en mi despacho revisando informes de territorio, pero los números se emborronan en la página mientras mi mente vuela de regreso a aquella noche en su suite del hotel.

La forma en que se sentía envuelta a mi alrededor, los sonidos que hacía cuando la tocaba, la manera en que me miró después.

Dios, todavía puedo saborearla en mi lengua.

Aún siento cómo se estremeció y se rompió cuando hice que se corriera, aún oigo esa forma sin aliento en la que pronunció mi nombre mientras yo estaba enterrado en lo más profundo de su ser.

Han pasado tres días y el recuerdo me quema como una marca a fuego.

Debería arrepentirme. Debería sentirme culpable por haberme aprovechado de su vulnerabilidad emocional, por haber cruzado líneas que nunca podrán desandarse.

Debería estar centrado en las implicaciones políticas y las complicaciones profesionales.

En lugar de eso, en lo único que puedo pensar es en cuándo la tendré debajo de mí otra vez.

Es como una puta adicción.

Probarla una vez no ha sido suficiente; solo me ha dejado con más hambre, más desesperado por todo lo que ella esté dispuesta a darme.

La parte racional de mi mente sigue insistiendo en que esto ha sido un error, que deberíamos mantener las distancias ahora que la crisis inmediata ha pasado.

Pero el resto de mí ya está planeando formas de volver a quedarme a solas con ella.

Suena mi línea segura, interrumpiendo unos pensamientos que no tienen cabida en horario laboral.

La pantalla indica que la llamada viene de recepción.

Alguien ha venido a verme sin cita previa.

—Que suba —digo sin preguntar quién es. En nuestro mundo, las visitas sin previo aviso suelen significar gestión de crisis.

Cinco minutos después, Matteo DeLuca cruza la puerta de mi despacho e inmediatamente sé que esta conversación va a ser difícil.

Tiene un aspecto horrible.

El hombre que siempre ha sido inquebrantable, que impone respeto por su sola presencia, parece demacrado de una forma que nunca antes había visto.

Sus trajes, habitualmente impecables, están arrugados, su rostro está tenso por el agotamiento y tiene unas ojeras que sugieren que no ha dormido.

Pero es la derrota en su postura lo que me pilla desprevenido.

Matteo DeLuca no sabe perder; no entiende de rendiciones.

Verlo así —con los hombros ligeramente hundidos, con movimientos que carecen de su habitual elegancia depredadora— es *profundamente* inquietante.

—Matteo. —Me levanto y señalo la silla frente a mi escritorio—. Tienes un aspecto de mierda.

—Y así es como me siento. —Se deja caer en la silla con un suspiro de cansancio que le echa veinte años encima—. Tenemos que hablar.

—¿Sobre los resultados de la prueba? —La confirmación oficial llegó ayer por la mañana: Bianca superó el primer examen con nota. Las Familias quedaron impresionadas por su ejecución de Torrino, por su entereza bajo presión y por su capacidad para enviar un mensaje claro sobre las consecuencias de la traición.

—Entre otras cosas. —Sus manos descansan sobre sus rodillas y noto que no están del todo firmes—. ¿Cómo está ella?

La pregunta sale con una neutralidad estudiada, pero puedo oír la desesperación que subyace.

La necesidad de saber que su hija está bien, aunque ella no quiera hablar con él.

—Está bien —digo con sinceridad—. Ha vuelto a su rutina normal, en su mayor parte. Sus clases, aunque ahora son online, sus trabajos, quejándose de sus profesores...

—¿Y lo de la muerte? —pregunta Matteo, inclinándose hacia delante —. ¿Cómo lo llevó después?

Esta es la pregunta que de verdad ha venido a hacer, y es la que yo he estado temiendo.

Porque la respuesta sincera le va a doler de una forma para la que no está preparado.

—Lo llevó a la perfección —digo, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Eso no es lo que he preguntado. —Sus ojos azul grisáceo se clavan en los míos con la intensidad de un láser—. He preguntado cómo lo está asimilando. El impacto psicológico. El peso moral de quitar una vida.

Me echo hacia atrás en la silla, estudiando su rostro.

Quiere que le asegure que su hija sigue siendo fundamentalmente buena, que sigue siendo la persona que él crió a pesar de todo lo que ha pasado.

Quiere que le diga que la violencia la afectó, que le costó tomar la decisión, que alguna parte de su naturaleza amable sobrevivió a la brutalidad.

No puedo darle ese consuelo.

—No hubo ningún impacto psicológico —admito en voz baja, viendo cómo su rostro se torna de piedra—. Ni lucha moral, ni pesadillas, ni remordimientos. Apretó el gatillo como quien apaga un interruptor de la luz.

Pierde el color de la cara. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no sintió nada, Matteo. Ni culpa, ni pesar, ni ninguna reacción humana ante el hecho de quitar una vida. Estaba tranquila, controlada y completamente impasible tras acabar con la existencia de Vincent Torrino.

Me mira fijamente durante un largo rato, procesando la información. Cuando vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro.

—Lo disfrutó.

No es una pregunta.

Ya conoce la respuesta; solo necesitaba que alguien más confirmara lo que ha tenido miedo de admitir.

—Disfrutó siendo *buena* en ello —corrijo, aunque la distinción me parece irrelevante—. Disfrutó demostrando lo que vale, sus

capacidades, y enseñando a las Familias de lo que es capaz.

Se agarra a los reposabrazos. —No es lo mismo —replica.

—¿Ah, no? —le desafío con suavidad—. En nuestro mundo, la competencia y la satisfacción a menudo parecen idénticas.

Matteo se pasa una mano por el pelo, terminando de estropear lo que quedaba de su peinado habitualmente perfecto. —Esto es lo que me temía. Esto es lo que pasé diecinueve años intentando evitar.

—Intentaste protegerla de su propia naturaleza —señalo.

—¡Intenté darle opciones! —Las palabras estallan con más fuerza de la que probablemente pretendía—. ¡Intenté criarla para que pudiera elegir ser mejor de lo que fueron Giuseppe o Sophia, mejor de lo que este mundo exige!

—Y está tomando sus decisiones ahora. —Mi voz permanece tranquila a pesar de la ira que emana de él—. Puede que no te gusten, pero son suyas.

Sus ojos están desencajados cuando me mira. —Tiene diecinueve años y se está convirtiendo en un monstruo.

La acusación queda suspendida entre nosotros y siento que la irritación empieza a crecer en mí. —Se está convirtiendo en lo que necesita ser para sobrevivir en este mundo. En lo que necesita ser para liderar.

—¿Liderar? —suelta una risa amarga—. ¿Crees que esto es *liderazgo*? ¿Matar sin conciencia, abrazar la violencia como si fuera un don?

—Creo que es poder —respondo con firmeza—. Y el poder es lo que determina si vives o mueres en nuestro negocio.

—Hay una diferencia entre la violencia necesaria y la brutalidad patológica —espeta Matteo.

Alzo una ceja. —¿La hay?, porque desde donde yo estoy sentado, ambas dan resultados —me inclino hacia delante, sosteniéndole la mirada—. Giuseppe construyó un imperio mediante la brutalidad patológica. Tú lo has mantenido mediante la violencia necesaria. Los métodos son distintos, pero los cimientos son los mismos.

—Los cimientos son el control —me corrige, tajante—. Saber cuándo usar la violencia y cuándo mostrar misericordia. Comprender que el miedo es una herramienta, no un objetivo final.

Me encojo de hombros. —Y quizá Bianca aprenda ese equilibrio. Pero tiene que aceptar lo que es antes de poder aprender a controlarlo.

Matteo me mira como si acabara de confirmar sus peores temores. —Estás fomentando esto. La estás ayudando a convertirse en lo que era Giuseppe.

—La estoy ayudando a convertirse en lo que ella elige convertirse —corrijo—. Hay una diferencia.

—No, no la hay. —Su voz se endurece—. Estás potenciando sus peores impulsos porque te fascina su oscuridad. Crees que es atractivo, ¿verdad? Te gusta su capacidad para la violencia.

Las palabras dan más en el blanco de lo que quiero admitir, pero mantengo mi expresión neutral. —Creo que es poderosa. Creo que está tomando decisiones que la mantendrán con vida en un mundo que quiere destruirla.

La risa de Matteo es ronca y amarga. —Y estoy seguro de que disfrutas viéndola matar gente, ¿a que sí?

La acusación directa hace que mi mandíbula se tense involuntariamente. —Eso no es...

—¿Ah, no? —Se inclina hacia delante, con los ojos clavados en los míos—. Estabas allí cuando le disparó a Torrino. Me han contado cómo la miraste después. Como si quisieras follártela allí mismo sobre la mesa con la sangre de él aún caliente.

Un calor me recorre, en parte ira y en parte algo que no quiero examinar demasiado de cerca. —Mis sentimientos personales no afectan a mi juicio profesional.

—Tus sentimientos personales son el motivo por el que estás facilitando su transformación en una sociópata. —Su voz sube de volumen, más agitada—. Quieres al monstruo, Alessandro. Quieres a la hija de Giuseppe porque te recuerda a él, porque ella puede igualar tu propia oscuridad.

Matteo está peligrosamente cerca de que lo eche a patadas de aquí. —Te equivocas.

—¿Seguro? —Sus ojos brillan con peligrosidad—. Entonces explícame por qué te sientes perfectamente cómodo viendo cómo una chica de diecinueve años se convierte en algo inhumano.

Las palabras escuecen porque hay una verdad en ellas que no quiero reconocer.

Una parte de mí está fascinada por la evolución de Bianca, excitada por su aceptación del poder y la violencia.

Pero es más complicado de lo que Matteo lo hace parecer.

—Me siento cómodo con ello porque la alternativa es verla morir —digo por fin—. Las Familias la están probando, la están presionando, buscando signos de debilidad que puedan explotar. Si hubiera mostrado culpa o vacilación o cualquier reacción humana al matar a Torrino, la habrían marcado como no apta para el liderazgo.

—Así que la ayudaste a convertirse en alguien que no siente nada al quitar vidas.

—La ayudé a sobrevivir a la primera prueba. Y la ayudaré a sobrevivir a lo que venga después, sin importar lo que eso requiera.

Matteo se recuesta en su silla, pareciendo más viejo y derrotado que nunca. —La he perdido, ¿verdad? La hija que crié, la persona a la que intenté proteger... se ha ido.

El dolor en su voz es crudo, genuino, y traspasa mis defensas a pesar de todo.

Esto no se trata solo de perder el control político o la autoridad familiar.

Se trata de ver cómo alguien a quien ama se transforma en algo que no reconoce.

—No lo sé —admito en voz baja—. Quizá la persona que criaste siempre fue algo temporal. Quizá esto es en lo que estaba destinada a convertirse.

—O quizá yo le fallé. —Se cubre la cara con las manos—. Quizá debería haberle dicho la verdad desde el principio, debería haberla preparado para lo que podría llegar a ser en lugar de intentar escudarla.

Es algo que yo mismo he pensado, pero no se lo voy a decir a este hombre. —Hiciste lo que creíste que era mejor —digo con neutralidad.

—Hice lo que era más fácil. Lo que me permitía fingir que ella podía ser normal, que la sangre de Giuseppe no importaba, que el amor y la protección podían vencer a la genética. Pensé que con suficiente amor podría evitar que se convirtiera en Mario. —Su voz suena amortiguada por sus manos—. Fui un ingenuo.

—Fuiste humano.

Entonces me mira, y la desesperación en su expresión es casi física. —¿Al menos intentarás mantener alguna parte de ella intacta? ¿Alguna pieza de la persona que era antes de que todo esto empezara?

La petición me golpea más fuerte de lo que debería.

Me está pidiendo que salve el alma de su hija mientras la ayudo a ganar pruebas que le exigen abandonarla.

Me está pidiendo lo imposible.

—Lo intentaré —miento, porque es lo que necesita oír.

Pero no quiero salvar a la persona que Bianca era antes.

Quiero a la mujer en la que se está convirtiendo: peligrosa, poderosa, sin miedo a la oscuridad que habita en su interior.

Quiero a alguien que pueda estar a mi lado como un igual, que pueda igualar mi propia capacidad para la violencia necesaria.

Quiero a la hija de Giuseppe, no a la de Matteo.

Y eso me convierte exactamente en el tipo de hombre en el que no se debería confiar para su transformación.

Matteo asiente, pareciendo aceptar mi promesa aunque ambos sepamos que no tiene sentido. —Las instrucciones para la segunda prueba deberían llegar pronto.

—¿Alguna idea de lo que pedirán? —pregunto, con la esperanza de obtener información privilegiada.

—Algo peor que una ejecución. Algo que pondrá a prueba si está dispuesta a cruzar líneas que ni siquiera yo cruzaría. —Su voz se vuelve amarga—. Dominic Calabrese está diseñando estas pruebas personalmente. Quiere romperla, demostrar que no es apta para el liderazgo empujándola más allá de su límite.

—¿Y si no se rompe?

—Entonces habrá creado exactamente el tipo de monstruo capaz de destruir a la familia DeLuca —Matteo se pone de pie, ajustándose la chaqueta con unas manos que aún no están del todo firmes—. De cualquier manera, él gana.

Se dirige hacia la puerta y luego se detiene con la mano en el pomo.

—¿Alessandro?

Levanto la vista. —¿Sí?

—Cuando esto termine —cuando haya pasado lo que sea que vaya a pasar—, quiero que recuerdes que una vez fue buena. Antes de que la sangre de Giuseppe tomara el mando, antes de las pruebas, antes de todo esto. Era amable, inteligente y capaz de amar —se le quiebra un poco la voz—. Recuerda que esa persona existió, aunque nadie más lo haga.

La puerta se cierra tras él, dejándome a solas con el peso de su petición y la incómoda verdad sobre mis propias motivaciones.



El sobre llega a mi oficina a la mañana siguiente, entregado por el mismo servicio de mensajería anónimo que las Familias utilizan para comunicaciones delicadas.

Esta vez, el papel es más grueso, más caro; una señal de que el contenido tiene un peso significativo.

Llamo a Bianca de inmediato. —Las instrucciones ya están aquí.

—Voy para allá ahora mismo.

Llega a los cuarenta y cinco minutos, vestida con unos vaqueros oscuros y una sudadera de Columbia.

Lleva el pelo recogido en una coleta tirante y hay algo diferente en su postura: más confianza, más autoridad.

Como si haber matado a Vincent Torrino hubiera despertado algo que siempre estuvo ahí, latente.

Le entrego el sobre sin preámbulos.

Rompe el sello de cera con dedos firmes, manteniendo una expresión neutra mientras lee.

Pero observo sus ojos y veo el momento en que algo cambia; no es miedo, sino cálculo.

—Varios objetivos esta vez —dice, acomodándose en la silla frente a mi escritorio—. Siete soldados que traicionaron a la familia Calabrese vendiendo información a bandas rivales. Están atrincherados en un complejo de almacenes en Red Hook, fuertemente armados y esperando problemas.

—Operación coordinada —observo, quitándole los papeles. La información es detallada: planos de planta, rotaciones de guardias, inventario de armas, rutas de escape—. Esto no es una ejecución. Es un asalto táctico.

—El plazo es de cuarenta y ocho horas. El almacén forma parte de una operación de transporte activa, por lo que habrá trabajadores civiles presentes durante el horario comercial. Tenemos que eliminar a los objetivos evitando daños colaterales. —Se reclina en el asiento y hay algo casi depredador en su quietud—. Quieren ver si puedo manejar operaciones complejas, no solo asesinatos individuales.

Estudio la documentación, anotando los desafíos.

El complejo de almacenes es enorme: tres edificios conectados con múltiples niveles, docenas de posibles escondites y líneas de visión limitadas.

Los objetivos no son blancos fáciles como lo fue Torrino; están armados, están paranoicos y posicionados a la defensiva.

—Esto va a requerir una planificación minuciosa —le digo—. Sincronización precisa, puntos de entrada coordinados y planes de contingencia para cuando las cosas salgan mal.

—¿*Cuando* las cosas salgan mal? —Bianca arquea una ceja—. Querrás decir *si* salen mal.

—En operaciones como esta, siempre sale algo mal. Por eso los equipos que tienen éxito planifican para las complicaciones en lugar

de esperar una ejecución perfecta —le recuerdo.

Ella hace un gesto de desdén con la mano. —Les golpeamos rápido y con fuerza. Fuerza abrumadora, el máximo de bajas en el mínimo tiempo posible. Una limpieza total.

La brutalidad despreocupada en su voz hace que se me revuelva el estómago. —Eso no es estrategia, Bianca. Eso es pura violencia.

—A veces la violencia *es* la estrategia —se levanta y se acerca a la ventana que da a la ciudad—. Giuseppe no construyó su imperio mediante una planificación cuidadosa y una evaluación de riesgos. Lo construyó siendo más implacable que nadie.

Y ahí está: la influencia de Giuseppe aflorando exactamente como Matteo predijo.

Casi puedo oír su voz áspera en las palabras de ella, ver su pragmatismo brutal en su postura.

—Giuseppe también se ganó enemigos que acabaron por hundirlo —señalo con cautela—. La violencia abrumadora funciona a corto plazo, pero crea problemas a largo plazo.

—¿Ah, sí? Porque por lo que veo, la familia DeLuca sigue en pie. Sigue siendo poderosa. Sigue siendo temida —se vuelve para mirarme y hay algo tan frío en sus ojos azules que me hace recordar exactamente de quién es hija—. Quizá el problema no sean los métodos de Giuseppe. Quizá el problema es que Matteo ha sido demasiado blando para usarlos adecuadamente.

La crítica hacia Matteo me duele más de lo que debería, en parte porque hay una verdad en ella que no quiero reconocer.

El enfoque precavido de Matteo en los últimos años ha mantenido la estabilidad de la familia, pero también los ha hecho vulnerables ante desafíos como la situación actual con las Familias.

—Los métodos de Matteo te mantuvieron viva —digo en voz baja.

—Los métodos de Matteo me mantuvieron *protegida*. Hay una diferencia —regresa al escritorio y extiende los planos del almacén —. La protección es para los niños, Alessandro. Yo ya no soy una niña.

La observo trazar los posibles puntos de entrada con el dedo, notando cómo prefiere las rutas más directas: entrada por la fachada principal, máxima confrontación, mínima sutileza.

Todos mis instintos me gritan advertencias sobre este enfoque.

—Estos hombres no se van a poner en fila para que les disparen —le digo—. Están armados, están desesperados y no tienen nada que perder. Un asalto frontal solo servirá para que muera gente.

—Sí. Ellos —su sonrisa es afilada, viciosa—. Ese es el objetivo.

¿Acaso se está oyendo a sí misma? Me sorprende no haberme quedado con la boca abierta. —Estoy hablando de que muramos nosotros, Bianca. Si irrumpes allí a tiro limpio, no saldremos vivos.

—Lo haremos si somos mejores que ellos —me sostiene la mirada fijamente, sin parpadear—. ¿Me estás diciendo que no crees que seamos mejores que ellos?

El desafío en su voz es inconfundible, y me doy cuenta de que me está poniendo a prueba; no solo mi juicio táctico, sino mi confianza en nuestras habilidades, mi disposición a apoyar sus decisiones incluso cuando contradicen todo lo que sé sobre operaciones con éxito.

—Digo que ser mejores no nos hace invencibles —respondo con calma—. Solo significa que tenemos más probabilidades de sobrevivir si planificamos adecuadamente.

—Está bien —saca un bolígrafo y empieza a marcar los planos del almacén—. Este es el plan. Los atacamos a medianoche, cuando los trabajadores civiles se hayan ido. Yo me encargo de la entrada

principal, tú cubres la salida trasera. Avanzamos sistemáticamente hasta que estén todos muertos.

Dios mío, se está comportando como una puta cría. Me dan ganas de tirarme de los pelos. —Eso *no* es un plan, es una misión suicida —ya no puedo ocultar la frustración en mi voz—. Estás hablando de entrar en un campo de exterminio con siete hombres armados que saben que vamos.

—Estoy hablando de demostrarles a las Familias que no necesito la protección de nadie —su voz es cortante, defensiva—. Que puedo manejar lo que me echen sin esconderme tras estrategias cuidadosas y planes de contingencia.

—¡Hay una diferencia entre ser valiente y ser estúpida!

Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía y veo cómo su rostro se cierra por completo.

La temperatura de la habitación parece desplomarse mientras ella se yergue cuan larga es, y cada línea de su cuerpo irradia ofensa.

—¿Perdón? —pregunta Bianca en voz queda.

La mirada que hay en sus ojos es idéntica a la que pone Matteo antes de matar a alguien, pero ya me da lo mismo. —Me has oído. Esto no va de demostrar que eres capaz; se trata de satisfacer alguna necesidad de demostrar que eres tan implacable como lo fue Giuseppe. Y eso nos va a matar a los dos.

—No sigas —su voz se vuelve mortalmente silenciosa—. No te *atrevas* a darme lecciones sobre de qué va esto o de qué deja de ir. No tienes derecho a psicoanalizar mis motivaciones.

—Alguien tiene que hacerlo, porque no estás pensando con claridad —me levanto yo también, rodeando el escritorio para enfrentarme a ella directamente—. Estás tan obsesionada con demostrar que puedes abrazar la violencia que estás ignorando el sentido común.

Arruga la nariz. —¿Sentido común... según quién? ¿Tú? ¿Matteo? —se ríe, pero no tiene ninguna gracia—. ¿Quieres saber lo que pienso? Pienso que los dos estáis tan aterrorizados por aquello en lo que me estoy convirtiendo que queréis mantenerme encerrada en la misma caja controlada y prudente que ha mantenido a la familia DeLuca estancada durante la última década.

—¿Estancada? —La acusación escuece porque es un eco de las críticas que he oído de otras familias, sugerencias de que el enfoque comedido de Matteo ha vuelto a los DeLuca predecibles y vulnerables—. ¿Así es como llamas a mantener el poder y la estabilidad?

Sacude la cabeza y su coleta se agita tras ella. —Yo lo llamo ir a lo seguro mientras otras familias se vuelven más fuertes y audaces —empieza a caminar de un lado a otro, con movimientos bruscos y agitados—. Los Calabrese no se habrían atrevido a desafiarnos si pensaran que somos verdaderamente peligrosos. Ven debilidad, Alessandro. Ven una familia que ha perdido su garra.

—¿Y crees que asaltar un almacén como una especie de berserker va a devolvernos esa garra? —pregunto con incredulidad.

Es más inteligente que esto, *sé* que lo es.

—Creo que demostrarles que la hija de Giuseppe es exactamente tan implacable como él les hará pensárselo dos veces antes de volver a ponernos a prueba —deja de caminar y me clava una mirada que es puro Giuseppe: fría, calculadora, absolutamente segura de su propia razón—. Creo que es hora de recordarles a todos lo que significa realmente el nombre DeLuca.

La convicción en su voz es a la vez emocionante y aterradora.

Cree ciegamente en lo que dice.

No ve su transformación como una pérdida de humanidad, sino como un regreso a la verdadera naturaleza de su familia.

Y una parte de mí —la parte que se siente atraída por su oscuridad, que encuentra embriagador ese abrazo a la violencia— quiere apoyarla por completo.

Pero el resto de mí sabe que este enfoque nos va a costar la vida.

—Eso de lo que hablas no es estrategia, Bianca —digo con cuidado —. Es venganza. Quieres hacer daño a la gente porque estás enfadada, no porque sirva para algún propósito.

—Quizá la venganza y la táctica no sean mutuamente excluyentes — cruza los brazos, defensiva y obstinada—. Quizá la mejor manera de lidiar con nuestros enemigos sea hacerles sufrir lo suficiente para que otros no quieran convertirse en nuestros enemigos.

—Eso le funcionó a Giuseppe durante un tiempo —le señalo—. Hasta que alguien le metió una bala en la cabeza.

Las palabras dan en el blanco y veo cómo se estremece involuntariamente. Pero en lugar de retroceder, se reafirma en su postura.

—Giuseppe murió porque se hizo viejo y descuidado —responde tajante—. No porque sus métodos fueran erróneos.

Ah, ¿así que ahora estamos reescribiendo la historia? Niego con la cabeza. —Murió porque se ganó demasiados enemigos y no suficientes aliados. Porque la gente le tenía más miedo que respeto, y el miedo solo funciona hasta que alguien decide que ya no tiene nada que perder.

—Está bien —me mira con furia—. Entonces me aseguraré de que lo tengan todo que perder. Me aseguraré de que las consecuencias de traicionar a los DeLuca sean tan graves que nadie se arriesgue.

Nos miramos fijamente a través de mi oficina y me doy cuenta de que esta conversación ha ido mucho más allá de la planificación táctica.

Se trata de una filosofía fundamental, de qué tipo de líder va a ser ella y de si yo soy capaz de apoyar sus decisiones incluso cuando contradicen todo lo que sé sobre la supervivencia en este mundo.

—Me estás pidiendo que te ayude a convertirte en algo que podría destruirte —digo en voz baja.

—Te estoy pidiendo que me ayudes a convertirme en lo que se supone que debo ser —levanta la barbilla con ese gesto desafiante que tanto me recuerda a Giuseppe—. La cuestión es si eres lo bastante valiente para hacerlo o si vas a intentar controlarme como han hecho todos los demás.

Y ahí está: la acusación que cala más hondo porque me obliga a enfrentarme a mis propias motivaciones.

¿Estoy intentando protegerla de su propia naturaleza o intento controlarla porque verla abrazar tanta oscuridad me resulta incómodo?

—Esto no se trata de control...

—¿Seguro? —Se acerca más, con los ojos ardiendo de rabia y desafío—. Porque desde donde yo estoy, parece que estás haciendo lo mismo que hizo Matteo: intentar convencerme de que mis instintos están equivocados, de que necesito ser alguien más dulce y cuidadosa de lo que soy.

—¡Tus instintos van a hacer que te maten! —exclamo, acalorado.

—¡Mis instintos son la única razón por la que sigo viva! —Las palabras explotan fuera de ella, crudas y furiosas—. *Mis* instintos me dijeron que no me fiara de las mentiras de Matteo. *Mis* instintos me dijeron que abrazara lo que Giuseppe hizo de mí en lugar de luchar contra ello. *Mis* instintos son los que me permitieron apretar ese gatillo sin vacilar cuando las Familias buscaban señales de debilidad.

No le falta razón en nada de eso, y eso es lo que hace que esta conversación sea tan jodidamente imposible.

Su transformación la ha vuelto más poderosa, más peligrosa, más capaz de sobrevivir en nuestro mundo.

Pero también la está volviendo temeraria de formas que podrían destruirlo todo.

13

# BIANCA

El complejo de almacenes parece una fortaleza en la oscuridad previa al amanecer, pero yo lo veo como un tablero de ajedrez.

Siete objetivos.

Tres edificios.

Múltiples rutas de escape y posiciones defensivas.

Lo que para Alessandro es una pesadilla táctica, para mí es una oportunidad de demostrar de qué soy capaz cuando dejo de pensar demasiado y empiezo a actuar.

—La fase uno se ha completado —susurro por el comunicador, observando desde mi posición en la azotea adyacente cómo la primera explosión sacude el edificio este.

No es suficiente para derribarlo, solo lo justo para dirigir a los objetivos exactamente hacia donde quiero.

—Madre mía, Bianca. —La voz de Alessandro chisporrotea en el auricular, y puedo notar una sorpresa genuina bajo su tono profesional—. Ha sido quirúrgico.

Esbozo una sonrisa de satisfacción.

Lo ha sido.

Las cargas dirigidas que he colocado antes han creado la cantidad justa de caos: han desorientado a los objetivos sin llegar a herirlos, obligándoles a abandonar sus posiciones defensivas y avanzar hacia lo que creen que es la seguridad.

Lo que no saben es que llevo dieciocho horas planeando sus movimientos, anticipando cada decisión que puedan tomar.

—Se dirigen al edificio central, tal como predijimos —informo, siguiendo a las figuras sombrías a través de mi mira telescópica—. Siete objetivos confirmados. Paso a la fase dos.

La posición de Alessandro le permite vigilar el acceso oeste, pero la verdadera genialidad de esta operación no es nuestro posicionamiento.

Es la narrativa que he construido a su alrededor.

Para cuando lleguen las fuerzas del orden, esto no parecerá una ejecución de la familia DeLuca.

Parecerá una guerra de bandas que se ha ido de las manos, rivales saldando cuentas entre sí hasta que todos han acabado muertos.

La belleza reside en los detalles.

Diferentes armas para diferentes muertes, pruebas plantadas para sugerir la intervención de múltiples facciones, incluso el cronometraje diseñado para coincidir con disputas territoriales conocidas entre otros grupos.

Cada aspecto ha sido cuidadosamente orquestado para crear una historia que no tenga nada que ver con la justicia de la familia.

Maldita sea, soy buena.

Giuseppe se habría limitado a echar abajo las puertas y empezar a disparar. Eficaz, pero rudimentario. ¿Esto? Esto es *arte*.

—Movimiento en el lado norte —informa Alessandro—. Dos objetivos intentan flanquear por los contenedores de carga.

Sonrío en la oscuridad. —Deja que lo hagan. Se dirigen directos a la zona de exterminio.

Los siguientes quince minutos comienzan exactamente según lo previsto, pero pronto se sumergen en el caos.

La primera parte sale según el plan: Alessandro abate a dos objetivos y yo elimino a otro utilizando las armas plantadas para respaldar la falsa narrativa.

Pero cuando llegamos al edificio central donde se han atrincherado los cuatro objetivos restantes, todo se tuerce.

Los botes de gas que he colocado antes no funcionan bien. En lugar de crear una desorientación sutil, producen nubes visibles que dejan claro que estamos usando agentes químicos.

Los objetivos se dan cuenta de inmediato de que esto no es una guerra de bandas; es un ataque coordinado.

—¿Qué cojones es ese humo? —grita uno de ellos.

—¡Gas! —grita otro—. ¡Alguien nos está gaseando!

—Joder —siseo por el comunicador mientras los disparos estallan desde múltiples posiciones y mi corazón late con fuerza y de forma errática—. Nos han descubierto.

—Ya lo veo —responde la voz de Alessandro, pero suena tranquilo a pesar de que todo mi plan se está desmoronando—. Mantente agachada. Me muevo para flanquearlos.

Pero no puedo quedarme agachada.

Dos de los objetivos ya se dirigen hacia rutas de escape que no he asegurado correctamente, y si escapan, toda la operación fracasará.

Las Familias lo verán como la prueba de que no puedo manejar misiones complejas, de que soy demasiado inexperta para merecer su respeto.

Y eso *no* es aceptable.

Hago una maniobra desesperada, saliendo de mi cobertura para perseguir a los objetivos que huyen.

Sé que es una estupidez.

Es exactamente el tipo de movimiento temerario contra el que Alessandro me advirtió.

Pero todavía me escuece nuestra discusión anterior, sigo ardiendo con la necesidad de demostrar que su enfoque cuidadoso y medido no siempre es superior a una acción decisiva.

Y entonces empiezan las voces; todas a la vez, una cacofonía de consejos contradictorios que hace que me retumbe la cabeza.

*¡Acaba con ellos ahora!*, ruge la voz áspera de Giuseppe. *¡No muestres piedad! ¡Cázalos!*

*Espera*, susurra la voz de Sophia con urgencia. *Es una trampa. Usa su desesperación contra ellos.*

*¡Piensa primero!*, la voz de Matteo corta el caos. *Evalúa los riesgos. Considera tu posicionamiento.*

Me entran ganas de gritar, de agarrarme la cabeza y decirles que se callen de una puta vez. Las órdenes superpuestas chocan en mi cráneo, cada una exigiendo atención inmediata, cada una contradiciendo a las demás.

No puedo concentrarme.

No puedo pensar con claridad con todos ellos gritando a la vez.

Así que hago lo único que me sale de forma natural: sigo mi instinto y me lanzo tras los objetivos que huyen, desesperada por silenciar el caos de mi cabeza mediante la acción.

El primer objetivo me ve de inmediato y abre fuego.

Me lanzo tras un contenedor mientras las balas sacan chispas del metal a mi alrededor, con el corazón acelerado al darme cuenta de que la he cagado pero bien.

Esto ya no está bajo control.

Es un tiroteo, y estoy inmovilizada, con poca munición y sin un plan de reserva.

Me arde la garganta por la emoción y me la trago. Ahora no es el momento de perder los papeles por completo.

—Bianca, ¿cuál es tu posición? —La voz de Alessandro suena afilada por la preocupación.

Respiro hondo, intentando serenarme. —Atrapada tras el contenedor siete —consigo decir, tratando de que no se note el pánico en mi voz —. Uno... no, dos objetivos siguen móviles, se dirigen a la salida norte.

Silencio en el comunicador durante varios segundos que parecen horas.

Luego: —Cúbreme.

Observo a través del hueco entre los contenedores cómo Alessandro se mueve con una gracia letal por el suelo del almacén.

Esto no es la violencia cuidadosa y planificada que habíamos orquestado antes.

Esto es pura improvisación, adaptándose al caos con una eficiencia mortal.

Y si muere, será todo por mi culpa.

Abate al primer objetivo que huía con un disparo tan preciso que deja caer al hombre en mitad de su carrera.

El segundo objetivo se gira para dispararle, y Alessandro utiliza el destello del arma para localizar su posición en la oscuridad.

Lo que sucede a continuación es asombroso: Alessandro acorta la distancia en segundos, desviando el cañón de la pistola hacia arriba mientras el hombre dispara salvajemente hacia el techo del almacén.

Su rodilla impacta en el costado del objetivo, doblándolo en dos, y entonces el codo de Alessandro cae con fuerza sobre su nuca con un crujido húmedo que resuena por todo el espacio.

Hago una mueca. *Ay*.

El hombre no cae de inmediato, así que Alessandro lo agarra del pelo y le estampa la cara contra la viga de apoyo de hormigón una, dos veces, hasta que la sangre resbala por la superficie gris y las piernas del objetivo ceden.

Cuando el cuerpo finalmente se desploma en el suelo del almacén, hay un charco rojo que se extiende bajo su cráneo destrozado.

Se me revuelve el estómago. Oh, Dios, ¿voy a vomitar?

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todo el mundo en el almacén puede oírlo.

Esto no se parece en nada a la ejecución controlada de Vincent Torrino.

Esto es el caos, y me estoy ahogando en él.

Una sombra se mueve por la pared a mi izquierda: uno de los tiradores restantes que intenta flanquear mi posición.

Me obligo a respirar, a pensar, a recordar mi entrenamiento.

Cuando dobla la esquina con el arma levantada, estoy preparada.

El disparo le da de lleno, y cae con fuerza; su arma sale despedida por el hormigón.

Pero el fogonazo revela mi posición a quienquiera que siga vivo aquí dentro.

—¡Ahí! ¡Detrás de las cajas! —grita una voz desde algún lugar en la oscuridad.

Joder.

Las balas empiezan a morder inmediatamente la madera alrededor de mi cabeza; llueven astillas mientras me pego al suelo.

Me tiemblan las manos —me están temblando de puta madre— mientras intento recargar.

—Alessandro —susurro por el comunicador, odiando lo entrecortada que suena mi voz—. Estoy atrapada. Hay al menos uno más, quizá dos.

—Ya lo veo —responde la voz de Alessandro—. Esquina noreste, posición elevada. Tiene una línea de visión clara hacia ambas salidas.

Mierda.

Estamos atrapados, y es culpa mía.

Mi brillante plan para demostrarle a Alessandro que se equivocaba se ha convertido exactamente en el tipo de desastre del que me advirtió.

Cada segundo que pasamos atrapados aquí aumenta la posibilidad de que los vecinos hayan llamado a la policía, de que las sirenas ya vengan chillando hacia este almacén.

—¿Puedes dispararle bien? —pregunto, intentando que no se note el pánico en mi voz.

—Negativo. Su posición es demasiado buena.

Tengo que arreglar esto y rápido. No puedo mostrar un fracaso ante las Familias. —Puedo alcanzarlo —susurro por el comunicador—, pero necesito una distracción.

—Negativo. Mantén la posición —ordena él.

—Alessandro, se nos acaba el tiempo...

—He dicho que *mantengas la posición*.

Algo en su voz hace que me quede helada.

No es ira, sino autoridad absoluta; el tipo de orden que no admite discusión.

Por primera vez desde que empezamos a trabajar juntos, no me trata como a una socia igualitaria.

Está tomando el control.

Lo que sucede a continuación me deja sin aliento.

Alessandro crea una serie de distracciones usando el equipo del almacén.

Vuelca unidades de almacenamiento, activa los sistemas de extinción de incendios e incluso utiliza el sistema eléctrico del edificio para crear apagones estratégicos.

Cada distracción mueve al último objetivo exactamente donde Alessandro quiere, hasta que el hombre queda perfectamente posicionado para ser eliminado.

La muerte final es limpia, profesional y está escenificada para apoyar nuestra narrativa falsa original a pesar de todo lo que ha salido mal.

Cuando la voz de Alessandro llega diciendo «objetivo abatido, escena asegurada», casi suelto un sollozo de alivio.

Me tiemblan las piernas al salir de detrás de las cajas y tengo que agarrarme a la pared de hormigón para estabilizarme antes de poder moverme.

La puesta en escena resulta surrealista después del caos del combate real.

Trabajamos en un silencio tenso, posicionando los cadáveres para crear la ilusión de que se han matado entre ellos: colocando armas en manos inertes, ajustando los patrones de las salpicaduras de sangre, creando quemaduras de pólvora que cuenten una historia de traición a quemarropa.

Los movimientos de Alessandro son metódicos y expertos, como si ya hubiera hecho esto antes.

Los míos son torpes por la adrenalina; me tiemblan las manos mientras intento inclinar una pistola para que parezca que se disparó durante un forcejeo.

—Así no —dice Alessandro en voz baja, recolocando con suavidad el arma en el puño del muerto—. El ángulo tiene que coincidir con la trayectoria de la bala que hemos trazado.

Siento que me arde la cara, como una niña pequeña a la que un profesor está dando una lección.

Esto nos lleva el doble de tiempo de lo previsto porque tenemos que compensar los residuos químicos, los patrones de las balas que no encajan con nuestra historia y el caos general derivado de mis fallos.

Alessandro trabaja con eficacia, ajustando detalles que yo ni siquiera había considerado, convirtiendo el desastre en algo que aún podría pasar por una guerra de bandas.

Salimos por rutas distintas, pero me siento más afectada de lo que esperaba.

No por la violencia ni por las muertes, sino por lo mucho que he perdido el control de la situación.

Por cómo mi cuidadosa planificación se ha desmoronado en cuanto la realidad no ha cumplido mis expectativas.

Alessandro se ha visto obligado a salvar tanto la misión como mi vida por culpa de mi cagada.

Llegamos a mi ático, ambos con la adrenalina a tope pero por motivos diferentes.

A Alessandro se le ve controlado, concentrado, como alguien que está acostumbrado a adaptarse cuando las operaciones se tuercen.

Yo siento que quiero meterme en un agujero y morirme de la vergüenza.

—Eso ha sido... —empiezo y luego me detengo, sin saber cómo terminar la frase sin admitir lo mucho que he metido la pata.

—Un desastre total —dice Alessandro con brusquedad, quitándose la chaqueta manchada de sangre con más fuerza de la necesaria y arrojándola al suelo—. Tus botes de gas han fallado, has abandonado tu posición cuando te dije explícitamente que no lo hicieras y casi haces que nos maten a los dos persiguiendo objetivos como una aficionada.

Las palabras me caen como bofetadas; cada una es merecida, pero aun así duelen.

Quiero defenderme; quiero argumentar que al final ha salido bien, pero no puedo mentir.

—La escena seguirá pareciendo una guerra de bandas —digo a la defensiva—. El objetivo se ha cumplido.

—El objetivo se ha cumplido porque he subsanado *tus* errores —me espeta él, con sus ojos color avellana echando chispas con una furia que no le había visto nunca—. ¿Te crees que esto es un juego, Bianca? ¿Crees que porque puedes apretar un gatillo sin pestañear ya estás lista para operaciones complejas?

Vale, sé que la he cagado, pero esto ya es demasiado. No voy a aguantar esto. —Me he adaptado bajo presión —comienzo, pero él me corta.

—Has entrado en *pánico* bajo presión. —Su voz anula mi excusa, irradiando rabia—. En el momento en que tu plan ha empezado a

desmoronarse, has abandonado todo lo que te enseñaron sobre pensamiento táctico y has entrado allí pegando tiros como una puta vaquera.

La crítica escuece porque es verdad, pero soy demasiado orgullosa para admitirlo.

Demasiado tozuda para darle la satisfacción de que tiene razón en todo.

—He terminado el trabajo —le suelto, cruzándome de brazos a la defensiva.

—Has tenido suerte —rectifica él, acercándose—. Hay una diferencia entre la competencia y la suerte, y esta noche has aprendido lo que pasa cuando confundes ambas cosas.

—¿Y qué? ¿Quieres que te suplique? ¿Que admita que no estoy lista? —Estoy alzando la voz; la rabia enmascara la vergüenza que me está devorando por dentro.

Dios, déjalo ya de una puta vez. Lo pillo. La he cagado. —Vale. Tenías razón. ¿Contento ahora?

—¡No, no estoy ni putamente contento! —estalla, con los ojos avellana centelleando mientras se le pone la cara roja—. ¡Estoy cabreado porque alguien que me importa casi muere por ser demasiado testaruda para escuchar un consejo básico!

Me cuesta horrores no quedarme boquiabierta ante su confesión.

Le importo.

A ver, en parte ya lo sabía teniendo en cuenta que nos habíamos acostado, pero es agradable tener la confirmación.

Abro la boca para decir algo, pero me corta de nuevo.

—¿Tienes idea de lo que ha sido verte salir de tu escondite y correr directa hacia el fuego enemigo? ¿Saber que si te pasaba algo sería porque yo no he sido capaz de hacerte entender lo peligroso que es

este mundo en realidad? —Se pasa una mano por el pelo, dejándolo alborotado.

Me pican los dedos por alisárselo, pero me meto las manos en los bolsillos para calmar el impulso.

Hay un dolor puro en su voz ahora, bajo la rabia.

No es solo frustración, sino terror personal ante la idea de perderme.

La vergüenza me inunda, ardiente y empalagosa, y las lágrimas me escuecen en los ojos.

—Lo siento —susurro; las palabras me parecen insuficientes, pero necesarias—. Tienes razón. Me he equivocado. He dejado que mi ego se impusiera a mi juicio y tú has tenido que limpiar mi desastre.

Parte de la tensión abandona sus hombros, pero sigue teniendo la mandíbula apretada por la furia residual.

—Tienes potencial —dice finalmente, con voz algo más suave—. Un potencial real. Pero el potencial no sirve de nada si estás muerta y no puedes desarrollarlo.

—Lo sé. —Me hundo en una de las sillas, agotada de repente—. Creía que estaba lista para esto. Pensé que entender de lo que era capaz significaba que podría manejar cualquier cosa.

—Entender la teoría y ejecutar bajo presión son cosas completamente distintas. —Alessandro se acerca, pero sigue habiendo distancia entre nosotros—. Todos los operativos acaban aprendiendo esa lección tarde o temprano. Los listos la aprenden durante el entrenamiento. Los muertos la aprenden durante las operaciones reales.

Lo miro, debatiéndome sobre si debo hacer la siguiente pregunta. Probablemente no me guste la respuesta, pero qué más da. —¿En qué categoría caigo yo?

Alessandro arquea una ceja. —Eso depende de si eres capaz de tragarte tu orgullo el tiempo suficiente para aprender de lo que ha pasado esta noche, en lugar de limitarte a estar de morros por haberte equivocado.

Hago una mueca.

Duele, pero probablemente me lo he merecido.

Sigue habiendo ira en su expresión, pero también hay algo más: preocupación, quizá, o una evaluación.

Como si estuviera intentando decidir si valgo el riesgo de seguir siendo socios para estas pruebas.

—¿Quieres saber cómo aprendí yo a manejar situaciones como esta? —Señala la sangre de su ropa, la evidencia de la violencia que nos rodea—. ¿Quieres entender por qué no me altero cuando las operaciones se tuercen?

No. —Sí.

—Porque yo he estado donde tú has estado esta noche. He cometido los mismos errores, he sentido el mismo pánico, he visto cómo los planes se desmoronaban a mi alrededor. —Su voz es más calmada ahora, pero hay un deje de dureza que sugiere que está recordando algo específico—. La diferencia es que yo aprendí de ello en lugar de poner excusas.

—¿Y qué aprendiste? —susurro.

Alessandro se sienta en la silla de al lado y me agarra la mano, acariciándome los nudillos con la yema del pulgar. Reprimo un escalofrío. —Que la violencia sin disciplina es solo caos. Que la confianza sin experiencia hace que maten a la gente. Que, a veces, lo más inteligente que puedes hacer es admitir que no estás lista y pedir ayuda.

Las palabras duelen porque apuntan directamente a mis debilidades, pero también resultan extrañamente reconfortantes. No se limita a

criticarme; me está ofreciendo enseñarme, ayudarme a ser mejor.

—Sabes mucho sobre cómo era Giuseppe —observo, desviando el tema de mis propios fallos pero también con curiosidad genuina—. Sobre sus métodos, su enfoque en operaciones como esta. Más de lo que deberías saber por relaciones de negocios o simple observación.

Alessandro se queda inmóvil y me doy cuenta de que he tocado un tema del que no habla libremente.

—¿A qué te refieres? —Su voz suena cortante.

De repente soy consciente de lo cerca que está sentado de mí, de cómo la camisa se le ciñe al pecho, de cómo la adrenalina de nuestra violencia anterior se está transformando en algo completamente distinto.

—Me refiero a que entiendes la dinámica de la historia de mi familia mejor que la mayoría de los que estuvieron allí de verdad. —Me levanto y él también lo hace, acortando parte de la distancia que nos separa—. Conoces detalles sobre los métodos de Giuseppe, sobre mi madre, sobre por qué Matteo tomó las decisiones que tomó.

Su respiración cambia ligeramente a medida que me acerco y puedo ver cómo se le dilatan las pupilas a pesar de que intenta mantener la compostura profesional.

—Ese tipo de conocimiento no se adquiere manteniendo las distancias —continúo, dejando que mi voz baje hasta ser un susurro.

La tensión que hace un momento era ira se está transformando en algo eléctrico, peligroso.

La forma en que me mira —como si quisiera zarandearme y besarme al mismo tiempo— hace que el calor ascienda en espiral por mi pecho.

—Alessandro —digo con suavidad, y su nombre sale como una caricia.

—Bianca. —Su voz es ronca, de advertencia, pero no retrocede cuando extiendo la mano para seguir el rastro de la línea de sangre que aún recorre su mandíbula.

—Si vamos a ser socios, necesito entender quién eres de verdad. —Mis dedos bajan hasta su garganta, sintiendo su pulso acelerado bajo mi tacto—. Qué experiencias te convirtieron en alguien que puede intervenir y arreglar mis fracasos sin perder el ritmo.

Él me agarra la muñeca pero no aparta mi mano.

En su lugar, su pulgar roza mis nudillos y ese simple contacto hace que se me corte la respiración.

—¿Quieres saber cómo aprendí a manejar la violencia? —Su voz es apenas un susurro ahora—. ¿Quieres entender por qué verte trabajar —incluso cuando la estás cagando— me afecta de esta manera?

En lugar de responder, me pongo de puntillas y lo beso.

La respuesta es inmediata, eléctrica.

Sus manos se enredan en mi pelo mientras me devuelve el beso con una intensidad desesperada.

Cuando su lengua roza la mía, emito un sonido que es parte gemido, parte rendición.

—Joder, Bianca —murmura contra mis labios, perdiendo finalmente el control—. ¿Tienes idea de lo que me haces?

—Enséñamelo —susurro, apretándome contra él hasta que no queda espacio entre nosotros.

Sus manos bajan hasta mi cintura y luego más abajo, levantándome con facilidad.

Mis piernas se envuelven alrededor de él mientras me presiona contra la pared, con su boca bajando hacia mi garganta para cubrirla de besos ardientes.

Jadeo, con mis dedos entrelazándose en su pelo sedoso y tirando suavemente.

Él gruñe contra mi cuello, con su erección presionando contra mi centro.

Cuando encuentra ese punto sensible justo debajo de mi oreja, me arqueo contra él con un jadeo que le hace gemir.

Me froto contra él, desesperada por cualquier tipo de fricción.

—Incluso cuando eres una temeraria —dice, con sus dientes rozando mi piel—. Incluso cuando cometes errores que podrían habernos matado a los dos... sigo deseándote tanto que me asusta.

La confesión hace que el calor me recorra por completo y tiro de su cabeza hacia arriba para poder besarlo de nuevo.

Su lengua invade mi boca mientras yo gimo contra la suya, queriendo ahogarme en él.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad y hay algo salvaje en sus ojos que coincide con el caos de mi pecho.

—Entonces preguntame lo que de verdad quieres saber, Bianca —dice, con la voz ronca de deseo y algo más oscuro—. Pregúntamelo directamente.

Estudio su rostro: las facciones afiladas, la oscuridad de sus ojos, lo pesado de su respiración que delata un deseo apenas contenido.

—¿Cómo sabes tanto sobre Giuseppe y Sophia? —pregunto en voz baja, con los labios todavía hormigueando por su beso—. ¿Cuánto sabes en realidad?

14

# ALESSANDRO

## «¿CUÁNTO SABES?»

Bianca está frente a mí, con los labios todavía hinchados por nuestro beso y los ojos brillantes.

Pero bajo ese ardor, puedo ver el anhelo de conocer la verdad.

Podría esquivar la cuestión.

Podría darle verdades a medias, versiones cuidadosamente editadas de los hechos que nos protejan a ambos de todo el peso de lo que ocurrió en realidad.

Pero tras haberla visto casi morir esta noche por culpa de su inexperiencia, tras sentir el terror de haber estado a punto de perderla por su propia imprudencia, me doy cuenta de que más mentiras solo empeorarán las cosas.

Se merece la verdad. Toda entera.

—Sé mucho —digo con sencillez—. Sobre Giuseppe y Sophia, y sobre cómo estuvo involucrado Matteo.

Se le corta la respiración, pero no aparta la mirada.

—Cuéntamelo.

Me acerco a la ventana, necesitando distancia de su intensidad mientras intento averiguar cómo explicar veinte años de secretos familiares.

La ciudad se extiende bajo nosotros, con las luces centelleando como estrellas, ajena por completo a la violencia que da forma a las sombras entre los edificios.

—No estoy seguro de cómo se cruzaron los caminos de Sophia y Giuseppe por primera vez —comienzo con cautela—. Matteo nunca ha entrado en esos detalles. Pero recuerdo cuándo llegó ella:

dieciséis años, asustada, embarazada y completamente traumatizada.

El recuerdo aflora con una claridad dolorosa.

Sophia tal como era entonces: no la manipuladora calculadora en la que se convirtió, sino una chica aterrorizada que se estremecía cada vez que Giuseppe entraba en una habitación.

Su voz era suave, rota, como la de alguien que ha aprendido que hablar demasiado alto atrae una atención no deseada.

—Era muy joven —continúo, observando el rostro de Bianca con atención—. Inocente de una manera que hacía evidente lo que Giuseppe le había hecho. Estaba aterrorizada de él. Podías verlo en la forma en que se colocaba para tener siempre una vía de escape, en la manera en que se quedaba en absoluto silencio cuando él estaba cerca.

Bianca se muerde el labio y veo que está procesando esta imagen de su madre como víctima en lugar de como villana.

—¿Por qué se casó Matteo con ella?

La pregunta que tanto temía. Sobre todo porque nunca la he entendido. —No lo sé. Matteo nunca reveló sus razones ni explicó qué motivó esa decisión. Todo lo que supe fue que un día Sophia y Matteo estaban casados, y tú llegaste poco después con Matteo reclamándote como propia.

—¿La protegió él? —pregunta Bianca con insistencia, agarrando la silla con fuerza—. ¿Le hizo daño Giuseppe a Sop... a mi madre después de que ella y Matteo se casaran?

No me pasa por alto que casi llama a Sophia por su nombre de pila. —En la medida de sus posibilidades. Pero Giuseppe era un viejo bastardo y ruin que veía a Sophia como su propiedad, independientemente de su matrimonio con su hijo. La situación

estaba... —Hago una pausa, buscando las palabras—. Decir que era una mierda se queda muy corto.

Bianca aparta la mirada.

Por la forma en que entorna los ojos, está atando cabos de su infancia que probablemente nunca tuvieron sentido.

—Matteo intentó escudarla, pero vivir en esa casa, bajo el techo de Giuseppe, con recordatorios constantes de lo que él le había hecho... eso cambió a Sophia. Se volvió dura, calculadora, manipuladora. La chica dulce y aterrorizada desapareció, sustituida por alguien capaz de manipular a cualquiera de forma magistral.

—Por eso nunca fue una madre para mí —susurra Bianca, con una voz apenas audible—. Por eso siempre estaba en fiestas, siempre en otra parte. No soportaba estar cerca de la hija de Giuseppe, especialmente porque me parezco a él.

El dolor en su voz me atraviesa.

Tengo mi propia opinión sobre cómo trató Sophia a Bianca, una opinión que me guardo para mí porque no ayudará en nada ahora.

Un niño no debería tener que pagar por las circunstancias de su concepción, pero Sophia estaba demasiado rota para separar a la hija inocente del monstruo que la engendró.

—Tú y *Matteo* os parecéis —digo en su lugar—. Los rasgos DeLuca son fuertes en ambos. Tienes sus ojos, su estructura ósea. Cualquiera que te mire vería el parecido familiar.

—Pero no con Sophia.

Aparte de la forma de los ojos y quizá algún rasgo menor, no. Bianca es una auténtica DeLuca. —No —admito—. Con Sophia, no.

Bianca se queda en silencio un largo rato, mirando por la ventana con la vista perdida.

Cuando vuelve a hablar, su voz es más dura. —¿Qué pasó cerca del final? Algo ocurrió entre Matteo y Sophia que acabó en su muerte. ¿Qué fue? El vídeo nunca estuvo claro.

Cierro los ojos, maldiciendo a los Calabrese por difundir ese vídeo que casi condena a Matteo.

—Había rumores de que se reunía con enemigos, compartía información, saboteaba las operaciones de la familia. —Me giro para mirarla—. Matteo pasó mucho tiempo reuniendo pruebas. Quería entender el alcance de la traición antes de decidir cómo responder.

—¿Y cuando consiguió esas pruebas? —pregunta con una voz que es apenas un susurro.

Vacilo, sin estar seguro de cuánto de esta historia me corresponde contar.

Pero la desesperación de sus ojos, la necesidad de entender qué le pasó a su madre, vence mi resistencia.

—Cuando la alianza de Sophia con Johnny Calabrese se hizo innegable, Matteo se enfrentó a ella. En la casa del lago.

—Pero ¿por qué? —pregunta Bianca—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué traicionar a la familia?

Me encojo de hombros. —Iba a hacer públicos los abusos de Giuseppe contra ella. A contarlo todo, a destruir la reputación y el poder de la familia.

Todavía recuerdo la furia de Matteo cuando me lo contó. —Quería ver destruida a la familia DeLuca, y no le importaba que tú fueras un daño colateral.

Bianca se estremece como si le hubiera dado un golpe físico. —¿Estaba dispuesta a destruirme a mí también?

Joder, esto es una mierda tener que contárselo. —En su mente, eras una hija DeLuca, no suya. Parte del legado que quería borrar. —Las

palabras son brutales pero necesarias—. Matteo no podía permitir que eso sucediera. Intentó razonar con ella, buscó otra salida. Pero Sophia estaba cegada por su ira y sus manipulaciones.

—Así que la mató. —Su voz es plana, sin emoción.

—Hubo un tiroteo. Sophia desenfundó primero —le digo. Observo su rostro con atención, viendo cómo lucha con esta última pieza del rompecabezas—. Matteo fue quien la ejecutó, pero fue en defensa propia, tanto como por protección de la familia.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Bianca me mira con esos ojos azul acero que de repente parecen demasiado viejos para sus diecinueve años, procesando la destrucción total de cualquier ilusión que pudiera haber tenido sobre el amor de su madre o la protección de su familia.

Antes de que pueda responder, nos interrumpe un golpe seco en la puerta del ático.

Mi mano se mueve inmediatamente hacia mi arma.

Nadie debería tener acceso a esta planta.

—¿Esperas a alguien? —pregunto en voz baja.

Bianca niega con la cabeza, pero ya se está dirigiendo hacia la puerta.

Al mirar por la mirilla, todo su cuerpo se tensa.

—Es Matteo —dice sorprendida.

Abre la puerta y Matteo DeLuca aparece en el pasillo.

Luce impecable, pero hay una tensión en su mirada cuando ve a Bianca.

—¿Cómo me has encontrado aquí? —pregunta Bianca con voz gélida.

—Sigo siendo tu padre —dice Matteo en voz baja, entrando en el ático.

Sus ojos recorren la habitación antes de detenerse en ella.

Hay dolor en su expresión, pero también determinación. —Y tú sigues siendo mi hija, quieras reconocerlo o no.

—Hermanastra —le corrige ella, irguiendo la cabeza.

—Hija —rebate él, pero la voz se le quiebra ligeramente al decir la palabra—. Eres mi hija. Te quiero más que a mi propia vida.

La crudeza del sentimiento en su confesión me incomoda incluso a mí, pero la expresión de Bianca no se suaviza.

—Deja de llamarme tu hija —responde ella con dureza—. Ya no te considero un padre.

Matteo cierra los ojos y por un momento parece agotado.

Cuando vuelve a abrirlos, dice: —Tomé decisiones para protegerte de verdades que habrían destruido a una niña. Y sí, quizá seguí protegiéndote más tiempo de lo debido. Pero cada decisión que tomé fue porque no podía soportar la idea de que salieras herida por cosas que escapaban a tu control.

Su voz es más queda ahora, menos autoritaria y más suplicante. —Sé que estás enfadada. Sé que te sientes traicionada. Pero, por favor, no dejes que esa rabia destruya todo lo que hemos construido juntos.

Bianca suelta una risa burlona y aparta la vista, negando con la cabeza. —Lo que construimos se basaba en mentiras.

—Lo que construimos se basaba en el amor. —Él da un paso hacia ella, con las manos ligeramente levantadas como si se acercara a un animal peligroso—. Un amor complicado, sucio, imperfecto... pero un amor *real*, Bianca. Eso nunca fue falso.

Observo este intercambio, viendo las dos caras del hombre: el don que manda a través de la autoridad y el padre que está aterrorizado por haber perdido a su hija para siempre.

La vulnerabilidad en su voz es genuina, pero también lo es el acero subyacente que sugiere que no se dejará pisotear indefinidamente.

—He venido para pediros a ambos que vengáis a cenar —continúa, recuperando un tono más controlado—. En la mansión. Esta noche. A las siete.

Bianca ladea la cabeza, sopesando la invitación, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—Está bien —dice por fin—. Iremos. Pero no esperes que finja que todo es normal.

—No espero nada —responde Matteo, y hay cansancio en su voz—. Solo espero que podamos encontrar un camino a seguir que no destruya a nuestra familia.

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene y la mira de nuevo con algo que podría ser arrepentimiento.

—Sea lo que sea lo que planeas demostrar esta noche, sea cual sea el punto que creas que tienes que dejar claro... recuerda que hay puentes que, una vez quemados, no se pueden volver a construir jamás.

La advertencia es suave pero inequívoca. Luego se marcha, dejándonos solos con el peso de lo que está por venir.



Nunca he estado en una cena más incómoda en toda mi vida.

Llegamos a la mansión y Bianca está impresionante con un vestido de seda negro que realza su elegancia mientras, de algún modo, la hace parecer intocable.

Lleva el pelo recogido en un moño impecable, un maquillaje perfecto; cada detalle está pensado para proyectar poder y distancia.

Parece que va a una reunión de negocios más que a una cena familiar.

Ya puedo sentir la tensión que radia de ella mientras entramos en el comedor, y se me encoge el estómago de pavor.

El comedor ha sido preparado con la vajilla buena, flores frescas; todos los detalles que sugieren que Bella esperaba que esto pudiera ser una reconciliación.

Los gemelos están en sus tronas, balbuceando alegremente; Giovanni golpea una cuchara contra su bandeja mientras Arianna intenta alimentarse por sí misma con éxito desigual.

—Bianca —dice Bella afectuosamente cuando entramos, acercándose para abrazarla—. Me alegro mucho de que hayas venido.

Bianca acepta el abrazo con rigidez educada, la clase de cortesía distante que mostraría a un conocido de negocios. —Bella. Gracias por invitarnos.

La formalidad de su tono hace que Bella retroceda, con la confusión asomando a su rostro.

Me da un vuelco el estómago. Bella no ha hecho nada malo.

No ha sido más que cariñosa con Bianca durante años, pero está a punto de convertirse en un daño colateral en esta guerra entre padre e hija.

—¿Qué tal tus clases online? —pregunta Matteo mientras nos acomodamos a la mesa, con voz cuidadosamente neutral, mientras sirven el primer plato.

—Bien —responde Bianca mientras corta su comida en trozos pequeños—. Los estándares académicos de Columbia siguen siendo exigentes pero manejables.

Por Dios.

Le habla como si fuera un extraño que pregunta por el tiempo.

La he oído hablarme entusiasmada de sus profesores y he visto su emoción por las asignaturas.

La he escuchado quejarse de trabajos difíciles y de profesores entrometidos.

Pero para Matteo, no ofrece más que un informe clínico.

Me remuevo incómodo en mi silla, viendo cómo la mandíbula de Matteo se tensa de forma casi imperceptible.

Él se está esforzando tanto, y ella está desmantelando sistemáticamente cada intento.

—¿Sigues disfrutando del curso de Gestión Estratégica?

Bendito sea, todavía lo intenta.

—Es adecuado para mis propósitos —llega la respuesta cortante.

Dios, esto es tan horrible que me dan ganas de gritar.

También quiero intervenir, decirle que está yendo demasiado lejos, pero sé que solo empeoraría las cosas.

Es algo que ella necesita superar, aunque ver cómo sucede parezca presenciar un accidente de coche a cámara lenta.

La conversación continúa así durante todo el primer plato.

Matteo haciendo preguntas amables sobre su vida, Bianca respondiendo con la cortesía mínima requerida mientras evita cualquier rastro de calidez o familiaridad.

Se dirige a él como «Matteo» constantemente, sin que se le escape ni una sola vez el «papá» que había sido natural durante toda su vida.

Cada vez que dice su nombre en lugar de «papá», veo que a él se le tensa la mirada.

Es como si clavara un puñal más hondo con cada palabra.

—¡Banca! —exclama Arianna desde su trona, estirando hacia ella sus dedos cubiertos de salsa—. ¡Banca, up!

Por un solo instante, veo que algo se suaviza en la expresión de Bianca al mirar a su sobrina —o, mejor dicho, a la que ahora sabe que es su sobrina y no su hermana—.

Pero en lugar de la respuesta cariñosa a la que Arianna está acostumbrada, Bianca simplemente asiente con cortesía.

—Hola, Arianna. Desde luego, te has puesto perdida.

El tono formal confunde a la pequeña, que ladea la cabeza e insiste. —¿Banca jugar?

—Quizá en otro momento —responde Bianca, volviendo su atención al plato.

Joder. Veo cómo el rostro de Arianna se arruga ligeramente por la confusión, y se me rompe el corazón por esta niña inocente que no entiende por qué su querida «Banca» de repente la trata como a una extraña.

La cara de Bella se ensombrece ante el rechazo, y veo que las manos de Matteo se quedan quietas sobre los cubiertos.

Giovanni, que presiente la tensión incluso a sus dieciocho meses, se queda callado y mira a Bianca con los ojos muy abiertos.

—Los niños te han echado de menos —dice Bella suavemente, intentando salvar la creciente distancia—. No paran de preguntar por ti. Sé que quieren saber cuándo vendrás a casa.

—Esta ya no es mi casa —responde Bianca en un tono seco—. Ahora tengo mi propio lugar. Más apropiado para alguien de mi edad y mis circunstancias.

Sus palabras surten el efecto deseado.

Los ojos de Bella se llenan de lágrimas y Matteo se queda inmóvil.

Incluso el servicio que se mueve por el comedor parece notar la tensión; sus movimientos se vuelven más cautelosos.

Cada palabra está cuidadosamente elegida para herir, para establecer distancia, para rechazar los vínculos familiares que Matteo intenta mantener desesperadamente.

No está gritando ni lanzando acusaciones; está haciendo algo mucho más cruel.

Los está tratando como a extraños.

—Bianca —dice Matteo en voz baja, y hay un tono de súplica en su voz que me entran ganas de huir—. Por favor. Sea cual sea la rabia que sientas, no la tomes con Bella y los niños. Ellos te quieren.

—El amor requiere sinceridad, ¿no es así? —Bianca le mira directamente por primera vez en toda la noche—. Y dado que la sinceridad ha *escaseado* tanto en esta familia, quizá sea mejor mantener los límites adecuados.

Maldita sea, ni siquiera suena como ella.

Suena como una mujer de cuarenta años.

Tiene diecinueve años, está furiosa y utiliza todas las armas de su arsenal para protegerse de volver a ser herida.

Entiendo lo que está haciendo, pero observarlo resulta jodidamente *atroz*.

Las palabras dan en el blanco a la perfección, y la única reacción de Matteo es apretar con más fuerza el tenedor.

Aprieto los puños bajo la mesa.

Una parte de mí quiere decirle que pare.

¿Acaso no ve que está yendo demasiado lejos e hiriendo a personas que la quieren de verdad?

Pero otra parte de mí reconoce que esta es su forma de procesar una traición devastadora: rechazándolos antes de que ellos puedan rechazarla, estableciendo control cuando todo lo demás en su vida se ha revelado como una manipulación.

El resto de la comida transcurre en un silencio cada vez más incómodo.

Bianca responde a las preguntas directas con lo mínimo, ignora los intentos de afecto y mantiene el tipo de distancia educada que resulta, de algún modo, más demoledora de lo que sería una hostilidad abierta.

Apenas saboreo la comida, demasiado concentrado en la carnicería emocional que se desarrolla alrededor de la mesa.

Cada pregunta cuidadosa de Matteo, cada intento amable de Bella, cada mirada confusa de los gemelos... todo parece como ver a la familia DeLuca fracturarse ante mis propios ojos.

Cuando sirven el postre —tiramisú, que sé que es su favorito— toma una sola cucharada antes de soltar la cuchara.

—Gracias por la cena —dice, levantándose con elegancia—. Alessandro y yo deberíamos irnos.

—Casi no has tocado la comida —protesta Bella con ojos suplicantes —. Y no hemos tenido oportunidad de hablar de verdad…

—No hay nada que discutir —responde Bianca con una frialdad final —. Agradezco la hospitalidad, pero creo que es mejor que mantengamos cierta distancia mientras todos nos adaptamos a la nueva dinámica familiar.

Se inclina para dar un beso en la frente de cada gemelo en un gesto que parece afectuoso pero resulta superficial, y luego se yergue sin establecer contacto visual con Matteo.

—Buenas noches, Matteo. Bella.

Y entonces se marcha, dejando tras de sí una cena familiar que parece un funeral.

El silencio que sigue a su partida es ensordecedor y me quedo paralizado en la silla.

Bella mira hacia la puerta con lágrimas en los ojos, claramente conmocionada por la transformación total de Bianca.

Los gemelos notan la tensión y empiezan a quejarse, captando emociones que no pueden comprender.

—Yo... yo me voy —digo torpemente mientras me levanto de la silla, cuyas patas chirrían contra el suelo de madera, y me apresuro hacia la puerta.

Pero la reacción de Matteo es lo que me deja helado a pocos pasos de la libertad.

El hombre que impone miedo y respeto a las personas más peligrosas de Nueva York, que se ha enfrentado a rivales e investigadores federales con una compostura inquebrantable, que ha tomado decisiones de vida o muerte en un segundo… este hombre se cubre lentamente la cara y se desmorona por completo.

El sonido que escapa de él no es exactamente un sollozo, pero se le parece mucho.

Sus hombros se agitan mientras diecinueve años de amor, protección y decisiones cuidadosas chocan contra la realidad de que ha perdido a la hija que lo era todo para él.

No por muerte, ni por violencia, sino por sus propios engaños bienintencionados.

—Se ha ido —susurra, y se le quiebra la voz al decirlo—. Se ha ido de verdad.

—Oh, Matteo. —Bella se acerca a él de inmediato, olvidando sus propias lágrimas mientras rodea a su marido con los brazos.

Pero ni siquiera su consuelo puede aliviar la profundidad de su dolor.

Me quedo allí observando a este hombre poderoso reducido a una angustia pura, y finalmente comprendo el verdadero coste de las decisiones tomadas hace diecinueve años.

No las implicaciones políticas ni las consecuencias estratégicas, sino el precio humano de amar a alguien lo suficiente como para mentirle y acabar perdiéndolo cuando la verdad sale por fin a la superficie.

Me doy cuenta de que algunas heridas calan más hondo que cualquier violencia física que nuestro mundo pueda infligir. Algunas pérdidas duelen más que la propia muerte.

El hombre que crió a Bianca DeLuca está aprendiendo que lo más difícil de amar a alguien no es protegerlo del mundo.

Es aceptar que, a veces, tu protección se convierte en lo mismo que acaba alejándolo.

15

# BIANCA

La culpa me golpea en oleadas mientras voy sentada en la parte trasera del coche oficial, dirigiéndome hacia lo que las Familias han designado como el lugar de mi tercera prueba.

No puedo dejar de pensar en la cena de la otra noche.

En la forma en que el rostro de Arianna se descompuso cuando rechacé su petición de jugar, o en la mirada confusa de Giovanni cuando le hablé como a un extraño en lugar de como la hermana mayor que solía hacerle reír.

O en las lágrimas de Bella que fingí no ver.

Se me encoge el estómago al recordar sus caras.

Dios, ¿qué clase de monstruo trata así a unos niños inocentes?

Ellos no me mintieron.

Ellos no me traicionaron.

Son unos puñeteros bebés que me quieren incondicionalmente, y yo les devolví ese amor a la cara porque estaba enfadada con Matteo.

Lágrimas calientes asoman a mis ojos y echo la cabeza hacia atrás, obligándolas a desaparecer.

Respiro hondo para calmarme.

Lo peor ha sido la reacción de Alessandro después.

El silencio en el coche cuando me dejó en casa, la forma en que rechazó mi invitación para subir al ático. —Tengo muchas cosas en la cabeza —había dicho, pero pude ver el juicio en sus ojos. La decepción.

Ese rechazo me dolió más que cualquier cosa que pasara en la cena.

*Eres patética,* se mofa la voz dura de Giuseppe en mi cabeza. *Débil. Preocupándote por los sentimientos de unos niños cuando deberías estar centrada en el poder.*

*Nunca te perdonarán de todos modos,* susurra la voz de Sophia con cruel satisfacción. *Les has enseñado quién eres en realidad. Más vale que lo aceptes por completo.*

Espero a que la voz de Matteo intervenga, pero solo hay silencio donde antes solía estar su guía. Incluso en mi propia cabeza, se ha quedado callado.

—¡Callaos! —siseo, tapándome los oídos con las manos, con la mandíbula tan apretada que me duelen los dientes—. ¡Los dos, callaos de una puta vez!

Pero las voces no desaparecen. Ya nunca lo hacen.

El almacén de Queens parece exactamente lo que es: un lugar para operaciones clandestinas.

Dominic Calabrese espera fuera con Don Vitelli y Alberto Marconi; su presencia me indica que esta prueba será examinada muy de cerca.

—Señorita DeLuca —dice Dominic con su sonrisa aceitosa—. ¿Lista para su próximo examen?

Examino la zona y me doy cuenta de lo vacía que está. —¿Dónde está Alessandro?

—Ah, el señor Ricci tenía asuntos urgentes en otra parte. Se encargará de esto sola. —Su satisfacción es evidente—. Después de

todo, el liderazgo suele ser una responsabilidad solitaria.

El bastardo lo ha planeado.

Me quiere aislada, quiere ver si me quiebro bajo presión sin la presencia tranquilizadora de mi compañero.

—Su objetivo es sencillo —explica Dominic mientras nos acercamos a la entrada del almacén. Su colonia me llega en una ráfaga; es tan condenadamente fuerte que me revuelve el estómago—. Tenemos a un antiguo oficial de inteligencia militar que ha estado filtrando información a nuestros competidores. El capitán Marcus Torres. Tres días de interrogatorio convencional no han dado ningún resultado.

—¿Qué tipo de información? —pregunto, intentando mantener la voz firme. Me empiezan a sudar las palmas de las manos.

—Detalles sobre un cargamento farmacéutico que planeamos interceptar. Ubicación, horario, protocolos de seguridad. —La sonrisa de Dominic es de todo menos amistosa—. Él tiene lo que necesitamos. Su trabajo es extraerlo.

Vitelli asiente con aprobación. —El capitán está formado profesionalmente para resistir los interrogatorios. Esto será una verdadera prueba de sus... habilidades creativas.

Se me seca la boca.

Esto no es como la ejecución de Torrino.

Aquello fue un juego de niños comparado con esto.

Esto requiere una presión psicológica sostenida, quebrar a alguien pieza por pieza.

¿Y si no puedo hacerlo?

¿Y si me quedo paralizada como hice durante la operación del almacén?

En el interior, me guían por pasillos que huelen a polvo de hormigón y a productos de limpieza industriales.

Cada paso resuena en las paredes desnudas, haciéndome hiperconsciente de mis propias pisadas.

El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que todos pueden oírlo.

—Ha estado aislado durante setenta y dos horas —explica Marconi mientras caminamos—. Sueño mínimo, nutrición básica, sin contacto humano excepto el estrictamente necesario. Debería estar psicológicamente vulnerable, pero su entrenamiento es exhaustivo.

—Recuerde —dice Dominic en voz baja, con un aliento que apesta a café y a esa espantosa colonia—, el liderazgo requiere la capacidad de quebrar a la gente cuando es necesario. Esta es su oportunidad de demostrar que tiene lo que hace falta.

Asiento con la cabeza. Respirando profundamente, empujo la puerta y entro.

La sala de interrogatorios es la típica y lo que esperaba: paredes insonorizadas, iluminación ajustable, un espejo unidireccional y una silla de acero atornillada al suelo.

Pero verla en persona hace que las mariposas estallen en mi estómago.

Detrás de ese espejo, sé que todos me estarán observando, juzgando cada movimiento que haga.

En esa silla está sentado el capitán Marcus Torres.

Tendrá unos cuarenta y cinco años, con canas en las sienes pero todavía en buena forma.

Su ropa está arrugada por los tres días de cautiverio, la barba de varios días oscurece su mandíbula, pero su postura irradia confianza militar.

Cuando me mira, no hay miedo en su expresión, solo un desdén divertido.

—¿Ahora mandan a niños? —pregunta, con una voz que conlleva el tipo de autoridad que proviene de comandar a hombres en combate —. ¿Qué será lo próximo? ¿Niños pequeños con pistolas de juguete? —Se ríe con voz ronca.

*Rómpele los dedos,* gruñe Giuseppe de inmediato. *Empieza con el dolor.*

*Te está subestimando,* susurra Sophia. *Usa eso en su contra.*

Estudio a Torres con cuidado: la forma en que se mantiene, los callos de sus manos, la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda.

Porte militar, postura defensiva, ojos que siguen cada movimiento. Ha sido entrenado para resistir interrogatorios.

—Capitán Torres —digo, acomodándome en la silla frente a él. El metal está frío incluso a través de mi ropa—. Soy Bianca. Yo realizaré su entrevista hoy.

—¿Entrevista? —Vuelve a reírse, un sonido que retumba en las paredes de hormigón—. Niña, me han interrogado personas que hacen que tus peores pesadillas parezcan cuentos infantiles. ¿Qué crees exactamente que vas a conseguir tú que tres días de profesionales no hayan podido?

El ninguneo es total, absoluto.

No es que no tenga miedo, es que le resulto entretenida.

Mierda, esto ya está saliendo muy mal.

Si Alessandro estuviera aquí, sabría qué hacer. Aprieto los dedos de los pies contra los zapatos, intentando serenarme. *Piensa, Bianca. Piensa. ¿Qué haría Alessandro?*

Intento analizar sus puntos débiles. —Estuvo casado una vez — observo, fijándome en la pálida marca de la piel donde solía estar un

anillo.

—Me divorcié hace cinco años —dice alegremente, con sus ojos azules divertidos—. Sin hijos, sin familia, sin puntos de presión que puedas explotar. Buen intento, de todos modos, ricura.

*Estás haciendo el ridículo,* ruge Giuseppe en mi cabeza. *¡Se está riendo de ti!*

*Patético,* sisea Sophia. *Ya estás perdiendo el control.*

Las voces son cada vez más fuertes, más insistentes.

Las manos me empiezan a temblar ligeramente; apenas nada, pero Torres se da cuenta. Su sonrisa se ensancha.

—¿Te sientes un poco abrumada? —Se inclina hacia delante todo lo que le permiten las ataduras—. ¿Qué pasa? ¿No está saliendo según tu pequeño plan? Parece que tienes algún tipo de debate interno.

El calor me sube a las mejillas.

Él puede ver mi incertidumbre, mi indecisión sobre qué enfoque adoptar.

—Déjame adivinar... ¿tienes ideas diferentes sobre cómo manejarme y no puedes decidir cuál usar? —continúa Torres con obvia diversión —. ¿El enfoque duro? ¿Quizá algo de manipulación psicológica? ¿Algo que te enseñó papá?

*Deja de permitir que él controle la conversación,* exige Giuseppe, con una voz tan fuerte que me hace doler el cráneo.

*Defiéndete,* insiste Sophia. *Haz algo inesperado.*

Los consejos contradictorios chocan en mi cabeza como platillos.

Apenas puedo pensar entre el ruido de sus exigencias opuestas.

Torres observa mi lucha interna con interés.

—Pobre niñita —dice con fingida simpatía—. Han enviado a alguien que ni siquiera puede decidirse a sí misma para doblegar a un profesional. Esto es realmente patético.

*Tiene razón,* ruge Giuseppe en mi cabeza. *¡Eres patética! ¡Débil como tu madre!*

*Estás fracasando,* sisea Sophia. *Todo el mundo puede ver que te estás desmoronando. Mírate, temblando como una niña.*

Las voces son tan fuertes ahora que llego a hacer una mueca, y mis manos vuelan a mis sienes.

Siento que la habitación da vueltas y oigo que mi propia respiración se vuelve errática y superficial.

—Oh, esto es incluso mejor de lo que pensaba —dice Torres con auténtico deleite—. Estás teniendo algún tipo de crisis, ¿verdad? ¿Qué ocurre, ricura? ¿Papá no te preparó para esta parte?

Me pongo en pie bruscamente, haciendo que la silla chirríe contra el hormigón.

Siento el pecho apretado, como si no me llegara el aire.

Las voces me gritan desde todas las direcciones y apenas puedo pensar entre tanto estrépito.

*Estás avergonzando el nombre de la familia,* gruñe Giuseppe. *La hija de Giuseppe, desmoronándose ante un don nadie. Patético.*

*Él puede ver a través de ti,* susurra Sophia con veneno. *Sabe que solo eres una niñita asustada jugando a los disfraces.*

—Matteo —susurro desesperadamente, apenas audible—. ¿Dónde estás? —Pero solo hay silencio donde debería estar su guía. ¿Por qué no me ayuda? Incluso en mi propia cabeza, me ha abandonado cuando más lo necesito.

—Es eso, ¿verdad? —Torres se inclina hacia delante, y su voz adquiere una cualidad depredadora—. Estás acostumbrada a que

otro tome las decisiones difíciles. A que otro te diga qué hacer. Pero papá no está aquí ahora, ¿verdad? Y te estás dando cuenta de que en realidad no sabes cómo hacer esto por tu cuenta.

Ahora camino de un lado a otro, con movimientos espasmódicos e incontrolados.

Me presiono las palmas de las manos contra los oídos, intentando bloquear la cacofonía de mi cráneo, pero no sirve de nada.

Las voces solo se vuelven más fuertes.

*Inútil,* escupe Giuseppe. *Ninguna hija mía se vendría abajo así.*

*Todo el mundo te está viendo fracasar,* se mofa Sophia. *Detrás de ese espejo, todos están viendo lo que eres en realidad.*

—¿Cómo? —jadeo, girándome hacia Torres. Mi voz sale quebrada, desesperada—. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo coño sabes exactamente qué decir para...?—

—¿Para doblegarte? —Torres sonríe con aire triunfal—. Porque te he estado observando desde que entraste aquí. La forma en que dudas de ti misma, la forma en que pareces perdida sin apoyo, la forma en que te estremeces cuando alguien desafía tu autoridad. No eres una líder, niñita. Eres una seguidora a la que han metido en un papel que no puede manejar.

Sus palabras escuecen porque son el eco de todas las dudas que he tenido sobre mí misma desde que supe la verdad sobre Giuseppe.

¿Me estoy convirtiendo realmente en alguien poderoso, o solo soy una adolescente asustada fingiendo ser algo que no soy?

—Te tiemblan las manos —continúa Torres implacable—. Tu respiración es superficial. No dejas de mirar ese espejo como si esperaras que alguien viniera a salvarte. Acéptalo: esto te queda grande.

*Tiene razón,* dicen ahora las dos voces al unísono. *No eres nada. No eres nadie.*

La habitación se inclina y tengo que agarrarme al respaldo de mi silla para no caerme.

Empiezo a tener visión de túnel, y unas manchas negras bailan en los bordes.

Estoy hiperventilando y parece que no puedo recibir suficiente aire.

—¿Dónde está? —susurro, con las lágrimas quemándome los ojos—. Matteo, ¿dónde estás? ¿Por qué no me ayudas?

Pero sigue habiendo solo silencio por parte de la voz que solía guiarme en todo.

Torres se ríe, bajo y satisfecho. —Ahí está. La verdadera tú. No la hija de Giuseppe DeLuca —oh sí, Bianca DeLuca, sé exactamente quién eres—. No eres ninguna heredera peligrosa. Solo eres una niñita rota que no puede funcionar sin que papá —o debería decir tu *hermano*— le lleve de la mano.

Estoy encogida, jadeando por aire, con las voces gritando tan fuerte que quiero arañarme el cráneo para que paren.

Todo lo que dice Torres es verdad.

*Soy* patética, *estoy* fracasando, soy—

*Basta.*

La palabra corta todo lo demás.

No es la voz de Giuseppe, ni la de Sophia, ni siquiera la de Matteo.

Es mi propia voz, tranquila pero absoluta.

*Deja de dejar que él gane.*

Me enderezo lentamente, con la respiración todavía agitada pero más controlada.

Las voces siguen ahí, siguen siendo fuertes, pero de repente ya no me estoy ahogando en ellas.

—Tiene razón —digo en voz baja, y la expresión triunfal de Torres flaquea ligeramente—. Estaba teniendo una crisis. Sobre qué enfoque sería más eficaz con alguien como usted.

El cambio en mi tono le hace parpadear, y la confusión se cuela en sus ojos.

—Verá, tengo acceso a diferentes perspectivas sobre la persuasión —continúo, limpiándome la cara con el dorso de la mano—. Y estaba intentando elegir entre ellas en lugar de usarlas todas.

Ya no lucho contra las voces.

Dejo que existan, que rujan, pero no dejo que me controlen.

La brutalidad de Giuseppe, la manipulación de Sophia y sí... incluso sin su voz, el pensamiento estratégico de Matteo sigue ahí, incrustado en todo lo que me enseñó.

—Gracias —le digo suavemente a Torres—. Por mostrarme exactamente quién cree que soy. Ahora déjeme que le muestre quién soy en realidad.

Me dirijo a los suministros de la esquina; mis movimientos son ahora deliberados en lugar de frenéticos.

Las voces siguen ahí.

Giuseppe exige brutalidad inmediata, mientras Sophia susurra sobre manipulación psicológica... pero son ruido de fondo en lugar de un caos dominante.

—Esto es lo que va a pasar, Marcus —digo, poniéndome unos guantes de látex con manos firmes. La goma chasquea contra mis muñecas con un sonido seco que resuena en la pequeña sala—. Voy a aplicar una presión muy precisa en cúmulos nerviosos específicos.

Nada permanente, nada que deje daños duraderos. Solo la incomodidad suficiente para que pensar con claridad sea... difícil.

Selecciono un instrumento metálico fino de las herramientas de interrogación, comprobando su peso. Torres observa ahora mis movimientos con creciente recelo en lugar de diversión.

—Mientras lidia con ese estrés físico —continúo, con mi voz adquiriendo un tono casi clínico—, voy a hablarle con total comprensión y compasión. Reconoceré su dolor, empatizaré con su situación, puede que incluso me disculpe por tener que causarle molestias.

Me sitúo de nuevo detrás de su silla, lo suficientemente cerca para que note mi presencia pero sin que pueda ver lo que hago. —La combinación es bastante eficaz, ya lo verá. Su cuerpo procesará un malestar agudo mientras su mente lucha por reconciliar unas palabras amables con una tortura deliberada. Crea un conflicto psicológico *fascinante*.

—Estás de farol —dice Torres, pero a su voz le falta la confianza que tenía antes—. No tienes estómago para un interrogatorio de verdad.

—Probablemente tenga razón —admito con facilidad, volviendo a ponerme frente a él—. Hace unos minutos, me habría derrumbado por completo si hubiera seguido presionando. Pero ha cometido un error, Marcus.

Me inclino ligeramente hacia delante, mirándole directamente a los ojos. —Me ha demostrado que mis dudas sobre mí misma eran más peligrosas que cualquier amenaza física que usted pudiera representar. Y una vez que me he dado cuenta de eso, todo lo demás se ha vuelto muy sencillo.

La primera aplicación de presión hace que el aliento de Torres sisee bruscamente entre sus dientes. Su mandíbula se aprieta, y los músculos se tensan en su cuello.

—Lo siento —digo de inmediato, con una voz llena de calidez genuina—. Sé que es incómodo. De verdad que no quiero hacerle daño, Marcus, pero no me está dejando mucha elección.

—Eso es... eso no es nada —jadea, pero el sudor ya le perla la frente—. He pasado por cosas peores.

Chasqueo la lengua con simpatía. —Seguro que sí —asiento, manteniendo una presión constante—. Su entrenamiento probablemente fue excelente. Pero esto no tiene que ver con su tolerancia al dolor, ¿verdad? Tiene que ver con cuánto tiempo puede pensar con claridad mientras yo hago esto.

Después de dos minutos, su respiración se vuelve trabajosa. —Vale... vale, para. Por el amor de Dios, ¿qué demonios me estás haciendo?

—Solo unos puntos de presión —explico suavemente, aflojando un poco. El alivio hace que se desplome—. Nada permanente. ¿Ve? Mucho mejor cuando paro.

—Estás... estás jodidamente loca —jadea.

Frunzo el entrecejo. —No lo creo. Creo que estoy siendo muy razonable. —Me desplazo a otro punto—. Todo lo que necesito es información básica. ¿Dónde está el cargamento, Marcus?

Reanudo la presión. Esta vez aguanta quizá noventa segundos antes de decir: —¡Mierda! ¡Mierda, vale, en los muelles! ¡Está en los putos muelles!

—¿En qué muelles? —pregunto pacientemente, sin detener la presión—. Hay muchos muelles en la ciudad.

—¡En el muelle 47! ¡En el puto muelle 47!

Alivio inmediato. Le seco la frente con el paño frío. —Gracias. No ha sido para tanto, ¿verdad? —Le doy unas palmaditas cariñosas en la mejilla—. Lo está haciendo genial, Marcus.

Ahora respira con dificultad, mirándome con un pánico creciente. —¿Cómo... cómo has aprendido a hacer eso?

No le voy a decir que me lo estoy inventando sobre la marcha.

Eso lo arruinaría.

Además, me doy cuenta de que estoy disfrutando de verdad con lo que hago. —Práctica —digo simplemente—. Ahora, ¿a qué hora llega el cargamento?

—No lo... —Se interrumpe cuando me dispongo a aplicar presión de nuevo—. ¡Espere! ¡Espere! A-a las once de la noche. Mañana por la noche, a las once.

Le sonrío. —¿Lo ve? Ya le está cogiendo el truco —le elogio calurosamente—. Es mucho más fácil cuando colaboramos.

Para la quinta pregunta, ya responde incluso antes de que aplique presión, solo con verme moverme hacia él.

El poder recorre mis venas.

—¡Tres guardias! ¡Rotación estándar cada dos horas! ¡Control por radio cada quince minutos! —grita, con el sudor resbalando por su cara. Tiene los labios agrietados y secos de gritar.

—Excelente, Marcus —le felicito, sonriendo a mi presa—. Está siendo muy cooperativo ahora.

Se le quiebra la voz. —Por favor... por favor, dime lo que quieres saber. Te lo contaré todo. Solo... solo no vuelvas a hacer eso.

—Por supuesto —digo con suavidad—. Para empezar, nunca quise hacerle daño. Ahora lo está haciendo todo mucho más fácil.

Cuando por fin tengo toda la información, Torres está hundido en su silla, agotado y derrotado.

—Contenedor 847-Alpha —susurra sin que se lo pida—. Suministros farmacéuticos. Valor de mercado... quizá dos millones.

—Gracias, Marcus —le digo sinceramente, quitándome los guantes —. Aprecio mucho su colaboración.

Me mira con algo entre el miedo y la gratitud. —¿Qué clase de monstruo eres?

Lo considero seriamente. —Ya no sé lo que soy.

Cuando salgo de la sala de interrogatorios, mi respiración está controlada.

Las voces de mi cabeza se han asentado en algo parecido a la armonía por primera vez en semanas.

Dominic Calabrese espera fuera con una decepción mal disimulada.

Había orquestado todo este escenario esperando verme sucumbir sin el apoyo de Alessandro.

En cambio, ha obtenido una demostración de por qué exactamente subestimarme es un error.

—Veintidós minutos —observa Vitelli con auténtica sorpresa—. Para la extracción completa de inteligencia de un profesional entrenado. Eso es... impresionante.

—La información ha sido verificada a través de fuentes independientes —añade Marconi, consultando su teléfono—. Todos los detalles son exactos.

La sonrisa de Dominic parece dolorosa. —Sus métodos han sido muy sofisticados, señorita DeLuca. ¿Dónde ha aprendido técnicas de interrogatorio tan avanzadas?

Ni hablar de que se lo vaya a contar.

Puede que sea joven, pero he aprendido lo suficiente sobre la política de la Familia como para manejar esto con cuidado.

—Buenos maestros —digo simplemente—. Y algunas cosas simplemente surgen de forma natural.

Mientras caminamos hacia la salida, vislumbro mi reflejo en una ventana oscura.

Por un momento, veo a Giuseppe devolviéndome la mirada: los mismos ojos, la misma expresión satisfecha de alguien que acaba de demostrar su superioridad.

Pero también hay algo más ahí.

Algo que es exclusivamente mío, forjado a partir de tres influencias diferentes pero que me pertenece por completo.

Ahora soy algo distinto.

Algo que me asusta, pero... me gusta cómo se siente.

16

# ALESSANDRO

La llamada llega a las 14:47, interrumpiendo mi revisión de los manifiestos de carga.

—Alessandro, amigo mío —la voz de Dominic transmite una calidez falsa—. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

Aprieto la mano sobre el auricular.

Dominic nunca me llama directamente.

Cualquier comunicación entre nuestras organizaciones se realiza a través de intermediarios o canales formales. Este contacto personal significa problemas.

—¿Qué quiere, Dominic? —Sin cumplidos, sin cortesía profesional. Solo una franqueza gélida que deja claro que no estoy de humor para juegos.

—Llamo con respecto a la tercera prueba de la señorita DeLuca. Ha habido un ligero cambio en el protocolo —el imbécil suena engreído. Demasiado engreído.

Todas las alarmas de mi cabeza empiezan a sonar. —¿Qué tipo de cambio? —pregunto con brusquedad, apretando el teléfono aún más fuerte.

—Las Familias han decidido que este examen en particular requiere... una evaluación individual. La señorita DeLuca se encargará del interrogatorio sin compañero —dice Dominic con fluidez.

Siento explosiones en mi cabeza. Sin compañero significa sin mí, sin apoyo, sin nadie que la vigile cuando las cosas se tuerzan. Porque siempre se tuercen.

—Ese no fue el acuerdo original —digo, con la voz aún controlada a pesar de la rabia que se acumula en mi pecho.

Dominic tararea. —Los acuerdos evolucionan según las circunstancias, Alessandro. El liderazgo, por definición, suele ser una responsabilidad solitaria. Necesitamos evaluar las capacidades *individuales* de Bianca.

Capacidades individuales.

Traducción: quieren ver si se quiebra bajo presión cuando no me tiene allí para darle estabilidad.

Esta es la jugada de Dominic: aislarla, abrumarla, demostrar que no es apta para el puesto que reclama.

Joder.

—¿Cuándo y dónde? —pregunto mientras me pongo en pie, preparándome para largarme de aquí de una puta vez. Si llego a tiempo, aún puedo ayudarla.

—La evaluación ya está en marcha —dice el cabrón, que suena demasiado encantado—. Bianca se está desempeñando..., digamos, de manera *interesante*.

Ya está en marcha.

El bastardo ha esperado deliberadamente hasta después de que empezara para informarme, asegurándose de que yo no pudiera intervenir ni prestar apoyo.

Cierro el puño con la mano que tengo libre.

—Ya veo. —Son dos palabras, pero con el peso de una amenaza de muerte. Dominic también lo nota; deja escapar una ligera risilla antes de continuar.

—Oh, no parezca tan preocupado, Alessandro. Estoy seguro de que su pequeña... bueno, sea lo que sea para usted, acabará por resolverlo. Aunque debo decir que verla luchar sin la guía de su "papaíto" ha sido bastante... instructivo —hace una pausa—. Aunque la verdadera pregunta es qué "papaíto", ¿verdad?

—Entendido. —Mi voz podría congelar el infierno. Si Dominic estuviera frente a mí, sus sesos estarían desparramados por las paredes.

—Maravilloso. Espero de verdad que Bianca esté a la altura de las circunstancias. Sería una verdadera pena que defraudara las expectativas.

La condescendencia gotea de cada palabra, y prácticamente puedo oír su sonrisa de suficiencia a través del teléfono.

Está saboreando esto: el juego de poder, el aislamiento, la oportunidad de ver a Bianca sufrir y a mí hervir de furia impotente.

La línea se corta y me quedo mirando el teléfono durante exactamente tres segundos antes de que la fachada de control se haga añicos por completo.

Estrello el auricular con fuerza suficiente para agrietar el plástico y luego barro todo lo que hay en mi escritorio con un movimiento violento.

Los papeles vuelan, el café se derrama sobre la madera cara y mi portátil se estrella contra el suelo.

—Ese puto pedazo de mierda —gruño a la oficina vacía.

Dominic quiere que pierda el control.

Quiere que me presente allí hecho una furia, exigiendo cosas, mostrando debilidad a través de una reacción emocional.

Por eso me ha llamado.

La jugada inteligente es esperar, dejar que Bianca maneje cualquier prueba que hayan diseñado, confiar en sus capacidades.

Pero la idea de que esté sola en una habitación con la gente de Dominic, enfrentándose a desafíos desconocidos sin refuerzos, me vuelve puto loco.

Me cabrea de una forma increíble.

Cojo mi teléfono seguro y empiezo a marcar.

—Tony, soy Alessandro. Necesito que dejes todo lo que estés haciendo y localices a Bianca DeLuca. Ahora mismo.

Tony hace una pausa. —¿Jefe, cuál es la situación? —Su voz con un ligero acento suena confusa.

Me agarro el pelo con una mano mientras miro por la ventana hacia el horizonte de Nueva York, con el corazón acelerado a mil por hora. —Los Calabrese están jugando. Encuéntrala pero no intervengas. Solo necesito saber dónde está y que está a salvo.

—A ello voy. Dame quince minutos.

Camino de un lado a otro de la oficina mientras Tony moviliza nuestros recursos.

Quince minutos parecen horas cuando alguien que te importa está en peligro potencial.

La parte racional de mi mente sabe que Bianca es capaz.

Se ha puesto a prueba en los exámenes anteriores.

La prueba del almacén terminó con éxito, aunque no saliera según lo planeado.

Pero la parte que se está enamorando de ella no da un pimiento por las evaluaciones racionales.

Mi teléfono vibra con actualizaciones a medida que mi gente se mueve por la ciudad.

Distrito de almacenes. Queens. Múltiples vehículos con matrículas de los Calabrese. Sin confirmación visual todavía.

Entonces, justo cuando estoy a punto de coger el abrigo y salir yo mismo, suena el teléfono.

—¿Alessandro?

El sonido de la voz de Bianca hace que se me aflojen las rodillas de alivio. Me dejo caer en la silla, apretando el teléfono contra mi oreja como si pudiera atraerla a través de la conexión.

—¡Jesucristo! ¿Estás bien? —Las palabras salen atropelladamente antes de que pueda controlarlas—. ¿Dónde estás? ¿Estás herida?

—Estoy bien. —Pero hay algo extraño en su voz; no es miedo ni trauma, sino algo más. Algo que no alcanzo a identificar—. Mejor que bien, en realidad.

Mejor que bien. ¿Qué demonios significa eso?

—¿Qué ha pasado? —pregunto con urgencia, con la boca seca. Me lamo los labios, desesperado por un poco de humedad—. ¿A qué tipo de prueba te han sometido?

—Un interrogatorio —dice, y puedo notar algo parecido a la satisfacción en su tono—. Tenían a ese tipo militar, de la antigua inteligencia. Necesitaban extraer información.

Se me hiela la sangre.

La han obligado a torturar a alguien para obtener información.

Una chica de diecinueve años, sola, sin apoyo ni guía.

Los muy sádicos probablemente disfrutaron viéndola sufrir.

—¿Conseguiste lo que necesitaban? —Mi corazón late con fuerza. Ha tenido que hacerlo, ¿verdad? No sonaría tan... despreocupada si hubiera fallado. ¿Cierto?

—Lo conseguí todo. —El orgullo en su voz es inconfundible y tengo ganas de desplomarme en mi puta silla—. Todo lo que querían y más. Alessandro, yo... se me dio bien. *Muy* bien.

Algo en su tono hace que se me erice el vello de la nuca.

No es angustia ni un conflicto moral, sino auténtica satisfacción.

Casi placer.

—¿Dónde estás ahora? —Ya pensaré en su tono más tarde.

Ahora mismo, solo necesito tenerla delante de mí.

—Volviendo a la ciudad. ¿Puedo verte en tu oficina? Quiero contártelo.

—Por supuesto —digo automáticamente mientras me siento de nuevo para enviarle un mensaje a Tony—. Mis hombres te recogerán.

—No creo que sea necesario...

—Es necesario. No me fío un puto pelo de Dominic Calabrese. Mis hombres te recogerán y te traerán aquí conmigo. —Termino de escribirle a Tony. Ni cinco segundos después, me avisa de que un coche ya va de camino a por Bianca.

Bianca suspira, pero, por suerte, acepta.

La línea se corta y me reclino en la silla, tratando de procesar lo que acabo de oír.

Bianca suena eufórica en lugar de traumatizada.

Como si hubiera descubierto algo sobre sí misma que la complaciera en vez de perturbarla.

Suena la notificación de mi correo electrónico y miro la pantalla. Un mensaje nuevo de una dirección cifrada que reconozco: las Familias la usan para comunicaciones oficiales.

El asunto dice: *Documentación de la Tercera Prueba - B. DeLuca.*

Hago clic en el archivo adjunto y se abre un reproductor de vídeo.

Imágenes de cámaras de seguridad desde múltiples ángulos, con la marca de tiempo de hoy.

El archivo está etiquetado como "Evaluación de Interrogatorio - Sujeto: Marcus Torres".

Se me vuelve a secar la boca al mirar el vídeo pausado. ¿Es esto algo que quiero ver?

Pulso el botón de reproducción.

El primer ángulo muestra a Bianca entrando en la sala de interrogatorios, y se me oprime el pecho por lo joven que parece.

Nerviosa e insegura.

Intenta establecer una conexión psicológica con el sujeto, pero él no cede.

Se burla de ella, la desprecia como si fuera una niña jugando a ser peligrosa.

Quiero matarlo.

Bueno, primero quiero matar a Dominic. Pero Marcus Torres es el siguiente.

Durante varios minutos, la veo perder el control.

Le tiemblan las manos, su respiración se vuelve errática y parece estar al borde de un colapso total.

Los cabrones la tendieron una trampa para que fallara.

Le pusieron a un profesional que podía explotar sus inseguridades y vulnerabilidades psicológicas.

Tengo ganas de romper algo otra vez.

Pero entonces algo cambia, y tengo que pausar el vídeo y rebobinar para entenderlo por completo.

La transformación es asombrosa.

Es como ver a alguien entrar en su verdadera naturaleza por primera vez.

La chica nerviosa desaparece, sustituida por alguien frío, calculador, con el control absoluto.

Cuando le explica su metodología a Torres, suena segura y convencida.

Lo que sigue hace que se me caiga la mandíbula.

No se limita a quebrar a Torres: lo desmantela pieza por pieza.

La combinación de presión física y recompensa psicológica es devastadoramente eficaz, volviendo su propia mente contra él hasta que la cooperación se convierte en la única vía de escape de un tormento cuidadosamente orquestado.

Pero no es solo su eficacia lo que capta mi atención.

Es la mirada de sus ojos mientras trabaja, la ligera sonrisa que asoma a sus labios cuando Torres finalmente se rompe, la forma satisfecha en que se mueve alrededor de su silla como un depredador que ha encontrado la presa perfecta.

No es solo que sea buena en esto: es que *disfruta*.

El calor me inunda mientras la veo trabajar, y tengo que recolocarme en la silla mientras mi cuerpo responde a esa exhibición de poder y

competencia.

La forma en que controla cada aspecto del interrogatorio, la precisión de su guerra psicológica, la confianza absoluta en sus propias habilidades... es jodidamente *sexy*.

Para cuando termina el vídeo, estoy como una piedra y me cuesta respirar con normalidad.

Ver a Bianca abrazar su oscuridad, verla transformarse de una chica insegura en una mujer letal, ser testigo del nacimiento de algo verdaderamente formidable... es lo más excitante que he experimentado en mi vida.

La idea de que Matteo vea este metraje me hace estremecer.

Destruiría a ese hombre ver a su amada hija convertirse en todo lo que él se ha pasado la vida tratando de evitar.

Pero no soy capaz de que me importe su dolor, no cuando estoy demasiado ocupado sintiéndome fascinado por aquello en lo que ella se está convirtiendo.

Suena el intercomunicador. —¿Sr. Ricci? La señorita DeLuca está aquí para verle.

Doy un respingo y me golpeo la rodilla con la parte inferior del escritorio. Maldiciendo, pulso el botón. —Que suba —ordeno, aclarándome la garganta para que mi voz no suene tan ronca.

Cierro el vídeo e intento recomponerme, pero mi corazón sigue latiendo con fuerza, a partes iguales por la excitación y la anticipación.

La puerta se abre y Bianca entra vestida con una camisa blanca ajustada y pantalones negros de vestir.

El color hace que su piel pálida se vea luminosa y resalta el gris de sus ojos azules.

Su cabello oscuro cae en ondas sueltas sobre un hombro, y hay algo diferente en su forma de moverse.

Está más segura de sí misma, casi depredadora.

Pero es la mirada de sus ojos lo que me detiene.

Hay una satisfacción allí, un placer oscuro que no existía antes.

Como si hubiera descubierto algo sobre sí misma que le gusta.

Me pongo en pie de inmediato y mi silla rueda hacia atrás mientras rodeo el escritorio. —¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Antes de que pueda responder, antes de que pueda articular palabra, cruzo la distancia que nos separa en tres zancadas rápidas.

Tomo su rostro entre mis manos y la beso contra la puerta con un hambre desesperada.

Jadea contra mi boca y sus manos se cierran de inmediato en puños sobre mi camisa para atraerme más hacia ella.

El beso es eléctrico y desesperado.

Cuando su lengua se encuentra con la mía, gruño contra sus labios, presionándola contra la madera maciza.

—Alessandro —musita cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad.

—He visto el vídeo —admito con voz ronca, apoyando mi frente contra la suya—. Maldita sea, Bianca. Lo que has hecho ahí dentro...

Sus pupilas se dilatan y esa sonrisa satisfecha vuelve a curvar sus labios. —¿Te ha gustado lo que has visto?

La pregunta envía una oleada de calor directa a mi entrepierna, y tengo que agarrarme al marco de la puerta junto a su cabeza para mantener cierta apariencia de control.

—No he visto nada más excitante en toda mi vida —le digo con sinceridad antes de volver a besarla con fuerza.

Sus labios se separan al instante y no me ofrece resistencia alguna.

Simplemente se entrega y es glorioso sentirla así de cálida, flexible y *viva*.

Tiro de ella hacia arriba y hacia un lado para que se ponga de puntillas y se ahorcaje sobre una de mis caderas.

Puedo sentir su calor a través de nuestras dos capas de pantalones y me está volviendo loco de remate.

Bianca suelta una risita. —¿No quieres que te cuente de viva voz cómo ha ido?

Empiezo a desabrocharle los botones de la camisa. —Sí. Escucharlo de tus labios me pondrá todavía más jodidamente duro.

A Bianca se le sonrojan las mejillas antes de que se le corte la respiración cuando presiono un beso con la boca abierta contra su esternón.

Paso la mano por detrás para desabrochar un botón más; hay un dios misericordioso en el cielo porque su sujetador se abrocha por delante y se lo suelto.

Sin preámbulos, acaricio sus pezones con los dedos y la respiración de Bianca hace algo más que cortarse.

—Estás... me estás haciendo difícil pensar ahora mismo —dice Bianca sin aliento, con los dedos entrelazados en mi pelo.

—Bien —murmuro, con una mano en su pecho mientras la otra empieza a desabrocharle los pantalones.

Suelto el botón antes de terminar de arrancarle los últimos botones de la camisa con una serie de tirones secos.

Es un gesto de poder, destrozar su ropa, y yo lo sé y ella lo sabe, pero qué más da.

Me alegro tanto de que esté *bien* y de que haya pasado la prueba.

Bianca suelta una risita mientras me ayuda a quitarme la camisa. —Pero de verdad quiero contarte cómo ha ido. No creo que el vídeo le haga justicia.

—Me lo contarás luego —murmuro contra su boca, dándole un pequeño mordisco. Dejo caer mi camisa al suelo y me empujo contra ella—. Mucho, *mucho* después.

Bianca se agarra a mi cuello mientras deslizo los nudillos por su vientre hasta la cintura, sintiendo cómo la piel suave roza contra mis callosidades.

Empiezo a desabrocharle el cinturón. —Hablo en serio cuando digo que verte aceptar quién se supone que eres es una excitación increíble.

Ella se ríe, apartándose el pelo de la cara. —¿Nadie le ha dicho que tiene problemas? —me toma el pelo.

—Sí —digo con sinceridad—. Será mejor que no hagas eso con tu pelo.

—¿Por qué...?

Clavo mis ojos en los suyos mientras me arrodillo, arrastrando sus pantalones y su ropa interior —encaje negro, Dios, es el regalo que no deja de sorprender— conmigo. —Porque vas a necesitar sujetarte.

—Sujetarme a...

Separo sus muslos con mis hombros.

Debería haber juegos preliminares.

Debería provocarla, dejar un par de marcas de mordiscos en la piel suave de la parte interna de sus rodillas y llevarla a mi casa para terminar el trabajo.

Pero se me da bien usar la boca y nunca he sido bueno esperando, así que apoyo los antebrazos contra sus muslos y me inclino, presionando mi boca contra su sexo.

Casi suelto un gruñido al probarla por primera vez. Sabe tan bien.

Oigo a Bianca exhalar por encima de mí y, cuando levanto la vista, tiene los labios entreabiertos y mueve las caderas. —Oh, *joder*, Alessandro —jadea con los ojos cerrados. Subo un brazo por encima del hueso de su cadera para mantenerla erguida y me recreo en su clítoris con la boca.

Bianca gime mientras descubro sus puntos dulces y memorizo su sabor.

Muevo la mano que no la sostiene y, con suavidad y cuidado, introduzco dos dedos en su interior.

Por encima de mí, suelta un juramento, con la voz tensa, y suena un golpe seco; debe de ser la parte posterior de su cabeza chocando contra la puerta.

Está caliente y resbaladiza, y eso me marea.

Mantengo el ritmo, añadiendo un tercer dedo y sonriendo con suficiencia cuando la oigo gritar.

—Deberías haber visto la cara de Dominic —jadea Bianca— cuando lo he conseguido.

Me aparto para mirarla. —No quiero volver a oír el nombre de Dominic salir de tus labios cuando tengo tres dedos metidos en ti —gruño, sintiendo una oleada de posesividad recorriéndome.

Ella me mira desde arriba. —Solo intento decirte lo mucho que le ha cabreado que haya tenido éxito.

—Y yo te digo que no quiero oírlo mientras te estoy comiendo el coño. Puedo parar. —Hago ademán de retirar los dedos de su calor húmedo.

Bianca lanza un gemido lastimero y presiona sus caderas más cerca de mi cara. —¡No! Hagas lo que hagas, *no pares*.

Me río y vuelvo a inclinarme, deslizando mi lengua sobre ella.

Insertando mis dedos de nuevo, los arqueo y ella se estremece y se muerde el labio.

Con su pierna enganchada sobre mi hombro, el ángulo es bueno y puedo emplear mi mano aún mejor.

Lo decía en serio cuando he dicho que no quiero oír el nombre de Dominic Calabrese salir de sus labios cuando estamos juntos.

Siento que me estoy enfadando y *sé*, *sé* que no es sano ni sensato ni seguro mezclar la ira con el sexo, pero esta es Bianca, toda resbaladiza, caliente y agridulce en mi boca, y nunca he sido otra cosa que peligroso cuando se trata de ella.

Y solo quiero *destrozarla*. No saber dónde estaba hoy me ha pegado un susto de muerte. Me sentí impotente.

Bianca se lleva una mano a la boca para morderse el pulgar, arqueando las caderas. —¡Joder, Alessandro!

Miro su rostro y... oh, *sí*. Me yergo sobre las rodillas, pongo mi otra mano en su nuca y tiro de ella para que su cara quede a centímetros de la mía. —¿Vas a correrte para mí, eh? —susurro contra su boca.

Entro profundamente, rápido y con rudeza, y ella aprieta los dientes.

El agarre de Bianca sobre mí es de hierro, pero los músculos de sus piernas tiemblan.

—Vamos, Bianca —la apremio—, hazlo...

Está tan cerca. Puedo sentirlo en su respiración agitada y en cómo se estrecha, y su dulce aroma se ha vuelto un poco almizclado y es tan agradable, y se va a correr para mí, justo... justo *ahora*...

Presiona su cara contra el lado de mi cuello y se corre, con fuerza.

Maldita sea, esto está entre los momentos más espectaculares de mi vida: Bianca corriéndose en mi mano, humedecida por el sudor y gimiendo contra mi garganta mientras yo sigo dándole placer.

Puedo sentir cada oleada a medida que la golpea, dejándola temblando.

Cuando finalmente estalla, emite un sonido que parece un poco mi nombre y un poco un sollozo, y me siento como un puto rey.

Trazo círculos en su nuca mientras se relaja, con su respiración agitada y caliente sobre mi piel.

Al final, emite un sonido de incomodidad y empuja mi antebrazo; sé que debo sacar los dedos de su interior, cambiar mi agarre y atraerla hacia abajo, a mis muslos.

Mis rodillas crujen de alivio cuando dejo de cargar el peso sobre ellas para sentarme en el suelo.

Se sienta a horcajadas sobre mis caderas y mantiene la cara enterrada en mi hombro.

Encoge los brazos contra mi pecho y yo respiro, ignorando mi polla dolorida mientras paso una mano suavemente de arriba abajo por su columna vertebral.

El momento posterior se asienta a nuestro alrededor y, de repente, pienso en lo jodidamente indefenso que me he sentido hoy.

Sentado en mi despacho, sabiendo que se enfrentaba a algo peligroso a solas, incapaz de hacer nada salvo movilizar a hombres que, de todos modos, no podían ayudar.

—Cuando ha llamado Dominic —digo en voz baja, todavía con la voz ronca—, cuando me ha dicho que ya estabas allí dentro sin mí... nunca me he sentido tan impotente en mi vida.

Ella se mueve ligeramente contra mí, escuchando.

—No dejaba de pensar en todas las formas en las que podía salir mal. ¿Y si te presionaban demasiado? ¿Y si te venías abajo? —Trago saliva, encontrando difícil pronunciar las palabras—. ¿Y... y si pasaba algo y yo no estaba allí para...? —Me detengo, dándome cuenta de cómo suena eso.

—¿Para qué? ¿Para salvarme? —Hay algo afilado en su voz.

—No. *Dios*, no. No es eso... —Me paso la mano libre por el pelo, frustrado por mi propia incapacidad para articular esto—. He visto el vídeo, Bianca. No necesitabas que te salvaran. Sé que ya te lo he dicho, pero has estado jodidamente magnífica.

La verdad de mis palabras me golpea mientras las digo. —Estaba aterrorizado por si te pasaba algo, y me he dado cuenta de que no era solo porque seamos socios o porque se supone que debo protegerte. Era porque la idea de perderte —perderte de *verdad*— me destruiría.

Su respiración cambia contra mi cuello.

—Llevo meses enamorándome de ti —admito, dejando que las palabras encuentren por fin su camino—. Pero hoy, sentado allí totalmente indefenso mientras te enfrentabas a esa prueba sola... ahí es cuando he sabido que ya estoy demasiado perdido como para fingir lo contrario.

Se aparta para mirarme, con esos ojos de color azul acero escudriñando mi rostro.

—Me quieres —dice, como si estuviera probando las palabras.

—Te quiero —confirmo, con mi mano todavía trazando círculos suaves en su espalda—. Me encanta verte patear culos. Me encanta

que ya no luches contra tu naturaleza. Y me encanta que no necesites que te salve; solo necesitas que esté a tu lado mientras te salvas a ti misma.

Ella busca en mi cara cualquier indicio de engaño o manipulación. —¿Incluso las partes oscuras?

—*Sobre todo* las partes oscuras. —La sinceridad en mi voz me sorprende incluso a mí—. Verte trabajar hoy, verte descubrir de lo que eres capaz... ha sido lo más hermoso que he presenciado jamás.

Algo cruza su expresión: sorpresa, quizá alivio, definitivamente algo que se parece al hambre.

—No intentas salvarme de mí misma —observa.

Suelto un bufido. —No. No lo intento. —Tomo su rostro con mi mano libre, rozando su pómulo con el pulgar—. No necesitas que te salven. Necesitas a alguien que esté a la altura de aquello en lo que te estás convirtiendo.

Sus ojos se agrandan y me doy cuenta de que acabo de admitir algo que probablemente debería aterrarme.

No solo estoy aceptando su transformación, la estoy fomentando.

Facilitándola.

Encontrándola embriagadora de formas que probablemente me hacen cómplice de lo que sea en lo que se convierta.

Mi conciencia lucha con mi corazón mientras asumo todas las implicaciones.

Un hombre mejor se preocuparía por su humanidad e intentaría preservar cualquier inocencia que pudiera quedar tras la prueba de hoy.

Un hombre mejor se preocuparía por el coste psicológico de adoptar la violencia y la manipulación como expresiones naturales de su personalidad.

Pero yo no soy un hombre mejor.

Soy alguien que la ha visto destrozar a otro ser humano y no ha sentido más que excitación y admiración.

—¿Te preocupa en qué me estoy convirtiendo? —pregunta en voz baja.

Considero la posibilidad de mentir, de ofrecerle consuelo sobre su bondad esencial o la posibilidad de encontrar el equilibrio. En su lugar, le doy la verdad, que es lo que siempre ha querido.

—Me preocupa que no me importe lo suficiente en qué te estás convirtiendo. Debería preocuparme que pierdas tu humanidad. Debería querer proteger las partes dulces de ti que Matteo pasó toda tu vida cultivando. —La miro directamente a los ojos—. Pero lo único en lo que puedo pensar es en lo magnífica que estabas cuando dejaste de luchar contra ti misma y empezaste a usar todo lo que eres.

Su sonrisa es absolutamente devastadora y hace que vuelva a ponerme duro. —No vas a intentar salvarme —susurra.

Acaricio su mejilla con los nudillos. —Voy a ayudarte a convertirte en lo que elijas ser. Incluso si lo que eliges asusta al resto del mundo.

Se inclina y vuelve a besarme, más suave esta vez pero no menos intensamente.

Cuando se separa, hay algo resuelto en su expresión que no estaba antes.

—Te quiero —dice con sencillez—. Y elijo esto. Elijo convertirme en lo que necesite ser para sobrevivir en este mundo.

—¿Incluso si eso te hace peligrosa?

Su sonrisa se vuelve maliciosa. —*Sobre todo* si eso me hace peligrosa.

La seguridad en su voz debería preocuparme. En cambio, hace que el calor vuelva a subirme por todo el cuerpo.

Porque me doy cuenta de que no quiero salvarla de su oscuridad; quiero verla empuñarla como el arma que siempre debió ser.

Sea lo que sea en lo que se esté convirtiendo, sea lo que sea en lo que nos estemos convirtiendo juntos, va a cambiarlo todo.

Y no puedo esperar a ver qué pasa después.

# BIANCA

**ÉL ME AMA.**

Esas palabras me oprimen el pecho con algo que no esperaba: puro alivio.

No me había dado cuenta de lo desesperadamente que necesitaba oírlo hasta que él lo ha dicho.

Después de todo lo que ha pasado, después de descubrir que soy capaz de destrozar a alguien pieza por pieza y disfrutarlo, después de verme convertida en algo más oscuro de lo que jamás imaginé... él todavía me ama.

No a pesar de lo que soy, sino *por* ello.

El alivio es tan abrumador que tengo que apoyar la cara contra su hombro para ocultar las lágrimas que me brotan en los ojos.

Lágrimas de felicidad, lágrimas de gratitud, lágrimas de alguien que pensó que podría estar volviéndose indigna de ser amada y acaba de descubrir que se equivocaba.

—Te amo —confirma él, con la mano moviéndose todavía en círculos suaves por mi espalda—. Me encanta verte patear culos. Me encanta que ya no luches contra tu naturaleza. Y me encanta que no necesites que te salve. Solo necesitas que esté a tu lado mientras te salvas tú misma.

Una calma me inunda con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos por un momento.

No va a intentar arreglarme.

No va a hacerse el salvador, ni a intentar suavizar mis asperezas, ni a redirigir la violencia de la que he descubierto que soy capaz.

Gracias a Dios.

Me habría enfadado de una puta manera si lo hubiera intentado.

—No te asusta en lo que me estoy convirtiendo —digo, inhalando su aroma mientras le acaricio el vello de la nuca.

—Me *fascina* en lo que te estás convirtiendo —su pulgar roza mi columna, enviando una oleada de calor por todo mi cuerpo a pesar de todo lo que acaba de pasar—. Eres exactamente quien debes ser y resulta condenadamente sexy.

El deseo en su voz hace que se me acelere el pulso.

Cuando me muevo contra él, noto que sigue excitado, y mis muslos se tensan de anticipación.

—Demuéstramelo —susurro contra su garganta—. Demuéstrame cuánto amas lo que soy.

Alessandro sonríe con picardía mientras se inclina para besarme al tiempo que me rodea el pecho con la mano.

Antes de que me dé cuenta, ha apartado la boca de la mía y siento que sus labios se cierran alrededor de mi pezón.

Suelto un grito ante la sensación. La humedad se acumula entre mis piernas mientras su lengua juguetea suavemente alrededor de mi pezón endurecido.

Succiona con fuerza y luego vuelve a usar la lengua, moviéndola con rapidez.

—Dios mío —gimo. Alzo una mano para enredarla en el pelo de Alessandro, manteniéndolo unido a mí mientras me apoyo hacia atrás con la otra mano, arqueándome hacia arriba para darle mejor acceso.

El cabrón se toma su tiempo, alternando entre ambos pechos y llevándome a un estado de excitación tal que creo que no podré aguantar ni un momento más.

De repente, se detiene y se aparta. Abro los ojos de golpe al sentir el aire frío golpeando mis pezones.

—¿Qué demonios? —exijo, presionando mis caderas contra el suelo. Estoy tan jodidamente desesperada por un poco de fricción ahora mismo.

—Túmbate —ordena mientras se desabotona la camisa y la tira a un lado, dejando al descubierto su cuerpo esculpido. Me incorporo sobre los antebrazos y lo admiro.

Alessandro es puro músculo: esbelto y tonificado, con un pecho bien definido.

Un ligero rastro de vello forma una mancha oscura en el centro de su pecho y una línea oscura desciende hacia la cintura de sus pantalones.

Alessandro me dedica una mirada burlona arqueando una ceja oscura.

—¿Ves algo interesante? —pregunta con voz pausada.

Sonriendo con picardía, me pongo de rodillas y lo miro desde abajo, deslizando mis manos por la parte interna de sus muslos.

—Sí, a ti.

Él forcejea con el cinturón y los pantalones, y estos golpean el suelo; la hebilla del cinturón resuena al chocar contra la madera.

Pero le presto poca atención mientras deslizo mis manos hacia arriba para agarrarle el culo. *Dios*, qué obra de arte.

—Bianca —gruñe Alessandro a modo de advertencia.

Lo hago callar mientras le masajeo los músculos de los glúteos y los muslos. —Tú has podido provocarme antes. Ahora me toca a mí. —Retiro las manos y las deslizo sobre la tela de sus calzoncillos antes de plantar un beso justo debajo de su ombligo, dejando que mi lengua recorra la línea de vello.

Él gime, pasando una mano por mi cabello.

Con un movimiento rápido, le bajo los calzoncillos y le ayudo a quitárselos, tirándolos a un lado con el resto de nuestra ropa.

El miembro de Alessandro está ante mí ahora, erecto y hermoso. Con la boca seca, lo rodeo con la mano y lo acaricio suavemente.

Alessandro echa la cabeza hacia atrás, soltando el aire entre los dientes con un siseo. —Yo... oh, joder —consigue articular.

Dios, me encanta cuando no puede formar frases coherentes.

Es tan agradable ver otra faceta que no sea la del Alessandro calmado y sereno.

Me inclino hacia delante y paso la lengua alrededor de la punta de su pene.

—¡*Joder*! —gime mientras sus manos se mueven para entrelazarse en mi pelo, guiando mi cabeza arriba y abajo por toda su longitud.

Deslizo mi boca por su miembro, disfrutando de la sensación de sus manos rodeando mi cabeza.

Los sonidos que emite hacen que me hierva la sangre y me dejan completamente empapada.

Me pierdo en lo que estoy haciendo: en la textura aterciopelada de su piel, en su aroma especiado, en el sabor salado y almizclado en mi boca, en los músculos duros como rocas de su cuerpo donde mi mano libre acaricia en pequeños círculos... y siempre los sonidos: guturales, masculinos, necesitados.

Y todos por mí.

Alessandro tira de mi cabeza hacia atrás con tanta fuerza que me aparta de él. —No aguanto más —raspea—. Voy a follarte.

Ya era hora, joder.

Me estaba volviendo loca antes, cuando me tenía inmovilizada contra la puerta y me estaba comiendo.

—Pues adelante —respondo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa burlona y los labios hinchados y hormigueantes.

Se lanza sobre mí y rueda para que yo quede encima de él.

Vaya, esto es sorprendente. Habría pensado que querría estar arriba.

Arrodillada a horcajadas sobre sus caderas, bajo la mano para volver a sujetarlo.

Gime cuando lo posiciono en mi entrada, y luego gruñe de nuevo, más fuerte, mientras me hundo sobre él, recibiendo hasta el último centímetro de su grosor dentro de mi calor.

Echo la cabeza hacia atrás, deleitándome con la sensación de tenerlo dentro de mí, de estar llena y expandida y unida a él.

Luego lo miro y mantengo su mirada mientras empiezo a moverme.

—Eres perfecta —susurra contra mi oído mientras me arqueo sobre él, con sus manos apoyadas en mis caderas—. Peligrosa y perfecta y absolutamente mía, joder.

Establezco un ritmo lento al principio, pausado, lánguido y fluido, pero a medida que nos sumergimos más profundamente en los ojos del otro, el ritmo se acelera, hasta que me inclino hacia delante, apoyando mis manos a ambos lados de su cabeza mientras me balanceo para encontrarme con él.

Él levanta las rodillas y empuja hacia arriba dentro de mí.

Nuestros rostros están a escasos centímetros, nuestras respiraciones son agitadas y nuestra piel brilla con una fina capa de sudor.

Algo se desenrolla en mi vientre, una sensación de hormigueo que empieza siendo pequeña pero crece lentamente, como un incendio que comienza a propagarse por un bosque.

—Mío —le susurro, uniendo mis caderas a las suyas.

—Tuyo —asiente él, con la voz tensa por la necesidad—. Tuyo. Para siempre.

Esas palabras me empujan al abismo y Alessandro cae conmigo, estremeciéndonos en un orgasmo conjunto mientras me desplomo sobre su pecho.

Yacemos entrelazados en el suelo de su despacho, ambos respirando con dificultad y pegajosos por el sudor.

El sol de la tarde entra por los ventanales, proyectando largas sombras sobre nuestros cuerpos desnudos.

—Así es como se siente —murmuro, trazando dibujos en su pecho.

—¿El qué? —Su voz es baja y ronca mientras me pasa una mano por el pelo.

—La conexión auténtica. Ser deseada no a pesar de mi oscuridad, sino por mi ser completo —lo miro, estudiando su rostro bajo la luz dorada—. Incluyendo las partes que otras personas temen o intentan cambiar.

Alessandro frunce el ceño. —Matteo nunca intentó cambiarte.

La mención de Matteo hace que se me oprima el pecho con emociones complicadas: ira, dolor, pérdida y algo que podría ser culpa por cómo lo traté a él y a su... mi, no lo sé... familia.

—Matteo intentó protegerme de lo que soy. Tú me estás ayudando a convertirme en ello. —Planto un beso en su clavícula—. Hay una diferencia.

Él me incorpora para que pueda mirarlo a los ojos. —¿Y en qué te estás convirtiendo? —Su mirada es penetrante.

Considero la pregunta con seriedad. —En algo peligroso. Algo que toma las mejores partes de todos ellos y las hace mías. Ya no tengo que ser solo como Giuseppe o solo como Sophia; puedo serlo todo.

Él emite un sonido pensativo. —Es una combinación peligrosa.

—La más peligrosa. —Sonrío contra su piel—. Pero también la más eficaz.

Los brazos de Alessandro se aprietan a mi alrededor. —¿Estás lista para lo que eso conlleva? ¿Para cómo te verá la gente cuando comprendan de qué eres capaz?

Me encojo de hombros. —Dejó de importarme lo que pensara la gente cuando me di cuenta de que podía hacer que me tuvieran miedo en su lugar. Ser temida es mucho más útil que caer bien.

—¿Y nosotros? ¿Qué somos ahora?

Lo miro. —Somos... no lo sé. Estamos jodidos, probablemente. Pero funcionamos juntos. A ambos nos gustan las cosas peligrosas y no intentamos cambiarnos el uno al otro.

La risa de Alessandro es gutural y baja. —¿Incluso sabiendo que podría echarte a perder?

La pregunta me hace reflexionar.

Porque sí, sin duda esto tiene un precio.

Cada vez que disfruto haciendo daño a alguien, cada vez que elijo la violencia en lugar de la amabilidad... eso me está cambiando.

—Hoy me ha gustado demasiado —admito, con los dedos recorriendo su pecho mientras ordeno mis pensamientos—. Hacerle daño a Torres. No solo porque tuviera que hacerlo, sino porque se sentía bien tener esa clase de control sobre alguien.

Alessandro sigue pasándome la mano por el pelo, esperando.

—Seguramente debería estar más asustada por eso, ¿verdad? La gente normal lo estaría. —Hago una pausa—. Pero no lo estoy. No me arrepiento en absoluto. ¿Es eso malo?

—Ya lo descubriremos —dice simplemente.

Eso es lo que necesitaba oír.

No un gran discurso filosófico sobre la naturaleza del amor y la violencia, solo la promesa de que no tendré que navegar por esto sola.

—Quiero esto —le digo—. Sea lo que sea en lo que me esté convirtiendo, sea lo que sea que seamos... lo quiero. Aunque sea peligroso.

Alessandro me atrae más hacia él y me acomodo contra su pecho, escuchando cómo los latidos de su corazón recuperan la normalidad.

El despacho se queda en silencio, salvo por los sonidos distantes de la ciudad abajo.

Pero mientras yazgo allí en la creciente oscuridad, un pensamiento se cuela y no consigo quitármelo de encima.

Amar a Alessandro y que él me ame exactamente como soy es lo más poderoso que he sentido jamás.

Me hace invencible, valiente, como si pudiera convertirme en cualquier cosa y seguir teniendo a alguien que me considere valiosa por encima de todo.

Pero ese es precisamente el problema, ¿no?

Porque cuando alguien te ama incondicionalmente, cuando encuentra tus peores impulsos hermosos en lugar de aterradores, cuando te anima a abrazar la oscuridad en lugar de luchar contra ella... es entonces cuando dejas de cuestionarte a ti misma.

Es entonces cuando dejas de apartarte del abismo porque ya no hay ninguna razón para hacerlo.

Alessandro me ama por ser yo, incluso si eso significa que soy la hija de Giuseppe.

Pero ¿qué pasará cuando me parezca tanto a Giuseppe que no quede nada de quien solía ser?

# ALESSANDRO

—Llevas diez minutos mareando la comida.

Bianca levanta la vista del desayuno, que apenas ha tocado. Las ojeras bajo sus ojos sugieren que no ha dormido bien.

Ha pasado casi una semana desde su exitosa prueba de interrogatorio y, aunque ha estado disfrutando del subidón de sus nuevas habilidades, noto que hay algo más que la carcome.

—Estoy bien —dice, pero a su voz le falta convicción mientras empuja unos huevos revueltos hacia el borde del plato.

Casi suelto un bufido. ¿De verdad cree que puede mentirme a mí, precisamente?

—Llevas una hora mirando el móvil como si quisieras llamar a alguien pero no te atrevieras. —Dejo el café y estudio su rostro—. ¿Quieres hablar de ello?

Juguetea con la tostada, troceando el pan en pedazos diminutos, evitando el contacto visual. —No dejo de... —vacila, mordiéndose el labio inferior—. No dejo de pensar en aquella cena. En cómo traté a Bella y a los gemelos.

Ah, ahí está. Nuestra vieja amiga la culpa asomando su fea cabeza.

—Arianna me pidió que jugara con ella —continúa en voz baja—. Solo tiene dieciocho meses, Alessandro. Ella no entiende de políticas familiares, ni de mentiras, ni de toda esta mierda. Solo quería que su hermana mayor jugara con ella, y yo... yo estuve jodidamente gélida con ella. —Suelta el tenedor y se aferra al borde de la mesa.

—Estabas enfadada con Matteo —le recuerdo.

—Fui cruel con unos niños inocentes porque estaba furiosa con su padre. —Por fin me mira, y el dolor en sus ojos es puro—. ¿Qué clase de persona me hace eso?

Mierda. Ya veo por dónde va este razonamiento. —El tipo de persona que es lo suficientemente humana como para sentirse culpable después —comento mientras cojo mi taza de café y doy un sorbo.

Bianca suelta una risa burlona. —¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? —Se levanta bruscamente y camina hacia la ventana.

Observo cómo entra el sol de la mañana, bañándola de luz. —Giovanni parecía tan confundido cuando no quise hablar con él como siempre. Y Bella... Dios, Bella nunca ha hecho otra cosa que intentar ser una buena madrastra para mí.

Veo cómo lucha con esto, reconociendo la guerra interna entre su odio hacia Matteo y su conciencia por los daños colaterales.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunto. Aunque entiendo que se sienta culpable, no entiendo que se regodee en ello. Si Bianca se siente de determinada manera, tiene que actuar.

—No lo sé. —Se abraza a sí misma, pareciendo de pronto muy joven —. No puedo volver atrás y fingir que no ha pasado nada. Pero tampoco puedo vivir conmigo misma sabiendo que he hecho daño a personas que no se lo merecen.

—Podrías empezar por tener una conversación con la persona que está en el centro de todo esto.

Se vuelve hacia mí y el recelo asoma a su expresión. —Crees que debería hablar con Matteo.

—Creo que te estás torturando por una situación que no se va a resolver evitándola. —Me levanto y me acerco a ella—. Y creo que la culpa que arrastras por herir a gente inocente te va a comer viva a menos que encuentres una forma de afrontarlo.

Ella resopla y aparta la mirada. —No es tan sencillo...

—¿Ah, no? —la desafío con suavidad—. Estás enfadada con Matteo por haberte mentido. Pero esa rabia te llevó a herir a Bella y a los gemelos, y ahora te sientes culpable por ello. La única forma de solucionar el segundo problema es afrontar el primero.

Se queda en silencio un largo rato, mirando hacia la ciudad.

—No sé cómo enfrentarme a él —admite finalmente—. Le dije cosas terribles. Lo comparé con Mario, Alessandro. Le dije que nunca me había querido de verdad.

—Todos decimos cosas terribles cuando estamos enfadados —comento con suavidad—. ¿Te crees eso?

—¿Creer el qué?

—Que Matteo nunca te ha querido de verdad.

—No. —La palabra sale pequeña, casi inaudible—. Eso es lo que lo hace peor. Sé que me quiere. Sé que ha sido un buen padre. Pero estaba tan furiosa por la mentira que quería herirlo, y le dije las cosas más crueles que se me ocurrieron.

—Entonces quizá es hora de tener una conversación distinta. —Me sitúo tras ella y la rodeo por la cintura. Ella se apoya en mí de inmediato—. Una que no trate sobre hacerse daño mutuamente.

Me mira, con la vulnerabilidad grabada en el rostro. —¿Me ayudarás? No creo que pueda hacerlo sola.

Le planto un beso en la cabeza. —Por supuesto.

Una hora después, estoy haciendo una llamada que nunca pensé que haría.

—¿Alessandro? —La voz de Matteo está cuidadosamente controlada, pero percibo el cansancio subyacente—. ¿Pasa algo? ¿Está Bianca...?

—Está bien —digo rápidamente—. Está a salvo. Pero quiere verte.

El silencio que sigue es tan largo que llego a preguntarme si se ha cortado la línea.

—¿Quiere... quiere verme? —La esperanza en su voz resulta dolorosa.

—Le ha estado dando vueltas a cómo terminaron las cosas entre vosotros. A algunas de las cosas que dijo. —Elijo mis palabras con cuidado—. Está lista para tener una conversación de verdad. Sin acusaciones, sin crueldad. Solo... hablar.

Oigo crujir la silla de Matteo mientras se inclina hacia delante. —¿Cuándo?

Tanta esperanza vertida en una sola palabra.

—Esta tarde, si estás disponible. En tu casa, si te parece bien. Un terreno neutral parece demasiado formal para esto.

—Por supuesto —exhala Matteo—. Lo que ella necesite. Lo que ella quiera. —Hace una pausa—. ¿Alessandro? Gracias. Por cualquier cosa que le hayas dicho, por ayudarla a llegar a este punto... gracias.

Hago una mueca mientras me siento. —No me des las gracias todavía. Esto no va a ser fácil para ninguno de los dos.

Él exhala. —Lo sé. Pero es más de lo que esperaba cuando empezó todo esto.



Varias horas después, me encuentro en la incómoda posición de mediar entre dos personas que apenas logran mantener la compostura.

La reunión tiene lugar en el despacho de Matteo, la misma habitación donde se han tomado tantas decisiones familiares.

Matteo está sentado tras su escritorio, pero parece disminuido, de algún modo... como si se hubiera quedado sin fuerzas para luchar.

Su aspecto, habitualmente impecable, está algo descuidado; la camisa arrugada, la corbata torcida.

Tiene unas sombras bajo los ojos que sugieren que no ha dormido mejor que Bianca.

Cuando Bianca entra, se detiene justo al cruzar el umbral, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella.

Lleva vaqueros y una sudadera, con el maquillaje mínimo, y parece más joven y vulnerable de lo que la he visto en días.

—Hola —dice en voz baja, y esa única palabra carga con el peso de todo lo que no se han dicho.

—Hola, cielo —responde Matteo, con la voz ronca por la emoción. El apelativo cariñoso se le escapa antes de que pueda evitarlo, y veo a Bianca estremecerse ligeramente.

—Yo... —empieza a hablar pero se detiene, apretando los labios como si intentara contener las palabras que quieren salir a borbotones—. Necesito pedirte perdón.

Matteo se inclina hacia delante en su silla, aferrándose con las manos al borde del escritorio. El amor y el anhelo en sus ojos son tan palpables que tengo que apartar la vista. —Bianca, no tienes que...

—Sí, tengo que hacerlo. —Su voz se vuelve más fuerte, más decidida —. Te dije cosas horribles. Cosas que no sentía. Te comparé con

Mario, y eso fue... —Toma aire de forma temblorosa, retorciendo el bajo de su sudadera—. Eso fue imperdonable.

Veo cómo el rostro de Matteo se desmorona ligeramente; el cuidadoso control que ha estado manteniendo empieza a resquebrajarse.

—Estaba tan enfadada —continúa Bianca, con la voz quebrada—. Sentía que todo lo que creía saber sobre mí era mentira, y quería herirte de la misma forma que yo estaba sufriendo. Pero eso no justifica lo que dije.

—Estabas en estado de shock —dice Matteo con suavidad, levantándose de la silla y rodeando el escritorio.

Le tiemblan las manos como si quisiera acercarse a consolar a su hija pero se estuviera resistiendo. —Acababas de enterarte de algo desolador sobre tu identidad. Por supuesto que reaccionaste así.

—Contra ti, quizá. Pero no contra Bella. No contra los gemelos. —Las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas y me cuesta todo lo que tengo no saltar y consolarla—. Ellos no hicieron nada malo, y fui muy cruel con ellos. Arianna solo quería jugar conmigo y la traté como a una desconocida.

Matteo se detiene a un par de metros de ella, con sus propios ojos brillantes por las lágrimas contenidas. —Ellos lo entienden, Bianca. Están confundidos, pero comprenden que estabas sufriendo.

—No, ellos no lo entienden —dice ella con fiereza, limpiándose las mejillas rojas y manchadas—. Son bebés. Todo lo que saben es que la persona a la que consideran su hermana, de repente... de repente ya no los quería. —Se ahoga en un sollozo—. Y eso es culpa mía.

Matteo lucha contra el impulso de acercarse a ella, y Bianca debate entre su necesidad de consuelo y su rabia persistente.

Ninguno de los dos sabe cómo salvar la distancia que se ha abierto entre ellos.

Y ahí es donde intervengo yo.

—Sentaos —sugiero en voz baja—. Los dos.

Obedecen casi automáticamente; Bianca ocupa la silla frente al escritorio de Matteo mientras él vuelve a su propio asiento.

La disposición formal parece más segura de algún modo, menos íntima que estar de pie el uno cerca del otro.

—Bianca ha venido porque se sentía culpable por aquella cena —le explico a Matteo, que me observa con suma atención—. Pero también está procesando todavía la revelación sobre sus orígenes. Ambos tenéis que reconocer que esta conversación no va a solucionarlo todo.

Matteo asiente, volviendo a mirar a Bianca. —Nunca quise hacerte daño —dice en voz baja—. Todo lo que hice, cada decisión que tomé, fue porque intentaba protegerte.

—Lo sé —responde Bianca, con la voz apenas por encima de un susurro mientras sorbe por la nariz—. Pero eso no cambia el hecho de que toda mi identidad se construyera sobre una mentira.

—*No* una mentira —dice Matteo con urgencia, inclinándose hacia delante—. Una... una verdad incompleta. Todo lo demás fue real, Bianca. Cada momento de amor, cada lección que te enseñé, cada vez que te abracé cuando tenías pesadillas... todo eso fue *real*.

Bianca se queda callada un largo rato, con las manos entrelazadas en el regazo.

Cuando habla, su voz suena pequeña y perdida.

—No sé cómo separar la mentira del amor —admite—. No sé cómo estar enfadada por una cosa sin rechazar la otra.

La honestidad de sus palabras parece romper algo en Matteo.

Su cuidada compostura se quiebra por completo y las lágrimas empiezan a surcar su rostro.

—Tenía veinte años —dice, con la voz desgarrada por el dolor—. Mi padre acababa de... acababa de destruir a una chica inocente. Me dijeron que lo arreglara. Que hiciera algo que yo no quería hacer. Sophia era una desconocida para mí. Apenas la conocía, y mucho menos quería casarme con ella. Giuseppe no paraba de decirme que, como heredero de la familia DeLuca, tenía que dar la cara. Como si todo esto fuera culpa *mía*. Así que cumplí con mi deber. Me casé con Sophia para legitimarte...

Bianca se estremece y yo me siento sobre mis manos, resistiendo el impulso de estrecharla entre mis brazos.

Matteo nota el gesto de Bianca y suspira, con aspecto cansado. —Por favor, comprende que yo tenía veinte años, Bianca, y la palabra de Giuseppe era ley. Tenía toda la intención de ser un buen marido y cuidar económicamente del bebé de Sophia... mi... mi hermana de padre.

Se levanta bruscamente y camina hacia la ventana, con la mirada perdida en sus recuerdos. —Y entonces naciste tú, Bianca. Naciste y eras perfecta e inocente. Me enamoré en el momento en que te vi, tan pequeñita, arrugada y roja. —Sonríe débilmente ante el recuerdo —. Y pensé... —Su voz se quiebra por completo y Bianca reprime un sollozo.

—Pensé: «Esta niña se merece un padre que la quiera. Esta niña se merece crecer sintiéndose deseada y valorada, no como si fuera el resultado de algo terrible» —se limpia los ojos con el dorso de la mano—. Así que elegí ser ese padre. Cada día, durante diecinueve años, elegí ser tu padre —se gira hacia ella, con los ojos brillantes—. Nunca has sido la hija de Giuseppe. Siempre has sido *mía*.

Observo el rostro de Bianca mientras asimila esto, viendo la lucha entre su dolor y su comprensión.

—Pero nunca me diste la oportunidad de elegir —dice ella en voz baja, limpiándose la cara con el pañuelo que le paso discretamente

—. Tú decidiste qué era capaz de soportar, cuándo podía soportarlo y cuánta verdad merecía saber.

—Porque me aterraba perderte —admite Matteo con la voz rota—. Porque sabía que conocer la verdad podría cambiar la forma en que te veías a ti misma, cómo me veías a mí, cómo veías a nuestra familia. Y no podía soportar la idea de que me miraras con algo que no fuera amor.

La habitación se queda en silencio, a excepción del sonido del llanto de ambos.

Me siento conmovido por la emoción pura, al observar a dos personas que se quieren desesperadamente intentando encontrar el camino de vuelta el uno al otro a través de los restos de una confianza rota.

—Él eligió ser tu padre cuando nadie más lo habría hecho —digo en voz baja, repitiendo las palabras que usé antes—. Giuseppe no iba a dar el paso, desde luego. Matteo tomó la decisión de amarte y criarte como si fueras suya. Esa elección importa más que nada.

Bianca me mira y luego vuelve a mirar a Matteo.

—Pero los cimientos de esa elección se construyeron sobre un engaño.

—La *explicación* fue engañosa —corrijo con suavidad—. La *elección* en sí fue genuina. El *amor* fue genuino. Los diecinueve años de protección, guía y sacrificio... todo eso fue *real*.

Matteo asiente y se yergue en su silla, pareciendo armarse de valor.

—Debería habértelo dicho cuando cumpliste dieciocho años —dice—. O cuando descubriste que no eras mi hija biológica. Seguí esperando el momento adecuado, y esa espera se convirtió en un hábito de evitación —extiende las manos sobre el escritorio—. Y por eso, lo siento.

—¿Ibas a decírmelo alguna vez? —pregunta Bianca, mordiéndose el labio como si no estuviera segura de querer saber la respuesta.

Matteo sopesa la pregunta con seriedad.

—¿Sinceramente? Probablemente no. Porque cada año que pasaba hacía que la verdad fuera más difícil de revelar. Y porque me convencí de que protegerte de ese conocimiento era más importante que tu derecho a saberlo.

Bianca frunce el ceño.

—Esa debería haber sido *mi* elección.

—Tienes razón. Debería haberlo sido —Matteo mira directamente a Bianca—. Te fallé en ese aspecto. Prioricé mi propio miedo a perderte sobre tu autonomía. Eso estuvo mal.

El gran Matteo DeLuca admitiendo que se equivoca.

Nunca pensé que llegaría a ver este día.

Y por la expresión de Bianca, ella tampoco.

—Necesito que entiendas algo —dice ella con cuidado—. No puedo volver simplemente a como eran las cosas antes. No puedo fingir que esta revelación no lo ha cambiado todo respecto a cómo me veo a mí misma y mi lugar en esta familia.

—No espero que lo hagas —responde Matteo rápidamente—. Solo espero que podamos encontrar una forma de avanzar que no requiera que seamos enemigos.

—No *quiero* ser tu enemiga —dice Bianca, mientras nuevas lágrimas empiezan a brotar—. Pero tampoco sé ya cómo ser tu hija. No de la forma en que lo era antes.

El dolor en las voces de ambos es casi insoportable.

Me sorprendo pensando en la complejidad de las relaciones familiares, en cómo el amor y el dolor pueden coexistir, y en cómo

las personas que más significan para nosotros suelen tener el mayor poder para herirnos.

—Tal vez no tengáis que resolver eso ahora mismo —intervengo, intentando reconducir la conversación—. Tal vez podáis empezar con algo más pequeño. Como reconstruir la confianza. Como tener conversaciones sinceras sobre lo que ambos necesitáis de ahora en adelante.

Bianca asiente despacio.

—Necesito saber que no habrá más mentiras. Nunca. Sobre nada.

—Tienes mi palabra —dice Matteo de inmediato.

—Y necesito espacio para descubrir quién soy ahora que sé la verdad sobre Giuseppe —continúa Bianca, con la espalda rígida como un poste—. Sobre lo que eso significa para mi futuro, para mi papel en esta familia.

—Todo el espacio que necesites —accede él.

—Pero también necesito... —se detiene, luchando con la confesión mientras me mira. Yo asiento hacia ella—. Necesito saber que tu guía sigue estando disponible. El entrenamiento que me diste, el pensamiento estratégico, el conocimiento sobre cómo funciona realmente este mundo... necesito tener acceso a eso.

El alivio inunda el rostro de Matteo.

—Siempre. Sea lo que sea en lo que se convierta nuestra relación, ese apoyo estará siempre disponible.

—¿Incluso si tomo decisiones con las que no estés de acuerdo? —pregunta Bianca.

La pregunta queda suspendida en el aire, cargada de tensión.

Incluso un idiota podría adivinar lo que Bianca está preguntando.

Matteo me echa una mirada y luego vuelve a mirar a Bianca.

—Eres una adulta. Tienes derecho a tomar tus propias decisiones y vivir con las consecuencias. Puede que no siempre esté de acuerdo con tus decisiones, pero respetaré tu derecho a tomarlas —dice finalmente.

—¿Incluyendo mi relación con Alessandro? —pregunta Bianca con sorna, arqueando una ceja oscura.

La pregunta directa obliga a que el elefante en la habitación salga a la luz.

Me encuentro conteniendo el aliento, esperando a ver cómo manejará Matteo esta mina terrestre en particular.

—Tu relación con Alessandro es elección tuya —dice con cautela, aunque percibo la lucha en su voz—. Pero espero que él te trate con el respeto y el cuidado que alguien a quien amo se merece.

Es una aceptación condicional, en el mejor de los casos.

Pero dado todo lo que ha pasado, es más de lo que esperaba.

—Y espero que ambos entendáis que vuestra relación personal no puede comprometer los negocios familiares ni poneros a ninguno de los dos en un peligro innecesario —continúa.

—Entendido —digo, hablando por primera vez en varios minutos.

La conversación continúa durante otra hora, analizando detalles prácticos y límites emocionales.

No es una reconciliación completa —hay demasiado daño para eso —, pero es la base de algo nuevo.

Cuando finalmente nos preparamos para irnos, Bianca se queda dubitativa junto a la puerta.

—Los gemelos —dice en voz baja—. ¿Les... les dirás que lo siento? ¿Que los quiero y que yo solo estaba... pasando por un momento muy difícil?

—Díselo tú misma —sugiere Matteo con dulzura—. Cuando estés lista. Echan de menos a su hermana mayor.

Bianca asiente y luego vacila en el umbral, encogiendo ligeramente los hombros como si intentara hacerse más pequeña.

—¿Puedo...? —su voz suena apenas por encima de un susurro—. ¿Puedo verlos? ¿A Bella y a los gemelos?

La observo prepararse para el rechazo, viendo cómo aprieta los puños a los costados y cómo se le tensa la mandíbula.

Espera que él diga que no, que le diga que tiene que ganarse de nuevo ese privilegio, que la haga esperar hasta que haya demostrado ser digna del perdón.

En cambio, el rostro de Matteo se ilumina con alivio y algo que parece alegría.

—¡Por *supuesto*! —dice de inmediato, moviéndose ya hacia la puerta —. Están en la sala de estar. Bella está jugando con ellos.

La sorpresa de Bianca es evidente: arquea ligeramente las cejas y exhala como si hubiera estado conteniendo el aliento.

Sigue a Matteo por el pasillo y yo voy tras ellos, sintiéndome como un intruso en este momento familiar, pero sin querer dejarla sin apoyo.

La sala de estar se siente cálida y acogedora, con juguetes esparcidos por la alfombra persa y libros infantiles apilados en la mesa de centro.

Bella está sentada en el sofá con Giovanni en el regazo, con un libro de ilustraciones abierto entre los dos, mientras Arianna juega con muñecas en el suelo, cerca de allí.

Cuando Bella levanta la vista y ve a Bianca en la puerta, se queda completamente inmóvil.

Hay cautela en su expresión, unos límites que antes no estaban ahí.

Se levanta despacio, acomodando a Giovanni en el sofá a su lado, con movimientos cuidadosos y pausados.

—Bianca —dice en voz baja, y hay dolor en su voz a pesar de su intento de sonar neutral.

—Bella. —La voz de Bianca se quiebra al pronunciar el nombre, saliendo más como un gemido que como una palabra—. Lo siento tanto. Siento muchísimo, joder, cómo te traté —hace una mueca—. Mierda, no debería decir palabrotas delante de los niños... qué demonios.

Eso es todo lo que hace falta. La compostura que Bella mantenía con cuidado se desmorona, y cruza la habitación a toda prisa, estrechando a Bianca en un abrazo feroz.

Ambas mujeres rompen a sollozar; son llantos profundos, desgarradores, que hablan de dolor y de separación.

—Te he echado tanto de menos —logra decir Bella entre sollozos, apretando los brazos alrededor de Bianca—. Estaba tan preocupada por ti. No entendía qué había pasado...

—Fui horrible contigo —solloza Bianca contra el hombro de Bella, aferrándose a la mujer mayor como si fuera un salvavidas—. N-no te merecías nada de eso. No has sido más que buena conmigo y yo fui tan cruel...

—Chist —la calma Bella, acariciando el pelo de Bianca—. Está bien. *Estamos* bien.

Miro de reojo a Matteo, que está de pie a mi lado con lágrimas recorriéndole el rostro mientras observa a su mujer y a su hija reconciliarse.

Esa emoción pura en su rostro me hace sentir muy incómodo.

Este nivel de vulnerabilidad en alguien a quien respeto y temo resulta demasiado íntimo para presenciarlo.

—¡Banca! ¡Banca!

Los gritos entusiasmados de los gemelos interrumpen el momento emocional.

Han visto a Bianca y se dirigen hacia ella tambaleándose tan rápido como sus piernecitas les permiten, con las caras iluminadas por la alegría pura.

—¡Banca aquí! ¡Banca aquí! —chillaba Arianna, alzando ambos brazos.

Giovanni va justo detrás de su hermana, balbuceando con entusiasmo en esa mezcla de palabras y sonidos que solo Bianca parece entender por completo.

Bianca se separa del abrazo de Bella y se deja caer de rodillas justo cuando los gemelos llegan a ella.

Los coge a los dos, uno en cada brazo, y ellos empiezan inmediatamente a darle palmaditas en la cara y a parlotearle en su lenguaje de niños pequeños.

—Yo también os he echado de menos —les dice, con la voz pastosa por las lágrimas pero mucho más firme ahora—. Os he echado muchísimo de menos a los dos.

—¿Banca queda? —pregunta Arianna con esperanza, con su manita presionada contra la mejilla de Bianca.

—Un ratito —promete Bianca, besándole la cabecita.

Observo cómo se desarrolla este reencuentro, impresionado por lo natural que resulta a pesar de todo lo ocurrido.

Los gemelos no entienden de política familiar ni de emociones complicadas; solo saben que su querida hermana mayor está aquí, y eso es lo único que les importa.

Matteo se limpia los ojos, intentando serenarse.

—Han preguntado por ti todos los días —dice en voz baja—. Sobre todo a la hora de dormir. Siempre esperan que vengas a leerles cuentos.

—Les leeré esta noche —dice Bianca sin dudar antes de mirar a Bella —. Si te parece bien. No quiero molestar.

—Claro que está bien —dice Bella, sentándose de nuevo en el sofá y palmeando el sitio junto a ella para que Bianca se siente—. Siempre eres bienvenida aquí, Bianca. Esta también es tu casa.

*Casa*.

No solo un lugar físico, sino pertenencia, aceptación, amor incondicional.

Puedo ver cómo esto golpea con fuerza a Bianca: darse cuenta de que, a pesar de todo lo que ha pasado, a pesar de las cosas crueles que dijo, esta familia todavía la quiere.

Todavía la ama.

Mientras observo a Bianca sentada en el suelo con los gemelos gateando por encima de ella, con sus risas encantadas llenando la habitación, me doy cuenta de que este momento es más importante que la reconciliación formal entre ella y Matteo.

Se trata de recordar que ella no es solo la hija de Giuseppe o incluso la hija de Matteo; también es la hermana mayor de Arianna y Giovanni, la hijastra de Bella, parte de una familia que existe más allá de los linajes y las traiciones.

Esta es la base que necesita.

No para volverse menos peligrosa, sino para recordar qué es lo que protege cuando abraza esa oscuridad.

Y al ver su rostro mientras sostiene a esos niños, al ver el amor puro y la feroz protección en su expresión, sé que sea lo que sea en lo que se convierta, nunca olvidará este momento.

Nunca olvidará lo que se siente al estar en casa.

# BIANCA

—Sigo sin saber cómo llamarlo.

Alessandro levanta la vista de su tableta con una de sus oscuras cejas arqueada de esa forma que siempre hace que me dé un vuelco estúpido en el estómago.

Estamos desayunando en mi ático; bueno, *yo* estoy desayunando.

Él está bebiendo café y leyendo informes financieros como el adulto responsable que es, mientras yo machaco la fruta hasta convertirla en un puré en mi plato y me obsesiono con tonterías.

—¿A qué te refieres? —Observa mi piña diezmada—. ¿Has terminado ya de pulverizar esa pobre fruta?

—No. —Le saco la lengua, pero luego suspiro—. Matteo. No puedo seguir llamándolo «Matteo» para siempre, ¿verdad? Suena muy formal y raro. Pero tampoco puedo volver a llamarlo «papá». —Doy un mordisco a la tostada, pensativa—. Quizá podría decir simplemente «oye, tú» y señalar cada vez que necesite captar su atención.

Alessandro suelta un bufido y deja la tableta con cuidado.

Tiene el pelo todavía revuelto de haber dormido y lleva pantalones de pijama y una camiseta blanca que resalta sus brazos.

Dios, incluso cuando es sarcástico, está guapísimo.

Podría derretirme ahora mismo hasta convertirme en un charco viscoso.

—Sí, estoy seguro de que una mujer que se está posicionando para heredar un imperio criminal impondrá un respeto tremendo dirigiéndose al actual don con un «oye, tú». —Su voz es seca como el polvo—. Muy intimidante. Las otras familias estarán aterrorizadas.

—Cállate —me río, y cojo el cojín de mi lado para lanzárselo a la cabeza. Se supone que tienes que apoyarme en mi crecimiento emocional.

Él atrapa el cojín fácilmente; tiene unos reflejos demasiado buenos para mi torpe puntería de aficionada—. *Te estoy* apoyando. Evito que hagas el ridículo ante personas que podrían mandarnos matar.

—Me quieres de todas formas. —Le robo un trozo de beicon.

—Por desgracia. —Pero sonríe al decirlo —*uau*, ahí va mi corazón otra vez— y, cuando se estira para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja, sus dedos se demoran en mi mejilla más tiempo del necesario.

Esto es lo que me encanta de nosotros.

Incluso con toda la oscuridad, toda la violencia y el complicado drama familiar y la mierda del imperio criminal, aún podemos estar así.

Juguetones. Normales.

Como dos personas que simplemente están descubriendo cómo estar juntas en lugar de socios en una guerra psicológica.

Han pasado cuatro días desde la reunión de reconciliación con Matteo y, por algún motivo, me siento más ligera.

No recuperada del todo —no creo que vuelva a estarlo nunca después de saber la verdad sobre Giuseppe y Sophia—, pero siento

menos que me ahogo en la ira constantemente.

El nudo que he tenido en el pecho desde aquella noche terrible en la que todo se fue al traste se ha aflojado lo suficiente como para que pueda volver a respirar con normalidad.

Y me permite volver a tener ganas de comer. Empezando por el beicon de Alessandro.

Pero ver a los gemelos… Uf, sus caras cuando me vieron.

Alegría pura, sin emociones complicadas ni sentimientos heridos.

Solo un «¡Ya está aquí, Banca!» y todo volvió a estar bien en su mundo.

Les leí tres cuentos antes de dormir esa noche y, cuando Arianna se quedó dormida agarrada a mi dedo, casi me pongo a llorar otra vez.

—Deberíamos ir pronto a la mansión —dice Alessandro, consultando su reloj—. Matteo quería discutir el posible cronograma para la prueba final.

Se me encoge el estómago al mencionarlo. La prueba final, que todavía no se ha anunciado y de la que ni siquiera se ha *insinuado* nada.

Uf. Uf. *Uf*.

Ha pasado más de una semana desde que superé la prueba del interrogatorio y el silencio me está volviendo loca.

—Está tardando demasiado —digo, apartando el plato. Se me ha quitado el hambre por completo—. Algo va mal.

La expresión de Alessandro se vuelve seria y deja su taza de café, mordiéndose el labio.

Eso significa que está pensando profundamente en algo—. ¿Crees que están planeando algo específico?

—Creo que cuanto más esperen, más tiempo tienen para diseñar algo que me destruya. —Me levanto, de repente demasiado inquieta para quedarme quieta.

La ansiedad ha ido aumentando durante días, ese zumbido de preocupación de bajo nivel que hace que sienta la piel demasiado tirante—. ¿Y si no están planeando ninguna prueba? ¿Y si están planeando algo totalmente distinto?

*Quieren doblegarte*, gruñe la voz de Giuseppe en mi cabeza, con un tono bajo y amenazador. *Quieren demostrar que eres débil.*

*Tienen miedo de en lo que te has convertido*, susurra Sophia. *Por eso están dando largas. Buscan una forma de eliminarte sin que parezcan unos cobardes.*

Las voces vuelven a sonar más alto, más insistentes. Me presiono las sienes con las palmas de las manos, intentando acallarlas, pero siguen hablando a la vez. *¡Callaos de una vez!*, ordeno mentalmente a las voces, pero me ignoran.

—Oye. —Alessandro está de repente frente a mí, con las manos en mis hombros y sus ojos color avellana fijos intensamente en mi rostro—. *Respira*. Estás entrando en barrena.

Tengo el estómago hecho un nudo y la boca seca, como me pasa antes de vomitar.

Las manos de Alessandro suben desde mis hombros para acunar mis mejillas, obligándome a mirarlo—. Bianca. Céntrate en mí. ¿Qué pasa?

—No puedo dejar de pensar en lo que pueden estar planeando —admito, con voz temblorosa.

Dios, odio esto. Odio sonar como una niña pequeña—. Cada escenario que imagino es peor. ¿Y si no es una prueba en absoluto? ¿Y si es una ejecución disfrazada de prueba?

—Entonces nos encargaremos de ello —dice con sencillez, como si fuera así de fácil. *Hombres*.

—Pero ¿y si…? —lo intento de nuevo, pero Alessandro me detiene.

—Bianca. —Su voz es firme y me da seguridad mientras sus pulgares acarician mis pómulos—. ¿Y si el sol no sale mañana? ¿Y si la gravedad deja de funcionar? No puedes planificar cada desastre posible. Solo puedes prepararte para lo que sabes y adaptarte a lo que no.

Respiro temblorosamente, intentando serenarme.

Tiene razón, pero la espera me está matando.

Estoy acostumbrada a la acción, a tener algo que hacer, alguna forma de demostrar mi valía.

Este limbo es una *tortura*.

Una hora más tarde, estamos sentados en el despacho de Matteo y veo que las arrugas de preocupación alrededor de sus ojos se han acentuado.

Parece cansado y mucho mayor.

Me impresiona un poco.

Siempre he visto a Matteo como alguien invencible, algo parecido a un dios.

Verlo así de estresado y *humano* hace que se me encoja el estómago por la ansiedad.

—¿Todavía nada de las Familias? —pregunta Alessandro, acomodándose en la silla junto a la mía. Inhalo su aroma, usándolo para calmarme.

Matteo niega con la cabeza y tamborilea con los dedos sobre su escritorio con un ritmo nervioso del que no creo que sea consciente

—. Silencio absoluto. Sin comunicaciones, sin pistas sobre el cronograma o el formato. Es inusual.

—¿Inusual en qué sentido? —Me inclino hacia delante, estudiando su rostro. La luz de la tarde que entra por las ventanas ilumina un grupo de canas en su pelo oscuro que juraría que no estaban allí hace un mes.

—Normalmente, las Familias siguen un patrón predecible. Anuncio, tiempo de preparación, ejecución, evaluación. Los intervalos entre comunicaciones suelen ser constantes. —Saca un calendario en su tableta, mostrándome fechas y plazos—. Tus tres primeras pruebas siguieron un ritmo estándar. Este retraso es deliberado.

—¿Para qué? —Mi voz suena más cortante de lo que pretendía, pero noto cómo me sube la ansiedad de nuevo.

—Para demostrar que las Familias controlan el proceso —dice Alessandro, cruzándose de brazos con firmeza sobre su ancho pecho —. Ellos deciden cuándo se te pone a prueba, cómo se te pone a prueba y si eres digna de su aprobación. La espera es parte de la prueba.

—Guerra psicológica —concuerda Matteo, y hay algo en su voz que me hace pensar que está recordando sus propias experiencias con la política de las Familias—. Quieren que estés insegura, que dudes de ti misma, que aumentes la presión en tu propia mente.

*Está funcionando*, pienso, pero no lo digo.

Porque cuanto más espero, más convencida estoy de que lo que sea que estén planeando va a ser imposible de sobrevivir.

—¿Y qué hacemos entonces? —pregunto.

—Nos preparamos para cada escenario que podamos imaginar — dice Matteo—. Combate físico, planificación estratégica, interrogatorio, negociación. Nos aseguramos de que estés lista para lo que sea que te echen encima.

Básicamente exactamente lo que ha dicho Alessandro en el ático—. ¿Y si es algo para lo que no podemos prepararnos? —pregunto, expresando el único pensamiento del que no puedo librarme.

—Entonces te adaptas —dice Alessandro—. Como hiciste durante la operación del almacén cuando todo se torció. Como hiciste durante el interrogatorio cuando Torres intentó doblegarte psicológicamente. Lo resuelves en el momento y sobrevives.

Su confianza en mí es tan reconfortante como aterradora.

Porque ¿y si esta vez no puedo adaptarme lo suficientemente rápido?

¿Y si esta vez la supervivencia no es una opción?



Tres días después, estoy en el despacho de Alessandro repasando tácticas defensivas cuando la voz de su asistente crepita por el intercomunicador.

—¿Señor Ricci? Hay un mensajero aquí con una entrega para la señorita DeLuca. Dice que es de parte de las Familias.

El tiempo parece detenerse mientras Alessandro y yo cruzamos miradas sobre su escritorio. Veo mi propio temor reflejado en su expresión.

—Dile que suba —dice Alessandro, con la voz cuidadosamente controlada.

El mensajero es joven, con el pelo castaño muy corto, quizá de unos veinticinco años, y lleva un traje caro que huele a dinero de la Familia.

Me entrega un sobre pesado con el tipo de sello de cera ceremonial que significa que se trata de un asunto oficial.

—Señorita DeLuca —dice con formalidad—. Las Familias solicitan su presencia en Le Saint-Martin mañana por la tarde a las ocho para el anuncio de su prueba final.

—¿El anuncio? —Alessandro se acerca a mí, con su presencia sólida y tranquilizadora—. ¿No la prueba en sí?

El mensajero niega con la cabeza—. Solo el anuncio, señor. Se proporcionarán instrucciones adicionales en ese momento. —La sonrisa del mensajero es educada pero vacía—. Se facilitará transporte si es necesario.

—No hará falta —digo, recuperando la voz—. Allí estaremos.

Cuando se marcha, me quedo mirando el sobre que tengo en las manos.

El sello de cera lleva la insignia combinada de todas las Familias; un recordatorio de que esto no es solo Dominic Calabrese con sus jueguecitos. Esto es un asunto oficial de la Familia.

—Mañana por la noche —digo, más para mí que para Alessandro.

—Sabíamos que esto llegaría —comenta Alessandro.

—¿Ah, sí? —lo miro y sé que puede ver el miedo en mis ojos a pesar de mis esfuerzos por ocultarlo—. Porque parece que ellos han estado planeando algo específico mientras nosotros solo hemos estado, no sé, esperando.

Alessandro rodea su escritorio para ponerse frente a mí, apoyando las manos en mi cintura mientras me atrae contra su pecho—. Ya te lo he dicho: sea lo que sea que anuncien, nos encargaremos. Ya has pasado tres pruebas, Bianca. Ahora eres más fuerte que cuando empezó esto.

Tiene razón. *Soy* más fuerte.

He descubierto cosas de mí misma que ni sabía que existían, he aprendido a aceptar partes de mi naturaleza contra las que solía

luchar.

Pero también tengo un miedo que antes no sentía.

Porque ahora tengo algo que perder.

No solo mi vida, sino a Alessandro. Nuestro futuro juntos. La frágil paz que he alcanzado con Matteo y la familia.

—Tengo que llamarlo —digo de repente, apartándome de Alessandro y buscándome en los bolsillos—. A Matteo. Debería saberlo.

Cuarenta y cinco minutos después, estamos de vuelta en la mansión, esta vez en el salón formal en lugar de en el despacho de Matteo.

Aquí el ambiente se siente más serio, con los muebles caros y los retratos familiares observando desde las paredes.

Matteo se sienta frente a nosotros, leyendo el anuncio oficial que venía en el sobre.

—«Prueba final para determinar la idoneidad para la sucesión del liderazgo» —lee en voz alta, escaneando rápidamente el texto—. «Los parámetros y objetivos de la prueba se revelarán en la ceremonia de anuncio». —Me mira con sus ojos gris azulados serios —. «La asistencia de la candidata y del socio aprobado es obligatoria».

—Al menos puedo llevar a Alessandro —digo, intentando aportar algo de ligereza al momento.

—Es una gran ceremonia —continúa Matteo, revisando el documento —. Todos los jefes de las Familias estarán presentes, además de representantes seleccionados, yo incluido. Esto ya no se trata solo de ti, Bianca. Se trata de dar un mensaje a toda la organización.

Trago saliva con nerviosismo. —¿Qué tipo de mensaje?

—Eso depende de lo que anuncien. —Matteo deja los papeles, con expresión preocupada—. La ceremonia formal, la asistencia

obligatoria, el énfasis en la sucesión del liderazgo... lo están preparando todo para que sea algo trascendental.

—¿Trascendental en qué sentido? —pregunta Alessandro, aunque creo que todos sabemos la respuesta.

—Lo suficiente como para que el fracaso no signifique solo que no heredes —dice Matteo en voz baja—. Significará la humillación pública para toda nuestra Familia. Tal vez algo peor.

El peso de sus palabras se asienta en la habitación.

Esto ya no se trata solo de demostrar mi valía.

Se trata de proteger a todos los que amo de las consecuencias de mi fracaso.

*Casi nada,* pienso con sarcasmo.

Pasamos las horas siguientes repasando todos los escenarios posibles, todos los tipos de prueba que las Familias podrían idear.

Situaciones de combate, desafíos estratégicos, pruebas de lealtad, dilemas morales.

Para cuando terminamos, me da vueltas la cabeza con planes de contingencia y estrategias de reserva.

—Debería irme —digo finalmente, cuando el sol empieza a ponerse tras los ventanales—. Necesito dormir un poco antes de mañana.

—Bianca —dice Matteo mientras Alessandro y yo nos dirigimos hacia la puerta—. Sea lo que sea lo que anuncien mañana por la noche, recuerda que tienes opciones. No tienes por qué aceptar una prueba que esté diseñada para ser imposible.

—Sí, tengo que hacerlo —digo con sencillez—, porque echarme atrás ahora sería peor que fracasar.

Él asiente despacio, comprendiendo a qué me refiero.

En nuestro mundo, mostrar miedo es más peligroso que mostrar debilidad.

Rechazar un desafío es peor que perderlo.

—Entonces, asegúrate de no perder —dice él.



De vuelta en el ático, los dos estamos demasiado excitados para dormir a pesar de lo tarde que es.

Camino de un lado a otro del salón mientras él está sentado en el sofá con una copa de vino, viéndome desgastar la lujosa alfombra.

—Te vas a volver loca de tanto darle vueltas —observa.

—Lo sé. —Dejo de caminar y lo miro.

Se ha aflojado la corbata pero sigue casi vestido, con las mangas de la camisa arremangadas y el pelo ligeramente revuelto de pasarse las manos por él.

Incluso preocupado y cansado, está guapísimo. —No dejo de pensar en todas las formas en las que esto podría salir mal.

—Entonces piensa en las formas en las que podría salir bien.

Le arqueo una ceja y él se encoge de hombros. —¿Cómo cuáles? —pregunto.

Él deja la copa. —Como el hecho de que has sorprendido a todo el mundo, incluida a ti misma, con lo que eres capaz de hacer. Como el hecho de que has superado todos los desafíos que te han lanzado hasta ahora. Como el hecho de que ya no eres la misma persona que entró en aquella primera prueba.

Se levanta y se acerca a mí, con movimientos fluidos y seguros. —Eres más que la hija biológica de Giuseppe y Sophia, pero también eres algo que ellos nunca fueron.

—¿El qué? —susurro, con el corazón martilleando un staccato contra el pecho mientras Alessandro se me acerca, sin apartar los ojos de mi rostro.

—Eres alguien que puede amar y ser amada sin perder su fuerza. Alguien que puede ser peligrosa sin perder su humanidad por completo. —Llega hasta mí y sus manos suben para enmarcar mi rostro—. Eres alguien por quien vale la pena luchar.

Las palabras me envuelven y siento que las lágrimas me escuecen en los ojos.

—No quiero perder esto —susurro—. No quiero perderte a ti.

—No lo harás. —Su voz es firme, absoluta—. Somos más fuertes juntos que cualquier cosa que nos puedan echar encima.

Le creo. De pie aquí, en sus brazos, sintiéndome estable y con los pies en la tierra por primera vez en días, le creo por completo.

Abrumada por la emoción, me inclino hacia delante y presiono mis labios contra los suyos.

Sus labios son suaves, tersos como el satén y saben a vino.

Las manos de Alessandro se desplazan de mi cuerpo hacia mi rostro y mi pelo, donde sus dedos se entrelazan con mis mechones.

Inclinando su boca contra la mía, me eleva hacia el dormitorio.

Abriendo ligeramente la boca, mi lengua avanza para recorrer su labio inferior.

Alessandro suelta un gemido como respuesta antes de encontrarse conmigo a mitad de camino, y nuestras lenguas bailan juntas como ya lo han hecho otras veces.

Lo aspiro, su aroma asaltando mis sentidos. Su olor siempre me calma. Siempre se siente como mi hogar.

Retirándome un poco y respirando con dificultad, lo miro fijamente y él también me mira.

Sus ojos están oscuros de deseo, sus labios carnosos e hinchados.

—Te quiero —me dice—. Pase lo que pase mañana, necesito que lo sepas.

—Lo sé —susurro, porque lo sé—. Yo también te quiero. Siempre.

Nuestras bocas vuelven a chocar, su lengua rozando la mía.

El gesto es sutil, pero hace que me flaqueen las rodillas.

Gracias a Dios que me está sujetando, porque de lo contrario me desplomaría.

Trabajando con torpeza, empiezo a juguetear con los botones de su camisa.

Lo necesito desnudo.

Si Dios no lo quiera esta es mi última noche, quiero pasarla conmigo debajo de él.

Alessandro inclina la cabeza y presiona besos calientes en mi mandíbula.

Jadeo, dejando que la cabeza caiga hacia atrás, mis manos olvidando lo que se supone que deben hacer.

Me da pequeños mordiscos en la piel, y su lengua calma las pequeñas marcas que deja atrás.

Gimiendo, retomo mi tarea principal de quitarle esa maldita camisa de su maldito cuerpo.

Con manos hábiles, desabotono su camisa antes de arrancársela de los hombros.

Exploro ávidamente su pecho, recorriendo las cicatrices difuminadas y los huecos de sus músculos.

A su vez, él alcanza el dobladillo de mi camiseta antes de separarnos momentáneamente, lo justo para quitármela por la cabeza.

Me llevo las manos a la espalda para desabrocharme el sujetador, dejándolo caer al suelo.

Desde luego, no es la primera vez que estoy desnuda ante Alessandro, pero la forma en que se le agrandan los ojos al mirarme los pechos me hace sentir deseada.

Anhelada.

Estoy ebria de esa sensación, de que este hombre me devore solo con la mirada.

—Jodidamente perfecta —susurra, levantando el pulgar para acariciar mi pezón. Se erecta como si él estuviera dándole una orden. Como si estuviera ordenando a mi cuerpo.

Y maldita sea, sucumbiré a sus deseos.

Me besa de nuevo entonces; la presión aumenta.

Pero no es solo la forma en que su boca se mueve contra la mía.

Es algo más profundo en mi interior, una sensación creciente que hace que se me encojan los dedos de los pies y que mi piel cante.

Delirante.

La parte posterior de mis piernas golpea el lateral de la cama y caigo hacia atrás; Alessandro se quita los pantalones rápidamente antes de subirse encima de mí.

Desliza una mano bajo mi espalda y me tira hacia arriba hasta que me arqueo para él.

Sus labios se desplazan de los míos a la curva de mi mandíbula, dejando su impronta en mí.

Se mueven hacia mi boca para besar, succionar y mordisquear de una forma que me hace gemir.

Su mano se mueve para acariciar mi pecho, que encaja en su palma perfectamente.

Como una pieza de puzzle perfecta.

Su lengua baja por mi pecho hasta mi pezón y se arremolina alrededor del botón mientras yo suelto un lamento; sus dientes muerden de esa forma precisa que provoca un placer delicioso que irradia desde mi pecho por todo mi cuerpo como el sol: un calor abrasador.

Un sonido escapa de mis labios al sentir que el líquido se acumula entre mis piernas.

*Joder...* es una locura lo mucho que deseo a este hombre.

Lo mucho que no me canso de él. Lo mucho que quiero ser devorada. Consumida.

Y yo quiero consumirlo a él a cambio.

Bajando la mano, desabrocho el botón de mis pantalones y los pateo hacia mis piernas.

Hay demasiada barrera y quiero piel. Fricción.

Tras un momento de forcejeo, mi ropa interior y sus bóxers son la única barrera entre nuestros cuerpos, que impide la conexión que tan desesperadamente necesito.

Alessandro suelta una risita. —Alguien tiene prisa —murmura, con los labios rozando mi mandíbula.

—Qué audacia —murmuro.

Se ríe antes de incorporarse, arrancándome la ropa interior antes de quitarse sus bóxers para exponer cada gloriosa pulgada de sí mismo.

Dios, verlo desnudo es un auténtico regalo. Me lo merezco tanto.

Inclinándome hacia delante, envuelvo mi mano firmemente alrededor de su polla.

Es tan grueso y grande.

Cada vez que tenemos sexo, me preocupa que no quepa.

Él gruñe, un sonido gutural al fondo de su garganta mientras lo activo unas cuantas veces, pasando mis dedos por la vena que sobresale por debajo.

—Eres jodidamente perversa, Bianca —murmura, y avanza mientras yo suelto su polla.

Se posiciona en mi entrada y sus ojos color avellana se encuentran con los míos. Le doy un único asentimiento de consentimiento.

Sin esperar ni un segundo más, mueve las caderas hacia delante, empujando toda la longitud de su polla dentro de mi coño.

Suelto un grito por el estiramiento, mis dedos agarrando las sábanas, tirando de ellas mientras mi cuerpo se ajusta a él, envainado en mi interior.

—¿Estás bien? —susurra, con el cuerpo inclinado sobre el mío.

—Jodidamente perfecta —murmuro en respuesta—. Ahora muévete.

Él se ríe entre dientes. —Como desees.

Y lo hace.

Maldita sea, si la entrada ha sido exquisita, la retirada y el regreso son celestiales.

Llevo las manos a su espalda, con las uñas clavándose en su piel mientras intento acercarlo más.

¿Es eso siquiera posible?

Ya tengo la proximidad, pero ahora necesito la velocidad.

Su ritmo aumenta, retirándose con una lentitud exasperante, dejando que cada centímetro de nuestra piel se vuelva íntimamente familiar antes de arremeter de nuevo dentro de mí de una forma que me deja sin aliento.

Levanto las caderas para encontrarme con las suyas, para hallar nuestra conexión en el medio.

Está jadeando, besándome como si su oxígeno dependiera de ello.

De repente, se sale de mí.

Antes de que tenga oportunidad de expresar mi desaprobación, me da la vuelta sobre mi estómago, poniéndome de rodillas.

Siento sus manos agarrando mis nalgas.

—¿Te lo he dicho alguna vez? —pregunta Alessandro con reverencia —. Tienes un culo increíble.

Me separa y entra en mí de nuevo.

El ángulo solo hace más fina la línea entre el placer y el dolor.

Su tamaño por sí solo es de fantasía, y con esta posición, está empujando más allá de lo que creía que eran mis límites.

La única acción que puedo tomar es aferrarme a las sábanas como si me fuera la vida en ello mientras él me embiste.

Ruidos, palabras, frases escapan de mis labios.

No puedo oír lo que estoy diciendo, así que ¿puede él?

La presión entre mis piernas está aumentando, tan cerca del borde del precipicio pero demasiado lejos para mi deseo.

Presionando un antebrazo en la cama, llevo una de mis manos a mi clítoris, frotando furiosamente en busca de alivio. Para prolongar esto.

—Oh, *joder*, Bianca. Eso es. Juega contigo misma para mí.

Sus ánimos solo hacen que gima, que mis dedos se muevan más rápido. Veo estrellas. Casi llego... Dios, *casi llego*...

Alessandro se mueve más rápido contra mí, con la respiración acelerada.

Sale de mí y me da la vuelta sobre mi espalda una vez más.

Me sube las piernas antes de arremeter con fuerza en mi interior.

—Joder, oh Dios *mío*, Alessandro...—

—Quiero verte correrte —jadea, golpeando su polla dentro de mí—. Joder, quiero verte cuando yo me corra. Tus pechos jodidamente perfectos... tu cara así... para mí, todo para mí...—

Me besa mientras la presión en mi interior alcanza su punto máximo. Retirándose, susurra contra mis labios: —Mejor que el vino. Sabes jodidamente divina.

Y me rompo.

Me lanzo a mi orgasmo, como si la compuerta se hubiera abierto de par en par.

Mi coño tiene espasmos alrededor de su polla mientras su velocidad aumenta.

En algún lugar de mi mente, puedo oírlo: —*Eso es, Bianca. Joder. Córrete para mí. Tu hermoso y jodido coño, apretándome así*—, pero ni siquiera puedo pensar.

No puedo hacer nada más que sentir.

Alessandro me sigue por el precipicio, sus caderas vacilando mientras su mano choca contra el colchón sobre mi cabeza, agarrando las sábanas.

Sus labios se presionan contra los míos, sus gemidos entrecortados encontrándose con los míos en una combinación, en algún lugar entre él y yo.

Puede que haya pasado un minuto o una eternidad, pero finalmente rueda fuera de mí, aterrizando en su lado de la cama.

Miro al techo, intentando regresar a este plano de existencia después de haber sentido galaxias bajo las yemas de mis dedos. Alessandro se estira y me atrae contra su pecho.

—¿Estás lista? —pregunta en voz baja, con sus labios de nuevo en mi sien.

—Sí —digo, sorprendiéndome de lo segura que sueno después de lo que acaba de pasar y después de todas mis ansiedades de antes—. Estoy lista.

Sea lo que sea lo que las Familias tengan planeado, sea cual sea la trampa que hayan pasado semanas diseñando, la enfrentaré siendo yo misma.

Mañana por la noche, descubrirán exactamente lo que han creado.

Y tengo el presentimiento de que se van a arrepentir de haberme subestimado.

20

# ALESSANDRO

El aire de Montreal traspasa mi abrigo de lana mientras nos acercamos a Le Saint-Martin; es un frío gélido y lo bastante cortante como para herir.

Ni una sola nube empaña el brillante azul del cielo, pero hay un mal presentimiento que nada tiene que ver con el clima y sí con los hombres que esperan dentro de ese reluciente hotel.

No se lo menciono a Bianca. Ya tiene suficiente de qué preocuparse sin mi inexplicable sensación de pavor.

En su lugar, la observo mientras nuestro escolta nos guía por el vestíbulo de mármol.

Lleva un traje negro de corte impecable que enfatiza su altura y los ángulos marcados de sus facciones; la viva imagen de una mujer que pertenece a las salas de juntas y a las reuniones de poder.

Su cabello oscuro está recogido en una coleta tirante que resalta la elegante línea de su cuello, y su maquillaje es perfecto, lo bastante sutil como para parecer natural a la vez que destaca esos impactantes ojos azul acero.

Parece, en cada detalle, la heredera de un imperio criminal. Segura, controlada, peligrosa.

Pero hay algo más, algo que he estado notando con más frecuencia durante las últimas semanas.

Sus ojos se desvían ligeramente hacia la izquierda, y luego se entrecierran como si estuviera escuchando algo que yo no puedo oír.

Aprieta los labios en una línea fina y su mandíbula se tensa de forma casi imperceptible.

Después, su expresión se suaviza y vuelve a ser neutral, como si hubiera resuelto alguna discusión interna.

Sucede de nuevo mientras esperamos el ascensor, esta vez acompañado por un levísimo movimiento de cabeza, tan sutil que podría habérmelo perdido si no estuviera observándola con tanto cuidado.

Está entablando conversaciones consigo misma. Debates internos que se reflejan en sus rasgos mediante microexpresiones que la mayoría de la gente nunca notaría.

Me he estado diciendo que son los nervios, la ansiedad previa a la prueba manifestándose de formas inusuales.

Pero la frecuencia ha aumentado, y ahora empiezo a preguntarme si está pasando algo más.

Algo por lo que debería preocuparme.

Guardo el pensamiento para más tarde. Después de la prueba, cuando tengamos privacidad y tiempo, le preguntaré al respecto. Ahora mismo, necesita toda su concentración para lo que sea que las Familias tengan planeado.

El comedor privado de la planta superior es exactamente igual a como estaba la última vez que vinimos.

Los ventanales de suelo a techo ofrecen una vista panorámica del perfil urbano de Montreal, y el sol de finales de la mañana convierte el cristal en láminas de oro.

Todos los jefes de las familias están presentes, sentados alrededor de la mesa con esa clase de autoridad natural que otorga el ejercer poder de vida o muerte durante décadas.

Don Vitelli se examina las uñas con un aburrimiento estudiado. Alberto Marconi consulta su teléfono como si esta fuera una reunión de negocios más.

Los demás mantienen expresiones de cortés interés, pero puedo ver el cálculo en sus ojos.

Están aquí para presenciar lo que esperan que sea la humillación final de Bianca.

Humillación final. Como si no hubiera sobresalido en cada maldita prueba que le han puesto por delante.

Matteo está sentado en el extremo opuesto de la mesa, con la espalda perfectamente recta y las manos descansando con calma sobre la madera pulida.

Su rostro es una máscara de neutralidad controlada, pero cuando sus ojos encuentran a Bianca, capto una sutil tensión en las comisuras; una preocupación que no logra ocultar del todo.

Nos dedica un asentimiento casi imperceptible, reconociendo nuestra presencia mientras mantiene la distancia formal que exigen las circunstancias.

La tensión en la sala es palpable, una atmósfera cargada que hace que el aire costoso se sienta pesado.

Todos saben que esta no es una prueba cualquiera.

Este es el punto culminante de meses de maniobras políticas, el momento en que las alianzas se pondrán a prueba y las estructuras de poder podrían reorganizarse.

Entonces entra Dominic Calabrese, y es como si la sala contuviera el aliento de forma colectiva.

Viste de forma impecable, como siempre: un traje azul marino, corbata de seda y gemelos de oro que captan la luz cuando se mueve.

Su cabello oscuro está perfectamente peinado, y su sonrisa es pulcra y depredadora. Pero son sus ojos los que me ponen la piel de gallina.

Son de color marrón oscuro, casi negros, con esa clase de diversión gélida que sugiere que ya está saboreando lo que está a punto de suceder.

—Caballeros —dice, y su voz posee la cadencia ensayada de alguien que disfruta siendo el centro de atención—. Gracias a todos por reunirse hoy aquí. Estamos a punto de presenciar lo que creo que será una conclusión verdaderamente memorable para las pruebas de la señorita DeLuca.

La forma en que pronuncia su nombre, con el énfasis justo para que suene como un insulto, hace que apriete los puños bajo la mesa.

—La prueba final —continúa, situándose detrás de su silla con aires teatrales— ha sido diseñada para poner a prueba no solo las capacidades individuales de la señorita DeLuca, sino su habilidad para manejarse bajo la clase de presión que exige el verdadero liderazgo.

Hace una pausa, dejando que el peso de sus palabras se asiente en la sala.

Siento a Bianca a mi lado, perfectamente inmóvil, con una respiración controlada y acompasada.

Pero capto otra de esas microexpresiones: sus ojos se desvían hacia un lado y se muerde el labio como si estuviera escuchando un consejo que yo no puedo oír.

—La prueba es la siguiente —anuncia Dominic con obvia satisfacción —. La señorita DeLuca será responsable de proteger a un testigo de

alto valor contra intentos de asesinato por parte de operativos de los Calabrese. El testigo posee información crítica para las investigaciones federales en curso sobre actividades del crimen organizado.

Se me cae el alma a los pies.

No solo le está pidiendo que proteja a alguien.

Le está pidiendo que proteja a un testigo federal de su propia gente.

Los desafíos operativos por sí solos son asombrosos: múltiples hostiles, variables desconocidas y la necesidad de mantener con vida a un civil mientras se enfrenta potencialmente a fuerza letal.

Pero las implicaciones políticas son aún peores.

Si falla, si el testigo muere, las Familias podrán alegar que no es capaz de proteger activos valiosos y podrá ser ejecutada.

Si tiene éxito, habrá interferido en una operación de los Calabrese, lo que podría crear motivos para una represalia.

Podrían matarla.

De cualquier manera, Dominic gana.

Lo que es peor, proteger a un testigo federal la sitúa en conflicto directo con todo lo que nuestro mundo representa.

Nosotros no cooperamos con la justicia, no protegemos a personas que amenazan nuestras operaciones y, ciertamente, no nos ponemos en riesgo en beneficio de investigaciones federales.

Se han asesinado hombres por mucho menos que esto.

Ha diseñado una prueba donde el éxito la hace parecer una traidora y el fracaso la hace parecer una incompetente.

—El testigo se encuentra actualmente en un lugar seguro —continúa Dominic, disfrutando claramente de cada palabra—. La señorita

DeLuca dispondrá de cuarenta y ocho horas para establecer los protocolos de protección y prepararse para los intentos de asesinato, que comenzarán en el momento que consideremos oportuno dentro de un margen de setenta y dos horas tras el periodo de preparación.

Me dan ganas de levantarme y llamar a esto por su nombre: una puta partida amañada diseñada para destruirla sea cual sea el resultado.

Pero Bianca permanece perfectamente calmada a mi lado, con expresión neutra, sin mostrar reacción alguna ante lo que deberían ser noticias devastadoras.

—Los parámetros parecen bastante extensos —observa Don Vitelli, con un tono cuidadosamente neutral—. ¿Quizá la señorita DeLuca desearía alguna aclaración sobre ciertos aspectos?

—Estoy seguro de que así es —responde Dominic con falsa simpatía —. Después de todo, esto es significativamente más complejo que sus pruebas anteriores. Algunos dirían que imposible.

La provocación es obvia, diseñada para hacerla reaccionar, para que muestre duda, miedo o una ira que pueda usarse en su contra.

Pero Bianca solo sigue sentada allí, con las manos entrelazadas en el regazo y el rostro sereno como mármol tallado.

—Por supuesto —continúa Dominic, y su sonrisa se vuelve más afilada—, entenderíamos que la señorita DeLuca sintiera que esta prueba está más allá de sus capacidades. No hay vergüenza en reconocer las limitaciones de uno mismo. Algunas personas simplemente no están hechas para los niveles más altos del liderazgo.

Sigue sin reaccionar. Ni un solo atisbo de emoción.

—Quizá ha heredado algo más que los ojos de su padre —dice él, y puedo oír el veneno filtrándose en su voz—. Quizá ha heredado también sus… debilidades particulares. Su tendencia a la violencia

por encima de la estrategia. Su incapacidad para inspirar una lealtad genuina entre sus subordinados.

Mi visión empieza a nublarse de rojo y me aferro a los brazos de mi silla.

Ahora está atacando a Giuseppe, tratando de provocarla mediante insultos a su familia.

Pero Bianca permanece impasible, como si ni siquiera lo estuviera oyendo.

—Aunque, por otra parte —insiste Dominic, claramente frustrado por su falta de reacción—, quizá la verdadera debilidad es más profunda. Quizá provenga del lado de su madre. Después de todo, Sophia DeLuca demostró ser bastante… *complaciente* con los intereses de nuestra familia. Quizá su hija ha heredado esa misma flexibilidad en lo que respecta a la lealtad.

El insulto es un golpe tan bajo que resulta asombroso.

Básicamente está llamando puta a Sophia y sugiriendo que Bianca podría ser igual de traicionera.

La rabia que me inunda es tan intensa que llego a ver manchas.

Mi silla chirría contra el suelo cuando empiezo a levantarme, pero la voz de Matteo corta el aire.

—Cuidado, Dominic.

Dos palabras, pronunciadas en voz baja, pero que conllevan la amenaza suficiente para que todos en la sala se queden helados.

Matteo no se ha movido de su sitio, no ha levantado la voz, ni siquiera ha alterado su maldita expresión.

Pero algo en su tono —frío, controlado, absolutamente letal— hace que el aire mismo parezca espesarse por el peligro.

—No me gustaría que dijera algo que requiriera una respuesta más… personal.

La amenaza surte el efecto deseado. Don Vitelli se endereza en su silla.

Marconi levanta la vista de su teléfono por primera vez en toda la mañana.

Incluso los demás jefes de familia parecen reconocer que acaban de presenciar algo trascendental.

El rostro de Dominic se enrojece ligeramente, pero mantiene la compostura. —Por supuesto, Matteo. Al fin y al cabo, todos somos familia aquí.

—En efecto lo somos —responde Matteo, y su voz arrastra el peso de generaciones de poder y violencia—. Por eso estoy seguro de que recordará que faltar al respeto a los muertos —especialmente a los que murieron al servicio de los intereses de la familia— se considera de muy mal gusto en nuestros círculos.

La reprimenda es certera, recordando a todos los presentes que Sophia murió por su traición, pero que hablar mal de ella deja en peor lugar al que habla que a la fallecida.

—Bien entonces —continúa Matteo, recuperando un tono profesional —, creo que mi hija ha oído lo suficiente para tomar una decisión.

Todos los ojos se vuelven hacia Bianca, que ha permanecido perfectamente inmóvil durante todo el intercambio.

Cuando habla, su voz es clara y firme, sin traicionar nada de la lucha interna que he estado viendo reflejada en sus rasgos.

—Acepto la prueba tal como se ha expuesto —dice simplemente.

—Excelente —responde Dominic, aunque puedo notar la frustración bajo su satisfacción.

Quería verla alterada, quería que mostrara debilidad o duda. En cambio, ella no le ha dado nada con lo que jugar.

En lugar de eso, ha quedado en evidencia por su cuenta.

—El juicio comenzará en setenta y dos horas —anuncia—. Los detalles operativos adicionales se proporcionarán mañana por la mañana.

Mientras la reunión se disuelve, observo cómo se manifiestan las sutiles dinámicas de poder por toda la sala.

Miradas significativas intercambiadas entre los jefes de las familias, conversaciones discretas que darán forma a las alianzas de mañana.

Pero a pesar de todo, no puedo dejar de pensar en lo que he presenciado.

Bianca no solo ha manejado bien las provocaciones de Dominic; las ha manejado *demasiado* bien.

Casi como si no estuviera presente del todo durante partes de la conversación, como si estuviera escuchando algo completamente distinto.

Algo va mal.



Más tarde esa noche, de vuelta en nuestra suite del hotel, estoy revisando los protocolos de seguridad en mi ordenador cuando me doy cuenta de que Bianca está junto a las ventanas, contemplando el horizonte de Montreal.

Las luces de la ciudad se reflejan en el cristal, perfilando su silueta con nitidez contra la oscuridad del exterior.

Se queda perfectamente inmóvil durante un largo momento, luego ladea ligeramente la cabeza hacia la izquierda.

Sus labios se mueven, de forma casi imperceptible, como si estuviera respondiendo a algo.

No alcanzo a distinguir las palabras desde el otro lado de la habitación, pero no hay duda de que está manteniendo una conversación.

Una conversación unilateral.

—... no es el enfoque adecuado —la oigo murmurar, con una voz tan baja que casi se me escapa. Frunce el ceño y niega con la cabeza mínimamente—. No, eso no es—

—¿Con quién estás hablando?

Se da la vuelta tan rápido que casi tropieza, con los ojos muy abiertos por algo que parece pánico antes de que su expresión se suavice en una neutralidad ensayada.

—¿A qué te refieres? —Su voz está perfectamente controlada, pero noto esa ligera elevación en el tono que sugiere que está nerviosa.

—Hace un momento. Estabas hablando con alguien —Cierro mi ordenador y le presto toda mi atención—. ¿Con quién?

Suelta una pequeña risa que suena forzada—. Me he dado un golpe en el dedo del pie con la pata de la silla. Solo estaba refunfuñando por ser tan torpe.

La mentira le sale con facilidad.

Pero me doy cuenta de que no me mira directamente a los ojos cuando lo dice, y tiene las manos fuertemente entrelazadas frente a ella; un lenguaje corporal defensivo que contradice su tono despreocupado.

Me pongo de pie, pues no me hace gracia que me mienta—. ¿Ah, sí? Porque desde aquí parecía que estabas respondiendo a alguien. Teniendo una conversación de verdad.

Su expresión se endurece y puedo ver cómo se levantan muros tras sus ojos—. No ha sido nada, Alessandro. Solo... pensaba en voz alta.

¿Por qué no quiere hablar conmigo? —Dime qué está pas—

—He dicho que no ha sido *nada* —Las palabras salen afiladas, tajantes—. ¿Podemos centrarnos, por favor, en lo que importa de verdad? ¿Como el hecho de que Dominic ha diseñado una prueba específicamente para que me dejen seca?

El cambio de tema es brusco, claramente destinado a desviar mis preguntas.

Tengo ganas de insistir más, de exigir respuestas sobre lo que he estado observando, pero la tensión en su voz me advierte que no lo haga.

Por ahora.

—Está bien —digo secamente mientras vuelvo a sentarme, guardando mentalmente esta conversación para más tarde—. Hablemos de estrategia.

Pero incluso mientras discutimos enfoques tácticos y posibles imprevistos,

no puedo librarme de la sensación de que Bianca está librando batallas que yo no alcanzo a ver.

Y si no puedo verlas, no puedo ayudarla a ganarlas.



Los detalles operativos llegan a la mañana siguiente por correo electrónico encriptado, y leerlos hace que se me caiga el alma a los pies.

La testigo es la Dra. Jane Schuyler, una contable forense que ha estado siguiendo el rastro de operaciones de blanqueo de capitales

para el FBI.

Está previsto que testifique ante un gran jurado federal en dos días, y su testimonio podría implicar a múltiples familias en una compleja red de delitos financieros.

La ruta de transporte es una pesadilla de variables: será trasladada desde un piso franco en el centro de Nueva York hasta el tribunal federal, un trayecto que requiere atravesar tres jurisdicciones diferentes con múltiples puntos potenciales para una emboscada.

El FBI ha proporcionado un equipo de seguridad básico, pero está claro que esperan que nosotros complementemos sus esfuerzos.

Lo que significa que trabajaremos codo con codo con agentes federales para proteger a una testigo que va a declarar contra nuestra propia gente.

Solo la perspectiva política resulta *abrumadora*.

—Es peor de lo que pensaba —le digo a Bianca mientras desplegamos los detalles sobre la mesa del comedor de la suite, con el corazón acelerado mientras proceso todo—. No solo te piden que protejas a alguien. Te están pidiendo que cooperes activamente con una investigación federal.

—Lo sé —Su voz es tranquila, pragmática, mientras estudia los planos de las plantas y los protocolos de seguridad. Me saca de quicio; ¿por qué no está perdiendo los estribos?—. Pero negarse no es una opción.

—Tener éxito tampoco es mucho mejor —señalo, pasándome los dedos por el pelo—. La mitad de las familias te verán como una traidora por ayudar al FBI.

—Entonces tendré que asegurarme de que la otra mitad me vea como alguien capaz de manejar situaciones imposibles —replica Bianca. Levanta la vista de los documentos, con sus ojos azules llenos de determinación—. Me verán como alguien que puede

navegar por aguas políticas complejas sin perder de vista el objetivo final.

Antes de que pueda responder, llaman a la puerta. Es Matteo.

Parece agotado, como si fuera Atlas cargando con el peso del mundo sobre sus hombros.

Pero cuando ve los detalles desplegados sobre la mesa, toda su actitud cambia.

El padre exhausto desaparece, sustituido por la mente aguda que ha mantenido a la familia DeLuca en el poder.

—¿Me permitís? —le pregunta a Bianca, quien asiente con firmeza. Me impresiona que Matteo haya pedido permiso para algo. Normalmente es de los que piden perdón después.

—Protección federal de testigos —dice, escaneando los documentos —. Objetivo de alto perfil, múltiples jurisdicciones, complicaciones políticas —Sisea entre dientes cuando llega a la conclusión final—. Quieren que fracases, pero quieren que parezca un intento honesto.

—¿Puedes proporcionar refuerzos adicionales? —pregunto. Ya tengo hombres que prestarán su ayuda, pero nunca está de más contar con más, especialmente si son soldados DeLuca bien entrenados.

—Ya he posicionado hombres por toda la ciudad —responde sin dudar—. Vigilancia de veinticuatro horas, equipos de respuesta rápida, apoyo médico. Lo que necesitéis.

Puedo ver el miedo acechando tras su máscara profesional: el terror de un padre que envía a su hija a una situación diseñada para acabar con ella.

Pero su voz permanece firme y su razonamiento es tan agudo como siempre.

—La ruta de transporte tiene diecisiete puntos potenciales de emboscada —continúa, sacando su propia tableta y superponiendo

nuestra información con el reconocimiento de su equipo—. Podemos eliminar doce de ellos con un posicionamiento adecuado. Los otros cinco... —Hace una pausa, como si estuviera escogiendo sus palabras—. Esos requerirán contramedidas activas.

Pasamos las siguientes tres horas revisando cada detalle, cada contingencia, cada posible punto de fallo.

Las aportaciones de Matteo son inestimables.

Conoce la ciudad, comprende los métodos operativos de los Calabrese y puede anticipar decisiones de una forma que solo otorgan décadas de experiencia.

Pero puedo ver el precio que le está costando.

La forma en que no deja de mirar a Bianca, como si estuviera memorizando su rostro.

El control minucioso que apenas contiene su desesperación.

Considero apartarlo un momento para mencionarle las conversaciones que he observado y los indicios de que Bianca podría estar lidiando con algo que va más allá del estrés normal de las pruebas.

Pero una mirada al rostro de Matteo me convence de guardar silencio.

Ya carga con más peso del que cualquier padre debería soportar.

—Creo que eso cubre las consideraciones tácticas —dice finalmente, recogiendo sus papeles con movimientos que son un poco demasiado cuidadosos, demasiado controlados—. Tenéis buenos planes en marcha. Contingencias sólidas.

Está claro que se dispone a marchar, pero vacila ante la puerta, girándose para mirar a Bianca con una expresión que intenta desesperadamente ser alentadora.

—Estás lista para esto —dice, e incluso yo noto lo forzado que suena —. Te has puesto a prueba en cada examen hasta ahora. Este es simplemente... más complejo.

El rostro de Bianca se suaviza ligeramente, y veo que reconoce su intento de darle ánimos por lo que es: el esfuerzo desesperado de un padre por ofrecer consuelo cuando no tiene ningún consuelo real que dar.

—Tienes buenos instintos —continúa él, con la voz ganando un poco más de convicción—. Confía en ellos. Confía en tu entrenamiento. Confía en tus compañeros —Me lanza una breve mirada—. Y recuerda que, a veces, la mejor estrategia es la que tus enemigos no esperan.

No es exactamente un discurso inspirador, pero es sincero.

Y por la expresión de Bianca, está claro que agradece el esfuerzo, aunque las palabras se queden cortas.

Pero entonces Matteo hace algo que me sorprende.

Cruza la habitación en tres zancadas rápidas y envuelve a Bianca en un abrazo feroz, con los brazos apretados a su alrededor como si pudiera mantenerla a salvo mediante la pura fuerza de voluntad.

—Estoy muy orgulloso de ti —susurra contra su pelo, con la voz pastosa por una emoción que ya no intenta ocultar—. No por estas pruebas, ni por lo que puedes hacer o en quién podrías convertirte. Estoy orgulloso porque eres mi hija, y eres todo lo que esperaba que fueras y más.

Se aparta un poco, enmarcando su cara con las manos, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

El parecido entre ellos es asombroso en este momento.

—Estoy orgulloso de que vayas a sucederme. No porque tengas que hacerlo, sino porque te lo *mereces*. Porque te lo has ganado con tu fuerza, tu inteligencia y tu valor —Se le quiebra un poco la voz—.

Porque no puedo imaginar a nadie mejor cualificado para continuar con lo que hemos construido.

Bianca se queda boquiabierta, y todo su cuidado control se disuelve ante su amor y orgullo puros.

—Pa... Matteo —susurra ella, y por primera vez desde que empezaron las pruebas, suena como la chica de diecinueve años que es, en lugar de la líder endurecida en la que se está convirtiendo.

—Te quiero, cariño —dice él simplemente—. Pase lo que pase, elijas lo que elijas, eso no cambiará nunca.

Le besa la frente, la sujeta un momento más, luego da un paso atrás y sale de la habitación sin decir una palabra más.

El silencio que sigue es sepulcral.

Bianca se queda helada donde él la dejó, con lágrimas rodando por sus mejillas y la compostura finalmente destrozada por lo único que podía romper sus defensas.

El amor incondicional de un padre.

Quiero acercarme a ella, ofrecerle consuelo, pero algo me dice que este momento le pertenece solo a ella.

En su lugar, la observo desde el otro lado de la habitación mientras procesa todo: el peso de su orgullo, la carga de sus expectativas, el terrible conocimiento de que mañana podría ser la última vez que la vea con vida.

Cuando finalmente me mira, tiene los ojos rojos pero decididos.

—Vamos a tener éxito —dice, y hay algo en su voz que no estaba antes. No solo resolución, sino propósito—. No voy a fallarle.

—*Nosotros* no le fallaremos —la corrijo con suavidad.

Ella asiente, secándose los ojos—. Sí. No le fallaremos.

Pero aun cuando digo esas palabras, aun cuando creo en ellas con todo mi ser, no puedo librarme de la sensación de que el día de mañana va a ponernos a prueba de formas para las que nada de nuestra planificación nos ha preparado.

Y me aterroriza que no sea suficiente.

# ALESSANDRO

La mañana siguiente amanece gris y desapacible; el cielo de Nueva York tiene el color del peltre viejo y las densas nubes amenazan nieve.

Mis manos están firmes mientras reviso mis armas —una Glock 19 en la pistolera de hombro, otra de reserva en el tobillo, dos cargadores extra y el chaleco antibalas cerámico bajo el abrigo—, pero por dentro tengo los nervios tan tensos como cuerdas de piano.

He estado en innumerables situaciones peligrosas a lo largo de los años.

Me he enfrentado a redadas federales, guerras entre familias rivales e intentos de asesinato que deberían haberme costado la vida.

Pero nada me ha hecho sentir así: este peso asfixiante de saber que la mujer a la que amo está caminando hacia una trampa diseñada específicamente para destruirla.

Bianca se mueve por nuestra habitación de hotel con una eficiencia serena, revisando su propio equipo con una precisión metódica que resultaría tranquilizadora si no supiera cuánto depende de cada decisión que tomemos hoy.

Lleva un atuendo táctico negro que la transforma de heredera elegante en agente letal: chaleco antibalas ajustado, funda en el

muslo y su pelo oscuro recogido en un moño severo que no interferirá con su ángulo de visión.

Parece lista para la guerra.

—El transporte sale en quince minutos —le digo, aunque ya se sabe el horario de memoria.

—Lo sé. —Su voz es firme, controlada. Pero vuelvo a notar esa sutil inclinación de cabeza, esa pequeña pausa, como si estuviera escuchando algo que yo no puedo oír—. ¿Están en posición los hombres de Matteo?

—Los veinticuatro, además de nuestro propio equipo de apoyo —respondo—. Tenemos ojos en cada calle entre el piso franco y el juzgado. —Me acerco a la ventana, estudiando la calle de abajo en busca de cualquier señal de vigilancia o actividad inusual—. Si esto se tuerce, la ayuda llegará en treinta segundos.

—Se va a torcer —afirma ella con una seguridad que me dispara la adrenalina—. La cuestión es si podemos controlar cómo.

A las 09:00 en punto, tomamos nuestras posiciones en el convoy blindado.

La doctora Schuyler se sienta entre Bianca y yo en el asiento trasero del vehículo central, con el rostro pálido de terror por encima del chaleco antibalas que el FBI insistió en que se pusiera.

Tendrá unos cuarenta años, cara en forma de corazón, pelo corto castaño y unas gafas de montura metálica que no dejan de resbalarle por la nariz.

Tiembla como una hoja y nos mira a Bianca y a mí con un miedo que emana de cada poro de su piel.

—Todo va a salir bien —le dice Bianca, con una voz sorprendentemente dulce—. Vamos a llevarte al juzgado sana y salva.

La doctora Schuyler asiente, pero veo que no se lo cree.

Yo tampoco, si soy sincero.

El convoy consta de tres todoterrenos negros: el vehículo de cabeza con agentes federales, nuestro vehículo en el centro y un coche de cola con más agentes y dos de los mejores hombres de Matteo.

La ruta se ha planeado al segundo: diecisiete minutos por el centro de Nueva York, pasando por el puerto viejo, subiendo por el distrito financiero hasta el tribunal federal.

Durante los primeros ocho minutos, todo va según lo previsto.

Entonces el mundo explota a nuestro alrededor.

El vehículo de cabeza desaparece en una bola de fuego cuando un artefacto explosivo improvisado revienta en la intersección que tenemos delante.

Nuestro conductor —uno de mis hombres con más experiencia— da un volantazo brusco a la izquierda mientras los neumáticos chirrían al derrapar alrededor de los restos en llamas, pero ya veo cómo se despliega la trampa.

La doctora Schuyler lanza un chillido.

Los fogonazos de los disparos brotan de las azoteas, los escaparates y los coches aparcados.

El chasquido característico de los rifles de alta potencia llena el aire mientras las balas agrietan el cristal blindado a centímetros de mi cara.

Nuestro coche de cola recibe un impacto directo de lo que parece un lanzacohetes, gira sobre sí mismo y se estrella contra una barrera de hormigón.

—¡Contacto a la izquierda! ¡Contacto a la derecha! ¡Contacto en todas partes! —grito por el comunicador mientras obligo a la doctora

Schuyler a agacharse por debajo de la línea de la ventana—. ¡Esto es una emboscada a gran escala!

En medio del caos, alcanzo a ver el rostro de Bianca, y lo que descubro en él me hiela la sangre.

No está sorprendida.

Ni siquiera parece estar especialmente preocupada.

Su expresión es neutral, como si hubiera estado esperando exactamente este escenario.

—¿Cuántos? —pregunta ella, con una voz que corta el sonido de los disparos con una calma sobrenatural.

—¡Demasiados, joder! —La voz de nuestro conductor es tensa mientras intenta maniobrar en la zona de fuego mientras las balas saltan contra nuestro blindaje—. ¡Cuento al menos doce tiradores, probablemente más!

—Entonces los atravesaremos. —La mano de Bianca se mueve hacia su arma—. Alessandro, ¿puedes llevarnos al juzgado?

—A través de esto, no —digo con los dientes apretados—. Tenemos que romper el contacto, buscar rutas alternativas...

—No. —Su interrupción es tajante, definitiva—. Nos ceñimos a la misión. La doctora Schuyler testifica hoy, o todo esto no habrá servido para nada.

El compromiso en su voz es absoluto, pero también es una puta *locura*.

Nos superan en número al menos de cuatro a uno, estamos atrapados en una zona de muerte preparada y llevamos a una civil con nosotros.

Cualquier persona racional pediría una extracción.

Pero al ver a Bianca evaluar nuestra situación con esa mirada sobrenaturalmente firme, me doy cuenta de que no está pensando como cualquier persona racional que haya conocido.

Está pensando como Giuseppe DeLuca.

Que Dios nos ayude.

—¡Edificio de la izquierda, tercera planta! —grito al localizar una posición de francotirador—. Bianca, ¿puedes...?

—¡Lo tengo! —exclama ella mientras baja la ventanilla y devuelve el fuego con ráfagas controladas que obligan al tirador a cubrirse.

Pero incluso mientras se enfrenta al enemigo, veo que sus labios se mueven ligeramente.

¿Está rezando?

Nuestro vehículo da un bandazo cuando el conductor recibe un impacto; la sangre se extiende por su hombro mientras lucha por mantener el control.

Agarro el volante desde el asiento trasero e intento mantener la estabilidad mientras Bianca continúa con el fuego de respuesta, con el cuerpo sacudiéndose al ritmo del arma.

—¿A-a cuántas manzanas estamos? —La voz de la doctora Schuyler es apenas audible por encima de los disparos.

—A ocho —le digo, aunque no tengo ni idea de cómo vamos a llegar tan lejos.

Es entonces cuando veo el verdadero alcance del plan de Dominic.

Esto no es solo una emboscada para matar a un testigo federal.

La posición de los tiradores, el momento del ataque, la presencia de cámaras de noticias en lugares estratégicos... toda esta operación ha sido diseñada para crear una narrativa muy específica.

La protección de los DeLuca fracasa catastróficamente.

Bianca DeLuca demuestra no ser digna del liderazgo.

La testigo muere bajo una lluvia de balas mientras está bajo la protección de la nieta de Giuseppe.

Excepto que no es la nieta de Giuseppe. Es la *hija* de Giuseppe.

Y eso va a marcar toda la diferencia.

—Cambio de planes —anuncia Bianca, expulsando el cargador agotado y metiendo uno nuevo—. No vamos a huir de esta pelea.

La miro con la boca abierta. ¿Se ha vuelto loca de remate? —Bianca, tenemos que...

—Vamos a acabar con esto. —Se gira para mirarme, y por un momento veo algo en sus ojos que hace que todos mis instintos de supervivencia empiecen a gritar advertencias—. Confía en mí.

Lo hago, y eso es lo que me asusta.

Me dedica una sonrisa de gato de Cheshire y abre la puerta de una patada.

El horror me recorre y me inclino hacia delante para intentar agarrarla.

No hay ninguna puta posibilidad de que vaya a hacer lo que creo que va a hacer.

No puede ser tan idiota...

—¡No te atrevas, Bianca! —grito.

Ella me dice adiós con los dedos. —Hasta luego.

Y con eso, se lanza rodando a la calle, usando nuestro vehículo como cobertura mientras avanza hacia la mayor concentración de fuego enemigo.

—¡*Bianca!* —bramo, con el terror recorriéndome el cuerpo. La voy a matar. Si sobrevive a esto, *la voy a matar*.

En lugar de buscar cobertura y pedir refuerzos, Bianca se mueve por la zona de muerte como si fuera su dueña.

Su puntería es precisa y, joder, resulta excitante verla así.

—Qué mujer —susurro, e incluso la doctora Schuyler está boquiabierta mientras observa a Bianca eliminar objetivos sin miedo.

Está demostrando una valentía absoluta ante una superioridad numérica abrumadora, enseñando a cada tirador de la zona que no solo no teme su emboscada, sino que es superior a ella.

Salgo tras ella a toda prisa, intentando darle fuego de cobertura mientras mantengo a salvo a la doctora Schuyler, pero apenas puedo seguir el ritmo del avance de Bianca.

Se mueve de una posición a otra con una sincronización perfecta, nunca está donde el enemigo la espera, siempre está exactamente donde necesita estar para causar el máximo daño.

—¡Seis fuera, faltan seis! —me grita, y su voz llega con claridad por encima de los disparos—. ¿Puedes llevar a la doctora Schuyler a ese portal?

Miro hacia donde señala: una entrada reforzada de un edificio de oficinas que ofrecería una buena cobertura mientras esperamos refuerzos.

Está a unos treinta metros a través de un terreno abierto cubierto por al menos tres posiciones de francotiradores diferentes.

—¿Te has vuelto loca? —grito—. ¡Eso es un suicidio!

—¡Hazlo de una puta vez! —ordena mientras recarga su pistola.

Vuelve a salir de su cobertura, atrayendo el fuego de todas las posiciones restantes.

Sopeso mis opciones y realmente odio lo que voy a hacer.

—La voy a matar —le murmuro a una asustada doctora Schuyler—. A menos que Matteo me mate a mí primero.

Sujeto a la mujer, ignorando su quejido. —Vamos, Jane.

Corro por el terreno abierto con la doctora Schuyler pegada a mi costado.

Las balas saltan en el pavimento a nuestro alrededor, tan cerca que puedo sentir el calor, pero por alguna razón ninguna nos alcanza.

Llegamos al portal justo cuando el fuego de respuesta de Bianca elimina a dos tiradores más. Pero cuando me giro para comprobar su posición, veo algo que me detiene el corazón.

La sangre se extiende por su hombro izquierdo, donde una bala ha dado en el blanco.

Le han dado.

*No*.

Pero en lugar de caer, simplemente pasa el arma a su mano derecha y sigue avanzando.

—¡Bianca! —grito, pero ella no me hace caso. Está completamente concentrada en los objetivos restantes, moviéndose por la zona de la emboscada como una fuerza de la naturaleza imparable.

Ahí es cuando llega la segunda oleada.

Más tiradores emergen de posiciones ocultas, combatientes frescos que han estado esperando exactamente este momento.

El volumen de fuego se duplica, luego se triplica, convirtiendo la calle en una zona de guerra.

¡*Pum*!

Una bala de rifle de alta potencia me alcanza en las costillas, haciéndome girar mientras la placa cerámica de mi chaleco se agrieta pero aguanta.

Gruño y me tambaleo hacia atrás. —Joder.

El dolor explota en mi pecho, robándome el aliento, pero me obligo a seguir moviéndome.

La doctora Schuyler grita mientras yo tropiezo, agarrándome el costado donde la sangre ya está empapando mi chaqueta.

Dejo a la doctora Schuyler en el portal. —Quédate ahí —le ordeno antes de darme la vuelta para buscar a Bianca.

—¡Alessandro! —La voz de Bianca corta el caos, pero está inmovilizada detrás de un coche volcado, con la sangre manando de su hombro y una nueva herida en el cuero cabelludo donde otra bala le ha rozado el cráneo.

—¡Maldita sea, Bianca! —grito, y empiezo a moverme hacia ella —al diablo el dolor—, pero entonces me detengo.

Veo a un francotirador.

Un fogonazo desde una ventana del cuarto piso, el ladrido distintivo de un .308 que ha estado apuntando a nuestra posición.

El tirador ajusta su puntería, el rifle girando hacia donde la doctora Schuyler se acurruca en el portal.

Me lanzo de lado, placando a la aterrorizada testigo contra el suelo justo cuando la bala atraviesa el espacio donde su cabeza estaba una fracción de segundo antes.

El impacto nos lanza a ambos contra el hormigón; mis costillas gritan de agonía al chocar.

—¡Quédate abajo! —grito, pero ya están llegando más balas.

Bianca sale de su cobertura en un sprint desesperado hacia nuestra posición, con el brazo izquierdo colgando inútil pero con la mano derecha disparando aún con una precisión letal.

Abate a dos tiradores más, pero el fuego cruzado es demasiado intenso.

Una bala la alcanza en el muslo, haciéndola tropezar. Otra le roza el cuello, tiñendo su garganta de sangre.

—¡No! —grito, con cada instinto de mi cuerpo exigiéndome ir a por ella.

Cae con fuerza, gruñendo al hacerlo, pero rueda tras una jardinera de hormigón que ya está siendo destrozada por el fuego automático sostenido.

—¡Tenemos que movernos! —exclama ella; su voz es más débil ahora, pero sigue llena de fuego—. El juzgado está solo a tres manzanas...

La explosión corta sus palabras.

Una granada cae a tres metros, lo suficientemente cerca como para que la onda expansiva me levante y me estampe contra la pared del edificio.

Mis oídos pitan con un sonido parecido a campanas de iglesia y todo se vuelve borroso a mi alrededor.

A través del humo y los escombros, veo a Bianca intentando incorporarse; la sangre le cubre media cara y su equipo táctico está desgarrado y humeante.

Con la visión borrosa, oigo gritar a Bianca; la parte de su cara que no está ensangrentada está pálida mientras mira algo justo a mi derecha.

¿Por qué grita? ¿Qué ha pasado?

Giro la cabeza y lo que veo hace que mi corazón casi se detenga.

La doctora Schuyler no se mueve.

Su cuerpo está desplomado contra la pared; sus gafas están rotas y han salido despedidas mientras la cabeza le cuelga hacia delante.

—¡No! —grita Bianca.

Más figuras emergen del humo: al menos seis tiradores más.

Llevan un equipo que coincide con el nuestro, y por un momento me pregunto si son refuerzos. Entonces les veo las caras.

Soldados de los Calabrese. Todos ellos.

—¡Objetivos abatidos! —grita uno de ellos—. ¡Avanzad para confirmarlo!

Intento alcanzar mi arma, pero mi brazo no responde correctamente.

Me duele todo y noto el sabor de la sangre en la boca.

Cerca de allí, Bianca intenta recargar con unas manos que le tiemblan por la pérdida de sangre y el shock.

Estamos acabados. Hemos perdido.

Y no hay nada que pueda hacer al respecto. No puedo proteger a la mujer que amo.

El tirador que va a la cabeza levanta su rifle y apunta directamente a la cabeza de Bianca.

Ella lo mira, con sus ojos azul acero desafiantes incluso ante la proximidad de la muerte.

—Adelante —dice, con voz firme a pesar de estar mirando por el cañón de un arma—. Hazlo.

—¡Bianca! —vuelvo a intentarlo débilmente, tratando de atraer al tirador para que me dispare a mí en su lugar. Haré lo que sea para asegurar que ella viva, aunque eso suponga mi muerte.

Entonces el mundo vuelve a explotar, pero esta vez el ataque viene de nuestro lado.

Los hombres de Matteo atacan la emboscada desde tres ángulos diferentes; su asalto pilla a los soldados calabreses completamente desprevenidos.

La calle estalla en nuevos disparos mientras dos docenas de soldados de los DeLuca se enfrentan al enemigo con una fuerza abrumadora.

Pero incluso cuando llegan los refuerzos y la batalla se inclina a nuestro favor, veo que estamos gravemente heridos.

La sangre se acumula bajo el cuerpo de Bianca, y mi visión no deja de desenfocarse mientras me abalanzo hacia delante para presionar mis dedos contra la muñeca de la doctora Schuyler.

Su pulso es débil, pero está ahí.

Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento es la voz de Bianca, apenas audible por encima de los disparos:

—¿La hemos... la hemos puesto a salvo?

Entonces todo se vuelve negro.

# BIANCA

De lo primero que soy consciente es del dolor.

Empieza como un dolor sordo detrás de los ojos y luego se extiende como un incendio forestal por cada nervio de mi cuerpo.

El hombro me late allí donde la bala desgarró el músculo y el tendón.

El muslo me arde con una agonía profunda y demoledora que me dan ganas de gritar.

El roce a lo largo del cuero cabelludo se siente como si alguien estuviera acercando un soplete a mi cráneo.

Pero el dolor físico no es nada comparado con la rabia.

Crece en mi pecho como lava fundida, caliente, voraz y absolutamente *devastadora*.

Cada bocanada de aire alimenta el fuego, haciendo que arda con más fuerza y brillo hasta que siento que podría explotar por la pura fuerza del mismo.

*Han intentado matarme.*

*Han intentado matar a Alessandro.*

*Han intentado convertirme en una traidora para luego asesinarme por ello.*

—¿Bianca? —Una voz corta la neblina roja de mi furia. Femenina, preocupada, familiar—. ¿Puedes oírme?

Intento abrir los ojos, pero las luces fluorescentes sobre mí son como cuchillos clavándose en mi cerebro.

Todo es demasiado brillante, demasiado ruidoso, demasiado intenso. El pitido constante de las máquinas, el olor a antiséptico, la textura áspera de las sábanas del hospital contra mi piel... todo me golpea a la vez.

—Dónde... —Mi voz sale como un graznido, tengo la garganta en carne viva y áspera como si hubiera estado gritando.

Quizá lo he hecho.

Me aclaro la garganta. —¿Dónde está Alessandro?

—Está bien —La cara de Bella se enfoca ante mí, con sus ojos color avellana brillando por las lágrimas—. Está en quirófano, pero los médicos dicen que se pondrá bien. Tiene dos costillas fracturadas, una conmoción cerebral y una bala le perforó el pulmón, pero ya se la han extraído.

Cirugía.

Ha necesitado *cirugía* por lo que Dominic nos hizo.

La rabia estalla con más fuerza y tengo que agarrar los raíles de la cama para evitar incorporarme de golpe a pesar de las vías y los monitores.

*Mátalos a todos*, gruñe la voz de Giuseppe en mi cabeza, tan fuerte y viciosa que me sobresalto. *Caza hasta al último Calabrese y pinta las calles con su sangre.*

*Esto estaba planeado*, susurra la voz de Sophia, más fría y calculadora. *Esto no ha sido solo una prueba. Ha sido una venganza.*

*Utiliza eso.*

*Piensa*, reaparece la voz de Matteo, cortando las voces de Giuseppe y Sophia. *Analiza la situación. ¿Qué han logrado realmente?*

—La testigo —raspo, intentando abrirme paso entre el caos de mi cabeza—. La Dr. Schuyler. ¿Está...?

—Viva —dice Bella, inclinándose hacia delante para cogerme la mano. Su tacto es cálido, suave y reconfortante—. Por los pelos. Está en la unidad de cuidados intensivos, pero vive. Gracias a ti.

El alivio me inunda, pero no hace nada para enfriar el infierno de rabia que arde en mi pecho.

La hemos salvado.

Hemos completado la misión.

Hemos hecho lo que nos pidieron y han intentado *asesinarnos* por ello.

*Por supuesto que lo han hecho*, sisea Sophia. *Nunca tuvieron la intención de que tuvieras éxito. Esto siempre ha consistido en eliminarte.*

—¿Dónde está Da... Matteo? —pregunto, porque necesito verlo.

Necesito decirle lo que he deducido y lo que voy a hacer al respecto.

—Aquí mismo, cielo.

Su voz viene desde el umbral de la puerta y, cuando giro la cabeza para mirarlo, lo que veo hace que el monitor cardíaco pite.

He visto a Matteo enfadado antes. Lo he visto frío, calculador, peligroso.

Lo he visto tomar decisiones que le han costado la vida a personas sin pestañear.

Pero nunca lo había visto *así*.

Su rostro es una máscara de furia controlada, tan intensa que resulta casi aterradora.

Sus ojos azul grisáceo —tan parecidos a los míos— arden con un fuego frío que promete muerte y destrucción.

Tiene la mandíbula tan apretada que puedo ver el músculo saltar bajo su piel, y sus manos están cerradas en puños a los costados.

Parece que quiera prenderle fuego al mundo.

Por primera vez en mi vida, le tengo un poco de miedo.

—¿Cómo te encuentras? —Su voz es inquietantemente tranquila a pesar de la rabia que emana de cada línea de su cuerpo.

—Como si quisiera matar a alguien —digo con sinceridad.

Sus labios se curvan y me mira de una forma que nunca antes había visto.

Como si estuviera viendo algo en mí que ha estado esperando, algo que por fin tiene sentido.

*Bien*, ruge Giuseppe con aprobación. *Deja que vea lo que somos de verdad.*

*Usa su ira*, sugiere Sophia. *Canalízala. Dirígela.*

*Ten cuidado*, advierte la voz de Matteo. *No dejes que la rabia te vuelva estúpida.*

—Los Calabrese nos tendieron una trampa —digo, incorporándome a pesar del dolor punzante en el hombro—. No, estoy bien, Bella... Todo esto, las cuatro pruebas, nunca se trató de poner a prueba mi valía. Era una venganza.

Matteo asiente, con los labios tan apretados que se ven blancos. —Nos dimos cuenta unos treinta segundos después de que empezara el tiroteo.

—¿Por qué? —exijo, aunque creo que ya sé la respuesta—. ¿Qué hicimos que fuera tan jodidamente terrible como para que tuvieran que orquestar un elaborado intento de asesinato disfrazado de prueba?

—Todo. —Su voz es plana, sin emociones, pero puedo oír la furia subyacente—. Bella mató a Johnny. Las acciones de Mario y Elena metieron a Anthony en prisión.

Giuseppe construyó su imperio sobre los huesos de sus rivales.

Hemos estado aplastando a los Calabrese durante décadas, y Dominic finalmente ha encontrado una forma de devolver el golpe.

*Y ahora los aplastamos por completo*, gruñe Giuseppe. *Sin piedad. Sin supervivientes.*

*No*, susurra Sophia. *Ahora* aprovechamos *esto. Conviértelo en una oportunidad.*

*Ahora pensamos*, interviene la voz de Matteo sobre ellos dos. *¿Cuál es la jugada inteligente aquí?*

Cierro los ojos, intentando procesar los tres enfoques diferentes que luchan en mi cabeza mientras combato el dolor y la medicación que hace que todo se sienta borroso a mi alrededor.

—Querían que fracasara —digo despacio, analizando la lógica—. Pero también querían que tuviera el éxito justo para parecer una traidora. Proteger a una testigo federal, trabajar con el FBI... se suponía que eso me haría parecer débil y desleal ante las otras familias.

—Y cuando eso no funcionó, cuando de verdad lograste lo imposible, intentaron matarte y hacer que pareciera que moriste protegiendo a alguien que testificó contra nuestra gente. —La voz de Matteo se vuelve más fría con cada palabra y Bella lo mira—. De cualquier manera, destruyen tu reputación y te eliminan como amenaza.

La brillantez del plan es realmente impresionante, de una forma enferma y retorcida.

Crearon un escenario en el que mi éxito habría sido casi tan perjudicial como mi fracaso.

Excepto que no solo tuve éxito: *sobresalí*.

Salvé a la testigo, completé la misión y sobreviví a su intento de asesinato.

He demostrado que puedo manejar situaciones imposibles y salir más fuerte.

*Nos han subestimado*, gruñe Giuseppe. *Ahora les enseñamos cuánto cuesta ese error.*

*Les enseñamos a todos cuánto cuesta ese error*, coincide Sophia, pero su tono es diferente.

Más astuto.

*Creamos un ejemplo que consolide nuestro poder.*

*Respondemos proporcionalmente*, interviene la voz de Matteo. *No des a las otras familias una excusa para unirse contra nosotros.*

Voy a destruir a los Calabrese. Todavía no sé cómo planeo hacerlo, pero lo haré.

—Los quiero fuera —digo en voz baja, y mi voz conlleva una certeza que me sorprende incluso a mí—. No solo a Dominic. A todos. A la jodida familia entera.

Matteo estudia mi rostro con atención. —Eso es una guerra, Bianca. Una guerra de verdad. Contra una familia que todavía tiene recursos, aliados y conexiones.

—Bien. —La palabra sale plana y fría—. Quiero que sepan que es una guerra. Quiero que todo el mundo sepa lo que pasa cuando alguien intenta manipular y asesinar a un DeLuca.

*Sí*, ruge Giuseppe con aprobación. *Que vean todos de lo que somos capaces.*

*Pero hazlo con inteligencia*, susurra Sophia. *Haz que parezca justicia, no venganza.*

*Y protege lo que importa*, añade la voz de Matteo. *No dejes que la ira te vuelva imprudente.*

—No estoy enfadada —le digo a Matteo, y me doy cuenta de que es verdad. La rabia sigue ahí, ardiendo con la misma intensidad, pero ya no me controla. Me está *alimentando*—. Estoy concentrada.

Los ojos de Matteo se clavan en los míos y algo pasa entre nosotros: un entendimiento que va más allá de las palabras.

Ve en lo que me he convertido, en lo que estoy eligiendo convertirme y, por primera vez desde que supe la verdad sobre Giuseppe, veo aprobación en sus ojos en lugar de preocupación.

—¿Qué necesitas? —pregunta simplemente.

La pregunta me provoca un escalofrío porque significa que no va a intentar detenerme. Va a *ayudarme*.

*Inteligencia primero*, sugiere la voz de Matteo. *Conoce a tus enemigos antes de atacar.*

*Aliados segundo*, añade Sophia. *Asegúrate de que las otras familias vean esto como justicia.*

*Luego, fuerza abrumadora*, termina Giuseppe. *No dejes nada más que cenizas.*

—Necesito saberlo todo —digo, con mi mente ya trabajando en la logística—. Cada activo de los Calabrese, cada aliado, cada debilidad. Necesito saber a quién deben dinero, quién les debe favores, dónde guardan el efectivo, a qué colegio van sus hijos.

Matteo asiente. —Eso se puede arreglar.

—Necesito que las otras familias entiendan que esto no es violencia aleatoria. Esto es justicia por un ataque directo al liderazgo DeLuca durante una prueba oficial. —Mi voz se vuelve más fuerte, más segura con cada palabra mientras intento seguir el ritmo de mi cerebro—. Tienen que ver que no solo somos peligrosos, somos *justos*.

—Y también manejables —coincide él.

Sí, eso también.

—Y necesito que todos entiendan que cualquiera que esté con los Calabrese, cualquiera que los ayude, los proteja o incluso no condene lo que han hecho... será el siguiente.

La promesa en mi voz hace que incluso Matteo se detenga.

Pero cuando vuelve a mirarme a los ojos, veo algo que podría ser orgullo.

—¿De cuánto tiempo dispongo para planear esto? —pregunto, con los dedos tamborileando contra la manta fina y áspera del hospital.

—De todo el que necesites —dice—. Pero no mucho. Las otras familias ya están hablando, intentando averiguar qué ha pasado y qué significa para el equilibrio de poder. Si esperamos demasiado, empezarán a hacer sus propias alianzas.

*Ataca mientras estén confundidos*, exige Giuseppe. *Antes de que puedan organizarse.*

*Pero no antes de que estemos listos. Una venganza apresurada suele ser una venganza incompleta*, advierte Sophia.

*Dos semanas*, sugiere la voz de Matteo. *Tiempo suficiente para planearlo bien, pero no para que ellos se preparen.*

—Dos semanas —digo, decidiendo escuchar la voz de Matteo. Giuseppe gruñe en señal de desaprobación, pero lo ignoro—. Dame dos semanas para organizarlo todo.

—¿Y Alessandro? —pregunta Matteo.

La mención de su nombre envía una nueva ola de furia a través de mí.

Le han hecho daño.

Lo han mandado al quirófano, lo han hecho sangrar y podrían haberlo matado. Todo porque me estaba protegiendo, apoyándome, amándome.

*Han herido lo que es nuestro*, ruge Giuseppe. *Eso no puede quedar así.*

*Usa su herida*, dice Sophia con voz astuta. *Haz que forme parte de la narrativa.*

*No, tienes que mantenerlo a salvo mientras trabajas*, añade la voz de Matteo. *No dejes que la emoción comprometa su seguridad.*

—Alessandro se recuperará —digo con firmeza—. Y luego me ayudará a terminar esto.

Voy a necesitarlo.

No solo por el apoyo o el equilibrio emocional, sino porque lo que estoy planeando va a requerir a alguien que entienda tanto los viejos métodos como los nuevos.

Alguien que pueda igualar mi oscuridad sin perder la cabeza.

Alguien que pueda amarme incluso mientras me convierto en algo que podría aterrorizar a todos los demás.

—Dominic quería ver de lo que soy realmente capaz —digo, y mi voz conlleva una promesa que hace que la habitación del hospital se sienta más pequeña, más peligrosa—. Ahora lo va a descubrir de puta madre.

*Todos lo sabrán*, coinciden las voces al unísono, por una vez hablando con una sola voz en lugar de tres.

*Todos lo sabrán.*

Mientras me recuesto contra las almohadas del hospital, planeando ya la destrucción de toda una familia criminal, siento algo que nunca he experimentado antes.

No es solo confianza. No es solo determinación.

*Propósito.*

Sé exactamente quién soy ahora.

No soy la hija de Giuseppe ni la heredera de Matteo ni siquiera de Alessandro... bueno, lo que quiera que seamos.

Soy algo completamente nuevo. Soy la mujer que está a punto de recordarle a Nueva York exactamente por qué no hay que meterse con los DeLuca.

Y no veo la hora de empezar.

# ALESSANDRO

Diez días.

Han pasado diez días desde que los Calabrese intentaron asesinarnos a ambos a plena luz del día, y mis costillas todavía gritan mientras un dolor fantasma me recorre el pecho, allí donde la bala fracturó el hueso y perforó el pulmón.

La zona de la cirugía late con un dolor sordo y persistente que me recuerda con cada respiración lo cerca que estuvimos de morir.

Pero la doctora Jane Schuyler se ha recuperado por completo.

Mi informador en el Bureau me ha confirmado que la han reubicado bajo el Programa de Protección de Testigos con una identidad nueva y una vida nueva, en algún lugar lejos de Nueva York donde el alcance de Dominic Calabrese no pueda llegar a ella.

Lo siento por esa mujer, de verdad.

En un momento es una contable forense con una vida normal, y al siguiente ha desaparecido para siempre porque tuvo la mala suerte de descubrir delitos financieros que la pusieron en el punto de mira de una guerra familiar.

Al menos está viva. Eso es más de lo que pretendían los Calabrese.

Me muevo en la silla del escritorio, haciendo una mueca cuando el movimiento tira del tejido que está cicatrizando alrededor de mis costillas, y miro a Bianca al otro lado de mi despacho.

Está encorvada sobre una pila de fotos de vigilancia, con el pelo oscuro cayéndole como una cortina alrededor del rostro mientras estudia cada imagen con la intensidad de un erudito que examina manuscritos antiguos.

Sus dedos trazan patrones sobre las superficies brillantes.

Lleva diez días volcada en la planificación de la destrucción de toda una familia criminal con la fijación de alguien poseída.

Apenas duerme, apenas toca la comida y solo habla cuando es necesario.

Cada momento que pasa despierta ha sido consumido por informes de reconocimiento, análisis financieros y evaluaciones estratégicas.

Y estoy empezando a preocuparme de que el proceso de planificación la esté destrozando.

—El distrito de los almacenes nos ofrece el mejor acceso a su operación principal de blanqueo de dinero —murmura sin levantar la vista de las fotos esparcidas sobre la superficie de caoba—. Pero la zona residencial podría ser más eficaz psicológicamente. Atacarlos donde duermen envía un mensaje diferente que atacarlos donde trabajan.

Frunce el ceño mientras se muerde el labio inferior, un hábito nervioso que ha desarrollado en los últimos días.

Tiene la piel de esa zona en carne viva y ligeramente hinchada por la preocupación constante.

Tiene ojeras y los pómulos más pronunciados de lo habitual, lo que le da a su rostro un aspecto demacrado, casi atormentado.

—A menos que coordinemos ataques simultáneos —continúa, cambiando el tono bruscamente—. Múltiples objetivos, fuerza abrumadora, sin oportunidad de reagrupación o represalia. Aniquilación total en una sola noche.

Hace una pausa a mitad de la frase, ladeando la cabeza ligeramente hacia la derecha como si estuviera escuchando algo que yo no puedo oír.

Aprieta los labios en una línea fina antes de poner cara de pocos amigos.

Un momento después, su expresión vuelve a quedarse en blanco, como si hubiera resuelto alguna discusión interna.

Es la quinta vez en la última hora que presencio este patrón.

Los cambios repentinos de estrategia, los debates internos que se reflejan en sus rasgos, la forma en que responde a conversaciones que no están ocurriendo en voz alta.

Está empeorando.

Y, para ser sincero, me está asustando un poco.

—¿Qué pasa con los niños? —pregunto, probando algo—. Dominic tiene dos hijas. De siete y cinco años.

Bianca levanta la cabeza de golpe, con los ojos ardiendo con una furia fría que me corta la respiración. Por un momento, se parece exactamente a Giuseppe.

—Los niños son intocables —declara con absoluta firmeza, pero luego su expresión flaquea y la incertidumbre aparece en los bordes —. A menos que... no. No, eso no es... —Sacude la cabeza con fuerza, como si descartara un pensamiento inoportuno—. No somos monstruos.

Su voz vacila en la última palabra, con una nota de duda que sugiere que no está del todo convencida de su propia declaración.

—Pero sus horarios escolares podrían ser útiles para la sincronización —continúa, recuperando el tono profesional—. Si sabemos cuándo estará distraído Dominic con las reuniones de padres o los partidos de fútbol, podremos predecir sus movimientos con mayor precisión.

El rápido cambio entre la certeza moral y el cálculo me está dando un latigazo cervical.

Esta no es la mujer que conozco: perspicaz, decidida, inquebrantable en sus convicciones.

Esta versión fragmentada de sí misma parece estar librando múltiples batallas simultáneamente, ninguna de ellas visible para nadie más que para ella.

—Bianca —digo con cuidado, dejando el informe financiero que he estado simulando leer—. ¿Podemos hablar de...?

—¿Sabías que la mujer de Dominic compra en la misma boutique que Bella? —me interrumpe, con una voz que adquiere una cualidad casi maníaca mientras revuelve otra pila de fotos—. Todos los martes a las dos de la tarde, como un reloj. Muy predecible. Muy... vulnerable.

¿*Qué*? No está hablando solo de oportunidades de vigilancia; está hablando de ir a por civiles.

Gente inocente cuyo único delito es ser pariente de nuestro enemigo.

—Echa el freno, Bianca. Tú no eres así —le digo con firmeza.

—¿Ah, no? —Se ríe, pero no hay humor en el sonido, solo un borde amargo y quebradizo que me recuerda de forma incómoda al cristal roto—. Quizá soy exactamente así.

Ahora le tiemblan las manos, temblores apenas perceptibles que intenta ocultar agarrando el borde del escritorio.

Los nudillos destacan blancos contra su piel pálida, y puedo ver el esfuerzo que le supone mantener incluso este simulacro de control.

—Necesito pensar —murmura, presionando la base de sus palmas contra las sienes como si intentara detener un dolor de cabeza—. Necesito... hay demasiadas variables. Demasiadas voces diciéndome cosas diferentes.

*Voces.*

Es como si se me encendiera una bombilla en la cabeza y, de repente, todo tuviera sentido.

Las discusiones internas, el cambio de estrategias, la forma en que responde a conversaciones que no se están produciendo en voz alta.

—¿Qué voces, Bianca? —pregunto en voz baja, sabiendo de antemano que no me va a gustar la respuesta.

Todo su cuerpo se queda rígido, cada músculo se tensa como si la hubieran pillado haciendo algo vergonzoso.

El color desaparece de su rostro, dejando su piel casi traslúcida bajo la luz de la tarde que entra por las ventanas de mi despacho.

—No es nada —dice rápidamente. *Demasiado* rápido. Su voz tiene un tono más agudo de lo habitual—. Solo me refería a... ya sabes, el diálogo interno. Todo el mundo lo tiene.

—Bianca. —Me levanto despacio, rodeando el escritorio hacia ella con los movimientos cuidadosos de quien se acerca a un animal herido—. ¿Qué voces?

Ella retrocede apresuradamente, su silla rueda alejándose de mí hasta que golpea la pared con un suave golpe seco.

Su respiración se vuelve rápida y superficial, y puedo ver cómo el pánico empieza a florecer en sus ojos.

—¡He dicho que no es nada! —Las palabras explotan fuera de ella con más fuerza de la necesaria, resonando en las paredes del

despacho—. ¿Por qué no puedes dejarlo estar?

—Porque te estás desmoronando —respondo tajante, negándome a dejar que me desvíe del tema esta vez—. Porque durante diez días te he visto mantener conversaciones con gente que no está aquí. Estás hablando de atacar a niños y a civiles inocentes como si fuera una opción estratégica viable, por el amor de Dios.

—¡He dicho que los niños eran intocables! —grita, poniéndose de pie con tanta violencia que hace que su silla ruede girando.

—¡Y treinta segundos después empezaste a hablar de usarlos para obtener información sobre horarios! —le devuelvo el grito, elevando mi propia voz para igualar la suya—. Te contradices cada cinco minutos, Bianca. Empiezas las frases yendo en una dirección y las terminas en otra completamente diferente.

—Eso es solo... eso es solo una planificación cuidadosa —insiste ella, pero su voz vacila con incertidumbre, y sus ojos recorren la habitación de un lado a otro como si intentaran encontrar una ruta de escape—. Considerar múltiples enfoques, sopesar diferentes opciones...

—¡Eso es tener discusiones contigo misma! —la interrumpo, dando otro paso más de cerca—. ¡Eso es responder a los consejos de personas que no están aquí, joder!

Veo cómo su rostro pasa por un ciclo de emociones: negación, ira, miedo y, finalmente, de forma devastadora, resignación.

—C... crees que estoy loca —susurra, con una voz tan baja que tengo que esforzarme por oírla—. Crees que finalmente he perdido el juicio.

La vulnerabilidad en su tono me detiene en seco.

Esta no es la heredera DeLuca ni la mujer peligrosa que ha superado cuatro pruebas mortales.

Esta es la Bianca de diecinueve años que está aterrorizada de estar convirtiéndose en algo antinatural.

—Creo que estás bajo más estrés del que cualquier ser humano debería tener que soportar —le digo con sinceridad, suavizando la voz y cambiando de táctica—. Creo que te han empujado más allá de tu límite y estás luchando por salir adelante.

Se desploma de nuevo en su silla, encogiéndose sobre sí misma como si intentara hacerse más pequeña.

Sus manos se retuercen en su regazo y puedo ver lágrimas acumulándose en las comisuras de sus ojos.

—No dejan de hablar —admite, con voz apenas superior a un susurro—. Desde aquella noche en Montreal cuando supe la verdad sobre Giuseppe, ha habido voces en mi cabeza. Tres. Y nunca se callan la puta boca.

Vaya, joder.

Eso no era lo que esperaba. El alivio y la preocupación me recorren.

Alivio porque ahora entiendo lo que ha estado pasando. Preocupación porque las implicaciones son asombrosas.

—¿De quién son las voces? —pregunto, sentándome en la silla de al lado en lugar de cernirme sobre ella.

Se queda callada tanto tiempo que pienso que tal vez no responda. Cuando finalmente habla, su voz está cargada de lágrimas contenidas y de algo que suena a vergüenza.

—La de Giuseppe —admite, sin mirarme—. La de Sophia. Y... —Hace una pausa, tragando saliva con dificultad—. La de Matteo.

Me reclino en mi silla, incapaz de hablar durante varios momentos mientras proceso lo que acaba de decir.

Madre mía.

Las tres personas que más la han moldeado, y le están hablando todas simultáneamente como si fueran los ángeles y demonios de su hombro.

—¿Qué te dicen? —pregunto con cautela.

Sus manos tiemblan ahora de forma más visible, y se abraza a sí misma como si intentara consolarse. —Giuseppe quiere sangre. Aniquilación total. Me dice que persiga a cada Calabrese y pinte las calles de rojo. —Su voz adquiere una cualidad dura mientras imita su tono—: *«No muestres piedad. Toma lo que es tuyo».*

Hace una pausa, con la respiración cada vez más fatigada mientras continúa. —Sophia susurra sobre la manipulación y la guerra psicológica. Quiere que use esta situación para consolidar el poder, para poner a las otras familias unas contra otras mientras nosotros nos beneficiamos del caos.

—¿Y Matteo? —la animo suavemente.

Ella desvía la mirada. —Él me sirve de guía y me da consejos. Siempre me dice que proteja lo importante y que no deje que las emociones me vuelvan temeraria.

Estudio su rostro mientras describe este coro interno, notando cómo su expresión cambia sutilmente con cada voz: más dura y despiadada cuando canaliza a Giuseppe, calculadora y fría cuando hace eco de Sophia, medida y estratégica cuando refleja la influencia de Matteo.

—Todos hablan a la vez —continúa ella, con un tono de desesperación en su voz—. Durante las sesiones de planificación, durante las comidas, cuando intento dormir. Tres enfoques diferentes para cada decisión, tres conjuntos diferentes de prioridades, tres definiciones diferentes de éxito.

—Y te está destrozando —observo. Tantas cosas tienen sentido ahora.

Asiente con tristeza, y por fin las lágrimas se desbordan y surcan sus mejillas. —Y–yo ya no puedo pensar con claridad. Empiezo a planear algo usando el enfoque de Giuseppe, luego Sophia sugiere algo completamente diferente, y después la voz de Matteo me advierte sobre las consecuencias a largo plazo. Para cuando he escuchado las tres perspectivas, he olvidado lo que intentaba lograr originalmente.

Su respiración se vuelve más errática y veo cómo el pánico empieza a asomar.

Su pecho sube y baja rápidamente y su pierna se agita arriba y abajo con nerviosismo.

—Crees que estoy perdiendo la cabeza —susurra, con la voz cargada de terror—. Crees que estoy teniendo algún tipo de brote psicótico.

El miedo en su voz es desgarrador, pero al estudiar su rostro —notando cómo sus ojos siguen el movimiento con perfecta claridad, la forma coherente en que describe sus experiencias y la preocupación racional que muestra por su propio estado mental—, me doy cuenta de que probablemente no esté perdiendo el contacto con la realidad.

No, está obteniendo acceso a algo *extraordinario*.

—No —le digo con firmeza, y la seguridad en mi voz hace que ella me mire sorprendida—. No creo que estés loca en absoluto.

Su rostro se ilumina momentáneamente antes de volver a tensarse. —Pero las voces... —empieza a protestar.

—Son tres aspectos diferentes de tu personalidad —la interrumpo, inclinándome hacia adelante en mi silla—. Tres enfoques diferentes de liderazgo que has interiorizado de forma tan completa que los sientes como entidades separadas.

Frunce el ceño mientras procesa esta interpretación. —Eso no es... quiero decir, parecen *reales*. Tienen personalidades distintas, prioridades diferentes...

—Porque representan a personas reales que te formaron —explico, sintiendo que mi entusiasmo crece a medida que las implicaciones se vuelven más claras—. El pragmatismo despiadado de Giuseppe, la manipulación psicológica de Sophia, el pensamiento estratégico de Matteo... lo has absorbido todo tan a fondo que puedes acceder a sus procesos de toma de decisiones como si realmente te estuvieran asesorando.

Ella me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Estás diciendo que esto es... normal?

—No, no lo es —le digo con franqueza, viendo cómo su rostro se descompone antes de continuar—. Digo que esto es *increíble*. La mayoría de los líderes tienen que elegir un único enfoque y ceñirse a él. Tú tienes acceso a tres estilos de liderazgo completamente diferentes de forma simultánea. En lugar de limitarte a una sola perspectiva, puedes evaluar cada situación desde múltiples ángulos.

Me reclino en mi silla, asombrado y un poco celoso.

El pánico en sus ojos empieza a retroceder, reemplazado por algo que podría ser esperanza. —Pero se contradicen constantemente. No puedo tomar decisiones cuando todos gritan consejos diferentes.

—Entonces te enseñaremos a coordinarlos en lugar de dejar que se peleen —sugiero, mientras mi mente ya baraja posibilidades—. Convertiremos esto de una debilidad en tu mayor baza.

Su respiración empieza a ralentizarse y parte de la tensión abandona sus hombros. —¿De verdad no crees que estoy perdiendo la cabeza? —pregunta esperanzada.

—Creo que estás evolucionando —le digo con total sinceridad—. Creo que estás desarrollando capacidades con las que la mayoría de la gente ni siquiera podría soñar. La cuestión es si quieres aprender a utilizarlas de forma eficaz.

Por primera vez en días, esboza una sonrisa —no la expresión fría y calculadora que había llevado durante las sesiones de planificación,

sino una sonrisa genuina que le llega a los ojos—.

—¿Cómo? —pregunta, sin más.

Me reclino más en la silla, perfilando ya un planteamiento—. Empezaremos enseñándote a identificar cuándo las voces se vuelven abrumadoras. Luego trabajaremos técnicas para evaluar sistemáticamente sus diferentes sugerencias en lugar de dejar que discutan entre ellas.

—¿Como un debate? —pregunta, su voz cobrando fuerza.

—*Exactamente* como un debate. Serás la moderadora en vez de la víctima —estudio su rostro, notando cómo la expresión atormentada empieza a desvanecerse—. Al enfrentarte a una decisión, pregúntales conscientemente a cada voz su perspectiva, evalúa los méritos de cada enfoque y, finalmente, sintetízalos en algo únicamente tuyo.

Sus ojos se aclaran ahora, y vuelvo a percibir su aguda inteligencia reconectando—. Así que en vez de que la voz de Giuseppe ahogue a las demás exigiéndome violencia inmediata, podría preguntarle específicamente sobre enfoques tácticos mientras consulto a Sophia sobre implicaciones psicológicas y a Matteo sobre consecuencias a largo plazo.

—Y luego combinamos lo mejor de los tres en una estrategia más completa que cualquier enfoque individual —confirmo.

Permanece callada un momento, con expresión pensativa mientras asimila este nuevo marco.

Cuando vuelve a hablar, su voz contiene un deje de asombro.

—No son una maldición —murmura—. Son herramientas.

—Las herramientas de planificación estratégica más sofisticadas que nadie haya tenido jamás —asiento—. La cuestión es si estás lista para aprender a usarlas.

Su sonrisa se vuelve afilada, peligrosa, y atisbo a la líder formidable en ciernes—. Oh, estoy preparada. Dominic Calabrese no tiene ni idea de lo que le espera.

—Ninguno de ellos —le digo, y por primera vez desde el hospital, no me siento desesperanzado—. Cuando termines con ellos, desearán no haber oído jamás el nombre DeLuca.

Antes de que pueda añadir nada, se abalanza sobre mí, casi empujándome hacia atrás al rodearme el cuello con sus brazos.

El impacto me provoca un dolor agudo en las costillas, que aún están sanando, pero no me importa.

Tiene el rostro hundido en mi hombro y siento que tiembla de alivio.

—Gracias —susurra contra mi garganta con voz entrecortada—. Gracias por no pensar que estoy loca. Por no querer encerrarme ni intentar arreglarme ni obligarme a ver a un psiquiatra.

La rodeo cuidadosamente con mis brazos, pendiente de nuestras heridas, e inhalo el olor familiar de su cabello—. Jamás —murmuro al posar los labios sobre su cabeza—. Nunca pensaría eso de ti.

Se separa un poco, lo justo para mirarme, y sus ojos brillan con lágrimas de gratitud reprimidas.

Su rostro sigue pálido, aún marcado por la tensión de los últimos diez días, pero ahora hay algo más liviano en su expresión.

Algo esperanzador.

Le enmarco el rostro entre mis manos, con los pulgares acariciando sus pómulos con infinita suavidad—. Te quiero —le digo—. A toda tú. Incluidas las partes que hablan con voces que nadie más oye.

Se le escapa una risita suave mientras se apoya en mi contacto—. ¿Aunque técnicamente esté loca?

—Justo por eso —le acaricio la mejilla con ternura—. Además, la gente más interesante suele estar un poco chiflada.

Su risa se hace más fuerte, más genuina, y yo sonrío.

Es la primera vez en días que suena como ella misma, no como alguien a quien tiran en tres direcciones.

Lo cual… supongo que es lo que ha sido.

—¿Puedo preguntarte algo? —me aventuro con tono burlón, al ocurrírseme una cosa.

Asiente, todavía apoyada en mis manos.

—Las voces —empiezo, tratando de mantener expresión inocente mientras mi mente viaja a territorios nada inocentes—. ¿Están… ahí siempre? ¿Incluso cuando estamos, ya sabes…? —dejo que mi voz lo insinúe.

La comprensión ilumina sus ojos, y sus mejillas adquieren un delicado rosado—. ¿Cuando follamos? —termina ella con voz divertida—. ¿Cuando lo hacemos?

—Eso mismo —aunque jamás había oído la expresión y no sé si me gusta—, comento, mientras mis pulgares aún trazan patrones suaves sobre su piel—. Nada en ti es desagradable.

Se muerde el labio inferior, en un gesto reflexivo y jodidamente distractor—. En realidad, no. Se desconectan por completo cuando estamos… ocupados así. Es el único momento en que mi cabeza está en completo silencio.

Mis ojos se oscurecen ante su confesión, con calor remolineando bajo mi vientre.

El único momento que encuentra paz en medio del caos mental es cuando la tengo inmovilizada bajo mí.

O encima de mí.

—Era *exactamente* lo que necesitaba oír —gruño con voz ronca de deseo.

Antes de que reaccione, atrapo sus labios con los míos, besándola con toda la pasión, alivio y amor contenidos.

Ella se funde de inmediato contra mí, apretando sus brazos en mi cuello mientras me devuelve el beso con igual fervor.

Al separarnos por fin, ambos jadeamos, y sus ojos han adquirido esa mirada oscura y sensual que acelera mi pulso sin fallar.

—Quizá deberíamos comprobar esa teoría —murmura contra mis labios con voz ronca de deseo.

—Me parece un plan excelente —asiento, ya ideando *exactamente* cómo vaciaré su mente hasta la bendita nada.

Agarro su mentón y posiciono su boca bajo la mía, reclamándola con un beso violento.

Mi otra mano desciende por su espalda y le agarra el culo, aproximándole las caderas a las mías. Bianca gime.

Nos separamos, resollando.

Me duelen las costillas en cada respiración, pero me importa un carajo.

Si las voces desaparecen cuando Bianca y yo estamos íntimos, entonces le regalaré paz.

Y un orgasmo también.

Descubro y le arranco la blusa antes de alcanzar el botón de sus vaqueros.

Eleva las caderas al abrocharlo, ayudo a deslizar la tela y oigo caerla suavemente al suelo.

Tras eso, deshace el sujetador dejándola solo en bragas negras de encaje.

Mi mirada se enclava en sus pechos.

Da igual cuántas veces los haya visto— son los mejores que existen.

Alzo la mano y palpo su seno izquierdo, el pulgar rozando su pezón endurecido—. Preciosa.

—Vas demasiado vestido, Alessandro —replica ella, empezando a sacar mi camisa del pantalón y desabrochando botones ágilmente.

Me la despega con cuidado, respetando mis heridas.

Recorre con la vista cada rasguño, cicatriz y vendaje antes de alzar hacia mí esos ojos soberbios y serios.

—Los Calabres pagarán —jura antes de que sus manos recorran mi cinturón. Ayudo a deshacerlo, y bajo pantalón y calzoncillos en un movimiento fluido.

Bianca susurra feliz al ver mi polla, y no puedo evitar una sonrisa burlona.

Cae de rodillas y se acomoda entre mis piernas.

Mirándome bajo las pestañas, extiende una mano para asir la base de mi erección.

Siseo, evitando empujar con fuerza para no lastimar mis costillas.

Pero joder, Bianca tiene otros planes. Tararea al sacar la lengua y remolinearla por el glande.

Vuelvo a sisear; llego a agarrarle la cabeza pero desisto, mano suspendida sobre su pelo.

No quiero incomodarla.

Mas Bianca se separa, sonríe burlona, coloca mi mano en su cabello al volver a tomar mi longitud y empieza a ascender y descender.

Gruño abiertamente y entro en su voluntaria boca mientras la sostengo por el pelo. El paraíso. Así sabe el paraíso.

Y es Bianca chupándome la polla.

Lambe los relieves de mi verga al intentar engullir más de mí.

Siento que relaja al máximo la mandíbula para mi tamaño. Golpeo su garganta y ambos gemimos.

El vello de mis muslos se eriza en carne de gallina.

Aprieto su pelo y emito un bufido antes que surjan elogios de mis labios.

—Así Bianca. *Joder.* Bianca. *Maldita sea*, ahí mismo.

Bianca gime en respuesta y acelera el ritmo, posicionando sus manos en mis caderas y hundiendo las mejillas mientras su lengua andamiaba mi polla.

Me encanta esto—me encanta la sensación de su boca, los ruidos húmedos que hace mientras lame mi longitud.

El placer se condensa bajo mi vientre.

No. Todavía no.

La aparto bruscamente y ella emite un leve quejido de decepción.

Me mira con reproche.

Me río de su expresión de traición—. Si seguías, no podría follarte. Y quiero desesperadamente hacerlo y sentir cómo te vienes en mi polla.

Su rostro sonroja levemente al tragar—. ¿Y una segunda ronda? —pregunta, observando hambrienta mi miembro—. Pero debato entre tragártela entera o necesitarte clavándome completa.

Joder, eso es tan ardiente.

Por un instante, casi permito que termine pero me mantengo firme.

—Ninguna segunda vuelta hoy. Pero *sí* pienso hacértelo varias veces —sonrío pícaramente antes de levantarla sobresaltada. Chilló y ciñó sus piernas a mi cintura camino a mi escritorio.

—¡Alessandro! ¡Bájame! ¡Tus costillas! —protesta.

Que le den a mis costillas.

Volveré encantado al hospital tras esto.

Mi erección presiona su estómago al barrer papeles del escritorio antes de tenderla con veneración.

Contemplo en ella: labios hinchados, mirada oscura de deseo, pechos alzándose con pezones fresa acartonados.

Ni Afrodita fue tan bella.

Mis manos descienden hasta la cintura de sus bragas, deslizando la seda negra por sus muslos y talones hasta quitarlas.

Bianca se incorpora apoyándose en los codos para verme.

—Deberías ser prudente —dice.

—No lo soy —replico mientras separo sus piernas a la fuerza, colocando mis hombros entre sus tobillos al besar su pierna desde los muslos.

Me sebo al ver su hermoso coño— empapado, rosado y *mío*.

Lamo desde su núcleo al clítoris, gruñendo—. Sabes increíble, Bianca —entro mi rostro en su centro, lamiendo y chupando sus pliegues devorándola como hambriento. Ella agarra mi pelo mientras gime y restriega su coño contra mi boca.

—¡Ay Dios! Alessandro... —jadea al introducir mi dedo bordeando su entrada mientras mi lengua azota su clítoris.

—Relájate, Bianca. Sabes que cuido bien de lo mío.

Su risa es ronca—. Vaya, no debería gustarme tanto ese lenguaje posesivo, pero lo hace.

Vaya, buena noticia. Obedece, aflojando músculos mientras trabajan mis dedos—. Buena chica —murmuro, reanudando mi lengua antes

del segundo dedo.

Tan buen... *tan buen* trabajo.

Al gritar ella, intensifico la lengua al asediar el clítoris mientras mis dedos acarician y exploran su coño.

Está cerca. Muy cerca.

Curvo los dedos golpeando un punto interno clave: grita mi nombre al venir, agarrando mis manos al restregarse convulsivamente contra mi cara, su cuerpo entero tensó estrechando mis dedos.

Mi mano libre recorre despreocupada sus pechos al recobrar ella el aliento, flácida tras el placer.

—Ah, no he terminado contigo —risa sombría.

Ella gime—. Menos mal.

Sonrío al posicionarme, mano acariciando mi longitud mientras me acerco.

Rozó mi polla en sus pliegues, moviendo el glande en torno al clítoris. Ella abre las caderas aún más al empujar contra mí.

Río sin dejar de circular.

—Maldita sea, Alessandro. Por favor —acierta a suplicar.

Bueno, siendo tan educada...

Alineó el glande y la penetro lentamente. Bianca arquea la espalda recibiendo otra media pulgada de mí.

Gruño, manos regresando a sus caderas para llenarla centímetro a centímetro, con insufrible parsimonia hasta la profundidad completa.

—*Joder*. Bianca no me sacio —gimo besando su cuello hasta dejarle un moretón al retorcerse bajo mí.

—Alessandro muévete por favor —suplica, incapaz de evitar el roce contra mí.

Empiezo a retirarme y penetrarla repetidamente—. Bianca —exhalo emocionalmente.

Elevo la mano para sostener su mandíbula, introduciendo dos dedos en su boca.

Bianca chupa instintivamente, lamiendo al ritmo de mis embestidas —. Chica maravillosa. Oh, joder. Me lo tomas *tan* bien... —sus ojos giran lejos al temblarle las piernas.

Sus gemidos aumentan con el orgasmo, gritando ahogado por mis dedos al estremecerse.

Observarla apretar y convulsionar alrededor de mi polla me derrite. Tras recuperarse, deslizo la mano por su cuello hacia la cintura.

Le elevé las caderas recolocándola para mi placer y empecé a follarla sin medida.

—Tan buena para mí. Perfecta —jadeo entre embestidas. Aceleró alternándose con sus movimientos sincronizados mientras la trallo sin piedad.

Mis empujes fracasan antes del orgasmo.

Rugí su nombre al despeñarme, cuerpo convulso al rematar intermitente mi clímax.

Al terminar, desplomo sobre ella antes de retirarmela con suavidad. Gemimos por la separación al desplomarme en la silla.

Las costillas matan y me duele respirar, pero de nuevo me trae sin cuidado. El mejor sexo de mi vida.

—¿Bianca? —pregunto, sonriente ante su cuerpo despatarrado en el escritorio.

—¿Mmm? —Las palabras parecen imposibles ahora mismo. Sonrío burlón.

—Conque —dibujo la palabra burlándome de su etapa gelatinosa—. Entonces… ¿las voces están calladitas? ¿O tenía Giuseppe consejos sobre tu técnica al venirte?

—Vete al carajo, Alessandro.

# BIANCA

La sala de guerra de la propiedad nunca ha hecho tanto honor a su nombre como ahora mismo.

Mapas de New York cubren cada superficie: la mesa del comedor, las mesitas auxiliares; incluso hay algunos prendidos en las paredes con hilos rojos que conectan varios lugares como una tela de araña de violencia.

Fotos de vigilancia están esparcidas por la superficie de caoba; los rostros de los soldados y socios de los Calabrese nos devuelven la mirada con los ojos carentes de expresión de los que pronto estarán muertos.

Documentos financieros detallan flujos de dinero, propiedades y empresas fachada que deberán ser destruidos.

Estoy de pie a la cabecera de la mesa, con Alessandro a mi derecha y Matteo a mi izquierda, mientras el resto de nuestra gente se distribuye por la sala como piezas en un tablero de ajedrez.

El peso del mando se asienta sobre mis hombros y, en lugar de sentirme ansiosa, me siento segura.

—*Empieza por su punto más débil* —retumba la voz de Giuseppe en mi cabeza, aguda y concentrada—. *Golpea donde no puedan defenderse.*

—*No, empieza por el más fuerte* —rebate Sophia—. *Rompe su confianza primero, y luego se desmoronarán en todo lo demás.*

—*Empieza con inteligencia* —añade con calma la voz de Matteo—. *Sabe a lo que te enfrentas antes de comprometerte con cualquier estrategia.*

Por primera vez desde que empezaron las voces, no me siento dividida entre sus exigencias contrapuestas.

En su lugar, considero cada perspectiva con la profesionalidad distante que me enseñó Alessandro, sopesando sus méritos antes de integrarlos en algo únicamente mío.

—Caballeros —comienzo, con voz autoritaria—. No vamos simplemente a destruir a la familia Calabrese. Vamos a hacer que su destrucción sirva para múltiples objetivos simultáneamente.

Me muevo alrededor de la mesa, señalando ubicaciones específicas en el mapa mientras hablo. —Primero, eliminamos a todos los que importan en su organización. Cada teniente, cada soldado que pudiera reorganizar las cosas después de que les golpeemos. Básicamente les cortamos la cabeza y les rompemos los brazos, todo en una noche.

El enfoque de Giuseppe.

Asentimientos alrededor de la mesa. Este es el lenguaje que todos entienden.

—Segundo, hacemos que sus amigos se vuelvan contra ellos —continúo, deteniéndome para señalar nombres de aliados de los Calabrese—. Filtramos la información adecuada a las personas adecuadas, hacemos que parezca que los Calabrese están estafando a sus socios. Una vez que hayamos terminado, nadie querrá tener nada que ver con ellos.

El enfoque de Sophia.

Veo cómo los engranajes giran en varias mentes, reconociendo lo buena que es esa parte del plan.

—Tercero, mientras se desmoronan, entramos y nos llevamos todo lo bueno que tenían. Su territorio, sus negocios, sus contactos. —Miro alrededor de la sala, asegurándome de que entiendan que hablo en serio—. Todo pasa a ser nuestro. No solo los destruimos; nos hacemos más fuertes gracias a su destrucción.

—¿Y el plazo? —pregunta Antonio, observándome con ojos astutos.

—Cuarenta y ocho horas —afirmo rotundamente—. Los quiero destruidos en dos días.

El silencio que sigue es atronador. Incluso en nuestro mundo, lo que propongo no tiene precedentes por su alcance y ambición.

—Eso es... —empieza Mario y luego se detiene, tamborileando con el dedo contra los dientes. Costó mucho que yo aceptara que Mario se presentara, pero tiene a los malditos irlandeses en el bolsillo gracias a Elena y no puedo rechazar aliados.

Mario se echa hacia atrás, mirándome con ojos oscuros. —Eso es jodidamente hermoso. Qué mensaje les estás enviando a los Calabrese, Bianca. Cualquier cosa menos transmitiría el mensaje de que puedes atacar a los DeLuca y vivir para contarlo.

—Y eso no es aceptable —replico, viendo a Mario asentir con aprobación.

—*Exactamente* —ronronea la voz de Giuseppe con aprobación—. *Muéstrales lo que les sucede a nuestros enemigos.*

—*Pero asegúrate de que comprendan por qué ocurre* —añade Sophia—. *La lección debe ser clara.*

—*Y garantiza que podamos mantener lo que tomemos* —advierte la voz de Matteo—. *La conquista sin consolidación no tiene sentido.*

—La primera oleada golpeará su liderazgo —continúo, señalando fotos de individuos específicos—. Atacaremos once ubicaciones al mismo tiempo, entre la medianoche y las tres de la mañana. Nadie se marcha, nadie puede hacer llamadas para avisar a nadie más.

Alessandro da un paso adelante, rozando mi hombro con el suyo mientras toma el relevo. —Equipos coordinados, tiempos sincronizados, extracciones limpias. Hemos identificado al personal clave y sus rutinas.

—La segunda oleada comienza inmediatamente después —continúo, sintiéndome reconfortada por la presencia de Alessandro—. Mientras todos corren de un lado a otro asustados porque sus jefes han muerto, soltamos un montón de información al FBI sobre sus asuntos de blanqueo de dinero. Pero haremos que parezca que proviene de una de las otras familias que intenta fastidiarlos.

Las cejas de Matteo se elevan ligeramente; no por sorpresa, sino con lo que podría ser admiración. —Vas a hacer que parezca que alguien más está moviéndose contra ellos mientras nosotros los golpeamos desde un ángulo diferente.

—Exacto. —Asiento hacia él, aliviada de que capte lo que intento hacer—. Y cuando los federales empiecen a registrar sus locales, plantaremos pruebas que hagan parecer que los Calabrese trabajaban con familias de las que también queremos deshacernos. Mataremos muchos pájaros de un tiro muy grande.

La sala se ha quedado completamente en silencio. Incluso los soldados veteranos que han visto décadas de guerras entre familias me miran con algo cercano a la reverencia.

—La parte psicológica tiene que ser más personal. —Sonrío con sombría satisfacción—. No solo vamos a matarlos; vamos a asegurarnos de que sepan exactamente por qué está pasando. Cada persona recibirá un mensaje antes de morir, explicando que esto es porque Dominic pensó que podía tenderme una trampa y salirse con la suya. Sin confusiones, sin preguntarse qué salió mal. Morirán

entendiendo que la estupidez de su jefe es lo que los ha matado a todos.

—*Perfecto. Miedo y comprensión juntos* —susurra la voz de Sophia con satisfacción.

—¿Y qué hay de los irlandeses? —pregunta uno de los capitanes, mirando a Mario—. ¿No van a ayudar?

—Me alegra tanto que los menciones. —Me desplazo a otra sección del mapa, señalando territorios a lo largo del muelle—. Los irlandeses tienen sus propios agravios con las operaciones de los Calabrese. Siobhan O'Connor, en particular, ha estado buscando una excusa para expandirse a sus rutas de contrabando.

Como si la hubiéramos conjurado con solo decir su nombre, la puerta se abre y entra la propia Siobhan. Es alta, con una preciosa melena pelirroja y unos ojos verdes brillantes que parecen verlo todo. Tres de sus hombres la siguen, y todos se mueven como depredadores.

Son el tipo de gente con la que definitivamente no quieres meterte.

—Señorita DeLuca —dice con un ligero acento irlandés, observando con interés la disposición de la sala de guerra—. He oído por Mario que estáis planeando algo ambicioso.

—Estoy planeando algo que debe hacerse —corrijo, tendiéndole la mano para estrechar la suya—. La pregunta es si quieres participar.

Su apretón es firme, calloso por años de manejar armas. Cuando sonríe, es la expresión de alguien que disfruta con los juegos peligrosos.

—Me encantaría participar —casi ronronea—. Pero depende de lo que ofrezcas. —Se sienta de forma ostentosa y cruza las piernas—. Los Calabrese han estado reventando nuestras tarifas de transporte durante años. Si planeas eliminarlos de la ecuación, podríamos encontrar puntos en común.

—*Entiende el poder* —observa la voz de Giuseppe con aprobación.

—*Te está tanteando* —advierte Sophia—. *No muestres debilidad.*

—*Es un activo potencial* —observa Matteo—. *Pero manéjala con cuidado.*

—Te ofrezco tres de sus mejores rutas de contrabando, dos almacenes en ubicaciones privilegiadas y la eliminación de tu competencia principal en el muelle —afirmo directamente—. A cambio de apoyo durante los ataques iniciales y la garantía de que llenarás el vacío que dejen en lugar de dejar que alguna otra familia se meta.

Las cejas de Siobhan se elevan. —Son términos generosos. Ciertamente parece que planeas borrarlos del mapa —dice, sin apartar los ojos de mi cara.

—Planear, planeo asegurarme de que cuando alguien intente puto asesinarme durante un juicio oficial, las consecuencias sean tan graves que nadie más se sienta tentado a repetir el error —aclaro.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro antes de mirar a Mario. —No me dijiste que era tan brava —le dice.

Mario se encoge de hombros. —No pensé que necesitaras saberlo.

Siobhan pone los ojos en blanco antes de volver a centrar su atención en mí. Me cuesta todo mi autocontrol no inquietarme bajo su mirada de láser. —Me gustas, chica —dice, con su acento acentuándose ligeramente por la diversión.

Genial. Que le guste no significa nada si no se va a aliar conmigo. —¿Eso significa que estás dentro? —pregunto con impaciencia.

—Significa que quiero detalles —responde—. Detalles específicos sobre tiempos, objetivos y protocolos de extracción. Si vamos a la guerra, quiero saber que vamos a ganar. Ya pasé por una guerra, chica, y perdí a muchos hombres buenos. No tengo intención de volver a pasar por eso.

Bien. Le mostraré por qué mi estrategia es infalible.

Durante las dos horas siguientes, diseccionamos cada aspecto del plan. Las voces en mi cabeza se han convertido en consultoras en lugar de autoridades enfrentadas; cada una ofrece su experiencia cuando es relevante en lugar de pelear por el dominio. Cuando Siobhan pregunta sobre contingencias por interferencia federal, la voz de Giuseppe aporta inmediatamente ideas sobre cómo evitar la atención de las fuerzas del orden. Cuando uno de nuestros soldados cuestiona la campaña de desinformación, la voz de Sophia proporciona perfiles psicológicos detallados de nuestros objetivos. Cuando Matteo plantea preocupaciones sobre las ramificaciones políticas a largo plazo, su voz mental me guía a través de la compleja red de relaciones familiares que podrían verse afectadas.

—Lo mejor de hacerlo así —les explico a todos— es que cada parte hace que las demás funcionen mejor. Cuando les golpeamos fuerte, se crea tanto caos que la gente se cree la información falsa que estamos difundiendo. Y cuando los federales empiezan a investigar basándose en nuestros chivatazos, eso los mantiene demasiado ocupados para contraatacar. Mientras todos corren confundidos, nosotros entramos y nos llevamos sus cosas.

—¿Y si algo sale mal? —pregunta Mario en voz alta, con expresión seria. El ceño fruncido hace que sus cicatrices sean más pronunciadas—. ¿Si uno de los componentes falla o se ve comprometido?

—*Todo plan tiene riesgos* —reconoce la voz de Giuseppe—. *Pero la alternativa es mostrar debilidad.*

—*Planes de reserva para los planes de reserva* —sugiere Sophia.

—*Acepta que la perfección es imposible* —añade la voz de Matteo—. *Adáptate.*

—Entonces lo resolvemos sobre la marcha —respondo, sintiéndome más segura de lo que probablemente debería—. Pero golpearlos tan

fuerte desde tantas direcciones hace que sea muy poco probable que fallemos por completo. Incluso si algunos de ellos sobreviven a la primera ronda, tenemos dos oleadas más en camino. Incluso si alguien descubre que estamos detrás de los chivatazos al FBI, ya los habremos destrozado con los ataques directos. No vamos a jugárnoslo todo a una sola carta; tenemos planes de reserva para nuestros planes de reserva.

Siobhan se echa hacia atrás en su silla, en silencio. Entonces, una lenta sonrisa se extiende por su rostro. —¿Sabes lo que veo cuando te miro? —pregunta, con sus ojos verdes brillando con algo que podría ser deleite.

Al instante me pongo en guardia. Si dice Giuseppe, voy a gritar. —¿El qué?

—Me veo a mí misma a tu edad —responde con sinceridad, sorprendiéndome—, si hubiera sido lo bastante lista como para pensar tres movimientos por delante en lugar de limitarme a golpear fuerte y esperar lo mejor. —Se levanta, extendiendo la mano de nuevo—. Los irlandeses están dentro. Apoyo total, cooperación completa, y yo personalmente garantizaré que nuestra gente se encargue de sus objetivos asignados.

El apretón de manos que intercambiamos me hace sentir como si acabara de hacer un pacto con el diablo. Salvo que estoy totalmente de acuerdo con este trato.

—Excelente. —Me giro para dirigirme a toda la sala—. Tenemos cuarenta y ocho horas para prepararnos para la mayor guerra de familias en la historia de New York. Quiero cada detalle confirmado, cada contingencia planeada, cada equipo informado y listo.

—¿Cuándo empezamos los preparativos finales? —pregunta Antonio, su rostro curtido mostrando la emoción de alguien que ha pasado toda una vida esperando una guerra que valiera la pena luchar.

—*Golpea cuando estén más débiles. Cuando crean que están a salvo* —aconseja la voz de Giuseppe.

—*Golpea cuando sirva a nuestro propósito más amplio* —interviene la voz de Sophia.

—*Golpea cuando estemos completamente preparados* —concluye la voz de Matteo—. *Sin movimientos precipitados.*

Considero las tres perspectivas, sopesándolas con lo que yo creo que es correcto.

—Tan pronto como sea posible —decido. Hay murmullos inmediatos —. Mirad, necesitamos realizar la recopilación de inteligencia final y el posicionamiento, pero no tanto tiempo como para que pueda haber filtraciones. Además, cuando el humo se disipe, las otras familias pasarán su mañana de domingo dándose cuenta de que con la familia DeLuca no se juega.

La sala estalla en murmullos de aprobación y sonrisas. Se trata de personas que entienden la violencia como una herramienta de política, y reconocen que este es un plan cojonudo.

Si no estuviera en una sala llena de hombres y mujeres peligrosos, me daría una palmadita en la espalda.

Mientras la reunión termina y la gente empieza a salir para ocuparse de sus preparativos asignados, Matteo se me acerca. Su expresión es compleja: orgullo, preocupación y algo que podría ser asombro, todo mezclado.

—Sabes —dice en voz baja, con un tono dirigido solo a mis oídos—, verte tomar el mando así... me recuerda por qué nunca dudé de que fueras mi hija.

El calor se extiende por mi pecho ante el cumplido. Nunca me cansaré de que Matteo me elogie. —¿Incluso después de todo lo que he sabido sobre mi verdadero origen? —pregunto.

—Puede que Giuseppe aportara el ADN, pero yo soy tu padre —corrige con firmeza, con sus ojos azul grisáceo intensos—. *Yo* te crié, *yo* te enseñé, *yo* te quise cada día de tu vida. No eres su hija; eres la mía. Y verte convertirte en la líder que eres ahora, esa es *mi* hija, no la suya.

Las voces están en silencio, lo que casi me hace gracia. ¿Os habéis quedado mudos, Giuseppe y Sophia?

—Gracias —le digo simplemente, porque tengo demasiada emoción en la garganta para frases más largas y no me apetece nada ponerme a llorar delante de todos. Dios, ¿qué vergüenza sería esa?

Me aprieta el hombro brevemente, un gesto que conlleva años de amor y apoyo. —Dos días, y entonces descubriremos si la familia DeLuca está lista para gobernar New York por completo.

—Ya gobernamos New York —le corrijo, curvando los labios en una sonrisa de suficiencia—. Solo vamos a asegurarnos de que todos los demás lo recuerden.

Mientras se aleja, me giro para encontrarme con Alessandro observándome con una expresión que no alcanzo a descifrar.

—Así que —dice, acercándose a mí mientras la sala se vacía a nuestro alrededor—, ¿cómo han llevado las voces su primera sesión de estrategia real? —pregunta en voz baja mientras me coge la mano, pasando el pulgar por mis nudillos.

Sonrío. —Se han portado bien. Cada una ha aportado lo necesario cuando se necesitaba. Sin peleas, sin caos.

—¿Y cómo te sientes tú respecto a lo que estamos planeando? —Sus ojos escudriñan mi rostro, buscando cualquier signo de duda o conflicto moral.

—*Nos sentimos unificados* —dicen las tres voces simultáneamente y, por suerte, están totalmente de acuerdo.

—Siento que estamos a punto de mostrarle a New York lo que pasa cuando te metes con los DeLuca —le digo, y noto que mi sonrisa se vuelve un poco temible—. Dominic quería ver de qué estoy hecha realmente. Bueno, en dos días, lo va a descubrir.

—Todo New York lo va a descubrir —coincide Alessandro, y su propia sonrisa conlleva la promesa de la violencia que está por venir.

La noche del sábado no puede llegar lo bastante pronto.

25

# ALESSANDRO

La primera explosión atraviesa la noche a las 23:47, diecisiete minutos antes de que debiéramos comenzar nuestro propio asalto.

Estoy revisando los informes finales de posicionamiento en mi despacho cuando las ventanas vibran y el estruendo lejano rueda por toda la ciudad como un trueno. Levanto la cabeza de golpe. —¿Qué coño ha sido eso?

Mi teléfono de alta seguridad estalla con llamadas entrantes mientras corro hacia la ventana, viendo cómo un resplandor anaranjado brota contra la oscuridad en dirección a…

*No.*

En dirección al complejo de los DeLuca.

—Mierda —susurro, casi tambaleándome—. Se nos han adelantado.

La segunda explosión llega seis segundos después. Esta es más cercana, con una onda de choque lo bastante fuerte como para activar las alarmas de los coches en todo mi vecindario. A través del cristal reforzado, puedo ver el bastión irlandés ardiendo como una antorcha contra el cielo nocturno, con las llamas lamiendo la oscuridad mientras las sirenas empiezan a aullar a lo lejos.

Mi móvil vibra con el número de Bianca y respondo antes de que termine el primer tono.

—¡Alessandro! —su voz se abre paso entre la estática y el caos de fondo: disparos, gritos, el rugido de las llamas—. ¡Nos han dado primero! ¡Nos han golpeado a todos al mismo puto tiempo! —Hay una pausa antes de que grite—: ¡JODER!

—¿Cómo de grave es? —pregunto mientras ya estoy cogiendo mi equipo, mis costillas protestan al ponerme el chaleco antibalas sobre la camisa. La herida todavía duele horrores, pero la adrenalina ya está ahogando el dolor. Qué más da. Tendrá que aguantar hasta que esto termine. Ya me las veré con la doctora y sus sermones más tarde.

—Grave —dice Bianca frenéticamente—. Hay al menos cuarenta tiradores en el complejo, probablemente más en el refugio de Siobhan. —Hace una pausa y por un momento creo que la he perdido—. Pero no vamos a caer tan fácilmente —dice finalmente.

Los fogonazos de los disparos iluminan la noche como fuegos artificiales mortales. Los Calabrese han convertido el bajo Manhattan en una zona de guerra, pero si creen que la sorpresa será suficiente para destruirnos, están a punto de aprender lo equivocados que están.

—Estoy movilizando a mi gente —le digo mientras vuelvo corriendo a mi escritorio y pulso el botón de emergencia, avisando a mis hombres de que ha llegado la hora. —¿Dónde nos necesitas?

—Divide tus fuerzas —ordena ella sin dudarlo, y siento una oleada de orgullo por su tono seguro. —La mitad al complejo, la otra mitad a ayudar a Siobhan. No podemos dejar que rompan ninguna de las dos posiciones.

—¿Y tú? —pregunto mientras oigo voces y portazos fuera de mi despacho. Mis hombres están llegando. Bien.

—Estoy coordinando desde la sala de mando. Matteo se encarga de la defensa directa mientras yo dirijo el panorama general. —Oigo un golpe seco al fondo y suena como si la mano de Bianca hubiera golpeado una mesa. —¿Quieren una puta guerra? Les daremos una puta guerra —gruñe.

La línea se corta y me quedo mirando el teléfono exactamente dos segundos antes de reaccionar. Tengo a veinticuatro hombres repartidos en tres puntos de Manhattan, además de otra docena en reserva. Contra más de cuarenta soldados de los Calabrese, estamos superados en número pero no en nivel.

Es hora de igualar las probabilidades.

—¡Tony! —grito al abrir la puerta de golpe y ver allí a mi hombre. —¡Despliegue de emergencia! ¡Todos los equipos, armamento completo, converged en mi posición en cinco minutos!

Tony asiente. —Entendido, jefe. ¿Cuál es la situación?

—Los Calabrese acaban de declararnos la guerra a todos —gruño, bajando las escaleras de tres en tres y soltando un quejido cuando el movimiento sacude mis costillas. —Y vamos a demostrarles exactamente por qué eso ha sido un error.

Abro la puerta principal y me quedo petrificado.

Las calles son un caos.

Mientras mi convoy atraviesa a toda velocidad el bajo Manhattan hacia el complejo, puedo ver el alcance de lo que Dominic ha desatado. Se trata de un asalto total diseñado para lisiar a cada aliado importante que tienen los DeLuca en una sola noche. —Hemos llegado demasiado tarde —me murmuro a mí mismo, con el corazón hundido hasta los pies. —Maldita sea. Hemos llegado tarde.

El humo emana de al menos seis lugares diferentes; el cielo nocturno está teñido de naranja por unos incendios que puedo oler incluso a través del cristal blindado de nuestros vehículos.

Pero lo que más me impacta no es la destrucción, sino la resistencia.

Cada edificio en llamas, cada explosión, cada ráfaga de disparos representa una posición que todavía está luchando. Puede que los Calabrese hayan logrado la sorpresa, pero han subestimado algo crucial: los DeLuca no se rompen fácilmente, y sus aliados tampoco.

—Jefe, tenemos varias unidades de policía desplazándose desde el norte —informa mi conductor, con los nudillos blancos sobre el volante mientras sortea coches abandonados y escombros. —Están intentando establecer un perímetro.

—Esperable pero molesto —murmuro, escaneando la pantalla de mi tableta. —El protocolo de la policía de Nueva York para guerras de bandas es contener y esperar refuerzos federales. No intervendrán directamente a menos que haya civiles en riesgo inmediato.

Lo que nos da quizás dos horas antes de que la situación se vuelva insostenible. Dos horas para convertir esta emboscada en una victoria, o para el amanecer estaremos todos muertos o bajo custodia federal.

Y ambas opciones son claramente poco atractivas.

Mi radio cobra vida con los informes de mis equipos a medida que se despliegan por el campo de batalla. La mitad se dirige a apoyar a la gente de Siobhan en el bastión irlandés, y la otra mitad viene conmigo para reforzar el complejo. La disciplina en sus voces me enorgullece. No hay pánico, no hay confusión, solo soldados profesionales adaptándose a las circunstancias cambiantes.

—Equipo Alfa, aproximándose a la posición irlandesa. Resistencia pesada, pero mantienen el edificio principal —resuena una voz.

—Equipo Bravo, a dos minutos. Parece que los Calabrese los tienen inmovilizados en el ala este —dice otra voz, soltando un taco.

—A todos los equipos, quedaos avisados: el número de enemigos es superior a las estimaciones iniciales —interviene otra voz—.

Contamos más de sesenta hostiles entre todas las ubicaciones.

Casi se me cae el comunicador. Sesenta. *Dios santo*. Dominic planea exterminarnos a todos.

El complejo aparece a la vista al doblar la última esquina, y lo que veo hace que quiera estallar de rabia. El edificio principal está marcado por agujeros de bala y manchas de quemaduras; varios edificios anexos están completamente envueltos en llamas.

—Madre mía —jadea mi conductor mientras el coche frena en seco. Se me seca la boca. Nunca pensé que vería el día en que la mansión DeLuca fuera vulnerada. Para mí, siempre ha sido tan impenetrable como la propia familia.

*¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!*

—Allí —señalo hacia el ala este, donde los fogonazos brotan como flores mortales en la oscuridad. —Ahí es donde tienen inmovilizada a la gente de Matteo por ahora.

—Putos idiotas —gruñe uno de mis hombres por la radio.

No le falta razón. Los Calabrese tienen superioridad numérica y la ventaja de la sorpresa, pero han cometido un error crítico. Han permitido que esto se convierta en un asedio prolongado en lugar de lograr una victoria rápida. Cada minuto que esta batalla continúa favorece a los defensores, que conocen el terreno y tienen una motivación que va más allá de seguir órdenes.

—¡Alessandro! —La voz atraviesa el tiroteo mientras despliego a mis equipos alrededor del perímetro del complejo. Me giro para ver a Bella emergiendo de una posición defensiva cerca de la casa principal, con la cara manchada de hollín y las manos aferradas a un rifle de asalto que parece fuera de lugar en su agarre de artista.

No sé por qué siempre me choca ver a Bella DeLuca manejando un arma. Ha demostrado ser una tiradora excelente, especialmente desde que fue ella quien acabó con Johnny Calabrese. En cuanto me

enteré de su muerte, abrí una botella de escocés que tenía guardada y brindé por la donna DeLuca por librar al mundo de ese despojo humano.

Espero poder tomarme otro trago de escocés una vez que nos deshagamos del maldito Dominic Calabrese.

—¿Dónde está Bianca? —le grito de vuelta, poniéndome a cubierto tras un vehículo volcado mientras las balas sacan chispas del hormigón a nuestro alrededor. —¿Y los niños?

—Los niños están en la habitación del pánico con su niñera. Bianca está en la sala de mando. Ha estado coordinando nuestra respuesta desde que empezó el ataque. —La voz de Bella destila un orgullo feroz incluso mientras devuelve el fuego hacia objetivos que no alcanzo a ver. —Alessandro, deberías ver cómo trabaja. Es magnífico.

Pienso verlo con mis propios ojos.

Hago una señal a mis equipos para que comiencen su asalto a las posiciones de los Calabrese, y luego me abro camino hacia el edificio principal buscando coberturas que consisten mayormente en escombros humeantes y vehículos abandonados. El complejo se ha transformado en algo sacado de una película de guerra: cristales rotos, agujeros de bala y el olor acre de la cordita mezclándose con el humo de una docena de incendios diferentes.

Pero bajo todo eso hay algo más: el sonido de una organización que se niega a romperse.

Llego a la sala de mando y es lo que esperaba: un caos organizado que de algún modo logra mantener la coherencia a pesar de las circunstancias. Hay mapas cubriendo cada superficie, marcados con chinchetas rojas y azules que rastrean las posiciones aliadas y enemigas en tiempo real. El parloteo de las radios llena el aire a medida que llegan informes de todo el campo de batalla, y en el centro de todo, está Bianca.

Si esta no fuera una situación de vida o muerte, soltaría un silbido de admiración.

Lleva un equipo negro que ya ha visto combate: su chaleco está rasgado por un hombro, tiene hollín en la cara y su cabello oscuro está recogido en un moño severo que se ha deshecho parcialmente. Pero sus ojos brillan con una intensidad concentrada mientras coordina operaciones en múltiples frentes simultáneamente. Está tan absorta que ni siquiera nota que estoy aquí.

—Siobhan, necesito que tu gente aguante el pasillo norte otros diez minutos —dice por un comunicador mientras estudia las pantallas de las tabletas con las actualizaciones. —Los equipos de Alessandro se están moviendo para flanquear su fuerza de asalto principal.

Cambia a otra frecuencia sin perder el ritmo. —Mario, retira a tus hombres de la zona del almacén. —Hace una pausa, arrugando la nariz ante lo que sea que Mario acaba de decir. No le gusta. —Mira, sé que parece una retirada, pero necesito que los atraigas a la puta zona de aniquilación que preparamos en el patio. —Frunce el ceño. —Gilipollas —murmura, y no está claro si Mario sigue en la línea.

Pasa a un tercer canal. —Connor, me importa una mierda si están ofreciendo términos de rendición. Estamos hablando de Dominic Calabrese. Cualquier bandera blanca que agiten es o una trampa o una táctica de distracción mientras se reposicionan. —Camina de un lado a otro con rabia mientras habla con Connor, con movimientos rápidos.

Verla trabajar es fascinante. Fluye entre diferentes estilos de comunicación según a quién se dirija: tajante y directa con los combatientes irlandeses, psicológica y manipuladora con los enemigos capturados, y precisa al coordinar con los capitanes DeLuca.

—¿Es mal momento para decir que estás demasiado sexy ahora mismo? —Anuncio mi presencia y ella se gira hacia mí. Se le desencaja la mandíbula y el alivio emana de ella.

—Oh, gracias a Dios que estás aquí —exhala, acercándose rápidamente para abrazarme a pesar del equipo táctico y las armas que hay entre nosotros. Presiona sus labios contra los míos y yo la aspiro, saboreando este minúsculo momento de normalidad—. Nos golpearon diecisiete minutos antes de que nos tocara movernos —dice en cuanto nos separamos—. Ha habido ataques simultáneos en cuatro ubicaciones distintas.

—¿Cómo lo supieron? —pregunto, aunque ya me temo la respuesta.

Su expresión se endurece, esos famosos ojos DeLuca se convierten en esquirlas de hielo. —Alguien habló. Tuvo que ser así. El momento fue demasiado perfecto, los objetivos demasiado precisos. —Vuelve a sus pantallas, señalando las posiciones enemigas marcadas en rojo. —Pero quien les dio la información no lo sabía todo, porque nuestros planes de contingencia están funcionando.

Tiene razón. A pesar del ataque por sorpresa, a pesar de estar superados en número, las fuerzas DeLuca mantienen su posición e incluso empiezan a contraatacar en varios puntos. Los Calabrese esperaban una victoria rápida contra defensores desmoralizados.

En su lugar, se enfrentan a una resistencia coordinada que les está haciendo pagar por cada palmo de terreno.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunto, estudiando la situación e identificando ya dónde pueden tener más impacto mis equipos.

—Me alegra tanto que lo preguntes. —Bianca se aparta el pelo del cuello. —Tu gente es perfecta para romper su asalto en el ala este. —Resalta posiciones específicas en su tableta. —Matteo los ha estado conteniendo, pero está sufriendo bajas. Si puedes golpearlos por la retaguardia mientras él presiona por el frente…

—Cuenta con ello —le digo. —¿Y la posición irlandesa?

—La gente de Siobhan es *increíble* —dice Bianca con admiración genuina. —Han convertido su bastión en una fortaleza y están haciendo que los Calabrese sangren por cada habitación. —Niega

con la cabeza. —Tengo que visitar Boston cuando todo esto termine y aprender unas cuantas cosas más de ella.

Señor, ¿quedaría Boston *en pie* después de eso?

—Pero se están quedando sin munición y suministros médicos —continúa Bianca, mordiéndose el labio mientras reflexiona. —Se está poniendo difícil.

Considero la logística rápidamente. —Puedo hacerles llegar un envío de suministros si coordinamos bien los tiempos —me ofrezco. —Mi gente conoce esas calles mejor que los Calabrese.

Su rostro se despeja. —Hazlo —asiente de inmediato. —¿Y Alessandro? —Me agarra del brazo cuando me giro para irme. —Ten cuidado. Dominic no solo está intentando ganar esta batalla; está intentando eliminar a cada persona que pueda amenazarlo en el futuro. Tú estás definitivamente en esa lista.

Entrelazo nuestros dedos y me los llevo a la boca. —Tú también —le digo seriamente, presionando su mano contra mi mejilla. —Probablemente todo este ataque esté diseñado para sacarte de las posiciones defensivas donde puedas ser un objetivo específico.

—Lo sé —responde ella con una sonrisa burlona que contradice la gravedad de nuestra situación. —Por eso voy a darle *exactamente* lo que quiere.

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, las alarmas empiezan a sonar y su atención vuelve a las pantallas. Aparecen nuevos marcadores rojos más rápido de lo que puedo contar.

¿Qué coño son esos?

—Pero qué demonios… —empiezo, y entonces veo lo que está pasando.

Una tercera oleada de atacantes está entrando por el sur. No son Calabrese esta vez; las firmas tácticas son totalmente distintas. Se

mueven hacia posiciones que les permitirían cortar nuestras rutas de escape.

—¿Quiénes son? —exijo, sintiendo el sudor caer por mi espalda. Cualquier rastro de optimismo se ha evaporado rápidamente.

El rostro de Bianca se ha vuelto pálido mientras estudia la inteligencia entrante. —No lo sé —admite, y por primera vez esta noche oigo incertidumbre en su voz. —Pero sean quienes sean, no están aquí para ayudarnos.

El cielo nocturno estalla con nuevas explosiones mientras los nuevos atacantes anuncian su presencia con granadas propulsadas por cohete que desgarran nuestras defensas exteriores como si fueran de papel. El edificio tiembla a nuestro alrededor y Bianca suelta un taco, mientras la sangre se retira de su rostro.

Ya no estamos solo bajo ataque.

Estamos rodeados.

—Alessandro. —La voz de Bianca corta el caos, y cuando la miro, hay algo en su expresión que me pone los pelos de punta. —Creo que Dominic acaba de revelar su verdadero plan.

—¿Cuál es? —pregunto con cautela.

—Esto nunca fue para ganarnos en una pelea justa —dice, observando cómo nuestras posiciones defensivas son arrolladas por una superioridad numérica y de fuego. —Se trataba de acorralarnos a todos en un solo lugar donde alguien más pudiera rematarnos.

Me cago en todo. Tiene razón. El ataque de los Calabrese no era el evento principal: era el *gancho*. Mientras estábamos centrados en luchar contra la gente de Dominic, la verdadera amenaza se estaba posicionando para destruir a todos los implicados en esta guerra.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto, aunque la respuesta que tengo en mente me asusta.

Bianca estudia sus pantallas, con el rostro impasible. Cuando levanta la vista hacia mí, sus ojos azul grisáceos brillan con furia y resolución.

—El suficiente —dice simplemente. —El suficiente para demostrarles exactamente por qué no se debe acorralar a un DeLuca.

Afuera, la batalla por el bajo Manhattan arrecia; las explosiones iluminan la oscuridad previa al amanecer mientras tres ejércitos diferentes chocan en las calles. Pero dentro de esta sala de mando, viendo a Bianca prepararse para desatar cualquier plan que haya estado guardando en reserva, me doy cuenta de que la verdadera guerra no ha hecho más que empezar.

Y que Dios ayude a cualquiera que haya subestimado de lo que es capaz cuando está entre la espada y la pared.

# BIANCA

La tercera oleada nos ha golpeado como un puto tsunami.

A través de las pantallas, observo cómo vehículos de grado militar irrumpen en el recinto desde todas direcciones. Estos ya no son los soldados de a pie de los Calabrese; son profesionales con equipo táctico, movimientos coordinados y una potencia de fuego que hace que el cielo nocturno parezca una celebración del cuatro de julio.

*Mátalos a todos,* ruge la voz de Giuseppe en mi cabeza, con una furia a la altura de las explosiones que sacuden el edificio a nuestro alrededor. *No muestres piedad. Préndeles fuego a todos.*

*Haz que sufran primero,* susurra Sophia con frialdad. *Deja que comprendan lo que han atraído sobre sí mismos.*

*Tienes que acabar con esto de forma eficiente,* la voz de Matteo se impone sobre ambos, aportando una nota de razón incluso mientras las paredes tiemblan. *Daños colaterales mínimos. Conserva lo que podamos.*

Por un momento, me quedo paralizada en el centro de la sala, con tres enfoques diferentes luchando en mi mente mientras la batalla ruge fuera. Giuseppe exige una brutalidad aplastante. Sophia quiere tortura psicológica. Matteo aconseja precisión estratégica.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué *hacer*?

Entonces veo a Alessandro casi vibrando de impaciencia, deseando claramente volver al tiroteo, y de repente las tres voces se alinean en perfecta armonía.

*Protege lo que más importa.*

—El ala este se está derrumbando —menciona Alessandro, estudiando las pantallas—. Tenemos que reforzar el patio principal o romperán nuestro centro.

Bendito sea por ayudarme a tomar mi decisión, aunque sea de forma involuntaria.

—Entonces allí es adonde vamos —decido, agarrando mi equipo—. Si vamos a resistir, que sea donde todo el mundo pueda vernos luchar.

Nos movemos rápidamente por los pasillos del recinto, reuniendo soldados a medida que avanzamos. El patio principal es un caos: humo, disparos y el olor acre de los explosivos llenando el aire. Pero también es donde la mayoría de nuestra gente ha tomado posiciones, usando la fuente y la decoración del jardín como cobertura.

Alessandro se sitúa cerca del centro del patio, coordinando nuestras líneas defensivas mientras yo trabajo en las maniobras de flanqueo. Nuestra gente puede vernos a ambos, luchando junto a ellos en lugar de escondernos en la seguridad de la sala de guerra.

—¡Bianca! —grita por encima del estruendo de los disparos, con el rostro manchado de hollín y sangre—. Necesito que coordines las rutas de retirada. Si esto sale completamente mal...

—*No* vamos a retirarnos —le interrumpo con firmeza, acercándome a él por el espacio abierto del patio—. Vamos a destrozarlos aquí y ahora.

—No lo entiendes —me agarra del brazo en cuanto llego a su altura, con voz urgente y ojos que buscan los míos—. Esto ya no se trata

solo de ganar. Se trata de...

El chasquido seco de un rifle interrumpe sus palabras. A cámara lenta, veo la bala viajar por el aire hasta alcanzar a Alessandro. Atraviesa su pecho con un sonido húmedo y desgarrador que me hace gritar. El impacto lo empuja hacia atrás, y observo con horror cómo la sangre brota tanto de la herida de entrada en su pecho como de la herida de salida, más grande, en su espalda.

El mundo parece detenerse y me quedo congelada por la impresión antes de que el tiempo se acelere de nuevo y me enfrente a la realidad de que a Alessandro *le han disparado*.

—¡Alessandro! —grito, atrapándolo mientras se desploma por completo en mitad del patio; su peso casi nos hace caer a ambos al pavimento de piedra—. ¡No!

A nuestro alrededor, la batalla parece pausarse un instante cuando nuestros soldados ven caer a su líder. Hay sangre por todas partes: empapando su chaleco, extendiéndose en un charco que crece rápidamente bajo nosotros, cubriendo mis manos mientras busco frenéticamente el origen de la hemorragia más grave. Respira con jadeos cortos y superficiales, y cada exhalación va acompañada de un horrible estertor húmedo que me indica que la bala le ha dado en el pulmón.

*NO,* rugen las tres voces al unísono, con una furia tan intensa que me nubla la vista con lágrimas ardientes de rabia. *ÉL NO. ALESSANDRO NO.*

—Quédate conmigo —jadeo, presionando ambas manos contra la herida del pecho mientras la sangre late caliente y espesa entre mis dedos—. No te atrevas a dejarme. No te atrevas a *hacerlo*, joder.

Tiene los ojos color avellana desenfocados, las pupilas dilatadas por la conmoción y la pérdida de sangre. Cuando intenta hablar, una espuma rosada burbujea en las comisuras de su boca. —Bianca... no puedo... no puedo respirar...

—Ahorra fuerzas —gruño, pero la voz se me quiebra por completo y un sollozo se me escapa de los labios. Se está muriendo. Aquí mismo, en mis brazos, delante de todo el mundo, el hombre al que amo más que a la vida misma se está muriendo y no puedo detenerlo.

Cada soldado en el patio puede ver lo que está pasando. Miran a su futura donna sosteniendo a su compañero mientras se desangra por la bala de un francotirador, y puedo sentir cómo el impacto y la rabia crecen a nuestro alrededor.

Verlo morir en mis brazos activa algo primario y violento que ahoga cualquier pensamiento racional. Esto ya no se trata de estrategia, ni del honor de la familia, ni siquiera de la supervivencia. Ya ni siquiera me importa que intentaran matarme durante la última prueba.

Esto va de que alguien acaba de disparar al hombre que amo, y van a pagarlo muy caro con todo lo que tienen, joder.

—Traed... a un médico —jadea él, con los ojos luchando por enfocarse en mi rostro—. Luego... acaba con todos.

Nuestros soldados observan cómo Alessandro cierra los ojos y su cuerpo queda inerte en mis brazos.

—¡No! —grito, moviendo frenéticamente las manos hacia su muñeca y su cuello, buscando desesperadamente el pulso. El pecho me sube y baja por los sollozos mientras mis manos resbalan sobre su piel debido a la cantidad de sangre que las cubre. *Por favor, que tenga pulso. Por favor, que esté vivo.* —N-no puedes dejarme —exclamo—. Te quiero.

*Ahí*. Un pulso. Es débil, pero está ahí. Mi alegría momentánea es superada rápidamente por la necesidad de ponerlo a salvo de inmediato.

—¡Antonio! —grito—. ¡Trae a los médicos aquí ahora mismo! ¡Y llevad a Alessandro a un lugar seguro!

—Ya estoy en ello —responde Antonio, haciendo una señal a dos soldados que se apresuran con una camilla.

Los soldados levantan a Alessandro con cuidado y lo colocan suavemente en la camilla. La idea de que no esté a mi lado me provoca una oleada de ansiedad tan fuerte que casi me hace caer, pero me contengo. No puedo desmoronarme ahora. Tengo que ser fuerte por los soldados que me miran. Están esperando a ver qué hago a continuación. ¿Me hundiré o me recompondré para ser una líder?

Van a ver a una líder.

—Voy a matar hasta al último de ellos —digo en voz alta mientras se llevan a Alessandro en la camilla, lo suficientemente alto para que mis hombres puedan oírme—. Van a *pagar* por lo que le han hecho a los DeLuca.

Algo en mi interior se rompe por completo. La visión de su sangre sobre las piedras del patio, el recuerdo de su respiración dificultosa, saber que podría morir por culpa de la guerra de Dominic... todo se cristaliza en una *rabia* pura y concentrada.

Me giro lentamente para mirar a los soldados que me rodean, con las manos todavía cubiertas de la sangre de Alessandro. Pueden ver el cambio en mi rostro, cómo el dolor y la furia me han transformado en alguien despiadado y a sangre fría.

—Escuchadme —exclamo, y mi voz se proyecta por todo el patio a pesar de los disparos incesantes—. Han disparado a Alessandro. Han entrado en nuestra casa, han intentado destruir a nuestra familia y han disparado al hombre que amo.

Los soldados a mi alrededor asienten, con su propia ira creciendo al ver a su futura donna cubierta de sangre.

—Así que ahora vamos a enseñarles lo que pasa cuando acorralas a los DeLuca —continúo, sacando mi arma—. Sin piedad, sin prisioneros, sin supervivientes. Ponemos fin a esto esta noche.

*Sí,* coinciden las tres voces en perfecta armonía. *Acaba con todos.*

—¡Antonio! —Me giro hacia la mano derecha de Matteo—. ¿Dónde está su estructura de mando? ¿Desde dónde se coordinan?

—Estamos detectando mucha actividad de radio en el edificio oeste —informa de inmediato, con el rostro también manchado de sangre —. Ahí es donde se ocultan sus líderes. Tienen buena visibilidad y múltiples rutas de escape desde allí.

—Excelente. Allá vamos —declaro, alzando mi arma al aire—. ¡En marcha! ¡Por Alessandro! ¡Por la familia!

—¡Por Alessandro! ¡Por la familia! —resuena el grito de guerra.

El asalto al edificio principal no se parece a nada que haya experimentado jamás. Nuestros soldados me siguen con esa clase de furia desesperada que nace de ver sangrar a sus líderes. Avanzamos por el recinto como una fuerza de la naturaleza, destruyendo cada posición de los Calabrese que encontramos.

Ya no pienso. Solo reacciono, dejando que la memoria muscular y el entrenamiento me guíen mientras la furia me sirve de combustible. Cada disparo que hago, cada enemigo que abato, me acerca un paso más al hombre responsable de que mis manos estén manchadas con la sangre de Alessandro.

*No muestres piedad,* exige Giuseppe mientras nos acercamos a nuestro objetivo.

El camino hacia Dominic está sembrado de cadáveres: sus soldados, que pensaron que podrían mantener posiciones defensivas contra una mujer motivada por el amor y la venganza. Se equivocaron.

Cuando finalmente irrumpimos en el ala oeste, Dominic Calabrese sale de detrás de un escritorio volcado, flanqueado por los soldados que le quedan. Ya no se esconde ni da órdenes desde un lugar seguro. Su caro traje está roto y manchado de sangre, su oscuro cabello alborotado, pero sus ojos arden con una furia desesperada.

—Bianca DeLuca —gruñe, levantando su arma—. La huerfanita bastarda de Giuseppe. He estado esperando este momento.

*Quiere enfrentarse a ti directamente,* observa la voz de Matteo.

*Cree que puede intimidarte,* susurra Sophia con desprecio.

*Bien,* ruge Giuseppe con satisfacción salvaje. *Que venga.*

—Dominic Calabrese —respondo con sorna, con voz firme a pesar de la rabia que me abrasa el pecho—. El hombrecillo insignificante que fue lo bastante estúpido como para pensar que podía manipular y asesinar a una DeLuca y a un aliado de los DeLuca y salirse con la suya.

—¿Que soy estúpido? —Se ríe, haciendo una señal a sus hombres para que se desplieguen a nuestro alrededor—. Tu novio se está desangrando en algún puesto médico improvisado, tu recinto está ardiendo y, en cinco minutos, agentes federales van a irrumpir aquí y arrestar a todo el que siga respirando. Yo diría que he logrado brillantemente lo que me propuse.

Las palabras sobre Alessandro hacen que se me encoja el corazón de dolor, pero también cristalizan mi furia en algo frío y afilado. Este hombre es la razón por la que dispararon a Alessandro. Este hombre intentó destruir a mi familia. Este hombre cree que ha ganado.

Está a punto de aprender exactamente lo equivocado que está.

—Cometió un error, Dominic —le digo, sintiendo cómo mis soldados toman posiciones a mi alrededor—. Olvidó que cuando se acorrala a un DeLuca, no nos rendimos. Destruimos todo lo que encontramos a nuestro paso.

—Ah, ¿sí? —Su sonrisa es burlona mientras levanta su pistola—. Veamos cuánta destrucción es usted capaz de causar.

El tiroteo estalla a corta distancia, brutal y vicioso. Los hombres de Dominic son profesionales, pero se enfrentan a soldados DeLuca que luchan para vengar a su líder herido. La sala se llena de disparos y

humo mientras intercambiamos fuego entre muebles volcados y escombros.

Ya ni siquiera pienso. Solo siento. Cada disparo está calculado para causar el máximo efecto. Los soldados de Dominic caen uno a uno, pero él sigue luchando, agachándose tras las coberturas y devolviendo el fuego con el comportamiento desesperado de un hombre que sabe que está a punto de perderlo todo.

—Debería haberse quedado escondido en el agujero del que salió su familia —grito mientras recargo, usando la brutal franqueza de Giuseppe para presionar el ataque.

—Deberías haber muerto en aquella prueba, como se suponía que iba a pasar —me grita él de vuelta; sus balas sacan chispas del pilar que utilizo como cobertura.

—¡Quizá debería haberlos hecho más duros de verdad! —le provoco, asomándome sobre el pilar y disparando. El alarido de dolor de Dominic es un sonido que atesoraré para siempre.

La batalla continúa durante lo que parecen horas, pero probablemente sean solo unos minutos. Me pitan los oídos por los disparos en el espacio cerrado y el humo me quema los ojos, pero sigo moviéndome, sigo disparando, sigo acortando la distancia entre nosotros.

Finalmente, solo quedamos Dominic y yo, frente a frente en una sala plagada de cadáveres y casquillos de bala. Su arma está vacía y a la mía le queda una bala. Ambos respiramos con dificultad, ambos estamos ensangrentados, ambos estamos más allá del punto de agotamiento.

—Esto es por Alessandro —le digo, con voz firme a pesar de todo.

—Esto es por mi familia —gruñe él, intentando alcanzar un arma de repuesto.

Yo soy más rápida.

La bala le da de lleno, empujándolo hacia atrás contra la pared. Su mano se suelta de su arma mientras la sangre se extiende por su camisa. Pero sigue consciente, mirándome todavía con el odio ardiendo en sus ojos oscuros.

¿Cree... cree que esto acaba aquí? —jadea, con sangre espumosa en los labios—. Los federales… no están aquí por accidente. Yo me aseguré… me aseguré de que vinieran a por vosotros.

Me acerco, con mi arma vacía todavía apuntándole. —Puede que vengan, pero tú no estarás aquí para verlo.

Saco mi arma de repuesto y le meto una última bala en la frente. El odio finalmente desaparece de sus ojos mientras se desliza por la pared, dejando un rastro carmesí sobre la pintura blanca.

—Dale recuerdos a Johnny —le digo a su cadáver con sarcasmo.

La guerra ha terminado. Me tiemblan las rodillas por el agotamiento y casi me desplomo allí mismo. Ganamos. Lo logramos. Mis pensamientos vuelan de inmediato hacia Alessandro. Tengo que ir al hospital ahora mismo y asegurarme de que esté bien. Tengo que encontrar a Matteo y a Bella y a los gemelos...

—¡Señorita DeLuca! —Uno de mis soldados irrumpe por la puerta, con rostro urgente—. Vehículos federales... al menos una docena rodeando el recinto. El FBI, la ATF, probablemente Seguridad Nacional.

Joder. Nuestros verdaderos problemas no han hecho más que empezar.

—Y hay algo más… —continúa el soldado.

Giro la cabeza hacia él bruscamente. —¿Qué? ¿A qué te refieres?

El soldado está pálido. —Helicópteros de noticias. Toda esta batalla se ha retransmitido en directo por toda la ciudad. Todas las cadenas importantes están cubriéndolo.

Mi agotamiento pasa inmediatamente a un segundo plano. Tiene que ser una broma. Esto lleva la firma de las manos pegajosas de Dominic Calabrese por todas partes.

Incluso muerto sigue intentando joderme.

Suenan sirenas y corro hacia las ventanas. A través del cristal roto, puedo ver a qué se refiere. Vehículos negros con matrículas oficiales están formando un perímetro alrededor del recinto, y equipos con equipo federal están tomando posiciones que sugieren que se están preparando para un asedio más que para realizar arrestos. Pero por encima de ellos, los helicópteros giran como buitres, con sus focos y cámaras registrándolo todo.

—Joder —siseo, con el corazón desbocado. Ni en todos mis planes y planes de contingencia tuve nunca en cuenta esto.

*Este era siempre el riesgo,* observa la voz de Matteo con una aceptación sombría.

*Aún podemos luchar para salir,* insiste Giuseppe. *Hemos superado situaciones peores.*

Pero mientras miro la sangre en mis manos —la de Alessandro mezclada con la de Dominic— y oigo a los agentes federales tomar posiciones alrededor del recinto mientras las cámaras graban cada uno de nuestros movimientos, me doy cuenta de que, por primera vez desde que todo esto empezó, las voces no son suficientes.

Puede que haya ganado la batalla, pero la verdadera guerra no ha hecho más que empezar.

Y es contra los putos federales y el mundo entero.

Joder.

# ALESSANDRO

Dolor.

Eso es lo primero que se filtra a través de la neblina. Un dolor agudo y ardiente que se extiende desde mi pecho hacia fuera como un incendio forestal, haciendo que cada bocanada de aire se sienta como si me estuviera ahogando en cristales rotos. Intento moverme, intento comprender dónde estoy, pero mi cuerpo se siente desconectado de mi mente, pesado y sin respuesta.

Fragmentos de imágenes entran y salen de mi campo de visión. Máquinas que emiten pitidos. El olor antiséptico de... ¿un hospital? ¿Es ahí donde estoy? Los azulejos blancos del techo nadan sobre mí. Voces distantes y amortiguadas, como si las oyera bajo el agua.

—... pulmón colapsado, pero hemos logrado expandirlo de nuevo...

—... tiene suerte de que la bala pasara a dos centímetros del corazón...

—... recuperación completa, pero llevará tiempo...

Voces de médicos. Términos médicos que flotan a mi alrededor sin llegar a posarse. Intento concentrarme, intento recomponer lo sucedido, pero mis pensamientos se sienten como piezas de un puzle desparramadas que no encajan bien.

Pero ¿qué recuerdo?

Sangre. Recuerdo sangre.

A Bianca gritando mi nombre.

El patio. El rifle del francotirador. El sonido de la bala atravesándome el pecho. El dolor del proyectil alojándose en mi interior.

Intento incorporarme, el pánico me inunda mientras los recuerdos regresan de golpe, pero el dolor estalla en mi torso y caigo hacia atrás contra las almohadas con un jadeo ahogado.

El tiempo se vuelve elástico, carente de sentido. El dolor fluye y refluye como las mareas. Los sueños se mezclan con la realidad hasta que no distingo cuál es cuál. A veces vuelvo al patio, viendo cómo la bala se acerca a cámara lenta. A veces estoy en salas de juntas llenas de hombres con trajes caros que quieren destruir todo lo que hemos construido. A veces sostengo a Bianca mientras llora, sus lágrimas mezclándose con sangre que podría ser mía o de otra persona.

A veces capto fragmentos de conversaciones en el pasillo; voces que reconozco mezcladas con otras que no, menciones a la «situación de Elena» y a «Sofia Renaldi» y «nunca más». Las palabras no tienen sentido del todo a través del velo de la medicación. ¿Por qué mencionan a la hija de los Renaldi? ¿Y qué tiene que ver el socio de Mario DeLuca con todo esto?

Otras veces soy consciente de la presencia de Bianca sin llegar a despertarme del todo. El suave sonido de las páginas al pasar, su aroma familiar, el calor de su mano sosteniendo la mía. Me habla a veces, con voz baja y tranquilizzante, aunque no siempre puedo seguir lo que dice.

—... los médicos dicen que te estás curando bien. Tu pulmón ya está totalmente expandido y no hay rastro de infección...

—... Matteo se ha encargado de las repercusiones políticas, pero creo que vamos a estar bien. Por una vez, la prensa está de nuestra parte...

—Te quiero. Necesito que despiertes para poder decirte lo mucho que te quiero...

Quiero responder. Quiero decirle que yo también la quiero, pero mi voz no funciona y mis ojos no terminan de abrirse. Lo único que puedo hacer es intentar apretarle la mano y esperar que lo entienda.

Pero gradualmente, poco a poco, la niebla empieza a disiparse.

La próxima vez que recupero el conocimiento por completo, el dolor es más llevadero y tengo los pensamientos más despejados. La luz del sol de la tarde entra por las ventanas, bañándolo todo con un cálido resplandor dorado. El pitido de las máquinas se ha convertido en ruido de fondo, y puedo oír los sonidos distantes de la ciudad más allá de las paredes del hospital.

Y allí está Bianca.

Está acurrucada en el sillón junto a mi cama, absorta en lo que parece ser una novela de bolsillo. Tiene el pelo oscuro recogido en un moño desordenado mientras lee, y tiene el ceño fruncido por la concentración. Lleva unos vaqueros y una sudadera de Columbia que le queda grande, pareciendo más acorde a su edad y más vulnerable que la peligrosa mujer que orquestó la caída de una de las familias mafiosas más notorias de Nueva York.

El libro que tiene en las manos muestra en la portada a un hombre sin camiseta con los brazos musculosos rodeando a una mujer con un vestido vaporoso. Tengo que parpadear varias veces para asegurarme de que lo que veo es real.

—¿En serio? —croo; tengo la voz oxidada por la falta de uso, pero es audible—. ¿Novelas románticas de bolsillo?

Se pega tal susto que el libro sale volando de sus manos y cae al suelo con un golpe sordo. Sus ojos azules se abren de par en par por la sorpresa durante un segundo exacto antes de que la alegría inunde su rostro con tal intensidad que me deja sin aliento.

—¡Alessandro! —Se lanza hacia mí antes de detenerse en seco, con las manos suspendidas sobre mi cuerpo como si tuviera miedo de romperme—. Oh, Dios mío, estás despierto. De verdad estás despierto.

—Hola —susurro, levantando una mano que parece pesar mil kilos para tocarle la cara—. ¿Me has echado de menos?

Una risa ahogada brota de ella. Las lágrimas se le desbordan de los ojos y le recorren las mejillas mientras se inclina con cuidado, con delicadeza, para apoyar su frente contra la mía.

—Pensé que te perdía —jadea, con la voz quebrada—. Cuando te vi caer, cuando vi tanta sangre... P-pensé que ibas a morir en mis brazos.

—No es tan fácil librarse de mí —le digo, aunque el recuerdo de aquel momento —el ardor en el pecho, el sabor a sangre en la boca, la forma en que su rostro se contrajo de terror— hace que me escuezan los ojos.

Ella se ríe, pero es una risa temblorosa y ahogada. —Los médicos dijeron que la bala pasó a dos centímetros del corazón. Dos putos centímetros, Alessandro —dice con los ojos anegados en lágrimas y el labio inferior tembloroso.

—Pero no le dio —señalo, tratando de aligerar el ambiente a pesar de la gravedad de lo cerca que estuve de morir—. Y estoy aquí. Ambos estamos aquí.

Ella asiente, secándose los ojos con el dorso de la mano. —Lo estamos. Lo hemos logrado.

—El libro —bromeo, señalando con la cabeza hacia donde cayó, queriendo cambiar de tema para centrarme en algo que no fuera mi casi muerte—. ¿De verdad?

Sus mejillas se tiñen de rosa y, por un momento, parece exactamente la chica de diecinueve años que es, en lugar de la formidable líder en la que se ha convertido. —No me juzgues. No podía concentrarme en nada serio, pero necesitaba algo para mantener las manos ocupadas mientras estaba sentada aquí. La tienda de regalos no tenía una gran selección.

—¿De qué trata? —pregunto con curiosidad.

—De un duque que se enamora de una institutriz —admite, y su rubor se intensifica—. Es completamente ridículo.

—Parece la lectura perfecta para la recuperación —le digo con seriedad, y ella se ríe; una risa de verdad esta vez, brillante y genuina. Me calienta el corazón oírla.

—Te he echado tanto de menos —susurra, tomando con cuidado mi mano entre las suyas y presionándola contra su mejilla—. Estos últimos tres días... Nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

—¿Qué pasó después de que yo cayera? —Supongo que fue una victoria, considerando que Bianca está viva.

Su expresión cambia, y sus labios se curvan en una sonrisa *muy* arrogante. —Los matamos a todos. A cada soldado de los Calabrese en el complejo, y luego yo misma le metí una bala en la frente a Dominic.

La naturalidad con la que lo dice probablemente debería preocuparme. En cambio, no siento más que orgullo y admiración. —¿Cómo habéis manejado la respuesta federal?

—Con cuidado —responde, acomodándose de nuevo en su silla sin soltar mi mano—. El FBI apareció esperando arrestar a un grupo de pandilleros tras una guerra de bandas. En su lugar, se encontraron

con los miembros supervivientes de una respetada familia de Nueva York que se habían defendido de un asalto no provocado. —Se ríe encantada.

—¿Y se lo han tragado? —pregunto con escepticismo. Me parece difícil de creer.

—Se han creído la narrativa que construyeron nuestros abogados —corrige con una leve sonrisa—. Las propias pruebas de Dominic se volvieron en su contra. Todas esas grabaciones que hizo, toda la documentación de sus juicios... todo pintaba el retrato perfecto de un hombre obsesionado con la venganza que finalmente perdió la cabeza e intentó cometer un asesinato en masa.

Estudio su rostro, notando cómo se le iluminan los ojos cuando habla de las maniobras políticas. Esto ya no es solo cuestión de supervivencia. Está claro que disfruta genuinamente del complejo juego de ajedrez que supone gestionar la percepción y controlar las narrativas.

—¿Has hecho todo eso mientras yo estaba inconsciente? —Arqueo una ceja. O mienten sobre cuánto tiempo he estado fuera, o los abogados de los DeLuca valen cada puto céntimo.

—Matteo ayudó —admite ella—. Pero sí, la mayor parte de la estrategia ha sido mía. Las voces fueron útiles por una vez. Giuseppe aportó ideas sobre cómo piensa la policía, Sofía ayudó con los aspectos de manipulación psicológica y la voz de Matteo guio las consideraciones políticas a largo plazo.

—Las voces —repito, observándole el rostro con atención—. ¿Cómo están ahora?

—Mejor. Mucho mejor. —Me aprieta la mano—. Lo que me enseñaste sobre coordinarlas en lugar de luchar contra ellas está funcionando. Ya no compiten entre sí; colaboran. Es como tener un equipo de consultores expertos en mi cabeza.

—¿Y te parece bien?

Se queda callada un momento, considerando la pregunta con seriedad mientras enrolla un mechón de pelo alrededor de un dedo fino. Cuando responde, su voz transmite una certeza absoluta.

—Me parece más que bien. Por primera vez en mi vida, me siento completa. Como si todas las diferentes partes de lo que soy por fin estuvieran trabajando juntas en lugar de pelearse unas con otras. —Me mira directamente a los ojos—. Sé de lo que soy capaz ahora, y ya no me asusta.

—A mí tampoco me asusta —le digo sinceramente—. Me hace sentir orgulloso.

Su sonrisa es radiante, transformando todo su rostro. —Te quiero —dice simplemente—. Más de lo que jamás pensé que fuera posible querer a alguien. Cuando pensé que podría perderte...

—No vas a perderme —la interrumpo con firmeza, presionando un dedo contra sus labios—. Hará falta algo más que un puto francotirador de los Calabrese para mantenerme alejado de ti.

Ella sonríe. —¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Y lo digo en serio.

Entonces se inclina, evitando con cuidado mis heridas, y me besa con una dulzura que poco a poco se convierte en algo más profundo, más desesperado. Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad, y puedo ver el deseo mezclado con el alivio en sus ojos. Su mirada se desvía hacia mi monitor cardíaco, que pita con fuerza debido al aumento de mis pulsaciones. Ella suelta una risita.

—Cuando estés mejor —susurra contra mis labios—, te voy a enseñar exactamente cuánto te he echado de menos.

—Estoy deseando verlo —murmuro, anticipando ya nuestro reencuentro a pesar de que la medicación para el dolor hace que todo sea un poco borroso.

—Pero de momento —continúa ella, apartándose un poco para lanzarme una mirada altiva digna de una DeLuca—, tienes que descansar y curarte. Órdenes del médico.

—Sí, señora —acepto, aunque ya estoy luchando por mantenerme despierto. La conversación me ha agotado más de lo que esperaba.

Mientras la consciencia empieza a escapárseme de nuevo, oigo cómo se acomoda otra vez en su silla y el suave sonido de las páginas al pasar cuando retoma su ridícula novela. De lo último que soy consciente es de su mano en la mía, cálida, sólida y real, anclándome al mundo de los vivos.

Me quedo dormido con una sonrisa en la cara, sabiendo que cuando vuelva a despertar, ella seguirá allí. Siempre estará allí.

Y juntos, no hay nada a lo que no podamos sobrevivir.

# BIANCA

Me cuesta tres intentos salir del coche de una vez por todas.

La primera vez, me quedo sentada en el asiento del conductor durante veinte minutos, mirando a través del parabrisas las puertas de hierro forjado del cementerio de Woodlawn, mientras mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos. La segunda vez, llego a abrir la puerta antes de que el pánico me inunde el pecho y vuelva a cerrarla de golpe, con el corazón martilleando como si estuviera a punto de enfrentarme a un pelotón de fusilamiento.

La tercera vez, me obligo a moverme antes de que pueda pensar demasiado en lo que estoy haciendo.

Han pasado tres semanas desde la batalla que acabó con la familia Calabrese, lo que significa que han pasado tres semanas desde que le metí una bala en la frente a Dominic. Alessandro se está recuperando bien; su función pulmonar ha vuelto a la normalidad y la herida del pecho ya es solo una cicatriz que le gusta lucir para que yo ponga los ojos en blanco. Matteo y yo hemos encontrado nuestro nuevo ritmo, algo que no llega a ser de padre e hija, pero que sin duda es de familia. La investigación federal concluyó sin que se presentaran cargos contra nadie de nuestra organización.

Como era de esperar.

Todo debería parecer resuelto. En cambio, he estado cargando con este peso en el pecho, esta necesidad de enfrentarme a las personas por cuyas venas corre mi sangre, pero que me moldearon de formas que apenas empiezo a comprender.

Así que aquí estoy, caminando por un cementerio en una fría mañana de finales de noviembre, con mi aliento formando pequeñas nubes en el aire gélido mientras sigo el mapa que me ha dado el guarda. Di instrucciones estrictas a mis guardaespaldas de que *no* me siguieran.

Así que, naturalmente, están en sus coches vigilándome como halcones.

Mis botas crujen sobre las hojas caídas, y el olor de finales de otoño —follaje en descomposición y esa frescura particular que precede al invierno— me llena la nariz.

La tumba de Giuseppe es lo que esperaba.

La lápida es de granito negro macizo, de esas que gritan riqueza. Unas letras doradas lo proclaman como *Giuseppe DeLuca, Amado Patriarca.* Incluso hay una cita tallada bajo su nombre: *Un hombre que construyó un imperio para el futuro de su familia.*

Me quedo mirando esas palabras —*amado patriarca*— y me dan ganas de tirar algo. O de dar un puñetazo. O quizá incluso de volver atrás en el tiempo para poder matar a Dominic otra vez.

—¿Amado por quién? —le pregunto a su lápida, y mi voz suena con claridad en el silencioso cementerio—. Porque te aseguro que no recuerdo que nadie te quisiera de verdad.

Un jardinero que trabaja cerca me echa una mirada al verme hablar con una tumba, pero me da igual. Llevo meses teniendo conversaciones con muertos en mi cabeza; más vale que, por una vez, lo haga en voz alta.

Me agacho y coloco las flores que ya hay en la tumba. Sé que Matteo hace que alguien traiga flores una vez al mes a la tumba de Giuseppe y a la de su propia madre. Por las apariencias, lógicamente. Que yo sepa, Matteo no ha puesto un pie en este cementerio desde que yo era niña.

—¿Quieres saber qué pienso de ti, Giuseppe? —digo mientras me levanto, ajustándome el abrigo para protegerme del frío—. Pienso que eras un monstruo. Un maldito monstruo que tomaba lo que quería y al que no le importaba quién saliera herido en el proceso.

La rabia que ha estado hirviendo en mi pecho durante semanas estalla finalmente y, antes de que pueda contenerme, escupo sobre el granito inmaculado. La saliva resbala por las letras doradas y siento una satisfacción salvaje al verla gotear sobre el césped perfectamente cuidado.

—Destruiste a mi madre —le digo a su fantasma, sin importarme si alguien piensa que estoy loca—. Violaste a una niña de dieciséis años y luego actuaste como si ella debiera estar agradecida por el privilegio. Me creaste mediante la violencia y me abandonaste para que me criara el hijo que tuvo que limpiar tu desastre.

Mi voz es cada vez más alta, está más cargada de ira, pero no puedo evitar que las palabras broten a borbotones.

—Pero hay algo con lo que no contabas. —Aprieto los puños a los costados, hundiéndome las uñas en la piel, pero agradezco el escozor—. Sí, tengo tu sangre. Tengo tu mente, tus instintos, tu capacidad para la violencia y bla, bla, bla. Pero también tengo algo que tú nunca tuviste: personas que me quieren de verdad. Personas que eligieron protegerme en lugar de utilizarme.

Doy un paso atrás, observando la elaborada lápida con sus mentiras talladas en piedra.

—Así que gracias, supongo. Gracias por los dotes genéticos. Voy a utilizar cada método despiadado que usaste tú, cada instinto brutal

que me transmitiste, cada impulso oscuro de mi ADN. —El viento me azota el pelo y me lo aparto. No he terminado todavía—. Pero voy a usarlos para construir algo mejor que cualquier cosa que hayas logrado jamás —explico, imaginando que Giuseppe me escucha desde algún lugar del infierno—. Algo basado en la lealtad y el amor en lugar de solo en el miedo.

El viento vuelve a arreciar, esparciendo hojas por el cementerio y, por un momento, imagino que oigo su voz, ese tono duro y exigente que resuena en mi cabeza cuando habla la voz de Giuseppe. Pero aquí fuera, en el frío aire otoñal, solo suena como el viento entre las ramas desnudas.

—Estás muerto —le digo a la lápida—. Y yo no. Yo gano.

El camino hasta la tumba de Sophia se hace más largo, aunque solo esté a unos cientos de metros. Mis pasos resuenan en el sendero pavimentado y me cruzo con otros visitantes: una anciana que deposita flores en una tumba, un hombre de traje que permanece en silencio con la cabeza inclinada. Gente normal llorando muertes normales.

Nada en mi familia ha sido normal nunca.

La lápida de Sophia es completamente distinta a la exhibición de riqueza y poder de Giuseppe. Es de mármol blanco sencillo, elegante en su simplicidad, con solo su nombre y sus fechas. *Sophia Marie DeLuca*. Debajo, una sola línea. *Amada Madre*.

Otra mentira. Pero me doy cuenta de la omisión: no hay un «amada esposa». Parece que ni siquiera Matteo pudo soportar añadir esa mentira para toda la eternidad.

Una delicada estatua de un ángel corona la lápida, con las alas extendidas y el rostro vuelto hacia el cielo. Es hermosa y pacífica, y no tiene absolutamente nada que ver con la complicada mujer a la que representa.

Me acomodo en el pequeño banco de piedra situado frente a su tumba, intentando organizar mis pensamientos. Con Giuseppe, mis sentimientos eran sencillos: rabia, asco, el deseo de demostrar que soy mejor de lo que él fue jamás. Pero Sophia... Sophia es más difícil.

Respiro hondo, tratando de ordenar mis ideas. —No sé qué decirte —admito ante su lápida, con la voz más baja de lo que estaba ante la tumba de Giuseppe—. Pasé la mayor parte de mi vida pensando que simplemente no querías estar conmigo. Que preferías las fiestas y los eventos sociales a pasar tiempo con tu hija.

La estatua del ángel mira serenamente hacia el cielo, sin ofrecer respuestas. Arrastro la punta de la bota por la tierra, con la mente a mil por hora.

—Pero ahora... —me río y miro hacia arriba—. Ahora sé la verdad. No me evitabas porque no me quisieras. Me evitabas porque cada vez que me mirabas, lo veías a *él*. Veías al hombre que destruyó tu vida antes incluso de que empezara de verdad.

Intento imaginar cómo debió de ser para ella: dieciséis años, sola, probablemente aterrorizada, gestando al hijo de un hombre que se lo quitó todo. Y luego casarse con Matteo, alguien a quien apenas conocía, viviendo en la misma casa que el monstruo que la violó.

¿Qué habría hecho yo en esa situación? ¿Qué habría hecho cualquiera?

—Lo pillo —digo a su memoria, sorprendiéndome de lo mucho que lo siento—. Comprendo por qué tomaste las decisiones que tomaste. Por qué intentaste destruir a la familia. Incluso entiendo un poco por qué trabajaste con Johnny Calabrese. Intentabas sobrevivir en un mundo que no te daba ninguna opción buena.

El viento cambia de dirección, trayendo el aroma de las flores de otras tumbas, y cierro los ojos un momento.

—Heredé tu inteligencia —continúo—. Tu capacidad para calar a la gente, para entender qué es lo que les mueve, para encontrar sus debilidades y usarlas. Matteo lo llama manipulación, pero yo creo que es solo instinto de supervivencia. El mismo instinto que te mantuvo viva todo el tiempo que pudiste aguantar.

Abro los ojos y estudio el rostro del ángel.

—Te perdono —digo llanamente—. Por la traición, por los planes para destruirnos, por elegir a Johnny antes que a tu propia familia. Solo intentabas escapar de una situación que habría matado a la mayoría de las personas mucho antes de lo que acabó contigo.

Pero entonces mi voz se endurece un poco. El hecho de que la haya perdonado no significa que haya olvidado lo que hizo. Al fin y al cabo, ella tenía una elección. Todos la tenemos.

—Pero yo no soy tú. No voy a ser una víctima. No voy a permitir que nadie —ni Giuseppe, ni Dominic, ni nadie— me haga sentir impotente, desesperada o atrapada. Voy a usar cada habilidad de manipulación que heredé, pero voy a hacerlo desde una posición de fuerza, no de desesperación.

Me levanto del banco, sacudiéndome las hojas caídas de los vaqueros.

—Espero que hayas encontrado la paz —le digo a su lápida—. Y espero que estés donde estés, puedas ver que la hija a la que no pudiste querer terminó estando bien de todos modos.

Vuelvo caminando hacia el coche, absorta en mis pensamientos. Mis guardaespaldas hacen todo lo posible para que parezca que no estaban vigilando cada uno de mis movimientos. Pongo los ojos en blanco y les hago un gesto hacia mi coche. —Vamos a casa —les digo, y puedo notar la palpable oleada de alivio que los recorre. No puedo evitar sonreír mientras entro en el coche. Tiene su gracia estresarlos.

El trayecto de vuelta a la propiedad me da tiempo para procesar la extraña mezcla de emociones que se agitan en mi pecho. Duelo, rabia y alivio, todo enredado de formas que no estoy segura de comprender. Para cuando cruzo las puertas de seguridad, el sol empieza a ponerse, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosas.

La propiedad tiene un aspecto diferente ahora: se parece más a un hogar que hace un mes. Los daños de la batalla han sido reparados; los agujeros de bala, tapados y pintados; las ventanas rotas, sustituidas; y la sangre, fregada. Matteo tuvo a gente trabajando aquí día y noche para que la mansión fuera habitable.

Pero aún quedan señales si sabes dónde mirar: marcas de quemaduras en las piedras del patio, una sección de pared que tiene un color ligeramente distinto al resto, una fuente que tuvo que ser reconstruida por completo.

Pruebas de la guerra que sobrevivimos.

Aparco en mi sitio de siempre y entro por la puerta principal, saludando con la cabeza a los guardias de seguridad a los que conozco desde que era un bebé. La casa vuelve a parecer habitada, cómoda de una forma que no lo era cuando estaba enfadada con todo y con todos.

Me descubro gravitando hacia el despacho de Matteo, la habitación donde se han tomado tantas decisiones familiares importantes a lo largo de los años. La puerta está abierta y puedo verle sentado tras su escritorio, leyendo algo en su tableta. Levanta la vista cuando aparezco en el umbral, dejando a un lado sus gafas... ¿cuándo se las compró?

—¿Cómo ha ido? —pregunta con suavidad, dejando a un lado su lectura e inclinándose hacia delante para prestarme toda su atención.

—Duro —admito, acomodándome en una de las sillas frente a su escritorio y encogiendo las piernas contra el pecho—. Pero bien,

creo. Necesario.

Él asiente, comprendiendo lo que quiero decir sin necesidad de detalles.

Mis ojos recorren la habitación familiar, observando los caros muebles, las fotos familiares, la pared de libros y las inestimables obras de arte que probablemente se adquirieron en circunstancias dudosas. Bella siempre le está diciendo que tiene que devolverlas a los museos.

Y allí, en la esquina de su escritorio, está la foto de Giuseppe, Matteo y Mario boca abajo.

—¿Por qué la tienes así? —pregunto, señalando con la cabeza la fotografía.

Matteo sigue mi mirada y su expresión se vuelve pensativa. —Como recordatorio —dice.

Frunzo el ceño. —¿De qué?

—De en qué no debo convertirme. —Alarga la mano y ajusta un poco el marco, pero no lo pone derecho—. Giuseppe construyó algo poderoso, pero lo construyó sobre el miedo y la crueldad. Cada día que tomo decisiones sobre esta familia, miro esa foto y me pregunto: ¿qué haría él? Y luego intento hacer lo contrario.

Estudio su rostro, viendo el peso que carga, la responsabilidad de liderar una familia mientras intenta no repetir los errores del hombre que le precedió.

—Eso es lo que has estado intentando enseñarme, ¿verdad? —me doy cuenta, sintiéndome estúpida por no haber tenido esta revelación antes—. No solo a ser fuerte, sino a ser fuerte sin convertirme en un monstruo.

Matteo me dedica una pequeña y cansada sonrisa. —Siempre has tenido capacidad para ambas cosas —admite—. Desde que eras pequeña, pude ver la inteligencia y la crueldad de Giuseppe en ti.

Pero también pude ver algo que él nunca tuvo: la capacidad de amar y ser amada. La cuestión era si dejarías que esa segunda parte guiara a la primera.

—¿Y ahora? —pregunto, con el corazón acelerado.

Se inclina hacia delante y me coge la mano, apretándola. —Ahora creo que has descubierto cómo ser peligrosa y humana al mismo tiempo. Eso es algo que Giuseppe nunca logró.

Estoy a punto de responder cuando oigo el sonido que nunca deja de hacerme sonreír: unos piececitos corriendo por el pasillo, acompañados de risitas agudas.

—¡Shhh! —susurra la voz de Arianna en voz alta—. ¡Que Blanca no vea!

—¡Escondidos! —añade Giovanni con su propio susurro teatral.

Miro a Matteo, que claramente está conteniendo la risa, y luego observo cómo dos figuritas se cuelan en el despacho, caminando de puntillas de forma dramática hacia el sillón de cuero que hay cerca de la ventana.

—No oigo a ningún pequeño monstruo por aquí —anuncio en voz alta—. ¡Supongo que deben estar todos echando la siesta!

Más risitas, seguidas de sonidos de forcejeo mientras se acomodan en su escondite.

—No, definitivamente no hay gente diminuta por ninguna parte —continúo, siguiéndoles el juego—. Qué alivio. Me daría mucha rabia tener que...

Dos figuritas salen disparadas de detrás del sillón de cuero, gritando de alegría mientras corren hacia mí.

—¡*Blanca!* —gritan al unísono, lanzándose a mis piernas con esa clase de afecto entusiasta que solo los niños pequeños saben dar.

Los cojo a los dos, uno en cada brazo, tambaleándome un poco bajo su peso combinado. Giovanni empieza inmediatamente a parlotear sobre algo relacionado con camiones y galletas, mientras Arianna me acaricia la cara con sus manos pequeñas como si estuviera asegurándose de que soy real.

—¿Os estabais escondiendo de mí? —les pregunto con fingida sospecha.

—¡Sorpresa! —anuncia Arianna con orgullo.

—¡Sorpresa buena! —coincide Giovanni, inclinándose para plantarme un beso en la mejilla. Los ojos de Matteo se suavizan y mi corazón se derrite.

Al mirar sus rostros brillantes e inocentes —Giovanni con el pelo oscuro y los ojos serios de Matteo, Arianna con los rasgos delicados de Bella pero la inconfundible estructura ósea de los DeLuca—, me doy cuenta de algo que lleva meses rondándome la cabeza.

Esto es la familia. No la sangre que corre por mis venas ni la herencia genética de la que no puedo escapar, sino la gente que elige quererte incluso cuando eres difícil, incluso cuando cometes errores, incluso cuando descubres que eres capaz de cosas que probablemente deberían asustarles.

—Os quiero, chicos —les digo, sintiéndolo de verdad.

—Yo también te quiero, Blanca —dice Arianna solemnemente, como si estuviera haciendo una declaración importante.

—¿Hora de galleta? —pregunta Giovanni con esperanza.

Me río, dejándolos en el suelo pero sin soltar sus manos. —Claro. Hora de galleta. —Miro hacia atrás para ver a Matteo observándonos, con los ojos sospechosamente brillantes, pero con un aspecto más feliz de lo que le he visto últimamente. Me trago el nudo que de repente se me ha formado en la garganta—. ¿Le traemos unas galletas a papá? —les pregunto a los gemelos.

—¡Sí! —chillan, saltando arriba y abajo—. ¡Galletas! ¡Papá! ¡Galletas!

Matteo ríe de buena gana, recostándose en su silla mientras mira a los niños con cariño. —Solo de pepitas de chocolate —les dice—. Nada de asquerosa avena.

—Ya le habéis oído —les digo a los encantados gemelos—. Galletas de avena para papá. ¡Bien!

Mientras nos dirigimos a la cocina —con los gemelos parloteando emocionados en sus media lenguas mientras yo los escucho con auténtico interés—, alcanzo a ver una foto familiar colgada en el pasillo. Es de las últimas Navidades. Matteo y Bella con una cara de felicidad que empalaga, los gemelos con unos trajes a juego que probablemente duraron unos cinco minutos, y yo de pie un poco apartada pero claramente formando parte del grupo.

No parecemos una familia tradicional. Pero parecemos *nosotros*. Complicados, ocasionalmente disfuncionales, unidos por elección más que por simple biología.

Al mirar esa foto, me doy cuenta de algo que ha sido cierto desde siempre pero que me ha costado todo este tiempo y una guerra comprender: la familia que te elige es más poderosa que la familia que te crea.

Giuseppe me dio su sangre, su inteligencia, su capacidad para la violencia.

Sophia me dio su astucia, su instinto de supervivencia, su capacidad para leer a las personas.

Pero Matteo me dio algo que ninguno de ellos pudo darme jamás: el saber que el amor y el poder no tienen por qué ser mutuamente excluyentes. Que puedes ser peligrosa y aun así elegir la piedad. Que la fuerza no consiste en inspirar miedo, sino en proteger a las personas que más importan.

Y estas dos manitas entrelazadas con las mías, parloteando sobre galletas y camiones y cualquier otra cosa que llene sus cerebros en crecimiento... ellos representan el futuro que voy a construir. Un legado basado en la lealtad y el amor en lugar de en el miedo y el control.

Puede que sea la hija de Giuseppe, pero también soy la de Matteo. Soy la hijastra de Bella y la compañera de Alessandro y la hermana mayor de Giovanni y Arianna.

Lo más importante es que elijo ser todas esas cosas.

Y esa elección es lo que marca la diferencia.

# BIANCA

El comedor privado de Le Saint-Martin se siente diferente esta vez.

Quizá sea porque no entro como alguien que intenta demostrar su valía, sino como alguien que ya ha demostrado todo lo que hacía falta demostrar. Quizá sea porque Alessandro está a mi lado y su mano, cálida y firme, aprieta la mía. O quizá sea simplemente porque por fin sé exactamente quién soy y de qué soy capaz.

Las mismas lámparas de cristal proyectan su costosa luz sobre la mesa de caoba, los mismos ventanales ofrecen vistas del skyline de Montreal, pero todo parece haber cambiado. El aire no vibra con esa tensión de cuando pasé por mis pruebas. En su lugar, hay algo que se siente casi como respeto.

Don Vitelli me saluda con la cabeza al entrar; sus ojos pálidos reflejan reconocimiento en lugar de juicio. Alberto Marconi se pone de pie cuando me acerco a la mesa, un gesto de cortesía que definitivamente no me ofreció durante mi primera visita. Incluso los otros jefes de las familias parecen distintos: vigilantes, sí, pero de la forma en que observas a alguien a quien reconoces como un igual en lugar de a alguien a quien estás evaluando.

Lucho por contener una sonrisa, intentando parecer aburrida y despreocupada. Esto es bastante increíble, la verdad.

—Caballeros —comienza Matteo una vez que todos están sentados; su voz destila esa autoridad que otorgan décadas de imponer respeto—. Estamos hoy aquí para formalizar lo que los acontecimientos recientes ya han dejado claro.

Lleva su mejor traje, uno de color gris marengo que le queda como un guante, con una corbata impecable que eligió Bella. Pero es su postura lo que realmente domina la sala. Con la espalda recta y los hombros cuadrados, irradia esa clase de confianza serena que hace que otros hombres poderosos escuchen.

Este es Don Matteo DeLuca en su versión más formal, y siento una oleada de orgullo.

—Bianca DeLuca se ha puesto a prueba mediante desafíos que habrían doblegado a candidatos inferiores —continúa, recorriendo la mesa con la mirada para hacer contacto visual con cada jefe de familia—. Ha demostrado una brillantez táctica, un pensamiento estratégico y la clase de liderazgo que nuestro mundo requiere.

La voz de Giuseppe susurra con aprobación: *Se lo ha ganado con sangre.*

*Ha sido más astuta que todos ellos*, añade la voz de Sophia con satisfacción.

*Ha demostrado que está lista*, interviene la voz de Matteo.

Las tres voces están en total armonía, y su aprobación unificada me hace sentarme un poco más erguida en la silla.

—Por lo tanto —declara Matteo, y su voz resuena en la ornamentada sala—, por la presente reafirmo oficialmente a Bianca DeLuca como mi heredera y underboss de la organización de la familia DeLuca.

Las palabras me impactan más de lo que esperaba. Oírlo decir en voz alta, de forma oficial, ante todos estos hombres poderosos que solían mirarme como si fuera una niña jugando a disfrazarse... me dan ganas de dar volteretas y sacarles la lengua.

Lo he conseguido. Joder, lo he conseguido de verdad.

Alessandro me aprieta la mano por debajo de la mesa y, cuando lo miro, sus ojos color avellana brillan de orgullo. Está espectacular con su traje oscuro, la tela perfectamente ajustada a sus anchos hombros, y la pequeña cicatriz en su mandíbula de nuestra batalla final no hace más que volverlo más guapo. Pero es la forma en que me mira —como si yo fuera algo magnífico— lo que hace que mi corazón se acelere.

—Además —continúa Matteo—, Alessandro Ricci seguirá siendo su compañero e igual, marcando una nueva era de alianza entre nuestras organizaciones.

Más asentimientos alrededor de la mesa. Nadie parece sorprendido por este anuncio, lo que me indica que todos lo esperaban desde que terminaron las pruebas.

¿Tan evidente era lo que sentía por él? Qué corte.

Don Vitelli es el primero en hablar; su voz áspera rompe la atmósfera formal. —La familia DeLuca ha elegido sabiamente. La actuación de la señorita DeLuca durante los recientes... contratiempos... ha sido impresionante.

Probablemente eso sea lo más parecido a un cumplido que recibiré de él en mi vida, y lo aceptaré.

—La situación de los Calabrese requería una acción decisiva —añade Alberto Marconi con un tono de respeto a regañadientes—. La forma en que se ha gestionado muestra un verdadero potencial de liderazgo.

*Potencial de liderazgo*. Hace un mes, estos hombres se preguntaban si merecía siquiera existir. Ahora hablan de mi liderazgo como si fuera algo indiscutible.

Intento mantener una expresión neutra y profesional, pero por dentro básicamente estoy dando saltos de alegría. Aprieto los dedos

de Alessandro, luchando por mantener la compostura.

Uno a uno, los otros jefes de familia ofrecen su aceptación. No es entusiasmo, exactamente, sino un reconocimiento genuino de que me he ganado mi sitio en esta mesa. Los votos formales son unánimes: nadie es tan estúpido como para oponerse a Matteo cuando tiene a sus espaldas una victoria reciente y una competencia evidente.

Cuando concluye la parte de los negocios, observo el sutil cambio en la postura de Matteo. Relaja ligeramente los hombros y parte de su autoridad formal se funde en algo más humano. Ya no es solo Don DeLuca; también es el hombre que me crió, y el orgullo en sus ojos es totalmente personal, no político. Es, bueno, *papá*.

Mientras las otras familias comienzan sus conversaciones privadas y negociaciones secundarias, me veo gravitando hacia Matteo. Alessandro me da un último apretón en la mano antes de irse a hablar con algunos de los otros hombres, comprendiendo que necesito este momento a solas con mi padre.

—Y bien —digo en voz baja, acomodándome en la silla a su lado—. ¿Qué se siente al saber que algún día traspasarás oficialmente el imperio?

—Alivio —admite él con la voz lo suficientemente baja para que solo yo pueda oírlo—. Y terror. Pero, sobre todo, alivio.

Estudio su rostro, notando las nuevas líneas alrededor de sus ojos que no estaban ahí hace un año. —¿Sabes que voy a estar bien, verdad? —le pregunto con voz tenue—. Quiero decir, he demostrado que puedo con casi cualquier cosa a estas alturas.

Una sonrisa asoma a las comisuras de sus labios y cubre una de mis manos con la suya. —Definitivamente lo has demostrado. Solo que... —Hace una pausa, pareciendo luchar con las palabras antes de suspirar—. He pasado diecinueve años intentando protegerte para

que no te convirtieras en algo oscuro. Y ahora te veo abrazar esa oscuridad y convertirla en fuerza.

Trago saliva con dificultad ante la emoción de su voz. —Yo... ¿es eso malo?

—No —dice con firmeza, con sus ojos —tan parecidos a los míos— clavados en mí con seriedad—. Es lo que necesitabas hacer. Has cogido todo lo que Giuseppe y Sophia te dieron, todo lo que yo intenté enseñarte, y lo has convertido en algo únicamente tuyo. Algo mejor de lo que cualquiera de nosotros habría logrado por sí solo.

Siento que las lágrimas me escuecen en los ojos, lo cual es vergonzoso de narices cuando se supone que debo proyectar fuerza y autoridad. Pero oírlo decir eso, oírle reconocer que me he convertido en algo bueno en lugar de en un monstruo, lo significa todo.

—Sabes —le digo, con la voz un poco más trémula de lo que me gustaría. Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—, el hecho de que Giuseppe fuera mi padre biológico no cambia nada importante. Sigues siendo mi padre. El resto son solo... detalles.

Las palabras son sencillas, pero conllevan el peso de todo lo que hemos pasado juntos. Las mentiras, la verdad, la ira, la reconciliación... todo ello destilado en el hecho esencial de que diecinueve años de amor y protección no se pueden borrar.

Matteo no es mi hermano; es mi verdadero padre.

La compostura de Matteo —de *papá*— termina por romperse. Sus ojos se llenan de lágrimas que intenta disipar parpadeando y, cuando alarga la mano para apretarme el hombro, le tiembla ligeramente.

—Gracias —susurra, y hay tanta gratitud y alivio en esas dos palabras que tengo que morderme el interior de la mejilla para no echarme a llorar yo también.

—¿Por qué? —consigo articular, sin estar segura de si podré decir algo más sin romper a llorar.

—Por seguir queriéndome como un padre —dice papá—. Por perdonarme. Por convertirte en alguien de quien puedo estar orgulloso en lugar de alguien por quien tenga que preocuparme. —Se le quiebra un poco la voz—. Por ser exactamente quien se supone que debes ser.

Antes de que pueda responder —y, sinceramente, no sé si podría articular palabra con la emoción que me cierra la garganta—, papá se aclara la voz y se pone en pie.

—Creo que esto concluye nuestros asuntos por hoy —anuncia a la sala, recuperando su tono de autoridad formal—. Gracias a todos por venir.

Los otros jefes de familia empiezan a salir en fila; cada uno se detiene para estrecharme la mano y felicitarme. Resulta surrealista ver a estos hombres poderosos tratándome como a una igual, pero consigo mantener mi expresión profesionalmente neutra hasta que sale el último.

En el momento en que la puerta se cierra tras ellos, siento que por fin puedo volver a respirar correctamente.

—¿Cómo se siente? —pregunta Alessandro, acercándose para pasarme un brazo por la cintura mientras me besa la sien.

—Como si acabara de aprobar el examen final más peligroso del mundo —admito, apoyándome en su calor.

~

De vuelta en nuestra suite, el ambiente formal se disuelve por completo. Alessandro se afloja la corbata, papá se quita la chaqueta del traje y yo me libero de los tacones que llevan matándome los

pies las últimas tres horas. Volvemos a ser simplemente una familia en lugar de figuras políticas haciendo anuncios históricos.

—Estoy orgulloso de ti —me dice papá mientras nos acomodamos en el salón de la suite—. No solo por lo de hoy, sino por todo. Por la forma en que has manejado todo esto.

Abro la boca para responder algo, pero llaman a la puerta. Se oye la voz de Bella desde fuera: —¿Podemos pasar? Alguien insistía en que necesitaba ver a Banca.

—Claro —respondo, y la puerta se abre para revelar a una Bella agotada intentando embridar a dos niños pequeños entusiasmados que claramente no tienen interés alguno en que los embriden.

—¡Banca! —chillan Giovanni y Arianna al unísono, corriendo hacia mí con los brazos abiertos.

Los cojo a los dos en brazos, riendo mientras me llenan la cara de besos pegajosos y me cuentan emocionados cómo ha ido su día. Su alegría inocente y su amor incondicional llenan la habitación con algo más brillante que todas las maniobras políticas y declaraciones formales.

Esta es mi familia. Las personas que eligen amarme y a quienes yo elijo amar. Las personas que hacen que toda la política, la violencia y el complicado legado valgan la pena.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta? —le digo a Alessandro en voz baja.

—¿De qué? —pregunta él, bajando a Arianna del respaldo del sofá.

—No importa de quién sea la sangre que corre por mis venas ni lo que diga la genética sobre quién soy. —Miro a mi alrededor: a Matteo con su sonrisa de orgullo, a Bella acomodándose en la silla a nuestro lado, a los gemelos que ahora se pelean por algo que solo a los niños de su edad les importa—. Lo que importa es la familia que yo elijo y la familia que me elige a mí.

La sonrisa de Alessandro es dulce y cálida mientras se estira para apartarme un mechón de pelo de la cara. —Esa puede que sea la cosa más inteligente que hayas dicho nunca —bromea.

—Tengo mis momentos. —Sonrío y luego vuelvo a centrar mi atención en Giovanni, que intenta contarme una elaborada historia con camiones y dinosaurios de la que solo logro entender una de cada cuatro palabras.

Sentada aquí, rodeada de las personas que más me importan, me doy cuenta de algo fundamental: no soy la hija de Giuseppe intentando demostrar que soy digna del amor de Matteo, ni la heredera de Matteo intentando estar a la altura de un legado imposible.

Soy simplemente Bianca. Por primera vez en mi vida, eso me parece más que suficiente.

Me parece que lo es *todo*.

# 30

# ALESSANDRO

El momento me sobreviene unas semanas después, mientras veo a Bianca perseguir a Giovanni en el cuarto de juegos de la mansión; su risa resuena en las paredes mientras finge ser un monstruo en busca de su presa.

Su pelo oscuro le cae sobre los hombros mientras se pone a cuatro patas para gatear bajo la mesa tras el niño, que no para de reír, usando su jersey de talla grande como la «boca» del monstruo. Arianna chilla de alegría desde su sitio en el sofá, dando palmas al ver jugar a su hermana mayor.

—¡Te voy a coger! —gruñe Bianca de forma juguetona, haciendo muecas de monstruo exageradas que provocan ataques de risa a los gemelos.

—¡No, Banca! —grita Giovanni, con las mejillas redondas y rojas de tanto reír mientras huye de ella—. ¡Monstruo no!

Hay algo en el hecho de verla así —completamente natural, puramente feliz, mostrando esa faceta de sí misma que no tiene nada que ver con familias criminales, juicios o el peso del liderazgo— que hace que aflore una emoción que no me esperaba.

Esta es quien es ella bajo todo lo demás. La mujer que puede dar órdenes en una sala llena de hombres peligrosos y luego tirarse al suelo a jugar con niños pequeños. La persona que puede planear la

destrucción sistemática de toda una organización y luego preocuparse por si su hermano está comiendo suficientes verduras.

Es perfecta. Absolutamente perfecta. Y no quiero esperar ni un día más para asegurarme de que sea mía para siempre.

—¡Te pillé! —anuncia Bianca, levantando a Giovanni en vilo y dándole vueltas mientras él chilla de júbilo.

El anillo lleva tres semanas en mi caja fuerte, un diamante de dos quilates rodeado de zafiros que me recordaron a sus ojos en cuanto lo vi. He estado esperando el momento adecuado, la oportunidad perfecta, pero al verla ahora me doy cuenta de que no estoy esperando el momento oportuno... simplemente estoy *esperando*. Y la vida es demasiado corta y demasiado peligrosa como para posponer el futuro que ambos queremos.

Bueno, al menos espero que ella también lo quiera.

—Bianca —la llamo suavemente.

Ella me mira, un poco sin aliento por perseguir a los niños, con Giovanni todavía riendo en sus brazos—. ¿Qué pasa?

—Te quiero —le digo, porque a veces las cosas más importantes son también las más sencillas.

Su sonrisa es radiante, sus ojos se dulcifican mientras estrecha a Giovanni contra su pecho—. Yo también te quiero.

Supongo que esto significa que tengo que mantener una conversación que llevo tiempo temiendo.

A la mañana siguiente, me encuentro sentado frente a Matteo en su despacho; ambos sostenemos tazas de café como escudos mientras andamos con rodeos sobre el tema que he venido a tratar. La luz de la mañana lo baña todo con tonos dorados que deberían transmitir paz, pero que en cambio se sienten cargados con el peso de lo que estoy a punto de pedir.

—¿Cómo se está adaptando Bianca a todo? —pregunta Matteo, recostándose en su sillón de cuero con los movimientos precavidos de alguien que aún se está recuperando de batallas recientes—. ¿Al reconocimiento oficial, a las nuevas responsabilidades?

—Le va de maravilla —le digo con sinceridad, notando cómo todo su semblante se suaviza cuando hablamos de ella—. Mejor de lo que creo que incluso ella esperaba. Las otras familias la respetan ahora, la respetan de verdad, y ella lo sabe.

—Bien. —Él asiente y luego estudia mi rostro con esos agudos ojos azul grisáceo que tanto se parecen a los de ella—. Pero no has venido aquí para decirme eso.

Dejo la taza de café y le sostengo la mirada directamente. Se puede confiar en que Matteo será directo—. No, no he venido a eso.

El silencio se prolonga entre nosotros, cargado de un entendimiento tácito. Él sabe por qué estoy aquí —los padres siempre lo saben—, pero va a obligarme a decirlo en voz alta.

—Quiero casarme con ella —declaro finalmente, y las palabras tienen más peso del que esperaba—. Quiero pedirte tu bendición.

Matteo se queda completamente inmóvil, y su expresión pasa por una serie de emociones que no alcanzo a descifrar. Cuando habla, su voz está cuidadosamente controlada.

—Tiene diecinueve años.

—Lo sé —asiento.

—Tú tienes treinta y cinco. —Sigue igual de controlado.

Me cuesta horrores no decir un «evidentemente»—. También lo sé.

La boca de Matteo se tuerce, sus fosas nasales se dilatan ligeramente—. Ha pasado por un infierno en los últimos meses —continúa, con una voz casi glacial—. Toda su identidad fue destrozada y reconstruida. Acaba de encontrar su sitio como líder. —

Su voz adquiere ahora un matiz que me recuerda exactamente por qué la gente le teme—. ¿Y ahora quieres añadir las complicaciones de un *matrimonio*?

Me inclino hacia delante, necesitando que comprenda si quiero salir vivo de esta habitación—. Quiero darle estabilidad —le corrijo—. Una unión. Alguien que esté a su lado pase lo que pase a continuación. —Hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Matteo, la amo desde que tenía dieciséis años. La he visto convertirse en la mujer más extraordinaria que he conocido. No quiero complicar su vida; quiero formar parte de ella.

—Ya formas parte de ella —señala él.

—Como su socio en los *negocios*. Quiero ser su compañero en *todo*. —Le sostengo la mirada con firmeza, negándome a retroceder—. Quiero darle una familia propia. Quiero protegerla, apoyarla y amarla el resto de mi vida. Y quiero tu bendición para pedírselo.

El silencio que sigue parece eterno. Matteo mira por la ventana, con expresión ilegible, y casi puedo verle debatiéndose con la decisión. Finalmente, se vuelve hacia mí.

—¿Sabes lo que es criar a una hija? —pregunta en voz baja.

Obviamente no, pero está claro que quiere llegar a un punto—. No.

—Es aterrador —suspira Matteo—. Cada día te debates entre querer protegerla de todo y saber que tienes que dejarla tomar sus propias decisiones, incluso cuando esas decisiones puedan hacerle daño. —Su voz se vuelve más suave, más vulnerable de lo que nunca la he oído—. Ha sido el centro de mi mundo durante diecinueve años. Mi niña, incluso cuando era imposible y testaruda y me volvía completamente loco.

Se levanta y se acerca a la ventana, de espaldas a mí mientras continúa—. Sé que en realidad es mi media hermana... —escupe las palabras como si fueran veneno—. Y que no es realmente mi hija biológica. Pero nada de eso importa. Es mía. Siempre será mía,

independientemente de con quién se case o de la vida que construya.

—Lo sé —le digo suavemente—. Y nunca intentaría cambiar eso.

—Más te vale. —Se gira para darme la cara, y ahora hay veneno en su voz mientras se inclina sobre el escritorio, con los ojos como esquirlas de hielo—. Porque si alguna vez —y digo *alguna vez*— le haces daño, la decepcionas, la traicionas o la haces llorar por cualquier motivo que no esté completamente fuera de tu control, te destruiré de forma tan concienzuda que no quedará nada suficiente para enterrar.

La amenaza es lanzada con absoluta sinceridad, y me creo cada palabra.

—Entendido.

—Bien. —Su expresión se suaviza un poco y eso le hace parecer más joven, en lugar del temido don de la mafia que es—. Aunque sospecho que si alguna vez le hicieras daño, tendría que ponerme a la cola detrás de la propia Bianca —dice pensativo. No parece que le importe.

Eso me arranca una risa genuina—. Ella llegaría a mí primero, sin duda.

—Vaya que sí. —Ahora él también sonríe y la tensión en la sala se relaja ligeramente—. Es más dura que nosotros dos juntos.

Matteo regresa a su silla, estudiando mi rostro con la intensidad de quien hace una evaluación final.

—¿Serás bueno con ella? —pregunta.

—Pasaré el resto de mi vida intentando ser digno de ella.

—¿La protegerás?

—Con mi vida —le prometo.

Él junta las yemas de los dedos—. ¿Apoyarás sus ambiciones, incluso cuando te asusten?

No puedo evitar reírme ante eso—. *Especialmente* cuando me asusten.

Asiente lentamente, pareciendo llegar a una decisión interna—. Entonces sí. Tienes mi bendición. —Su voz vuelve a ser severa—. ¿Pero Alessandro? Sigue siendo mi hija. Eso no cambia solo porque se vaya a casar.

—No me gustaría que cambiara —le digo sinceramente.

La sonrisa que se extiende por su rostro es puro orgullo paternal—. Entonces bienvenido a la familia. Oficialmente.



El restaurante que elijo está a una hora de la ciudad, escondido en las colinas con unas vistas del valle del Hudson que te dejan sin aliento. Es el tipo de lugar que no se anuncia, que no acepta reservas de cualquiera y que definitivamente no hace preguntas sobre por qué sus clientes podrían necesitar privacidad absoluta.

Bianca está impresionante con un vestido azul oscuro que realza sus ojos, con el pelo recogido en un estilo elegante que muestra la graciosa línea de su cuello. Ha tenido curiosidad por saber por qué insistí en conducir tan lejos para cenar, pero no me ha pedido detalles; simplemente ha confiado en mí lo suficiente como para seguirme el juego con cualquier plan que yo tuviera.

Lo cual es definitivamente poco común en ella, pero no voy a quejarme de que no me acose a preguntas cuando soy un manojo de nervios.

—Esto es precioso —dice mientras nos sientan en una mesa de esquina con ventanales que dan al valle—. ¿Cómo has encontrado este sitio?

—Tengo mis fuentes —le digo, intentando mantener la voz firme a pesar de que la caja del anillo parece quemarme en el bolsillo de la chaqueta.

La cena es perfecta: buena comida, excelente vino y una conversación que fluye fácilmente desde temas tan ligeros como sus clases tras su regreso presencial a Columbia, hasta otros tan serios como nuestros planes para expandir las operaciones a nuevos territorios. Lo que más me llama la atención es lo natural que resulta cómo nos complementamos, cómo nuestras mentes trabajan juntas para resolver problemas y construir estrategias.

—¿Sabes en qué estaba pensando hoy? —dice ella durante el plato principal, enrollando pasta con el tenedor.

—¿En qué? —pregunto, apenas capaz de concentrarme, y mucho menos de comer. Apenas he tocado mi propio plato.

—En lo raro que es que funcionemos tan bien juntos. Como que, sobre el papel, no deberíamos tener sentido. Tú eres este don consolidado con años de experiencia, y yo, bueno, apenas he salido de la adolescencia. —Deja el tenedor y me sonríe. Hace que mi corazón se salte varios latidos—. Tú te piensas todo detenidamente, y yo tiendo a actuar por instinto. Tú eres paciente, y yo quiero resultados inmediatos.

—¿Y aun así? —No estoy muy seguro de hacia dónde va con este pensamiento.

Su sonrisa es suave, pensativa—. Y aun así, de alguna manera nos equilibramos a la perfección. Tu paciencia evita que yo sea imprudente, y mis instintos evitan que tú le des demasiadas vueltas a todo. Cuando planeamos operaciones juntos, se nos ocurren soluciones que a ninguno de los dos se nos habrían ocurrido solos.

Vaya... maldita sea. Nunca lo había pensado de esa manera. Realmente parece que estuviéramos hechos el uno para el otro.

—Tú me haces mejor —le digo con sinceridad, con el corazón en un puño—. Más inteligente, más fuerte, más completo de lo que nunca fui sin ti.

—Lo mismo digo. —Alarga la mano sobre la mesa para coger la mía —. Nunca entendí a qué se refería la gente cuando hablaba de encontrar a su media naranja. Siempre me pareció una tontería, como si la gente se convenciera a sí misma de que necesitaba a alguien más para estar completa. —Sus dedos se entrelazan con los míos, apretándolos suavemente—. Pero ahora lo entiendo. No me completas porque yo estuviera incompleta antes. Potencias todo lo que ya soy y lo haces mejor.

La sinceridad en su voz, la forma en que me mira como si yo fuera el centro de su universo... ha llegado el momento. He estado esperando la ocasión ideal y por fin está aquí. El corazón se me acelera mientras le hago una señal al camarero para que traiga la cuenta.

—¿De postre? —pregunta él.

—Solo café —consigo decir, sin confiar en mi voz para articular frases más complejas.

El café llega acompañado de unos pequeños biscotti de almendra, y Bianca se apoya en el respaldo de la silla con un suspiro de satisfacción. —Ha sido perfecto. Gracias por traerme aquí.

—En realidad —digo, metiendo la mano en el bolsillo de mi chaqueta —, la velada aún no ha terminado del todo.

Ella arquea las cejas con curiosidad mientras coge un trozo de biscotti del plato y se lo lleva a la boca. —¿No?

—No.

Saco la cajita del anillo con las manos sorprendentemente firmes a pesar de la adrenalina que recorre mi cuerpo. Sus ojos se agrandan

al darse cuenta de lo que está ocurriendo, y el biscotti se queda congelado a mitad de camino hacia sus labios.

—Bianca —comienzo, abriendo la caja para revelar el anillo de diamantes y zafiros que atrapa la luz de las velas—. Llevo semanas con esto encima, esperando el momento perfecto. Pero hoy me he dado cuenta de que cada momento a tu lado es perfecto.

El biscotti cae sobre la mesa. Ella se lleva la mano a la boca y las lágrimas ya asoman a sus ojos mientras contempla el anillo.

—Amo todo de ti —continúo, y mi voz cobra fuerza a medida que las palabras fluyen—. Tu inteligencia, tu fuerza, tu capacidad para ser tanto tierna como implacable. Me encanta cómo puedes dominar una sala llena de hombres peligrosos y luego sentarte en el suelo a jugar con niños pequeños. Amo cómo me desafías, cómo me apoyas y cómo haces que quiera ser mejor de lo que jamás pensé que podría llegar a ser.

—Alessandro —susurra ella, pero aún no he terminado.

—Quiero despertarme a tu lado cada mañana durante el resto de mi vida —estoy balbuceando, pero no me importa—. Quiero construir un imperio contigo, formar una familia contigo, envejecer a tu lado. Quiero ser tu compañero en todo: en los negocios, en la vida, en el amor, en lo que sea que venga después. —Tomo aire con un suspiro tembloroso—. Bianca DeLuca, ¿quieres casarte conmigo?

Durante un instante, se me queda mirando, con la boca abierta y los ojos como platos. De repente, se lanza sobre la mesa, sin importarle que se vuelque el café ni que los otros comensales se giren para mirar.

—Eres un *gilipollas* integral —solloza contra mi cuello mientras la estrecho entre mis brazos—. Diciendo todas esas cursilerías sobre mí. Te odio tanto.

Esta *no* era la reacción que esperaba, y espero que solo esté tan abrumada que aún no haya tenido oportunidad de responderme.

—Entonces, ¿eso es un sí? —le pregunto.

Se aparta para acunarme el rostro, con el rímel resbalando por sus mejillas. —Sí —se ríe—. Por supuesto que sí. Mil veces sí.

Oh, menos *mal*. El anillo se desliza en su dedo como si hubiera sido fabricado para ella, y supongo que así fue. Levanta la mano para admirarlo; los diamantes captan la luz con cada movimiento que hace.

—Es perfecto —susurra con voz un tanto trémula—. Es absolutamente perfecto.

—Como tú —le digo, sintiendo cada palabra.

El trayecto de vuelta a la mansión es un borrón de emoción y planes, con Bianca llamando a todo el mundo que se le ocurre para dar la noticia. Para cuando llegamos, nos reciben Matteo, Bella y lo que parece ser la mitad de la organización familiar, todos deseando felicitarnos y ver el anillo.

La celebración es espontánea y alegre: aparece champán de alguna parte, se hacen brindis e incluso el normalmente estoico Antonio se emociona al abrazar a Bianca y decirle lo feliz que está por ambos.

—¿Cuándo es la boda? —pregunta Bella, prácticamente dando saltos de emoción mientras examina el anillo por centésima vez.

—Pronto —dice Bianca, mirándome con ojos brillantes de amor y anticipación—. La vida es demasiado corta para esperar.

—Pronto —secundo, atrayéndola más hacia mi costado.

Matteo frunce el ceño. —Al menos esperad a que termine el año escolar —protesta, antes de que Bella le tape la boca con la mano y le lance una mirada tan feroz que él murmura sus disculpas por haberse atrevido a opinar.

Guardo una imagen mental de este momento. No es frecuente que Matteo DeLuca sea intimidado hasta el silencio y voy a deleitarme

con la rareza de esta ocasión.



Finalmente, logramos escabullirnos de las felicitaciones y conducimos hasta mi casa, ambos eufóricos por el champán y la realidad de lo que acaba de suceder.

—Estamos prometidos —dice Bianca con asombro mientras abro la puerta principal. No ha dejado de mirarse el anillo desde que se lo puse—. De verdad estamos prometidos.

—¿Te lo estás pensando mejor? —bromeo.

Ella suelta un bufido. —Jamás —se gira para mirarme, y su anillo de compromiso atrapa la luz del pasillo—. Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

El beso que sigue es suave al principio, tierno y lleno de promesas. Pero rápidamente se intensifica a medida que meses de amor, deseo y la euforia de nuestro compromiso se combinan en algo urgente y necesario.

—Te necesito —susurra contra mis labios, con las manos ya afanadas en los botones de mi camisa.

—Siempre —le digo, levantándola con facilidad y llevándola hacia el dormitorio—. Por el resto de nuestras vidas.

No me molesto en encender las luces por el camino. He vivido aquí el tiempo suficiente para orientarme entre las sombras azabache que cubren los pasillos. Cuando llegamos a mi habitación, abro la puerta con el pie. Luego, con unas cuantas zancadas largas, cruzo el espacio y la deposito sobre la cama.

—Quítate la ropa —le ordeno, al tiempo que busco la hebilla de mi cinturón.

—Oblígame —dice ella, mirándome con una sonrisa burlona desde el colchón.

Es una imagen a la que podría acostumbrarme. Incluso en la habitación en penumbra, puedo ver el rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos. El anillo de compromiso centellea bajo la luz de la luna. No necesita desnudarse para que yo la imagine sin nada puesto, extendida sobre mis sábanas o acurrucada bajo las mantas.

¿Es demasiado pronto para pedirle que se mude conmigo? Quiero decir, ahora estamos prometidos, así que no es que *no pueda* mudarse. Al fin y al cabo, cuando estaba en el ático del hotel, básicamente ya vivíamos juntos. Mis fantasías se ven interrumpidas por sus manos cubriendo las mías, o más bien apartándolas de un empujón mientras desabrocha el botón de mis pantalones.

—No —digo deteniendo sus movimientos.

Cuando me mira inquisitivamente, añado: —Es mi turno.

Sin esperar a que responda, la guio de nuevo hacia la cama y le levanto la falda del vestido. No lleva nada debajo —maldita *sea*—, y está reluciente para mí. Se me hace la boca agua y, en realidad, ¿por qué debería contenerme más? Desciendo hacia el vértice de sus muslos como un hombre hambriento, mi boca sobre su coño con avidez y deseo. Mi lengua se sumerge entre sus pliegues para catar los jugos lúbricos que emanan de ella.

Los dedos de Bianca se enredan en mi pelo y me mantiene en mi sitio mientras ondula las caderas, buscando el placer al restregarse contra mi cara. Consigo apartarme de su manantial lo justo para succionar su clítoris con los labios, mientras mis dedos sustituyen a mi lengua.

No tarda mucho en desmoronarse a causa de mis caricias. Siempre me he considerado un amante atento. El orgasmo que le provoco con los dedos y la boca la deja sin fuerzas. Ni siquiera protesta

cuando le arranco el vestido y arrojo los jirones de la prenda a un lado de la cama. Ya le compraré otro.

Joder, no lleva sujetador.

—Me vas a matar —consigo articular, con mi polla tensando la ropa interior.

Bianca suelta una risa ronca, mirándome a través de las pestañas. —Esperaba que nos saltáramos el postre en el restaurante para tomarlo aquí —dice con picardía.

Mi miembro da un brinco y me inclino hacia delante para capturar su pezón en mi boca. No pierdo el tiempo con mi propia ropa ahora. Estoy desesperado por estar dentro de ella. En unos pocos segundos, saco mi polla de los calzoncillos y me introduzco en ella de una sola estocada fluida.

Un grito ahogado escapa de Bianca ante lo repentino del acto, por la forma en que la abro sin previo aviso. Y aun así, es evidente que lo celebra. Sus muslos rodean mi cintura para mantenerme pegado a ella. Sus talones se clavan en mi culo para impulsarme. Sus uñas dejan surcos rojos por mi espalda, infligiéndome un dolor del que disfruto. Cuando clava los dientes en el músculo de mi hombro, gruño mi aprobación. Me encanta que me deje marcas y que quiera exhibirme como suyo.

El dolor también me ayuda a mantener los pies en la tierra, otorgándome más control sobre mi propio cuerpo. Si solo existiera la pura euforia de follarla, no duraría más de un minuto. No me avergüenza admitirlo. No creo que nadie que la haya tenido pueda sentir algo distinto. Tal como están las cosas, este tira y afloja entre placer y dolor me permite mantener el orgasmo a raya. Hace que el éxtasis crezca en un lento *in crescendo*, en lugar de arrollarme de golpe. Al concentrarme en la carne escozida y sensible de mi espalda, la follo a través de otro orgasmo.

El sudor hace que mi piel se pegue a la suya. Me nubla la vista y humedece el pelo que ahora tengo pegado a la frente. El corazón me retumba en el pecho, pero aún no he terminado. Ahora estamos prometidos, y tengo la intención de que este momento sea memorable.

—Ven aquí —le digo, tomándola de la mano, con la intención de colocarla encima de mí para que cabalgue mi polla.

—No —dice Bianca—. La quiero por detrás.

¿Quién soy yo para llevarle la contraria? Aunque quiero ver cómo botan sus pechos mientras se ensarta en mi longitud, también aprecio la vista de su culo respón a medida que golpeo mis caderas contra ella. Por tanto, accedo, pero no sin antes terminar de quitarme la ropa. Empieza a hacer demasiado calor en mi habitación y quiero sentir cada centímetro de su piel desnuda contra la mía.

Bianca se despliega ante mí como el más delicioso de los banquetes. Su espalda se curva con elegancia mientras eleva el trasero y apoya el pecho en el colchón. Su coño está aún más empapado por la excitación, y se dilata alrededor de mi miembro mientras me deslizo de nuevo en su interior con un suspiro.

Perfecto. Malditamente perfecto. La follo lentamente, deleitándome con la vista.

La agarro por las caderas, amasando la piel al ritmo de mis embestidas. Me tomo mi tiempo, sin prisas a pesar de que la presión en mi entrepierna es jodidamente insoportable. La necesidad de correrme lo eclipsa casi todo, excepto a Bianca. Quiero que esto sea bueno para ella, así que mantengo el mismo ritmo pausado hasta que noto cómo se libera la tensión al relajarse bajo mi tacto. Me pierdo en los sonidos que estamos haciendo: los gemidos entrecortados de Bianca y el bofetón rítmico de mi piel contra la suya. Estos ruidos, sumados a la sensación de deslizarme en su coño húmedo, son demasiado. Es demasiado bueno. Me permito *sentirla* de verdad.

Y cuando su coño empieza a palpitar a mi alrededor, me rindo a ello, gruñendo mientras me vacío en su interior, con los sonidos de su orgasmo como música para mis oídos.

El tiempo se vuelve difuso mientras una especie de estática me llena el cerebro.

Cuando recupero los sentidos, estoy tumbado en la cama con Bianca acurrucada a mi lado.

—Te quiero, futura señora Ricci —murmuro contra su pelo, pasando los dedos por los mechones sedosos y húmedos.

—Yo también te quiero, futuro esposo —murmura ella a su vez, ya medio dormida en mis brazos.

Mientras escucho cómo su respiración se vuelve lenta y pausada, me doy cuenta de que todo lo que he deseado está aquí mismo, en mis brazos. La mujer que amo, la compañera que me completa, el futuro que construiremos juntos.

Mañana empezaremos a planear una boda que anunciará al mundo que somos más fuertes juntos que separados. Pero esta noche, solo somos dos personas que han encontrado algo real y duradero en un mundo que intenta destruir todo lo bueno.

Esta noche, con eso es más que suficiente.

Lo es todo.

# BIANCA

No puedo dejar de mirarme en el espejo.

Apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada; no porque parezca otra, sino porque tengo exactamente el aspecto de la persona en la que siempre estuve destinada a convertirme.

El vestido de novia es perfecto, una seda de color marfil que fluye como el agua sobre mi cuerpo, con un intrincado bordado de pedrería que atrapa la luz cada vez que me muevo.

No es ninguna de esas chorradas de vestidos de princesa; es elegante, sofisticado y me hace parecer poderosa incluso en el día de mi boda.

Que es exactamente lo que quería.

El collar de zafiros y diamantes en mi cuello capta la luz de la mañana que entra por las ventanas de la suite nupcial.

No son las joyas de Sophia; me he asegurado de ello. Son piedras nuevas, elegidas específicamente para hoy, que representan el legado que estoy construyendo en lugar del que heredé.

Su peso contra mi piel me resulta agradable, sustancial sin ser abrumador.

*Estás preciosa*, susurra la voz de Matteo en mi cabeza, amable y orgullosa.

*Pareces una reina*, añade la voz de Sophia con satisfacción.

*Pareces preparada*, refunfuña la voz de Giuseppe con tono de aprobación.

Su aprobación unánime me hace sonreír.

Cuesta creer que realmente llegara a ansiar la aprobación de las voces, pero aquí estamos.

Me aliso la seda con las manos una vez más y luego cojo mi ramo: rosas blancas mezcladas con un follaje oscuro que, de algún modo, logra resultar romántico y ligeramente peligroso a la vez.

Perfecto para una boda DeLuca.

Un suave golpe en la puerta me hace girar. —Adelante —digo en voz alta.

La puerta se abre y aparece mi padre con su chaqué, y me quedo sin aliento.

Está increíble: un gris marengo hecho perfectamente a medida que acentúa sus hombros anchos y las canas que asoman en su pelo oscuro.

Pero es su expresión lo que hace que se me forme un nudo en la garganta.

Parece orgulloso, pero también parece sospechosamente que se está esforzando por no llorar.

—Oh, Bianca —exhala, deteniéndose justo en el umbral como si tuviera miedo de acercarse—. Estás absolutamente deslumbrante.

—Ni se te ocurra hacerme llorar —le advierto con la voz ya temblorosa—. Santiago ha tardado una hora en maquillarme.

Él se ríe, parpadeando rápidamente. —No lloraré si tú no lo haces.

—Hecho —digo, pero ambos mentimos y lo sabemos.

Cruza la habitación despacio, como si estuviera memorizando cada detalle de este momento.

Cuando llega a mi lado, sus manos revolotean cerca de mis hombros antes de posarse suavemente en mis brazos.

—No puedo creer que mi niña se vaya a casar —dice en voz baja.

—No puedo creer que me dejes hacerlo —admito—. Hace un año, me habrías encerrado en mi habitación si hubiese mencionado siquiera casarme a los diecinueve.

Su sonrisa es de pesar. —Hace un año, aún eras mi niña pequeña intentando descubrir en quién se suponía que debía convertirse. Ahora... —Se detiene, con sus ojos azul grisáceo serios—. Ahora eres una mujer que sabe exactamente quién es y lo que quiere. Eso lo cambia todo.

Ese simple reconocimiento me afecta más de lo que esperaba.

Me ve como a una adulta, como a alguien capaz de tomar sus propias decisiones sobre su vida y su futuro.

Después de todo lo que hemos pasado —las mentiras, la verdad, la ira, la reconciliación—, confía en que sé qué es lo mejor para mí.

—Lo quiero, papá —le digo, aunque sé que ya lo sabe.

Pero aun así, una parte de mí desea desesperadamente asegurarse de que él sepa que esta no es una decisión impulsiva ni rebelde. —Lo quiero más de lo que jamás creí que fuera posible querer a otra persona.

—Sé que lo quieres. —Su voz suena embargada por la emoción mientras me aprieta los brazos con afecto—. Y sé que él te quiere de la misma manera. La forma en que te mira... —Mi padre sacude la

cabeza con una pequeña sonrisa—. Es como si fueras lo más preciado de su mundo.

—Él lo es en el mío —susurro, y las lágrimas amenazan con brotar a pesar de mi advertencia anterior.

Mi padre alza la mano para acunarme el rostro con dulzura, acariciándome los pómulos con los pulgares. —Estoy muy orgulloso de ti —dice—. No solo hoy, sino por todo. Por haber encontrado tu lugar. Por haber elegido el amor, la felicidad y un futuro que es enteramente tuyo.

—Papá... —empiezo a decir, pero no ha terminado.

—Sé que no siempre he tomado las decisiones correctas —continúa, con la voz baja como si intentara, sin éxito, mantener la compostura —. Sé que te hice daño al ocultarte la verdad durante tanto tiempo. Pero al verte hoy, al ver lo feliz que eres... —Traga saliva con dificultad y exhala—. Creo que tal vez todo ha sucedido exactamente como debía suceder.

Maldita sea, papá. Con eso me ha rematado.

Las lágrimas que he estado conteniendo se desbordan, y ya ni siquiera me importa el maquillaje.

Santiago me va a matar, pero puede ponerse a la cola con todas las demás personas que también quieren verme muerta.

Me inclino hacia delante y lo estrecho en un abrazo, inspirando su aroma familiar y reconfortante. Los brazos de mi padre me rodean de inmediato y me siento como si tuviera cinco años otra vez, a salvo y segura en su regazo.

—Eres el mejor padre que podría haber pedido —le digo con firmeza —. La biología no importa. Tú elegiste quererme, criarme, ser mi padre cuando nadie más lo haría. Esa elección lo significa *todo*.

Los dos estamos llorando ahora, abrazados en la suite nupcial mientras meses de dolor, sanación y amor fluyen entre nosotros.

Comprendo que esto es un cierre.

No solo por las mentiras y la verdad, sino por la relación que teníamos y la nueva que estamos construyendo.

—Oh, Dios, debo parecer un mapache —me río cuando finalmente nos separamos, ambos secándonos los ojos.

Mi padre me tiende un pañuelo y me doy unos toques bajo los ojos, aliviada al ver que no sale nada en el lino blanco impoluto. Santiago es un genio.

—Estás deslumbrante —dice mi padre con sinceridad, con las mejillas un poco rojas, pero eso resalta sus ojos azules.

—¿Listo para entregarme? —le pregunto, devolviéndole su pañuelo arrugado.

—Nunca —responde de inmediato, guardándoselo en el bolsillo delantero—. Pero estoy listo para confiarte a alguien que te merece.

Me ofrece su brazo con una formalidad de la vieja escuela, y yo lo acepto, sintiendo su sólida fuerza a mi lado.

Salimos juntos de la suite nupcial, atravesando los pasillos de la catedral hacia las enormes puertas que conducen al santuario.

Puedo oír el murmullo de voces tras esas puertas: cientos de personas esperando para presenciar este momento.

Representantes de cada una de las familias principales de la costa este, socios comerciales, amigos, aliados.

Gente que no ha venido solo para ver una boda, sino para ver la alianza formal entre las organizaciones DeLuca y Ricci.

—Sabes —dice mi padre en voz baja mientras hacemos una pausa ante las puertas—, esto no es solo por amor. Lo que Alessandro y tú estáis creando juntos... va a cambiarlo todo en cuanto a cómo funciona el poder en nuestro mundo.

—Lo sé —respondo, y es verdad. Esta boda no es solo personal; es política.

Solo la disposición de los asientos envía mensajes sobre alianzas y respeto.

La lista de invitados representa un cuidadoso equilibrio de poder que llevó semanas negociar.

Incluso mi vestido fue elegido para proyectar tanto fuerza como belleza.

Pero bajo toda la política y los juegos de poder, también es simplemente una chica casándose con el hombre al que ama.

Las puertas se abren y lo primero que veo es la catedral misma.

Es asombrosa: techos altísimos, vidrieras que lo tiñen todo con una luz de joyas y arreglos de flores blancas traídos desde Italia.

Cada detalle se ha planeado a la perfección, creando una atmósfera que es a la vez sagrada e innegablemente lujosa.

Nada menos para la hija mayor de Matteo DeLuca.

Entonces empieza la música; no es ninguna marcha nupcial tradicional, sino algo más moderno, más acorde a nosotros.

Las notas llenan la catedral y todas las cabezas se giran hacia las puertas.

Pero yo solo tengo ojos para Alessandro.

Está de pie ante el altar con un chaqué que parece hecho sobre su cuerpo, resaltando su complexión musculosa.

Su pelo oscuro está peinado con el desorden justo para que me entren ganas de pasarle los dedos por él, y ciertamente planeo hacerlo más tarde.

Pero es su expresión lo que hace que me sienta desfallecer: asombro, amor y algo que parece veneración mientras me ve caminar hacia él.

*Es perfecto,* coinciden las tres voces al unísono.

Vaya que si lo es. Me alegra que también podamos estar de acuerdo en eso.

El camino por el pasillo me resulta a la vez eterno e instantáneo. Soy consciente de los rostros que se giran para verme pasar.

Algunos son de aprobación, otros de juicio, pero todos reconocen que están presenciando algo significativo.

Pero mi atención permanece fija en Alessandro, en la forma en que sus ojos no se apartan de los míos, en la ligera sonrisa que curva sus labios a medida que me acerco.

A mitad del pasillo, alcanzo a ver a Bella en la primera fila, secándose los ojos con un pañuelo mientras Giovanni y Arianna saludan con entusiasmo desde su lado.

Los gemelos van vestidos con conjuntos a juego que probablemente durarán apenas cinco minutos una vez que termine la boda, sus caritas están radiantes de alegría al ver a su «Banca» con un vestido bonito.

Mi familia. Los que cruzarían el infierno por mí y por los que yo haría lo mismo.

Cuando finalmente llegamos al altar, mi padre se detiene y se gira hacia mí.

Por un momento, solo somos nosotros dos, padre e hija, compartiendo este último instante antes de que todo cambie.

—Te quiero, cariño —susurra, dándome un beso en la frente.

—Yo también te quiero, papá —le susurro de vuelta, sintiendo la trascendencia de este momento. Esta es la última vez que seré su

niña pequeña.

Entonces pone mi mano sobre la de Alessandro, y el calor de su contacto envía una descarga por mi brazo.

Sus dedos se entrelazan con los míos, firmes y seguros, y cuando levanta mi mano para depositar un suave beso en mis nudillos, siento que podría salir flotando de felicidad.

—Hola —murmura, solo para mí.

—Hola a ti también —le respondo, sonriendo como una idiota.

La ceremonia en sí transcurre en un torbellino de votos, anillos y palabras que cargan con el peso de la eternidad.

Cuando llega el momento de mis votos, miro directamente a los ojos color avellana de Alessandro y hablo desde el corazón.

—Prometo amarte con todo lo que soy —digo, con voz firme a pesar de la emoción que amenaza con desbordarme—. Las partes luminosas y las oscuras, las partes amables y las peligrosas. Prometo estar a tu lado como tu compañera igualitaria en todo lo que construyamos juntos. Y prometo que, pase lo que pase a partir de ahora, nunca tendrás que enfrentarlo solo.

Sus votos son igual de sentidos, igual de perfectos, y para cuando el sacerdote nos declara marido y mujer, no queda un solo ojo seco en la catedral.

—Puede besar a la novia —anuncia el sacerdote.

Las manos de Alessandro me acunan el rostro con dulzura, sus pulgares me rozan los pómulos mientras me mira con tanto amor que me deja sin aliento.

—Hola, señora DeLuca-Ricci —susurra.

—Hola, marido —le susurro yo, incapaz de contener la sonrisa que se dibuja en mis labios.

El beso es suave al principio, tierno y lleno de promesas.

Pero rápidamente se vuelve más profundo, mientras meses de amor, deseo y la euforia de estar finalmente casados se combinan en algo que hace que la catedral desaparezca a nuestro alrededor.

Cuando por fin nos separamos, ambos sin aliento y radiantes, el aplauso es atronador.

Pero incluso por encima de los vítores, puedo oír a Giovanni chillando: —¡Puaj! ¡Besos no!

Mientras nos giramos para mirar a nuestros invitados, con el brazo de Alessandro rodeándome la cintura, me invade una sensación de plenitud y satisfacción total.

Todo parece estar exactamente como debe ser.

Es complicado, sí. Tenemos veinte y treinta y seis años, dirigimos organizaciones criminales en un mundo que intenta destruir todo lo bueno.

Nuestro matrimonio tiene tanto de alianza política como de amor, y los invitados que aplauden nuestra unión incluyen a personas que probablemente nos matarían si eso sirviera a sus intereses.

Es peligroso, totalmente.

La vida que estamos eligiendo implica amenazas constantes, decisiones imposibles y el tipo de violencia que la mayoría de la gente ni siquiera puede imaginar.

Habrá enemigos que verán nuestra felicidad como una debilidad que explotar y rivales que querrán destruir lo que estamos construyendo juntos.

Pero también es absolutamente perfecto. Estando aquí, con el anillo de Alessandro en mi dedo y su amor envolviéndome, sé con total certeza que este es exactamente el lugar donde debo estar.

Esta es la vida que estaba destinada a elegir, el hombre al que debía amar, el futuro que estaba destinada a construir.

Alcanzo a ver mi reflejo en uno de los espejos de la catedral mientras recorremos el pasillo de vuelta juntos, marido y mujer, compañeros iguales en amor y poder.

La mujer que me devuelve la mirada está radiante de alegría, firme en su propósito y lista para lo que venga después.

Ella es todo lo que siempre quise llegar a ser.

Es exactamente quien siempre debí ser.

Y esto no ha hecho más que empezar.

# EPÍLOGO

# BIANCA

Seis meses de vida matrimonial me han enseñado que tener dos existencias completamente diferentes es, en realidad, algo —no, *muy*— agotador.

Los martes y los jueves soy una estudiante más de Columbia que recorre el campus a toda prisa con su mochila, ignorando preguntas entrometidas, quejándose de trabajos imposibles y comiendo galletas de máquina por los nervios entre clase y clase.

Me siento en las aulas con chicos de mi edad que se preocupan por las prácticas y los préstamos estudiantiles, y por si el chico que les gusta les devolverá el mensaje.

Los lunes, miércoles y viernes soy la underboss de la familia DeLuca, sentada frente a hombres que me doblan la edad y que han pasado décadas perfeccionando el arte de la violencia y la intimidación.

Tomo decisiones que afectan a millones de dólares y a docenas de vidas, coordino operaciones que saldrían en todos los titulares si alguien supiera que están ocurriendo, y me gano el respeto mediante una combinación de crueldad heredada y un miedo cuidadosamente cultivado.

¿Lo más raro? Que ahora ambas vidas me resultan completamente naturales.

Las clases de esta mañana parecen haber ocurrido hace una eternidad mientras reviso informes de expansión territorial en el despacho de papá; mi alianza de boda capta la luz de la tarde mientras paso las páginas.

Los números son buenos; mejores que buenos, de hecho. La alianza total entre nuestras familias ha creado oportunidades que ninguno de los dos podría haber logrado por separado, y nuestros territorios combinados se extienden ahora desde Boston hasta Philadelphia.

—La consolidación de la zona portuaria va antes de lo previsto —le digo a Alessandro, que está repantingado en el sillón de cuero frente al escritorio de papá, con las mangas de la camisa remangadas y el pelo un poco alborotado de pasarse las manos por él. Incluso después de seis meses de matrimonio, su sola visión todavía hace que se me revuelva el estómago, de esa manera tan tonta.

—La gente de Siobhan ha sido increíblemente eficiente —coincide él, levantando la vista de su propia tableta—. Creo que está disfrutando de tener motivos legítimos para eliminar a su competencia.

Resoplo. —Me envió un mensaje ayer preguntando si teníamos más «familias problemáticas» con las que pudiera ayudarnos. Creo que se está aburriendo de las operaciones comerciales normales.

—Que Dios nos pille confesados —murmura papá tras su propia pila de papeleo, pero está sonriendo. La relación entre él y Alessandro nunca ha sido mejor.

Siempre se han llevado de forma cordial desde que eran aliados, pero ahora tienen un propósito común: protegerme.

En realidad es tierno ver cómo estrechan lazos por su necesidad de preocuparse constantemente por mi seguridad.

La puerta del despacho se abre de golpe con la fuerza de un pequeño huracán, y Giovanni y Arianna entran corriendo a toda velocidad, con sus caras resplandecientes por la travesura.

—¡Banca! ¡Banca! —grita Arianna, lanzándose a mis piernas con un entusiasmo que derribaría a cualquiera que no se lo esperara.

—¡Nos escondemos! —anuncia Giovanni con orgullo, zambulléndose detrás de la silla de papá como si fuera el escondite más ingenioso del mundo.

—¿Escondidos de qué? —pregunto, alzando a Arianna y acomodándola en mi regazo mientras ella empieza inmediatamente a jugar con mi alianza.

—¡De mamá! —gritan los dos al unísono, deshaciéndose en risitas.

Efectivamente, Bella aparece en el umbral un momento después, con el pelo escapándosele de la coleta y las mejillas coloradas de perseguir a los niños por el recinto. Apoya una mano en la puerta, respirando hondo.

—Lo siento —dice jadeando, apoyada en el marco de la puerta—. Se supone que tendrían que estar durmiendo la siesta, pero se ve que esconderse de mamá es más divertido que dormir. —Mira a los niños con una expresión tan severa que me darían ganas de que me acompañase a la próxima reunión de la Familia.

Con una sola mirada de Bella, hasta el don más curtido acabaría suplicando a sus pies.

—¡Siesta no! —declara Arianna con firmeza, acurrucándose más en mis brazos. Saca el labio inferior y se cruza de brazos—. ¡Me quedo con Banca!

Al mirar su carita —tan confiada, tan llena de amor—, algo en mi pecho se aprieta con fuerza.

No tiene idea de lo complicada que es nuestra familia, de lo diferente que es nuestro mundo del de la mayoría de los niños.

Para ella, solo somos las personas que la quieren incondicionalmente y que siempre lo harán.

*Inocencia perfecta*, observa la voz de Sophia con suavidad.

*Vale la pena protegerla a cualquier precio*, añade Giuseppe con una ternura inusual.

*El futuro que estamos construyendo*, concluye la voz de Matteo con satisfacción.

Las voces han estado más calladas últimamente, más colaboradoras que enfrentadas.

Como si por fin se hubieran dado cuenta de que todos trabajan por los mismos objetivos: proteger lo que importa, construir algo duradero, asegurar que la familia sobreviva y prospere.

O quizá sea porque yo por fin he descubierto cómo equilibrar todas mis diferentes facetas sin sentir que me están desgarrando.

—En realidad —digo, con el corazón acelerado al darme cuenta de que este es el momento perfecto—, ya que estamos todos aquí, hay algo que Alessandro y yo queremos deciros.

Todo el mundo se queda quieto. Incluso los gemelos parecen presentir que ocurre algo importante; su parloteo se apaga mientras miran a los adultos con ojos grandes y curiosos.

Miro a Alessandro, que asiente con aire alentador, con sus ojos color avellana cálidos de amor y emoción. Hemos guardado este secreto durante dos semanas, esperando el momento adecuado para dar la noticia.

—Estoy embarazada —anuncio, con el corazón martilleando. No sé muy bien por qué me da tanto miedo decírselo a papá y a Bella.

Quizás sea el hecho de estar anunciando que Alessandro y yo mantenemos relaciones sin protección —*muchas* relaciones, para ser sincera—, y esa es normalmente una línea que no se cruza con los padres.

El silencio que sigue dura exactamente tres segundos antes de que Bella suelte un grito que probablemente se haya oído en New Jersey.

—¡Dios mío! —grita, con las lágrimas ya rodando por sus mejillas mientras corre hacia mí—. ¡Dios mío, Bianca! ¿De verdad? ¿De verdad estás embarazada?

Su reacción asusta tanto a los gemelos que Arianna empieza a llorar y Giovanni sale disparado de detrás de la silla de papá para esconderse detrás de Alessandro; Arianna se le une poco después.

Pero apenas me doy cuenta de su confusión porque solo tengo ojos para papá.

Se ha quedado completamente inmóvil, y su rostro pasa por el asombro, la alegría y algo que parece un intento de no echarse a llorar.

Sus ojos —tan parecidos a los míos— brillan por las lágrimas contenidas, y tiene la boca entreabierta como si quisiera hablar pero no encontrara las palabras.

—¿Papá? —susurro, necesitando de repente su aprobación más que nada en el mundo.

Eso rompe su parálisis. Cruza la habitación en tres zancadas rápidas, me levanta de la silla y me estrecha en sus brazos tan fuerte que apenas puedo respirar.

Pero no me importa, porque está temblando ligeramente y noto la humedad de las lágrimas contra mi pelo.

—Estoy tan orgulloso de ti —susurra con la voz entrecortada—. Tan increíblemente orgulloso. Vas a ser una madre maravillosa.

—¿Eso crees? —pregunto, con mis propias lágrimas amenazando ahora con brotar mientras lo rodeo con los brazos y escondo la cara en su pecho. El alivio que siento es palpable.

—Lo sé. —Se aparta para acunarme la cara con las manos, retirando con los pulgares las lágrimas que han empezado a caer—. Vas a querer a este bebé como yo te quiero a ti: de forma completa, incondicional, con todo lo que tienes.

—Papá —alcanzo a decir con las mejillas ardiendo, pero él no ha terminado.

—Vas a proteger a esta criatura, vas a enseñarle y a guiarla para que se convierta exactamente en quien debe ser. —Su voz se vuelve más fuerte, más segura—. Y Alessandro estará ahí a tu lado, siendo el tipo de padre que todo niño merece.

Miro hacia Alessandro, que ha conseguido calmar a los gemelos y ahora observa nuestro momento emocional con una sonrisa de felicidad.

Cuando me pilla mirando, me dice sin voz: «Te quiero», y la alegría pura de su rostro hace que sienta que el corazón me va a estallar.

—¿De cuánto estás? —Bella finalmente controla sus propias lágrimas lo suficiente como para hablar con coherencia. Tiene los ojos enrojecidos, pero su sonrisa es tan amplia que temo que se le partan las mejillas.

—Ocho semanas —le digo, volviendo a sentarme en la silla mientras Arianna regresa a su posición en mi regazo.

Ha dejado de llorar y ahora me da palmaditas en la cara como si comprobara que estoy bien.

—¿Banca triste? —pregunta con esa preocupación seria que solo los niños pequeños pueden fingir.

—No, cielo —le digo, dándole un beso en la frente y aspirando su dulce olor a bebé—. Banca está contenta. Muy, *muy* contenta.

—Lágrimas felices —observa Giovanni con sabiduría desde su posición junto a Alessandro, todavía claramente inseguro de si habrá otro estallido.

—Eso es —confirma Alessandro, estirando la mano para despeinarle el pelo—. A veces la gente llora cuando está muy feliz.

—¿Bebé? —pregunta Arianna de repente, y su carita se ilumina al comprenderlo—. ¿Banca tiene bebé?

—Sí —me río, asombrada de lo rápido que lo ha hilado—. Banca va a tener un bebé.

—Hermanito —anuncia con decisión.

—O hermanita —corrige Bella con dulzura.

—No —dice Arianna con la absoluta certeza que solo poseen los niños de dos años—. Hermanito. Como Giovanni.

—¡No! —salta Giovanni, con un ceño fruncido que se parece tanto al de Matteo que tengo que morderme el labio para no reír—. ¡No quiero hermanito!

—Ya veremos —les digo a Arianna y Giovanni, esperando en secreto que Arianna tenga razón. La idea de tener un niño pequeño que se parezca a Alessandro me produce una calidez inmensa.

—¿Para cuándo? —pregunta papá, acomodándose en su silla mientras Giovanni se sube a sus rodillas. Papá rodea al niño por la cintura y le da un beso en la cabeza.

—Para abril —responde Alessandro—. Justo después de los exámenes finales, si todo va según lo previsto.

Papá resopla, poniendo los ojos en blanco—. Cómo no, lo habéis planeado según el calendario académico. No quiera el cielo que un embarazo interfiera con tu educación.

—Oye, tú fuiste quien insistió en que terminara la universidad —le recuerdo, evocando el berrinche que pilló papá cuando planeamos la boda. Se puso *pesado* con que fuera después de los exámenes finales para que pudiese mantener la concentración—. Solo estoy siendo eficiente.

—Estás siendo increíble —corrige Alessandro, estirándose para coger mi mano libre—. ¿Compaginar los estudios con el negocio familiar y ahora esto? No sé cómo lo haces.

Yo tampoco lo sé siempre. Hay días en los que siento que estoy haciendo malabares con espadas en llamas mientras monto en monociclo.

Pero viendo esta habitación —el rostro orgulloso de papá, las continuas lágrimas de alegría de Bella, el parloteo emocionado de los gemelos, el amor de Alessandro—, sé que todo vale la pena.

Esto es hacia lo que he estado encaminándome. No solo el matrimonio o la alianza o el imperio empresarial, sino este momento.

Esta sensación de estar completamente rodeada de amor y saber que el niño que crece dentro de mí nacerá en algo precioso y permanente.

*Esto es perfecto*, susurran las tres voces al unísono, con una armonía tan completa que casi parece una sola voz en lugar de tres.

Y estoy totalmente de acuerdo con ellas.

La siguiente hora transcurre entre planes emocionados y especulaciones salvajes.

Bella empieza a hablar enseguida de la decoración del cuarto y de nombres para el bebé, mientras papá empieza a debatir cómo reorganizar los protocolos de seguridad para tener en cuenta a una underboss embarazada.

Alessandro se limita a sostenerme la mano y a mirarme con una expresión de asombro, como si todavía no pudiera creerse que esto sea real.

Los gemelos, por su parte, han decidido que van a ser los mejores primos mayores de la historia y se pasan el tiempo discutiendo sobre qué le van a enseñar al bebé.

—¡Camiones! —insiste Giovanni, fulminando a su hermana con la mirada.

—¡No, muñecas! —replica Arianna, dando un pisotón de frustración.

—Ambas cosas —les digo diplomáticamente, intentando evitar la pelea inevitable—. El bebé puede aprender sobre camiones *y* muñecas.

—Y libros —añade papá, levantando la vista de su febril escritura—. Los DeLuca siempre aprenden a leer pronto.

—Y defensa personal —interviene Alessandro, haciendo que todos se rían.

—¿El bebé ni siquiera ha nacido y ya estáis planeando su entrenamiento de combate? —pregunta Bella consternada, negando con la cabeza.

—Nunca es demasiado pronto para empezar a pensar en la protección —dice papá muy serio, y ya lo veo calculando posibles amenazas y medidas de seguridad.

Mira a Bella—. Hablando de eso, *piccola*, los gemelos deberían empezar ya con el entrenamiento de defensa personal. Le diré a Antonio que lo añada a su horario.

Bella parece lista para abalanzarse sobre él y Alessandro ahoga la risa tras la mano mientras yo me muerdo el interior de la mejilla. Si Bella nos ve riendo, nos cortará la cabeza.

Hay cosas que nunca cambian.

A medida que la tarde se desvanece en la noche y la emoción inicial se asienta en una planificación satisfecha, me sorprendo estudiando los rostros de las personas que más quiero.

Papá parece más joven de alguna manera, más ligero, como si la perspectiva de convertirse en abuelo le hubiera quitado algún peso invisible de encima.

Bella navega por páginas web de bebés, enseñándome de vez en cuando temas para el cuarto y sillas para el coche.

Alessandro no me ha soltado la mano desde el anuncio; su pulgar traza círculos suaves sobre mi piel.

Esto es el legado, me doy cuenta.

No solo los negocios que hemos construido o los territorios que controlamos, sino esto: el amor transmitido de generación en generación, niños criados por personas que morirían por protegerlos, vínculos familiares que pueden sobrevivir a cualquier cosa.

El bebé que crece dentro de mí heredará poder, sí.

Crecerá entendiendo la violencia, sorteando peligros y tomando decisiones imposibles.

Pero también heredará amor.

Sabrá lo que se siente al ser deseado, protegido, valorado.

Aprenderá que la fuerza y la ternura no son excluyentes, que se puede ser peligroso y aun así elegir la piedad.

*Exactamente como debe ser*, murmuran las voces con aprobación.

Exactamente como debe ser.

Más tarde esa noche, después de haber vuelto a casa, me sorprendo mirando mi reflejo en el espejo del baño.

Tengo la mano apoyada en mi vientre, todavía plano, intentando imaginar la diminuta vida que crece ahí. Cuesta imaginar que pueda querer tanto a esta criaturita.

Ahora bien, si pudiera dejar de darme náuseas por la mañana…

—¿Un penique por tus pensamientos? —pregunta Alessandro, apareciendo detrás de mí y rodeando mi cintura con sus brazos. Me

besa el cuello antes de apoyar la barbilla en la curva donde se unen mi cuello y el hombro.

—Solo pensaba en cómo ha cambiado todo —le digo, apoyándome en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón—. Hace un año, ni siquiera sabía quién era de verdad. Y ahora…

—Ahora eres una underboss impresionante y una líder experimentada —termina él, dándome un beso en la coronilla—. Y vas a ser una madre increíble.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunto, girándome en sus brazos para mirarlo. Por mucho que quiera a este bebé, me preocupa convertirme en Sophia. Aparte de Bella, no he tenido ningún modelo femenino bueno.

Su sonrisa es suave y segura; un hoyuelo aparece en su mejilla izquierda—. Porque te he visto querer a la gente de tu vida. La forma en que proteges a Matteo incluso cuando estás enfadada con él, la forma en la que juegas con los gemelos, la forma en que has construido algo hermoso a partir de toda la oscuridad que heredaste. —Sus manos me enmarcan la cara con delicadeza—. Este bebé va a tener mucha suerte de tenerte.

—De tenernos —corrijo, poniéndome de puntillas para besarlo.

El beso es suave, dulce, lleno de promesas y esperanza, y de la certeza de que, venga lo que venga, lo afrontaremos juntos. Cuando nos separamos, Alessandro apoya su frente en la mía.

—Te quiero, señora DeLuca-Ricci —murmura, besándome de nuevo.

—Yo también te quiero —murmuro contra sus labios—. Todo esto. Esta vida, este caos, este desorden hermoso que hemos construido juntos.

—¿Incluso las partes complicadas? —bromea—. ¿Como cuando no sabes decidir qué cenar?

Le doy un manotazo juguetón—. *Especialmente* las partes complicadas.

Porque eso es el amor, ¿no?

Elegir a alguien no a pesar de sus complicaciones, sino por el cuadro completo que representan.

Elegir construir algo juntos que sea más fuerte de lo que cualquiera de los dos podría lograr por sí solo.

Mientras nos acomodamos en la cama, con la mano de Alessandro descansando protectoramente sobre mi abdomen, siento que las tres voces de mi cabeza por fin, de verdad, se callan.

Las partes de ellos que viven en mí no tienen por qué definirme. Puedo tomar la fuerza de Giuseppe sin su crueldad, el instinto de supervivencia de Sophia sin su traición y la protección de Matteo sin su necesidad de ocultar verdades difíciles.

Este niño heredará lo mejor de lo que vino antes, a la vez que será libre de convertirse en algo totalmente propio.

El legado de los DeLuca continuará, llevado por niños que heredan el poder sin perder la humanidad, la fuerza sin sacrificar el amor.

Es complicado y peligroso y absolutamente perfecto.

Como todo lo demás en mi vida.

Como todo lo demás que vale la pena tener.

# EPÍLOGO EXTENDIDO

# BIANCA

Un año después, me encuentro en el jardín trasero de Mario y Elena intentando convencer a mi hijo de cinco meses de que llorar durante las ceremonias de boda se considera de mala educación, aunque técnicamente sea demasiado pequeño para entender de etiqueta social.

—Vamos, Romeo —susurro, acunándolo suavemente contra mi hombro mientras el oficiante sigue soltando ese muermo sobre el amor y el compromiso—. Mi hermanastro por fin va a convertir a Elena en una mujer honrada. Este es un momento histórico.

Romeo responde agarrándome un puñado de pelo y tirando con la fuerza suficiente para que se me salten las lágrimas.

Alessandro, sentado a mi lado con su traje perfectamente planchado, intenta ocultar una sonrisa burlona tras su mano.

—Ha heredado tu carácter —murmura cerca de mi oído.

—Ha heredado tu fuerza de agarre —rebato, intentando liberar mis dedos de sus manos diminutas—. En serio, ¿cómo puede tener tanta fuerza alguien que pesa nueve kilos?

—Genética de los DeLuca —dice mi padre con orgullo desde el otro lado, estirándose para acariciar la mejilla regordeta de Romeo—. Va a dar guerra.

—Ya la da —mascullo, liberando finalmente mi cabello solo para que Romeo se lance de inmediato a por la corbata de Alessandro.

El jardín es el escenario perfecto para la boda de Mario y Elena: íntimo y romántico sin caer en el sentimentalismo excesivo. Hay flores de color rosa pálido por todas partes, guirnaldas de luces colgadas entre los árboles y la cantidad justa de gente para que parezca una celebración sin convertirse en un espectáculo político. Después de todo lo que han pasado juntos, se merecen algo hermoso y sin complicaciones.

Bueno, en cualquier caso, se merecen el uno al otro. Que es probablemente lo más bonito que puedo decir de esta unión.

Elena está radiante con un sencillo vestido color marfil que resalta su incipiente barriga de embarazada; salen de cuentas en diciembre. La idea de otro bebé en la familia debería ser emocionante, pero teniendo en cuenta quiénes son los padres, solo espero, por el bien del niño, que ambos hayan aprendido de sus errores pasados.

Hablando de niños, los pequeños han convertido la boda en su propio patio de recreo personal. Las tres damitas de honor —Arianna, Stella y la pequeña Maisie Moretti— están «ayudando» lanzando pétalos de flores con tal entusiasmo que aseguran que los novios encontrarán restos de rosa en su pelo durante semanas.

Arianna se toma su trabajo muy en serio, desfilando por el pasillo con su cestita como si estuviera liderando un desfile militar.

Stella la sigue con la concentración propia de una niña decidida a que todo salga perfecto en el día especial de su mamá y su papá.

Giovanni, por su parte, ha decidido que tirar pétalos es mucho más divertido que caminar con calma como el paje de los anillos, y lanza puñados de flores al aire como si fueran confeti.

Stella DeLuca, de tres años, resplandece de orgullo cada vez que alguien le dice lo guapa que está con su vestido de flores, una versión en miniatura del vestido marfil de Elena.

Tiene los rasgos delicados de Elena, pero su pelo oscuro y sus ojos serios me recuerdan a otra persona; alguien cuyo nombre no mencionamos en las reuniones familiares.

Pero al verla ahora, aferrada a su cesta de flores y manteniéndose cerca de Mario durante toda la ceremonia, recuerdo una vez más que la biología no determina quién es la familia.

Mario eligió ser su padre cuando nadie más quiso serlo, igual que mi padre eligió ser el mío.

El amor entre ellos es genuino y completo, ajeno a las complicadas circunstancias de su nacimiento.

Y por eso le reconozco el mérito a Mario. Nunca le perdonaré lo que me hizo cuando tenía doce años, pero verle ser un padre cariñoso con una niña sin padre es admirable.

—Al menos se están divirtiendo —observa Bella, sonriendo mientras ve a Mario besar a su esposa mientras Stella aplaude emocionada a su lado.

La ceremonia en sí es afortunadamente corta, probablemente porque Mario y Elena llevan tanto tiempo juntos que las declaraciones formales parecen más una confirmación de lo que todo el mundo ya sabía que una revelación sorprendente.

Cuando el oficiante los declara marido y mujer, la pequeña concurrencia estalla en aplausos y vítores sinceros.

Romeo, asustado por el ruido repentino, suelta un alarido que probablemente se oiga a tres manzanas de distancia.

—Y... esa es nuestra señal —dice Alessandro, cogiendo a nuestro hijo con una soltura experimentada—. Ven aquí, pequeñajo. Vamos a buscar un sitio tranquilo.

Le observo alejarse, acurrucando a Romeo contra su pecho, murmurando suaves palabras de consuelo con esa voz grave que nunca falla a la hora de derretirnos tanto al niño como a mí.

Alessandro se ha adaptado a la paternidad como si hubiera nacido para ello.

Es paciente, tierno y está totalmente entregado. Verle con nuestro hijo hace que el corazón me dé un vuelco cada vez.

—Te has quedado embobada —observa Siobhan O'Connor, apareciendo a mi lado con una copa de champán y su característica expresión divertida.

Está absolutamente espectacular con un vestido de seda azul de Versace que complementa su pelo pelirrojo y su piel pálida.

—Estoy apreciando las vistas —la corrijo, aceptando el champán con gratitud—. Hay una diferencia.

—Sí que la hay —coincide ella, con sus ojos verdes brillando de picardía—. Y hablando de apreciar... ¿quién es la mujer que Marco ha traído como pareja? Porque yo tenía la impresión de que estaba casado con su trabajo.

Sigo su mirada hasta donde Marco Renaldi está inmerso en una conversación con una morena impresionante que parece modelo. O posiblemente una asesina.

Con Marco, a veces es difícil notar la diferencia.

—Ni idea —admito, tomando nota mental de preguntarle a Sofia. Ella se asegura de conocer todos los asuntos de su hermano—. Pero si Marco ha traído a alguien a una boda familiar, debe de ser algo serio. No creo que lo haya visto nunca con la misma mujer dos veces.

Miro a Siobhan con curiosidad. ¿Hay alguna razón para que preguntes? ¿Alguna vez has pensado en, ya sabes...? —Hago un gesto hacia Marco con mi copa de champán.

Siobhan parece confundida por un momento antes de que la comprensión se refleje en su rostro.

Su expresión cambia a una de pura repulsión, como si le hubiera sugerido comer pescado crudo.

—En absoluto —dice con firmeza, sacudiendo la cabeza—. Jamás. Por Dios bendito, podría desayunarme a ese hombre y seguir con hambre para el almuerzo. Es demasiado guapo y educado para mi gusto.

Suelto una carcajada, sintiendo las burbujas del champán subir por mi nariz. Solo tenía curiosidad, no celos. —Me parece justo.

—Además —continúa Siobhan con una sonrisa pícara—, los tiempos cambian, pero no tanto. Mírate a ti: hace año y medio eras una universitaria jugando a ser peligrosa. Ahora eres madre, esposa y una de las líderes más temidas de la costa este. ¿Pero yo persiguiendo a Marco Renaldi? Ahí es donde pongo el límite.

—Prefiero «respetada» —la corrijo con suavidad.

—Temida, respetada... en nuestro mundo suelen ser lo mismo —señala restándole importancia con un gesto de la mano—. Sea como sea, te ha ido bien, chica.

La recepción fluye a nuestro alrededor mientras la tarde se alarga hacia la noche.

Los Moretti han ocupado una mesa cerca de la pista de baile, donde la pequeña Maisie intenta enseñarle a Giovanni algún paso de baile complicado que requiere dar muchas vueltas y muchas risitas.

Dante parece relajado de una forma que nunca antes había visto, con el brazo alrededor de los hombros de Sofia mientras miran a su hija jugar.

Es extraño lo normal que se siente todo esto ahora.

Si me hubieras preguntado hace un año, la idea de asistir a una boda familiar en la que todo el mundo fuera genuinamente feliz y estuviera relajado habría parecido imposible.

Demasiada historia, demasiados viejos rencores, demasiados motivos de tensión.

Pero al mirar este jardín, viendo a los niños jugar mientras sus padres ríen y celebran, me doy cuenta de que realmente hemos logrado construir algo nuevo.

No solo alianzas basadas en el beneficio mutuo, sino relaciones genuinas basadas en el respeto y la experiencia compartida.

—Te veo pensativa. ¿Quieres compartirlo? —pregunta Alessandro, regresando con un Romeo mucho más calmado que ahora está fascinado con las luces colgadas sobre nuestras cabezas.

—Solo pensaba en lo diferente que es todo ahora —le digo, apoyándome en su calor mientras él me rodea la cintura con su brazo libre—. Cómo hemos conseguido convertirnos en una verdadera familia en lugar de ser solo socios de negocios.

—Ayuda el hecho de que hayamos dejado de intentar matarnos unos a otros —señala con sensatez mientras se quita la chaqueta y se afloja la corbata.

—Eso fue definitivamente un paso en la dirección correcta —acepto, riendo mientras Romeo intenta agarrar las luces que están fuera de su alcance—. No, cariño, eso no se toca —le digo con ternura a mi bebé.

La música cambia a algo más lento y las parejas empiezan a desplazarse hacia la pista de baile improvisada.

Mario hace girar a Elena con cuidado, ambos radiantes de felicidad, mientras otros invitados se unen a ellos en la tranquila celebración.

—¿Bailas conmigo? —pregunta Alessandro, pasando a Romeo a un brazo y tendiéndome la otra mano.

—¿Y qué hacemos con Romeo? —pregunto, aunque ya estoy buscando su mano extendida.

—Él también viene —dice Alessandro, como si fuera totalmente obvio—. Multitarea. Deberías ir acostumbrándote.

Le saco la lengua, pero le sigo a la pista, donde me encuentro bailando un lento en un jardín con mi marido y nuestro hijo recién nacido.

Romeo parece disfrutar del suave balanceo, sus ojos azules —iguales a los míos— siguen el movimiento de las luces y las flores con esa seriedad y concentración que ya le marcan como un DeLuca.

—Papá tiene razón. Va a dar guerra —murmuro, plantando un beso en su suave pelo.

—La mejor de las guerras —coincide Alessandro, haciéndonos girar lentamente mientras la música sube de intensidad—. Inteligente, fuerte y absolutamente convencido de que puede comerse el mundo.

—Me pregunto de quién lo habrá sacado —digo con ironía, esquivando un manotazo de Romeo hacia mi pelo.

—Debe de ser influencia de su madre —responde Alessandro con fingida seriedad, con los ojos bailando de alegría—. Su padre es conocido por ser prudente y razonable.

Suelto un resoplido. —Su padre saltó una vez de un coche en marcha para perseguir a unos criminales armados —señalo.

—Eso fue solo una vez —rebate Alessandro—. Y me parece recordar a una *cierta persona* saltando también de un coche para enfrentarse a los soldados calabreses.

Vale, ahí tiene razón, pero no pienso dar mi brazo a torcer.

—Su padre también le pidió matrimonio a una princesa de la mafia de diecinueve años después de salir con ella menos de cuatro meses —le devuelvo—. Si es que a eso se le puede llamar salir.

—Eso fue buen juicio, no temeridad —Alessandro sonríe, inclinándome con cuidado mientras Romeo chilla de deleite ante el movimiento repentino—. La mejor decisión que he tomado jamás.

La canción termina, pero nos quedamos en la pista, balanceándonos suavemente mientras otras parejas se mueven a nuestro alrededor. Romeo se ha quedado dormido contra el hombro de Alessandro, con su pequeño puño cerrado contra la camisa de su padre, completamente contento y seguro.

Esto es lo que quiero que recuerde, me doy cuenta. No la violencia, ni el peligro ni la complicada política que conlleva nuestro mundo, sino esto: el amor, las risas, el sentido de pertenecer a algo más grande que uno mismo.

La certeza de que, pase lo que pase, la familia siempre estará ahí para recogerte cuando te caigas.

—¿En qué piensas ahora? —pregunta Alessandro en voz baja, notando mi expresión pensativa.

—En el legado —le confieso con franqueza—. Lo que estamos construyendo para él. Qué tipo de mundo va a heredar.

La expresión de Alessandro se vuelve seria mientras lo considera. —Heredará poder, sí. Pero también heredará amor. Sabrá que la fuerza y la ternura pueden coexistir, que se puede ser peligroso y aun así elegir la piedad.

—¿Crees que será capaz de manejarlo? —pregunto, observando el rostro pacífico de Romeo. Se me encoge el corazón de dolor al pensar en el mundo en el que va a crecer. Ojalá pudiera protegerle de él para siempre—. Todas las expectativas, toda la responsabilidad...

—Estará a la altura de las circunstancias —dice Alessandro con convicción—. Igual que su madre.

A medida que la noche llega a su fin y los invitados empiezan a despedirse, me siento reacia a abandonar esta burbuja perfecta de felicidad y normalidad.

Pero Romeo se está poniendo inquieto y todavía nos queda un viaje de cuarenta minutos hasta la ciudad.

—Gracias —dice Elena mientras recogemos nuestras cosas, dándome un abrazo con cuidado por el bebé—. Por todo. Por estar aquí, por apoyarnos, por… —hace un gesto hacia una Stella de aspecto cansado que está siendo guiada por la niñera de Giovanni y Arianna hacia la casa y no parece muy entusiasmada.

Le devuelvo el abrazo con cortesía, porque la familia es la familia incluso cuando esa familia tiene un historial de decisiones cuestionables. —Felicidades —le digo, y lo digo de corazón. Han encontrado el camino el uno hacia el otro a pesar de todo, y eso vale algo.

—Y por ayudarnos a librarnos de los calabreses —termina Mario, con su rostro lleno de cicatrices suavizado por la emoción mientras mira a su nueva esposa.

—Es lo que hacemos —les digo simplemente, manteniendo un tono neutro. Porque aunque no me entusiasmen sus traiciones pasadas, tampoco me interesa volver a litigar viejas rencillas en su boda. Hay cosas que se superan por el bien de la paz familiar, aunque no se olviden del todo.

El camino de vuelta es tranquilo; Romeo duerme plácidamente en su silla mientras Alessandro y yo nos damos la mano sobre la consola central.

Las luces de la ciudad pasan veloces tras las ventanillas y me encuentro pensando en lo mucho que ha cambiado todo en tan poco tiempo.

Hace un año y medio estaba enfadada y perdida, convencida de que descubrir la verdad sobre mis padres había destruido todo lo que

creía saber sobre mí misma.

Ahora comprendo que, en realidad, me dio la libertad necesaria para convertirme exactamente en quien siempre estuve destinada a ser.

—¿No te arrepientes de nada? —pregunta Alessandro suavemente, como si pudiera leerme el pensamiento.

—¿De qué? —le pregunto, con curiosidad genuina.

Él se encoge de hombros. —De nada de esto. De los juicios, de la violencia, de haber elegido esta vida en lugar de algo normal y seguro.

Lo medito seriamente, mirando el rostro dormido de Romeo en el espejo retrovisor y luego el perfil de Alessandro iluminado por las luces del salpicadero.

—De nada —le digo con total sinceridad—. Este es exactamente el lugar donde se supone que debo estar.

Y lo es. Esta vida caótica y hermosa que hemos construido juntos. Esta familia que se eligió y luchó por permanecer unida.

Este amor que es lo bastante fuerte como para sobrevivir a cualquier cosa que nuestro mundo nos depare.

Romeo se agita en sueños, haciendo esos suaves sonidos de bebé que me derriten el corazón cada vez.

Crecerá sabiendo exactamente quién es y a dónde pertenece, rodeado de gente que moriría por protegerle y que viviría para amarle.

Ese es el único legado que importa de verdad.

***¿Obsesionada con Bianca y Alessandro? Consigue la serie completa Bonds of Betrayal aquí.***